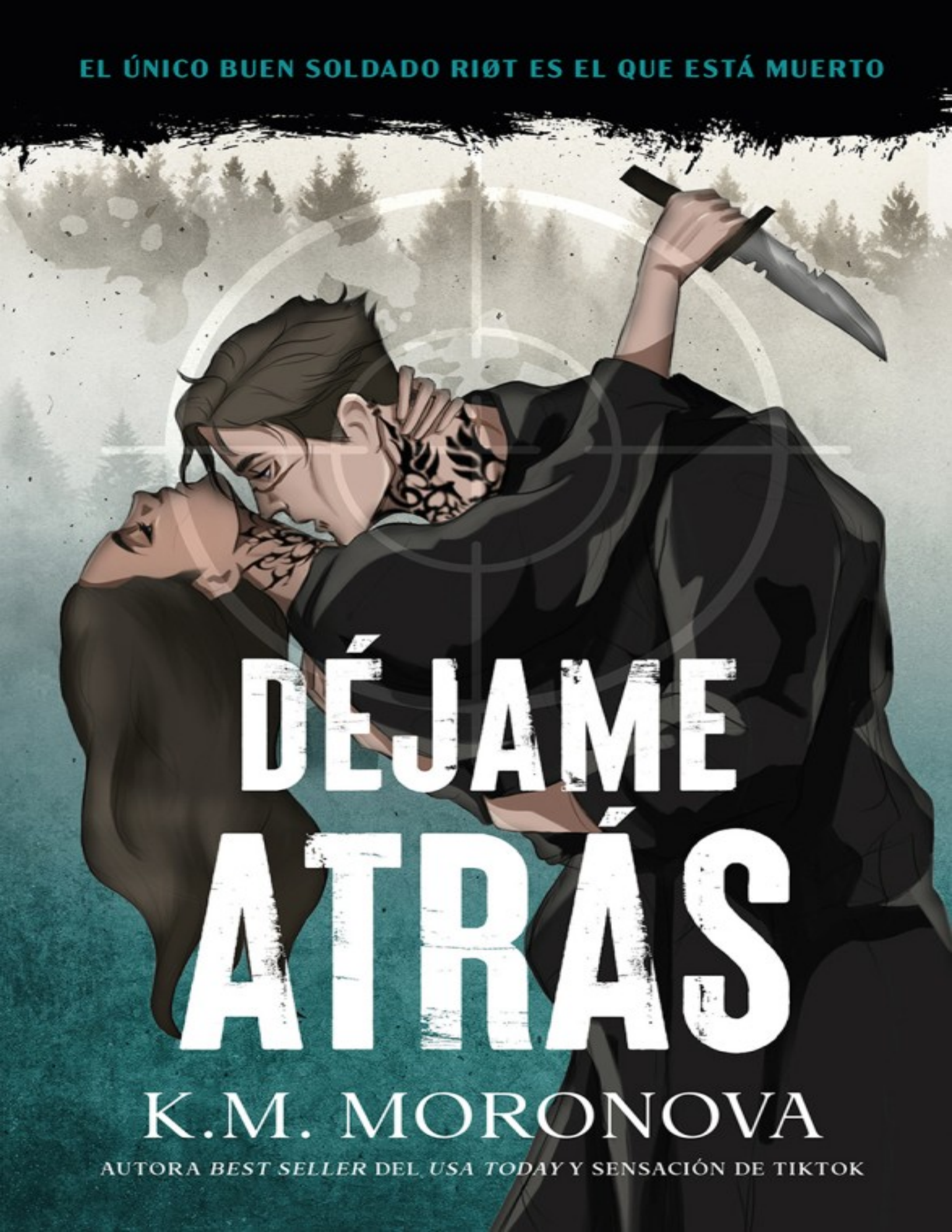
EL ÚNICO BUEN SOLDADO RIØT ES EL QUE ESTÁ MUERTO



DÉJAME ATRÁS

K.M. MORONOVA

AUTORA *BEST SELLER* DEL *USA TODAY* Y SENSACIÓN DE TIKTOK

DÉJAME ATRÁS

K. M. MORONOVA

DÉJAME ATRÁS

Traducción de Marta Carrascosa Cano



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Leave Me Behind*
Editor original: Bloom Books
Traducción: Marta Carrascosa Cano

1.ª edición: septiembre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

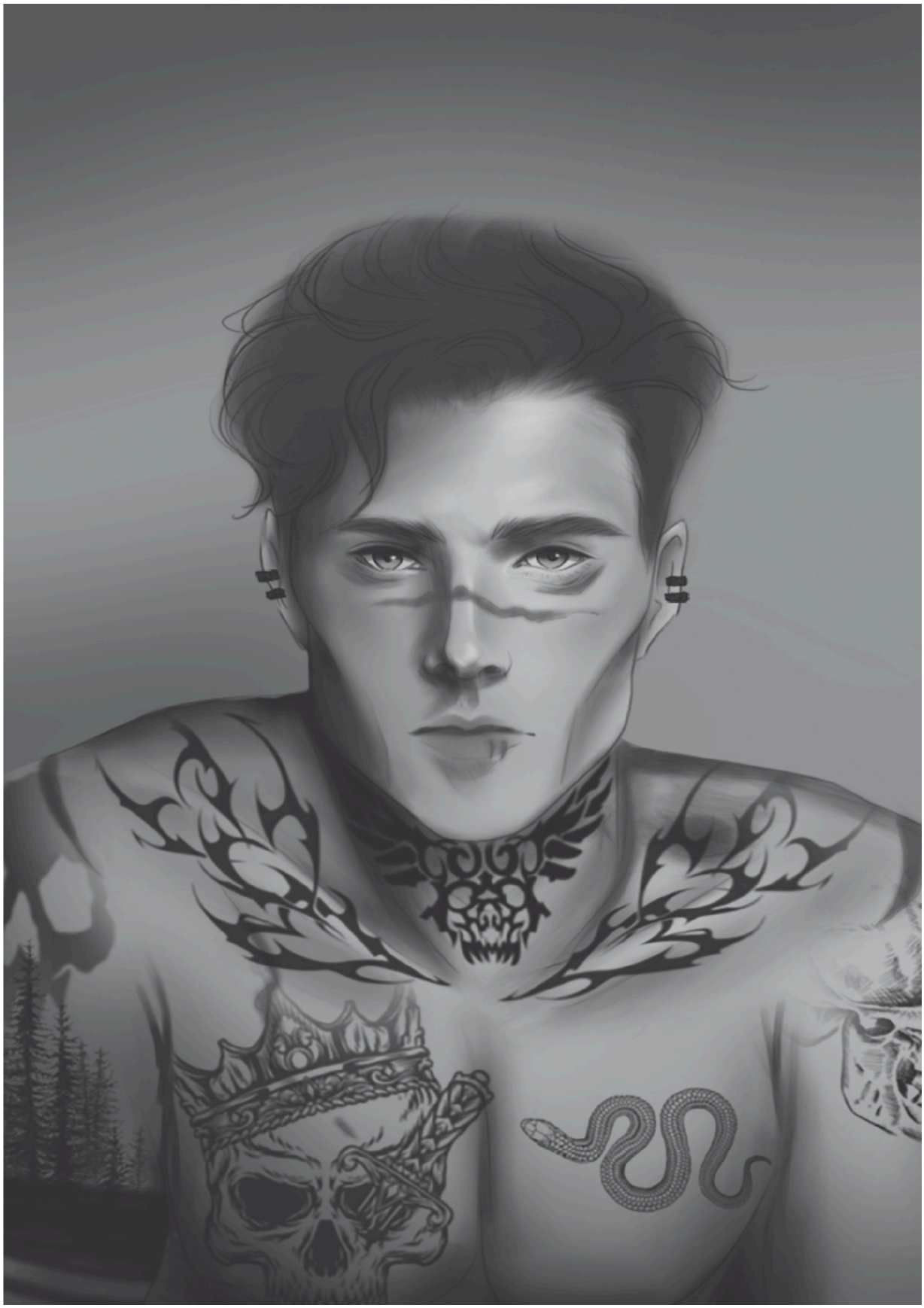
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

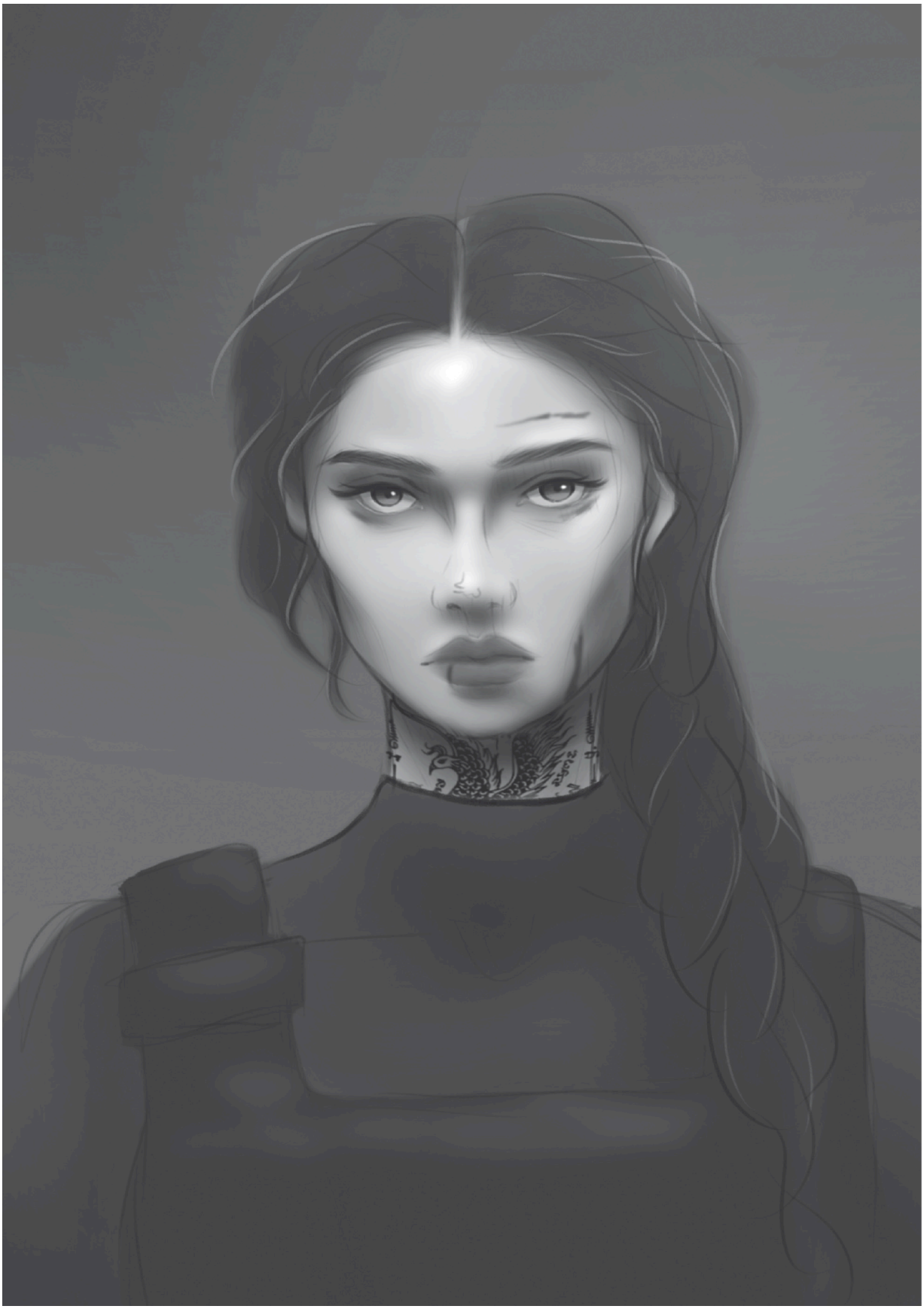
© 2024 *by* K. M. Moronova
Publicado en virtud de un acuerdo con Triada US Literary Agency
a través de IMC, Literary Agency
All Rights Reserved
© de la traducción, 2025 *by* Marta Carrascosa Cano
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87557-96-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todas esas personas que anhelan una violenta historia de amor







PLAYLIST

Jerk – Oliver Tree
Light Em up – Fall Out Boy
Can't Hold Us – Macklemore & Ryan Lewis
Waste – kxllswxtch
Enemy – Tommee Profitt
Ava – Famy
Brother – Kodaline
Hate Myself – NF
Fill the Void – The Weeknd, Lily Rose Depp & Ramsey
Tourniquet – Zach Bryan
Older – Isabel LaRosa
Pretty toxic revolver – MGK
I hate u, I love u – Gnash
Black Dahlia – Hollywood Undead
Bloody Valentine – MGK
I think I'm OKAY – MGK
To die for – Sam Smith
I am the Antichrist to you – Kishi Bashi
Animals – Maroon 5

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Déjame atrás es una novela de romance oscuro para lectores a partir de los 18 años. Se trata de un romance militar oscuro ambientado en unas «fuerzas oscuras» ficticias. Algunas de las armas y misiones que hay son muy poco realistas. Algunos lugares y algunos puntos de referencia también son ficticios.

También vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- violencia física
- escenas de sexo explícito
- fetiche por el dolor
- juegos con sangre
- *gore* explícito
- muerte y asesinato
- *bullying* extremo
- acoso
- abuso sexual
- sexo no consentido o de consentimiento dudoso
- comportamientos sexistas
- traumas de guerra o de temas relacionados con la guerra
- trastorno de estrés postraumático

- mención a la violación y al allanamiento de morada

PRÓLOGO

BONES

PATAGONIA – HACE DOS AÑOS

Abrahm tiene los ojos empañados por la sangre oscura. Intento limpiarle los riachuelos de color rojo de las mejillas con la manga de mi camiseta, pero fluye implacable de la herida que tiene en uno de los lados de la cabeza. Su pelo, entre rubio y castaño, que siempre fue muy brillante, ahora es burdeos y está marcado por la llamada de la muerte. La suciedad y las piedras se le pegan a la piel. El pánico se apodera de mí y, por pura fuerza de voluntad, me obligo a mantener una expresión neutral y sin emociones.

—B-Bones.

Me duele el pecho al notar lo débiles que son sus respiraciones quejumbrosas. La forma en que le tiemblan los dedos al agarrarme. Sus guantes negros están bañados en sangre. Entierro los dientes en mi labio inferior para sofocar la agonía que se me cuela en la garganta.

—Estoy aquí, Abrahm. —Cierro los ojos para sofocar la desesperanza que estoy sintiendo.

—Tengo… —Tose y la sangre me salpica la máscara. No pestañeo —. Mi-miedo. —Sus ojos verdes están teñidos de un amarillo rojizo,

que mengua a medida que la muerte se aferra a él. Me quito los guantes temblando y aprieto la fría palma de mi mano contra su mejilla.

«Mierda. Se suponía que no teníamos que estar aquí, no así. Se suponía que el escuadrón Riøt se reuniría con nosotros en el punto de encuentro. ¿Dónde cojones estaban?». Me agacho cuando las balas se estrellan contra el terreno seco y levantan polvo a nuestro alrededor.

El pecho de Abrahm se abre con un agujero justo al lado del corazón, el calor está abandonándolo rápidamente. «Joder». Levanto la cabeza y busco entre el humo al resto de nuestro escuadrón. Solo hay tres soldados enemigos sin vida que yacen inmóviles en el claro. Los maté sin piedad, con crueldad, como me habían enseñado, pero ellos no son los que dispararon a mi segundo. No son responsables de que su vida esté acabándose. La bala atravesó su chaleco y tiene que ser de mayor calibre.

Aprieto los puños. ¿Por qué no se quedó atrás tal y como le dije? «Maldita sea».

El resto de mi escuadrón está devolviendo los disparos y asegurando la zona, pero será demasiado tarde. He visto morir a muchos hombres. Sé cuándo hay demasiados daños. Abrahm no va a salir de esta y yo me veo incapaz de apartarme de su lado. Hay protocolos que tengo que seguir y la misión aún no ha acabado, pero parece que ya no me importa tanto como lo hizo una vez. No ahora que va a morir. Dejo que se me cierren los ojos y, con las manos temblorosas, me quito la máscara despacio.

Se supone que es una cara que nadie tiene que conocer. «Quiero que él la conozca».

Abro los ojos y lo miro.

Abrahm abre los ojos, frunce el ceño un poco con preocupación.

—Bones, no deberías… —Intenta levantar la mano para cubrirme

la cara, pero ya ni siquiera puede levantar el brazo. Agarro su mano, que está cayendo al suelo.

—Bradshaw.

Sus ojos cansados se cierran poco a poco, pero una pequeña sonrisa se extiende por sus labios agrietados.

—Me llamo Bradshaw. —Mi voz es un mero susurro, pero sé que él la oye.

Abrahm suelta su último aliento, y parece un suspiro de alivio. No parece que sea el último de su vida.

Todavía tiene los ojos clavados en mí, están empañados, pero ven a través de mí.

La luz se ha ido.

Y la venganza nace en mi corazón.

CAPÍTULO 1

NELL

Me han reasignado a un escuadrón de diablos. No, no literalmente. Solo son hombres que se acercan un poquito bastante a serlo, joder.

Todo el escuadrón Riøt murió hace dos años durante una misión de nivel rojo en la Patagonia. Todos menos yo. Y ¿qué me ha dado el haber sobrevivido además de una buena dosis de traumas? Me han reasignado a uno de los peores escuadrones a los que podían asignarme: Malum.

Dejo que un largo suspiro salga de mis labios y echo un vistazo a mi reloj de pulsera por enésima vez. Doy golpecitos de impaciencia con el pie mientras espero que la fila de pasajeros que tengo delante agarre su equipaje de los compartimentos superiores para poder bajar del avión y llegar a la siguiente terminal.

Corro por el aeropuerto hacia mi vuelo de escala e intento autoconvencerme a la desesperada de que puedo ganarme el respeto de mi nuevo equipo con solo sangre y sudor. «Esperemos que no sean tan despiadados como Riøt cuando me uní».

Cuando subo al avión, el asiento que está junto a la ventanilla de mi fila ya está ocupado. Saco mi billete para comprobar mi número de asiento. «Ese imbécil está en mi sitio». Suelto un suspiro de irritación. Es una fila de tres asientos y hay dos hombres, uno en cada extremo, dejándome el asiento del medio. El del asiento del

pasillo lleva la capucha puesta, ocultando su rostro.

El otro también va vestido de negro y también lleva la capucha puesta, pero está mirando por la ventana. No parece preocupado por lo que le rodea. Me quedo ahí de pie, enfadada, pero la gente que hay detrás de mí ya se está impacientando, así que ocupo el asiento de en medio. «Dios, odio volar». En los vuelos todo el mundo está enfadado y cansado y es muy muy maleducado.

El tipo del asiento del pasillo no se molesta en mover las piernas ni en levantar la cabeza, así que me trago las palabrotas que se me acumulan en el fondo de la garganta e intento maniobrar a su alrededor para pasar. Cuando le rozo las rodillas con los muslos, me arrepiento de haberme puesto unos *leggings* negros finitos esa mañana. En retrospectiva, debería haberme puesto pantalones de chándal.

Cuando intento pasar entre sus pies, el pie que tengo más atrás se queda atrapado entre los suyos y caigo. Mi bolsa cae en el regazo del tipo que está sentado en el asiento de la ventanilla y el tipo del asiento del pasillo me sujeta con una mano fuerte que se me clava en la barriga; la otra me rodea la cara interna del muslo.

Por instinto, me zafo de su agarre y le lanzo una mirada asesina. No dura mucho, porque ahora que está observándome, puedo ver lo guapo que es. Un toque glacial emana de sus ojos azul claro. Tiene la mandíbula muy marcada y su falta de expresión no suaviza su aspecto. Bajo su ojo izquierdo tiene una cicatriz de unos tres centímetros que le hace parecer más cansado. Otra cicatriz le cruza el puente de la nariz y otras dos le atraviesan el labio inferior de arriba abajo en el lado derecho, casi parecen unos *piercings*. Las hendiduras de sus mejillas están marcadas por los músculos que definen sus huesos. Es, sin lugar a dudas, el hombre más guapo que he visto.

Vuelvo en mí al recordar que los civiles no se tomarán a bien que

les haga un perfil rápido, que es para lo que estoy entrenada.

Respiro hondo y, despacio, suelto el aire.

—Gracias —digo, lo más natural que me sale, antes de sentarme en el asiento del centro. No me responde y deja caer la cabeza hacia atrás en el asiento. Lo miro de reojo y veo que lleva unos cascos con cancelación de ruido debajo de la capucha. No le doy vueltas al pequeño encuentro, ya que lo único que quiero es que este vuelo acabe para poder dormir antes de que empiece la pesadilla de mañana. El chico del asiento de la ventanilla me dedica una sonrisa que dura muy poco y me tiende mi bolsa.

—Lo siento —murmuro, sin molestarme en mirar más allá de sus labios.

Me pongo mis propios cascos con cancelación de ruido y coloco la bolsa debajo del asiento antes de ponerme cómoda. Bueno, todo lo cómoda que puede ponerse una en un avión. Odio viajar, siempre lo he odiado y siempre lo odiaré. La ansiedad solía correr por mis venas cuando me subía a un avión, pero me han entrenado para quitarme el miedo.

Es un vuelo de seis horas hasta California. En algún momento me quedo dormida y me despiertan las turbulencias.

Me pongo alerta enseguida, pero entonces me doy cuenta de que no estoy en un helicóptero. Cualquier ruido de remaches en el aire me pone en tensión. Me he acostumbrado a tener el sueño ligero. Levanto la cabeza, miro a mi alrededor con rapidez y me pongo los cascos alrededor del cuello mientras parpadeo varias veces para quitarme el sueño de la siestecilla. Me doy cuenta de que todo el mundo está leyendo en silencio, viendo una película o durmiendo.

Tranquila, me vuelvo hacia el pasajero de la ventanilla que tengo al lado. Me mira con una expresión curiosa. Mis ojos se abren de par en par al mirarlo. Hay poca luz, pero incluso si estuviera todo a oscuras, podría decir que es guapo y, un momento… juraría que

estaba sentado en el asiento del pasillo antes de dormirme. El pelo negro asoma por debajo del borde de su gorro gris oscuro, a juego con sus cejas oscuras. Tiene los ojos de un azul más oscuro y suave que antes.

Pero no tiene ninguna cicatriz debajo del ojo izquierdo, ni cruzándole la nariz ni en el labio inferior.

—Perdona, pero ¿tú no estabas sentado en el asiento del pasillo? —le pregunto, dudosa. No parece que sea el tipo más agradable del mundo, así que me sorprendo cuando deja a un lado la mirada analítica y me regala una pequeña sonrisa.

—Nop. Ese era mi hermano gemelo —responde, como si nada. Tiene una voz ronca y agradable. Ni muy aguda ni muy grave, en un punto medio perfecto.

Me sorprende su encanto y tardo un segundo en ordenar mis pensamientos.

—Ah. —Frunzo el ceño y parece que eso le hace gracia. ¿Gemelos? Sus ojos bajan hasta mis labios y luego vuelven a mi mirada. ¿Es modelo? Podría serlo. Me muero de ganas de hacerle preguntas que normalmente no haría. Hay algo en esa sonrisa burlona que me tienta. «Me recuerda al sargento Jenkins». Aparto ese pensamiento enseguida; pensar en Jenkins solo hace que me duela muchísimo el corazón.

—Sí, a diferencia de mí, no es muy hablador. —Me guiña un ojo—. Esa turbulencia te ha asustado, ¿eh? Te quedaste dormida con la cabeza apoyada en mi hombro. —Se ríe, y mi tristeza se disipa un poco.

Un momento… ¿Que yo qué?

Me pongo roja y me alejo de él todo lo que puedo en mi asiento, avergonzada, porque me noto demasiado cerca de él. Pero no hay escapatoria; nuestros muslos están, literalmente, rozándose.

Tierra, trágame.

—Lo siento mucho.

Se ríe un poco y se encoge de hombros.

—No pasa nada, es solo que no me lo esperaba. Tienes que estar cansada de viajar. ¿Cuál es tu destino final? —El corazón se me acelera al ver la sonrisa juvenil que me dedica. Tiene las pestañas largas y tupidas, lo que hace que esos ojos oceánicos sean aún más irresistibles. Parece que tiene unos veintitantos.

—No creo que se pueda decir «destino final» en un avión —le respondo devolviéndole un poco de encanto con la referencia cinematográfica y dejo escapar una risita—. Voy a Coronado, California. ¿Tú?

Se mueve en su asiento para mirarme más de frente mientras sonríe con picardía por mi comentario.

—La verdad es que yo también. Viajo mucho por trabajo, así que estoy acostumbrado a los vuelos largos.

Asiento, pensándomelo mejor antes de mencionar que me pasa lo mismo.

—Eren —murmura, tomándose mi pausa como que no quiero responder.

—¿Eh? —Vuelvo a mirarle y me dedica otra sonrisa.

—Me llamo Eren.

—Oh. Encantada de conocerte, Eren. Yo soy Nellie. —Utilizo mi apodo en lugar de mi nombre. Le ofrezco la mano con timidez. ¿La gente aún se da la mano? Estoy acostumbrada a los saludos militares. Aquí, en la vida civil, todo me parece surrealista.

No he tenido tiempo de familiarizarme con la sociedad. Le mostré al mundo mi cara más auténtica cuando me quedé huérfana a los quince años. Fue cuando la organización militar secreta me echó el guante; han pasado diez años desde entonces.

Así es como una llega a formar parte de la élite de las máquinas de matar. Las fuerzas oscuras se llevan a gente como yo, gente que

hizo algo horrible, y nos utilizan en lugar de meternos en la cárcel. No existimos, no sobre el papel. La gente que conocíamos nos ha olvidado hace tiempo.

Solo soy un arma. Un perro rabioso que huye de un disparo mortal inevitable.

Es, quizás, el secreto más oscuro del gobierno, la parte oculta de las fuerzas especiales que hace el trabajo sucio con el que no quieren mancharse las manos. Antiterrorismo, guerras en el extranjero, redadas en el mercado negro de armas. Nos envían para pararlo todo y no nos dan ni una pizca de crédito por ello.

En resumen, somos escuadrones suicidas. Los generales solo quieren asegurarse de que cumplimos las misiones. No les importamos una mierda.

Eren acepta mi mano y me da un ligero apretón.

—Lo mismo digo —responde.

Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y me observa. Sus ojos, implacables, se me clavan y me desafían a apartar la mirada. Soy el tipo de persona que no puede mantener el contacto visual durante más de unos segundos, pero con él no siento la necesidad de desviar la vista. Busca algo en mis ojos, me estudia de cerca.

—Muy bonitos los tatuajes del cuello —aprecia con una sonrisa.

Me llevo la mano al cuello.

—Gracias, dolió a rabiar cuando me los hice.

—Tiene pinta, pero son increíbles. ¿Tienes a alguien esperándote en California? —pregunta con descaro.

Niego con la cabeza. Estoy segura de que puede ver el rubor en mis mejillas.

—Nop, solo trabajo. Nadie me espera allí.

«Ni en ningún otro sitio».

Eren arquea una ceja y ladea la cabeza.

—Eres demasiado guapa para no tener a nadie especial. —El niño

que va sentado detrás de nosotros me da una patada en el asiento y yo parpadeo como una idiota al oír sus palabras.

¿Piensa que soy guapa? Al estar en la milicia, los únicos comentarios que recibo de los hombres son «tienes buen culo», «te follaba», «me encanta el pelo largo y oscuro para tirar de él» y «tienes unos buenos labios para chupar pollas». Pero luego estaba Jenkins y, aunque no me dijo ni una sola vez que era guapa, se aseguró de que lo supiera con sus miradas robadas y sus besos apasionados.

Pero cuando pienso en el sargento Jenkins, solo recuerdo la sangre derramada de aquella última noche. Después de verlo como lo vi en la Patagonia, es difícil recordar su bonito pelo rubio y aquella rara sonrisa que esbozaba solo para mí.

Parpadeo para ahuyentar las llamas que lamen mis recuerdos.

—¿Y tú? —pregunto. Estoy segura de que Eren tiene familia o al menos una mujer. Mientras lo pienso, mi mirada se desliza hacia su mano. «No hay alianza».

—No. Las relaciones no son lo mío.

Eso despierta mi interés. ¿Es militar? Tiene que notar mi mirada curiosa porque esboza una sonrisa.

—Estoy en el ejército —admite. Me doy cuenta de que no quiere hablar mucho del tema, así que no insisto. Tampoco menciono que yo soy una asesina entrenada. Se supone que tengo que ser discreta con el escuadrón al que me uno, así que lo mantengo lejos de la conversación. Pero pensar en ello me recuerda el infierno al que me dirijo. *Escuadrón Malum*. El equipo de las fuerzas oscuras al que envían cuando no pueden mandar a ninguno de los otros escuadrones suicidas. Malum, que jodió a Riøt cuando no se presentaron en el puesto de control antes de que la cosa se pusiera fea en la Patagonia.

—Gracias por su servicio, señor —digo, burlona. Sus ojos se abren

con un destello de interés que tira de sus labios. Él no es alguien con quien me encontraría en la base, ¿verdad? Lo dudo. Normalmente, no ligaría con compañeros de servicio porque siempre acaba mal, pero los tipos con los que trabajo no suelen ser modélicos. Son unos depravados y unos asesinos, como yo.

«Creo que tiene las manos limpias». Además, es imposible que esté en las fuerzas oscuras. No tiene la frialdad necesaria.

Eren se ríe y niega con la cabeza.

—No soy más que un oficial de bajo rango. Oh, mira, Bradshaw está despierto —murmura, mirando detrás de mí. Sigo su ejemplo y me fijo en el hombre que tengo al otro lado, al otro muslo que hace presión contra el mío. Me encuentro de nuevo con esos ojos azul hielo y esa intimidante cicatriz bajo su ojo izquierdo. La marca le llega hasta el párpado inferior, pero no parece afectarle en absoluto. «Tiene suerte de haber esquivado un cuchillo así de cerca».

Jenkins no tuvo tanta suerte. Me estremezco al recordar la sangre que le brotó del pecho. Cierro los puños sobre mis muslos y trato de alejar las últimas imágenes que tengo de él. Debería recordarlo como el soldado que era, no con el aspecto que tenía cuando lo abandoné en el campo de batalla. Me dijo que lo dejara allí y lo hice. Seguí sus últimas órdenes.

Eso es lo que más me atormenta, la compresión que iluminó sus ojos en el momento en que se dio cuenta de que iba a dejarlo allí, tal y como me había ordenado. Apretó los dientes en señal de aceptación y sonrió.

El dolor nunca cesará, solo va en aumento.

Obligo a mis dedos a abrirse.

Bradshaw me mira sereno con su fría expresión intacta. El desinterés que irradia este tipo es increíble. Son gemelos, no hay duda, pero ahora que los veo a ambos de cerca, sus ojos son de diferentes tonos de azul y sus personalidades no podrían ser más

opuestas. Son como el fuego y el hielo.

—Nellie. —Le ofrezco la mano para estrechársela como he hecho con Eren, pero Bradshaw se limita a contemplarme con la misma mirada indiferente. Ni siquiera parece tentado a estrechármela. «Joder, ¿qué le pasa a este chico?».

Eren me da un empujoncito en el hombro.

—Es un idiota con todo el mundo, no te lo tomes como algo personal. — Bradshaw no contesta ni parece ofendido. Se limita a ponerse los cascos otra vez y a cerrar los ojos. Tiene las pestañas largas que realzan su piel pálida. Me quedo mirándolo un rato más de lo que debería. Admiro sus rasgos etéreos antes de volver a prestar atención a Eren, que sonríe—. ¿Quieres venir con nosotros a tomar unas copas esta noche? ¿O tienes que ir a algún sitio?

¿Está invitándome a salir? Noto un cosquilleo en el pecho. En realidad, solo hay una persona con la que me preocupa encontrarme antes de mañana. Le llaman Bones. Se rumorea que es la persona más cruel de las fuerzas oscuras. Al parecer, le gusta romper cajas torácicas y arrancarle el corazón a la gente, literalmente. A veces hasta los huesos. De ahí el inquietante nombre en clave que tiene.

Por desgracia, es mi compañero en Malum y no sé cómo voy a sobrevivir.

Pero Eren no es él. Estoy segura. Y si voy a ser una desgraciada durante el próximo mes, ¿por qué no divertirme un poco?

Le devuelvo la sonrisa.

—Vale, pero no puedo quedarme hasta muy tarde. Tengo que madrugar mañana para un compromiso —digo lo más despreocupada que puedo. Las venas se me llenan de adrenalina al pensar en salir en mi última noche libre. Con suerte, con Eren apuntándose a una aventura de una noche.

Su sonrisa es criminal.

—No se me ocurriría tener a algo tan dulce como tú por ahí hasta

muy tarde.



El bar resulta ser un club nocturno en toda regla. No de esos cutres de las ciudades pequeñas, sino de los que tienen porteros en la entrada que comprueban las reservas y las listas.

Pago al conductor del Uber y observo el edificio. La música está tan alta que hasta cuesta oír las conversaciones del exterior. «¿Debería volver al hotel?». Me lo planteo, pero Eren me está esperando y me llama.

Los *leggings* y la camiseta de algodón ceñida que llevaba en el avión me parecían apropiados para un bar, pero ahora siento que destaco entre las otras jóvenes que llevan camisetas con la barriga al aire y pantalones muy cortos. De todas formas, no tengo nada así. He hecho una maleta con poco equipaje; no tengo más de tres conjuntos de ropa de calle. El viaje hasta aquí ha sido mi primera vez fuera de la base en meses. Los miembros de las fuerzas oscuras no somos lo que se dice personas libres. Estamos a medio camino entre criminales y sabuesos del ejército.

Eren se reúne conmigo en el bordillo de la acera.

—Ahí estás. Pensé que huirías si no estaba aquí para evitarlo. —Me guiña un ojo y lo único que consigo hacer es sonreír con torpeza.

—Se me pasó por la cabeza.

Se ríe entre dientes y me lleva directamente a la entrada. Echo un vistazo a la cola de gente enfadada que espera para entrar, su impaciencia y rabia son palpables. Yo también odio que la gente se cuele. El portero me mira mal, pero Eren le hace un gesto con la cabeza y me deja pasar sin problemas.

Basándome en su aspecto, no me imaginaba a Eren como alguien que frecuentase clubs.

—¿Has estado aquí antes? —me pregunta con calma, pasándome un brazo por los hombros. Un escalofrío me recorre la espalda y el corazón me late más deprisa. Niego con la cabeza y él sonríe.

—Prepárate para pasar una noche inolvidable.

Entramos en la planta principal del club. Está oscuro y cuesta distinguir las caras de los demás. Las luces azules y moradas parpadean al ritmo de la música y la emoción me recorre las venas. El vapor se arremolina en el aire cuando las luces atraviesan las sombras y me invade el inconfundible olor del alcohol.

No había estado en un sitio así desde que tenía veintidós años, pero esto es mucho mucho más guay.

Eren me sonríe, claramente satisfecho consigo mismo al ver mi asombro.

—Voy a por unas copas —dice, levantando la voz.

—Tráeme una lata sin abrir —grito por encima de la música. Una mirada malvada se dibuja en su rostro.

—Chica lista. —Me guiña un ojo y desaparece entre la multitud que se arremolina alrededor del bar.

Me río y niego con la cabeza, preguntándome cómo acabará esta noche. Tener una aventura de una noche no sería la peor idea del mundo para desconectar del miedo que me da mañana. Eren parece el tipo de hombre al que se le da bien pasar un buen rato. En nuestra profesión, eso no es algo negativo. Nuestras vidas son efímeras en el mejor de los casos y siempre estamos de un lado para otro. Pero en mi caso, no existo; no podría tener una relación aunque quisiera.

Parece que Eren tardará un rato. Entrecierro los ojos al verle intentar llamar la atención del camarero, pero hay tanta gente gritando y agitando sus tarjetas de crédito que tengo poca fe en que vuelva pronto. Recorro el mar de gente que baila al ritmo de la música en la pista. Están en el centro del local y hay asientos en los

extremos para descansar y tomar algo. Cada vibración de la música retumba tan fuerte que reverbera dentro de mí. Sonrío para mis adentros y me abro paso entre el calor de los cuerpos ebrios y sudorosos, donde estoy segura de que nadie me verá pasándomelo como nunca.

Estar en un lugar donde nadie te conoce es una sensación muy diferente. Nadie puede juzgarte por soltarte.

Llevo bailando más de diez minutos con movimientos desenfadados cuando una versión remix de *Hey Mama* de David Guetta suena y todo el mundo suelta chillidos de emoción. La sensación es estimulante y el corazón me late con fuerza. Dejo que mi cuerpo siga su entusiasmo y me muevo al ritmo del bajo, moviendo las caderas al compás de la canción.

Tengo los ojos entrecerrados, la barbilla inclinada hacia arriba y miro por casualidad a la pared más alejada del club. Veo a Bradshaw contra ella. Tiene los brazos cruzados y va vestido de negro, con la capucha puesta. Un destello de luz violeta lo ilumina un segundo y deja ver que sus fríos ojos están clavados en mí, como si me hubiera estado observando todo el tiempo. Antes no vi bien los tatuajes que tiene en el cuello, pero con la luz iluminándole es imposible no fijarse en la tinta que recorre y marca la perfecta línea de su mandíbula.

Hay algo en la forma en que me mira, es como un hombre muerto de hambre que está contemplando una atrocidad. No hace falta que me diga que no está pensando en nada bueno.

Este chico hace que salten todas mis alarmas, pero no puedo apartar la mirada. Me fascina, incluso me asusta; a mí, que puedo matar a un hombre en cinco segundos.

Su mirada me hiela la sangre, pero no dejo de bailar. Le sostengo la mirada unos segundos para hacerle saber que no me afecta antes de obligarme a apartarla como si no me fascinara.

«¿Cómo he podido olvidarme del gemelo loco?». Me reprendo y pongo los ojos en blanco. Me niego a hacerle saber que me afecta la forma en que me observa con atención. Mi madre siempre decía que me gustaban los chicos malos. Dudo que supiera que de mayor me gustarían los que está claro que tienen problemas psicológicos. Esos de los que no le hablas a Dios cuando rezas en la iglesia para que te perdone por tus pecados, los que tienen historias oscuras y un pasado difícil.

Curiosa y tal vez un poco provocadora, vuelvo a levantar las pestañas hacia él, despacio, y lo veo mirándome fijamente. Su descaro me provoca una oleada de calor. No le importa que le esté devolviendo la mirada. No parece inmutarse lo más mínimo mientras yo sigo bailando, sin dejar que me intimide, moviendo las caderas y levantando las manos por encima de la cabeza como todo el mundo, pero noto que aprieta los dedos que tiene alrededor del brazo y que se muerde el labio inferior con los dientes.

Oh. Parece ser que, después de todo, sus muros no son tan impenetrables.

Mientras sigo bailando, alguien se me acerca por detrás y me pasa las yemas de los dedos por las caderas en una pregunta silenciosa. Sonrío y respondo inclinándome hacia ellos y apretando el culo contra una erección.

Sí, hacía tiempo que no estaba en un club como este. Donde el aire está cargado de lujuria y alcohol. Donde los desconocidos te tocan con la esperanza de que les dejes hacerlo.

Mi nueva pareja de baile responde enseguida moviéndose al ritmo de mis caderas. Me entierra las yemas de los dedos en la cintura mientras nos balanceamos; su respiración se vuelve más entrecortada con cada compás de la canción. Me olvido de mí misma un segundo, dejo que mi espalda se apoye en un cuerpo fuerte y disfruto del olor a colonia que me inunda la nariz.

Vuelvo a mirar hacia donde está Bradshaw, pero ya no está allí. No me preocupa mucho por la erección que me está rozando el culo, pero no tengo que preguntarme a dónde ha ido durante mucho tiempo.

—Eh, ¿qué haces? —suelta, furioso, el hombre que tengo detrás. Su cuerpo se separa del mío con rapidez y el aire frío me pone de mal humor al instante.

La música está alta y en ese momento tengo el corazón acelerado. Me giro y veo a Bradshaw empujando a un lado al chico con el que estaba bailando. Parece como si quisiera devolverle el empujón a Bradshaw, pero echa un vistazo a esa complexión tan intimidante que tiene y se conforma con maldecir y volver a caminar entre la multitud.

—¿A ti qué te pasa? —espeto, con el ceño fruncido.

Bradshaw vuelve a mirarme con la misma frialdad, pero ahora hay un cierto interés.

—Que tú estás aquí con nosotros. —Es la primera vez que habla y, por un segundo, todo se queda en silencio. Oigo su voz en mi cabeza, fuerte aunque no haya gritado. Quiero volver a oírla.

Trago saliva y decido dejarlo estar, sin saber cuáles son exactamente sus intenciones.

Empieza la siguiente canción, es una versión remix de *Summertime Sadness* de Lana Del Rey. Continúo bailando y no aparto la mirada de Bradshaw. Sus ojos azul hielo parpadean con las luces intermitentes. Sus fosas nasales se ensanchan y aprieta la mandíbula.

Me doy la vuelta para evitar su mirada penetrante, dejando que mi cuerpo vuelva a encontrar el ritmo. «Dios, espero que Eren se dé prisa con esas bebidas».

Unas manos callosas se deslizan por mis caderas. No tengo que girarme para saber que pertenecen a Bradshaw. Son firmes y exigentes, tan fuertes como parece ser él, pero más sensuales que

las de cualquiera que haya conocido hasta ahora. Tal vez sea la crueldad que hay detrás de ellas o la intensidad de su agarre, pero el calor me inunda todo el cuerpo cuando me clava los dedos en la piel.

Mi cuerpo traidor se funde de forma instintiva contra su pecho duro. Me sorprende gratamente la musculatura que noto bajo la sudadera. ¿Es militar como su hermano? Aprieto el culo contra él y sonrío cuando noto que está empalmado.

Mantiene una mano en mis caderas en movimiento mientras mete un dedo por debajo de mi camiseta, rozándome la piel del vientre como si me pidiera permiso. Empieza a costarme mantener la sonrisa por el roce. Deslizo la mano hasta la suya y la subo un poco más para que sepa que me parece bien que explore.

Bradshaw suelta una risita oscura, apenas lo bastante alta como para que la oiga. Es un sonido tan voraz que tengo que apretar los muslos para contener la necesidad.

«Joder. ¿Quién es este chico?».

CAPÍTULO 2

NELL

Me pierdo en este rato con él. Bailamos como si nuestros cuerpos se conocieran desde hace años. Su aroma me envuelve y lo respiro. Huele como al frescor del bosque por la mañana, antes de que se disipe la niebla.

Su boca se acerca a mi hombro y me muerdo el labio inferior para contener los pensamientos que retumban en mi cabeza. «Fóllatelo, es tu última noche en Dios sabe cuánto tiempo».

Al comenzar la siguiente canción, Eren vuelve a aparecer con dos bebidas en mano. Nos sonríe con picardía. Me sorprende que parezca más entretenido que celoso al vernos bailando. Dejo de bailar y la vergüenza se extiende por mis mejillas.

Eren me da el refresco en lata, sin abrir como había prometido, y le da un largo sorbo al suyo.

—¿Tienes a Bradshaw aquí bailando contigo? —pregunta—. Joder, ¿qué le has hecho, agarrarle de la polla o algo? —Bradshaw no se ríe. Yo tampoco. Eren se ríe de su propia broma por nosotros.

—¿Te parece bien que bailemos juntos? Estaba…

Eren me interrumpe.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, tenía la esperanza de que acabarais follando esta noche. —Me lanza una sonrisa socarrona. «¿Por qué me siento utilizada?». Se suponía que era yo la que iba a

usarlo a él. Frunce el ceño al ver la preocupación que me nubla los ojos—. Ha tenido una mala racha con las mujeres… ya sabes, porque es un imbécil. Pensé que vosotros dos podríais entenderos. —Lo dice de una forma tan inocente que no puedo enfadarme. No cuando tienen la misma cara, que es preciosa. ¿Por qué debería importarme lo que hay debajo de eso?

—No me digas. Debería intentar no ser tan espeluznante —respondo. Los dedos de Bradshaw se clavan en mis caderas por el comentario. Le miro por encima del hombro. Desvía la mirada hacia mí un segundo, con intenciones ilegibles, antes de volver a mirar a su hermano.

Al principio iba detrás de Eren, pero mentiría si dijera que no me interesa más Bradshaw. Tiene secretos y demonios escondiéndose detrás de esa expresión de desalmado que lleva. Tiene oculto algo estropeado y roto.

Suspiro mientras abro mi refresco y me lo bebo de un trago. Bradshaw se pone al lado de su hermano e intercambian unas palabras. Sin embargo, no consigo saber lo que dicen con el ruido de la música. Luego miran perplejos la lata vacía que aplasto entre las manos.

—¿Qué? ¿Esperabais que me la bebiese a sorbos? —Me niego a avergonzarme de mis dotes con la bebida.

Eren se ríe y le da una palmada en la espalda a Bradshaw.

—Vosotros dos seguid con lo vuestro y salid de aquí. Estoy seguro de que no tardaré en irme. —Nos guiña un ojo. El corazón me late con fuerza en los oídos cuando hago contacto visual con Bradshaw.

—¿Nos vamos? —pregunto a nadie en particular. La aventura de una noche que quería se ve prometedora, pero con el hermano psicópata en lugar de con el chico con el que pensé que la tendría.

Bradshaw asiente con la cabeza y Eren me da un beso en la frente antes de despedirse de nosotros. «Espera». Bradshaw me guía hasta

la entrada del club, donde la música no está tan alta, antes de que empiece a ir más despacio.

Me mira, inquisitivo. La frialdad de sus ojos se ha disipado y me pregunto si es porque ambos sabemos hacia dónde va esta noche.

—Vamos a mi hotel —digo, atrevida. Además, voy a hacer que se registre en recepción conmigo antes de subir. Nunca se es demasiado precavida. He visto suficientes series de crímenes reales como para volver paranoica a cualquier persona en su sano juicio, aunque esté entrenada para matar a un hombre de más maneras de las que nadie tiene derecho a saber. Bradshaw es uno de esos casos raros que me ponen nerviosa.

Es la primera vez que sonríe y es un espectáculo para la vista. De algún modo, también le hace más misterioso.

—Vale —dice Bradshaw y vuelve a mostrarme esa sonrisa perezosa. «Joder». Es el tipo de chico por el que me tomaría tres días de vacaciones solo para follar durante setenta y dos horas seguidas.

Me pongo roja cuando me toma de la mano y nos guía fuera del club. Me lleva al aparcamiento, que está a oscuras, antes de subirse a una motocicleta deportiva. Me obligo a mantener pequeña la sonrisa que quiere florecer en mis labios. «Desde luego, está lleno de sorpresas». Bradshaw me entrega su casco y yo enarco una ceja.

—Póntelo tú —dice tajante, casi molesto por que me preocupe de que él no lleve uno.

Imbécil. Me pongo el casco y me siento detrás de él, rodeo su ancho torso con los brazos y entrelazo las manos. No es la primera vez que monto en moto, pero noto el mismo cosquilleo que sentí en el pecho la primera vez cuando es Bradshaw quien conduce. Arranca a una velocidad de locos, quizá intentando asustarme, pero yo me limito a sonreír y dejo que mi cabeza se apoye en su espalda.

La certeza de que esta podría ser mi última experiencia con el

placer me llena de miedo. Pero, joder, haré que sea inolvidable. No había estado tan cachonda desde que el sargento Jenkins me acorraló contra una de las duchas cuando me trasladaron a Riøt.

Nos registramos en la recepción del hotel y subimos a mi habitación sin hablar. Su falta de conversación hace que se me erice el vello de la nuca. Noto el calor de su mirada mientras paso la llave por la puerta de mi habitación.

Dejo la cartera en la mesa de la entrada y, por un instante, pienso en lo estúpido que podría ser eso. Es cierto que nunca he follado con un desconocido. Pero sus manos me acarician el vientre y disipan cualquier duda que pudiera tener mientras me empuja contra su ancho pecho. Abro los ojos de par en par. Ya se ha quitado la sudadera y lo único que oculta esos abdominales es una camiseta fina. Agacha la cabeza y me roza la clavícula con los labios. Noto su aliento cálido contra la piel.

Me gira para que esté de cara a su pecho y baja la cabeza hacia la mía para besarme. Abro la boca para decir algo en lugar de ir directamente al grano, pero él suelta un suspiro y me lanza una mirada mordaz. Así de cerca, sus cicatrices se ven más claras, definidas y rojas. Son recientes. Tal vez de hace un año. Dos, como mucho.

—No estoy aquí para conocerte. —Habla con dureza. Distante.

—Ah… lo siento. No suelo hacer esto… —Dejo de hablar y miro hacia abajo. El calor me recorre las venas por la vergüenza. Es brutal.

Bradshaw inclina la cabeza y me levanta la barbilla, mirándome fijamente a los ojos con frialdad, como si fuera una comida que quisiera devorar y acabar de una vez. Le miro las orejas, donde tiene dos pendientes negros en el centro de cada una.

—Yo te guío —dice con calma, y acerca sus labios a los míos.

En contraste con su personalidad, sus labios son los más suaves

que he besado nunca. Su fresco aroma a bosque cae sobre mí y enseguida me siento absorbida por este momento con él.

No es uno de esos besos románticos con los que sueña la gente. Es apasionado y hambriento. Bradshaw me guía hasta la cama y me tumba sobre las sábanas. Profundiza su despiadada persecución y nuestras lenguas se encuentran de forma agresiva. Sus dientes no se quedan atrás. Gimo cuando me muerde el labio inferior.

Se separa de mí y se levanta, se quita la camiseta y la tira al suelo. Le miro con los ojos entornados y admiro la nitidez de su cuerpo. Hay muchas cicatrices que recorren cada hendidura, lo que me hace estar segura de que él también está en el ejército. Las marcas largas son de cuchillos KA-BAR, cosa que deduzco por la gravedad de las cicatrices. Los agujeros de bala le han dejado marcas en la piel. Quiero preguntarle por ellas. Quiero oír su historia, pero está claro que no quiere hablar de ello y seguramente sea lo mejor. De todas formas, mañana me iré. Así que lo admiro en silencio y dejo que sus movimientos se lleven mis pensamientos.

Bradshaw me mira fijamente mientras se quita los pantalones despacio. Me llevo las manos a la cintura, pero él me detiene.

—Me gusta hacerlo yo —confiesa con una sonrisa oscura.

Trago saliva, intentando mantener la calma cuando estoy de todo menos tranquila. La necesidad que me recorre por dentro es suficiente para que me retuerza, pero me gusta el ritmo lento que impone. Le gusta tener el control y está claro que hay algo depravado en mí que lo encuentra erótico.

Deja su polla al aire y tira un condón sobre las sábanas para cuando estemos listos.

Me quedo mirando su enorme tamaño. No esperaba menos, la verdad. Por alguna razón, los idiotas siempre están bien dotados.

Ahora, Bradshaw se centra en mí, me levanta la camiseta despacio y me besa desde el estómago hasta el pecho. Me desabrocha el

sujetador y me lo quita por encima de la cabeza junto con la camiseta. Después me quita los *leggings* y la ropa interior con facilidad. Mis pezones se endurecen por el frío. Baja sus labios a uno mientras acaricia el otro con delicadeza.

Me retuerzo debajo de él mientras me acaricia una teta y me pasa la lengua por ella sin piedad. Recorre mi humedad con la polla, provocándome y tocándome hasta que mis uñas se clavan en su espalda. Suelta un gruñido cuando baja la mano y me dibuja círculos en el clítoris con dos dedos. Mi espalda se arquea y él me estrecha más contra su pecho, respirando con dificultad y llenándome el cuello de besos.

Mueve las caderas con suavidad, restregando su polla contra mi vientre y empapándome la piel de líquido preseminal. «Dios mío». Alarga la mano por detrás de mí y agarra el condón, se lo coloca entre los dientes y lo abre despacio, mirándome a los ojos, impasible.

Y ya está, así de fácil: con eso ha hecho que los condones se vuelvan algo sexi.

Bradshaw se lo pone en la polla empalmada y me sonríe al meterme dos dedos. Gimo por la intrusión mientras me toca las paredes internas y me acaricia el punto G, y sonríe cuando le suplico que no pare. Saca los dedos antes de que mi orgasmo vaya a más y me enseña la prueba de mi excitación.

—¿Ves lo mojada que estás por un desconocido? Qué chica más buena. ¿También vas a gritar para mí? Me gustaría que lo hicieras —susurra, pero su voz no es tranquilizadora. Es sexi y aterradora. Dominante.

«¿Quién coño es este tío?», vuelvo a preguntarme.

Me acerca la punta a la entrada y empieza a provocarme, metiéndome solo el glande antes de sacarla. Noto cómo me dilato para él; cada embestida es cada vez más profunda.

Gimo, y el sonido atrae de nuevo su atención hacia mis labios.

—Me gusta duro —susurra al acercarse a mí. Frunce el ceño, concentrado, y sus embestidas son tan dolorosamente lentas que mis caderas se mueven por voluntad propia, intentando que me penetre más hondo.

Sus palabras me hacen temblar y asiento con la cabeza, perdida en el placer.

Noto su sonrisa en mis labios y suelto un grito ahogado cuando me pone de lado. Se queda de rodillas y se acomoda entre mis muslos. Me sube la pierna derecha en vertical, pegada a su pecho. Menos mal que soy flexible o esto me habría dolido. Su sonrisa cruel me dice que está pensando lo mismo.

—Joder, tu cuerpo es perfecto.

Me rodea el muslo con una mano y me aprieta la cintura con la otra. Luego me penetra sin piedad. Mi grito es instantáneo y tengo que ahogarlo llevándome la mano a los labios. Pero los gemidos son igual de fuertes. Bradshaw solo deja escapar unos pequeños gruñidos mientras me folla más duro de lo que lo han hecho nunca. Sus músculos se flexionan y trabajan sin esfuerzo. Es un dios de carne y hueso.

Esos ojos despiadados me miran sin pudor, disfrutando del vaivén de mi expresión entre el placer y el dolor. Se detiene un segundo, me tumba boca abajo y vuelve a meterse en mi interior antes de pasarme una mano por el brazo y rodearme la muñeca con los dedos. Gimo cuando mueve las caderas y me penetra. Me llena hasta el fondo, hasta lo más profundo de mi abdomen, y me siento de puta madre.

Me siento tan bien que apenas me doy cuenta de que tira de mi muñeca por encima de mi cabeza, me la sujeta contra las sábanas y me rodea el cuello con la otra mano. Jadeo y, por un momento, me sobresalto porque me está dominando por completo, pero me

embiste y enseguida se me escapa un grito de placer.

Me penetra con más fuerza hasta que estamos al mismo nivel y sus embestidas se ralentizan, sacándomela antes de volver a penetrarme hasta el fondo con la fuerza suficiente para hacerme gritar una y otra vez hasta que pongo los ojos en blanco. Me hace jadear y gritar como si fuera la primera vez que me follan.

—¡Dios mío! —exclamo cuando me tiemblan las caderas y me corro sobre su polla. No para. Mi siguiente orgasmo ya está en camino. No sé cuánto más podré aguantar.

Bradshaw me sube la mano por la garganta hasta la boca, me mete dos dedos entre los labios y me respira en la oreja.

—¿De qué Dios hablas? Esta noche solo gritas y gimes para mí. No hay Dios que sea testigo de lo que te estoy haciendo. —Cierro los ojos al escuchar sus palabras y le chupo los dedos.

Se ríe y me penetra con más fuerza. Vuelvo a gritar, agarro las sábanas con los puños y le muerdo los dedos. Gime y me saca la mano de la boca, baja por mi mandíbula y me echa la cabeza hacia atrás para poder besarme. Me mete la lengua en la boca y me consume. Nuestros alientos calientes se entremezclan mientras nos devoramos el uno al otro. Sus embestidas son cada vez más rápidas y su respiración, más agitada. Todo mi cuerpo se estremece al sentir el orgasmo que me recorre la piel como si fuera fuego.

Me aferro a las sábanas cuando él se corre unos segundos después, apretando sus caderas contra las mías con más fuerza y rodeándome el pecho con los brazos mientras su polla hinchada palpita en mi interior. Está pegado al cuello de mi útero y se mueve con cada sacudida. Nunca me había sentido tan llena y saciada. Aprieta los dientes y gruñe un par de veces más antes de que su cuerpo se relaje sobre el mío.

Nuestras respiraciones se calman y él nos pone de lado. Me estrecha contra su pecho, con la polla aún dentro de mí. Me

sorprendería que el condón no se hubiera roto durante este polvo salvaje. No suelo ser de abrazos tiernos —Jenkins era el único que podía abrazarme—, pero como me estoy regalando esta última noche de placer, cierro los ojos y lo disfruto como lo que es.

Bradshaw deja que su pulgar me roce un par de veces el costado con largas y perezosas caricias antes de darme un beso en el hombro. Me saca la polla despacio y me quedo vacía. Quiero hablar con él y conocerlo, aunque solo sea un poco, pero una mirada a sus frías facciones hace que me calle. Vuelve a tener ese aire distante, es como si le hubiera dado a un interruptor.

«Hicimos lo que hemos venido a hacer». Está escrito en su cara.

Así es. Consigo poner mi cerebro en el mismo modo.

Le ofrezco una sonrisa genuina cuando me levanto para pasar junto a él de camino al baño.

—Has sido un buen polvo. Puedes irte —digo con toda la determinación que puedo reunir. Prefiero ser yo la que sea fría a la hora de despedirme que él.

Milagrosamente, me contengo y no me giro a mirarlo una vez más. Nunca olvidaré esos ojos fríos y su cara de infarto. Las cicatrices que esconden un millón de preguntas e historias que nunca sabré.

Cierro la puerta del baño tras de mí y abro el grifo de la ducha, entrando en ella al ver el vapor que flota en el aire.

Ha sido una noche agradable. Mañana, volveré a ser una asesina. Me desharé de la piel de cordero y seré yo misma. «Hoy me he divertido», pienso mientras me enjabono. Da igual lo poco merecedora que me sienta de las cosas que me producen alegría. Me gustaría pensar que mis compañeros de escuadrón muertos me animarían a darme un último capricho antes de que me arrojen otra vez al barro y a la sangre.

La puerta chirría mientras me enjabono el pelo con champú. Me lavo la cara y me limpio los ojos antes de abrirlos. Noto un cosquilleo

en el estómago y se me escapa un pequeño jadeo.

Bradshaw está en la ducha conmigo, mirándome con unos ojos que no puedo leer.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunto, pero no sueno tan cruel como pretendía sonar.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y pone una mano en la pared detrás de mí.

—Nunca me habían echado y no me ha gustado.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Su sonrisa crece.

—Tengo que levantarme pronto, así que…

Se echa a reír y me sorprende. No creía que este hombre pudiera reír. Me llevo las manos a los costados al sentir el calor que me recorre solo con oír su risa ronca. Quizá porque, aunque es un desconocido, me doy cuenta de que es poco común. Es una risa que apenas usa.

—Ahí está otra vez. No me gusta.

Me giro para apartarme de él, pero me toma de la barbilla y acerca sus labios para darme un beso arrollador. Cuando se separa, sus ojos están llenos de curiosidad y estudia mi rostro con atención.

—Creía que no estabas aquí para conocerme —espeto, mordaz.

Se agacha y me pasa la lengua desde el centro de la garganta hasta los labios y me besa un par de veces.

—Pregúntame algo —murmura.

Siento una nueva oleada de calor entre los muslos. Dejo que me guíe hasta la pared mientras me pasa la lengua por la clavícula, saboreando mi piel húmeda y tocando cada centímetro de mi cuerpo con las manos.

—En realidad tenía un poco de hambre e iba a lavarme antes de ir al restaurante por el que pasamos al final de la calle —digo, reprimiendo un gruñido.

Bradshaw se echa hacia atrás y me observa, entrecerrando los

ojos como si no acabara de entenderme. Pero sonríe.

—Maldita sea. Rechazado otra vez —murmura y arquea una ceja —. ¿Quieres compañía?

Cedo.

—Vale.

CAPÍTULO 3

NELL

Bradshaw encaja con todo el ambiente de un restaurante veinticuatro horas. Su atuendo de color negro es lúgubre y vuelve a llevar la capucha puesta, donde debe estar.

Doy las gracias a la camarera cuando me trae una taza de café y unos huevos Benedict. Bradshaw pide un zumo de naranja y un burrito de los que sirven para desayunar.

Es la una de la madrugada. «Adiós a eso de irse a la cama pronto». Pero no me importa estar cansada mañana. Esta noche es mucho mucho mejor de lo que podría haber esperado. Hace dos años que no siento nada como esto. Y el anhelo de volver a cuidar de alguien me produce un dolor que aún no estoy dispuesta a superar. Disfrutaré de él todo el tiempo que pueda.

No nos hemos dirigido la palabra desde que llegamos. No deja de mirarme como si intentara entenderme. Por lo menos ya no me fulmina con la mirada.

Dejo caer dos azucarillos en mi taza y tres unidosis de leche falsa que dejan en cada mesa en un cuenco blanco. Bradshaw le da un mordisco a su burrito y cierra los ojos.

—¿Está bueno? —bromeo, cortando mis huevos, impaciente por compartir con él el placer de la comida.

Él asiente.

—El mejor burrito a la una de la mañana que me he comido nunca.

Me río.

—¿Cuántos te has comido?

Se encoje de hombros.

—Supongo que es el primero.

—¿Nunca has salido a comer algo de madrugada?

Niega con la cabeza, la falta de expresión vuelve poco a poco a sus ojos.

—Cuando era pequeño nunca me dejaban salir de casa de noche y me alisté joven. —Es breve.

Trago saliva. Lo sabía. «Evita el tema del trabajo».

—¿Por qué? ¿Vuestros padres eran estrictos con Eren y contigo? —pregunto antes de meterme comida en la boca. Cierro los ojos cuando la salsa holandesa se apodera de mis papilas gustativas. Esto está buenísimo.

Me mira y sonríe.

—Nos quedamos huérfanos muy jóvenes. Los padres de acogida dejaban que Eren hiciera lo que quisiera. A mí me tenían encerrado porque pensaban que haría daño a la gente si tenía la oportunidad.

Mi tenedor sigue en mi plato.

—¿Lo habrías hecho?

Bradshaw me estudia con curiosidad antes de responder.

—Puede ser. Siempre fui una especie de oveja descarriada.

«Yo también». Quiero admitirlo, pero las palabras mueren en mi boca.

—Mmm, que cosa más rara —comenta; la oscuridad florece en sus ojos azul claro.

—¿El que?

—Esta es la parte en la que se supone que me tienes miedo.

Le doy un trago al café antes de recorrer el local vacío con la

mirada. Mis ojos vuelven a él.

—No me das miedo. —Pero sí que me lo da, solo un poco.

Una expresión siniestra se apodera de su apuesto rostro y me recorre un escalofrío.

—Ah, ¿no? —Agarra su bebida y da un par de tragos. Su nuez se mueve un par de veces y odio lo mucho que la observo. Deja la bebida en la mesa y se relame los labios—. Entonces, ¿a qué le tiene miedo una chica como tú?

Intento pensar qué me asusta.

Me daba miedo perder a Jenkins y a mi escuadrón, pero eso ya ha sucedido.

—El mar. —Mi sonrisa es traviesa.

Esboza una sonrisa sarcástica.

—¿Va en serio?

Me río.

—¡Pues claro! A mucha gente le da miedo el mar. Es enorme de cojones y es muy fácil perder el control de las cosas allí fuera, en esas aguas tan inmensas. —Me estremezco con solo hablar de ello.

Bradshaw se inclina hacia adelante con un codo sobre la mesa y la barbilla apoyada en la palma de su mano. Mechones de pelo negro le cubren la frente y eso hace que sea aún más atractivo. Parpadea, mirándome como si mis palabras fueran interesantes y la satisfacción se dibuja en su sonrisa.

—¿Qué miras? —pregunto, molesta.

—A la mujer que teme al océano pero no a mí —bromea.

Entrecierro los ojos.

—Bueno, ¿a qué le tiene miedo un chico como tú? —Le doy un golpecito juguetón en el zapato. Podría estar en una película de época, flirteando con el hombre de mis sueños. Pienso en ello mientras lo observo dudar sobre si darme una respuesta—. ¿Y bien?

—No hay nada que me dé miedo.

—Y una mierda. —Mi empujoncito se convierte en una patada.

Me fulmina con la mirada antes de negar con la cabeza con otra de esas risas tranquilas.

—Vale, bien. Supongo que, si tuviera que decir algo, sería sobrevivir a mi gemelo.

Asiento con la cabeza.

—¿Es la única persona que te importa?

Parpadea.

—Es el único que queda.

Así que había más, pero ya no están. Me apoyo en el respaldo de la silla y me cruzo de brazos. Estoy familiarizada con la pérdida.

—Siento oír eso.

Bradshaw levanta un hombro.

—Así es la vida. —Hace una pausa antes de cambiar de tema—. ¿Y qué hace alguien como tú en Coronado? —Le indica a la camarera que hemos terminado con la comida.

—Probar sitios nuevos. Ver si encajan conmigo —miento. La camarera se acerca con la cuenta y me ruborizo cuando le da el dinero antes de que pueda protestar—. Gracias —digo cuando la camarera se aleja.

Me tiende la mano, a la expectativa. Deslizo mis dedos sobre ella.

—Hacía mucho tiempo que no conocía a alguien con quien me gustara hablar aparte de Eren. —Me roza las yemas de los dedos con el pulgar antes de soltarme la mano y señalar la salida con la cabeza.

—Lo mismo digo. Aunque obviamente sin lo de Eren —murmuro. Bradshaw hace una mueca y sacude la cabeza con una sonrisa burlona.

—¿Ves? Solo dices cosas raras.

—Tú también.

—Quizá por eso no me molesta tu compañía.

Espero a que se adelante antes de sonreír para mis adentros. Al decir eso, parecía Jenkins. «No me molesta tu compañía». Esas fueron las primeras palabras amables que me gané de mi sargento. Unas que nunca pensé que oiría de unos labios tan fríos como eran los suyos.

Por eso sé que Bradshaw, en el fondo, también es una buena persona.

Doblamos la esquina, de vuelta al hotel. Pienso en decirle que no hace falta que me acompañe, pero dudo que me escuche.

—Entonces, Bradshaw, ¿qué clase de chico eres en realidad? —Le doy un golpecito en el hombro. Los músculos de su cuello se tensan, pero camina con paso firme.

—Soy un demonio.

—¿Un demonio? —repito, incrédula.

«Si supiera de lo que soy capaz, también pensaría que yo lo soy».

—Sí. He hecho cosas inimaginables. Cosas por las que me odio. —«Vale, qué siniestro, ¿no?»—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué clase de persona eres?

Pienso en ello. He matado a muchos objetivos. Me los asignaban y respaldaban esa decisión con papeles. Eran personas a las que no conocía, y tampoco sabía por qué las mataba. No tengo ni idea de cuántos hijos o hermanos o hermanas tenían. Yo solo seguía órdenes, a ciegas y sin darle muchas vueltas. Jenkins siempre me llamaba su pequeña parca.

—Soy una parca —respondo sin pensar.

Se detiene frente a la entrada del hotel y baja la mirada para observarme con las cejas alzadas.

—Conque una parca, ¿eh? Es muy raro que una mujer joven y guapa diga eso. —Entrecierra los ojos.

Si él supiera… Pero mi vida es un secreto lleno de pecados, lo que hago no es más que un susurro en el viento.

Sin embargo, me sigue afectando: cada muerte consume mi alma un poco más que la anterior.

—¿De qué trabajas? —pregunta mientras me pasa un pulgar por la mejilla.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Voy de un trabajo a otro. —Técnicamente, ahora mismo estoy entre dos escuadrones.

Frunce el ceño, pensativo, pero me abraza y me recorre la espalda con los dedos. Me quedo quieta cuando sus dedos se detienen a medio camino, cerca de mi columna vertebral, sobre la cicatriz del tamaño de una bala que sé que despierta su interés.

—¿A qué te dedicabas antes? —insiste. Oigo cómo los engranajes de su cabeza empiezan a girar.

Cortocircuito.

—Eh, trabajaba en una librería.

Me empuja a un brazo de distancia y me mira con desconfianza.

—¿Por qué mientes?

Dejo de respirar.

—No estoy mintiéndote.

Su mirada vuelve a ser glacial y tensa la mandíbula.

Yo también me pongo seria.

—¿Y a ti qué te importa? ¿A qué te dedicas tú?

No responde.

—Eso pensaba. Hipócrita. —Intento rodearle y dirigirme al vestíbulo, pero Bradshaw se interpone entre la entrada y yo.

—¿No estás diciéndome a qué te dedicas por el mismo motivo que yo? —Habla con un tono distinto, es como si tuviera un cuchillo apuntándome.

Levanto la vista y me encuentro con unos ojos escrutadores. Esa belleza divina que tiene debería ser ilegal.

—¿De qué estás hablando? —pregunto lo más despreocupada que

puedo. Me mira con desdén antes de empujarme hacia la pared de ladrillo de la fachada. Allí, se inclina sobre mí, con los brazos pegados a ambos lados de la pared que tengo detrás.

Me quedo paralizada. No puedo respirar. No puedo hablar.

Habla con cautela.

—No serás Penelope Gallows, ¿verdad?

Se me erizan todos los pelos de la nuca y él ve la sorpresa en mi cara.

«¿Cómo es que sabe mi verdadero nombre? A menos que… No».

—No formarás parte de los que no existen… de las fuerzas oscuras… ¿verdad? —Me tiembla la voz.

Sus ojos se abren de par en par ante la mención de nuestra organización secreta y abre la boca, enfadado. Los músculos de Bradshaw se flexionan y su asombro enseguida se transforma en ira.

—Eres la puta *bunny*, la conejita que nos han metido en el escuadrón.

«Oh. Mierda».

CAPÍTULO 4

NELL

Bunny. ¡Me llaman conejita, joder! Espero que ese no sea mi nombre en clave en el escuadrón o juro por Dios que voy a… Voy a… Dejo escapar un grito contra la almohada y golpeo las sábanas.

Cuando Bradshaw se dio cuenta de quién era, dejamos de hablar y se marchó a toda prisa.

Y yo me fui a mi habitación donde ahora estoy volviéndome loca.

—Maldita sea. ¡Me cago en todo! —Mis palabras invaden la oscura habitación del hotel. Me tumbo sobre las sábanas en las que acabamos de follar y extiendo los brazos, agotada de todo el día y con más miedo del que ya tenía de conocer al nuevo escuadrón.

Me pongo mis enormes cascos y escucho a todo volumen *Forget Me Too* de MGK con el ceño fruncido hasta que me quedo dormida.



La ansiedad se apodera de mí cuando bajo del autobús y entro en el recinto militar con tan solo mi pequeña bolsa de objetos personales pegada a la cadera. La sujeto con fuerza bajo el brazo como una especie de capa de seguridad.

Jenkins siempre me decía que tenía malos hábitos. Llevar la bolsa bajo el brazo era uno de ellos. La esperanza que tenía en la mirada era otro, aunque ya no tengo ese problema. Murió hace muchos

muchos años.

No pasa nada. «Estoy bien». Respiro hondo. Solo espero que Bradshaw no esté en mi escuadrón directo. Al fin y al cabo, hay tres escuadrones en nuestra organización secreta: Malum, Riøt, y Hades. Mi escuadrón era el único en la Costa Este. Hades y Malum están aquí, ya que trabajan más juntos. Pero basándome en cómo reaccionó anoche al saber quién era… uf. La suerte no está de mi parte.

En el peor de los casos, es el sargento o algo así. Es imposible que sea mi compañero, Bones.

El miedo que siento no hace más que aumentar cuando pongo un pie en la fortaleza de cemento. Los edificios de esta base son todos de un color gris monótono. El césped está bien cortado y cuidado. Los hombres corren en grupo alrededor de la pista vallada para hacer sus ejercicios matutinos y al instante noto varios pares de ojos clavados en mí. Estoy segura de que están juzgándome.

Hora de ponerme la careta de zorra sin escrúpulos que Jenkins me enseñó. Se aseguró de que supiera cómo sobrevivir en este mundo dominado por hombres. «Si no, te comerán viva», me decía. Ojalá me hubiera enseñado algo en caso de que me acostase por accidente con uno de mis compañeros de escuadrón sin saberlo. «Eso sí que habría sido útil».

Respiro hondo y mantengo la mirada clavada en el frente. Muevo las piernas a un ritmo constante, casi a paso de marcha. Hago caso omiso de las miradas y los susurros despectivos que se oyen por debajo de los suspiros de desaprobación.

A veces me cuesta recordar que muchos de estos hombres no saben de la existencia de las fuerzas oscuras. Me refiero a que no se formaron hasta hace unos veinte años debido al aumento del terrorismo organizado y los negocios en el mercado negro con los que el gobierno no quería verse asociado. Los sectores privados se

formaron para mantener todo y a todos en una feliz ignorancia a la oscuridad que en realidad hay en este mundo. Pero nosotros no estamos aquí para cuestionar las misiones, solo tenemos que cumplirlas. Seguir las órdenes.

He llegado a la conclusión de que no somos los buenos. De ahí que nos escondan tras una cortina.

«Enfadarte solo alimentará las burlas», me recuerdo a mí misma. «Demuéstrales que eres digna de su respeto». Jenkins me lo decía cada vez que me encontraba llorando en secreto en mis primeros años. Nunca antes me habían secado las lágrimas unas manos tan tiernas. Se sentaba a mi lado y esperaba a que me calmara, entonces me decía que les demostrara a mis compañeros que merecía estar aquí tanto como ellos.

Me cuesta aferrarme a esas palabras cuando entro en la pequeña sala de guerra en la que mi nuevo escuadrón ya está esperándome, como si fuera una madriguera de serpientes. Ya están todos aquí. Levantan la cabeza y me miran con cara de pocos amigos.

Son seis en total. Reconozco al instante a Eren, de pie en la entrada de la sala; es el único que tiene una expresión compasiva, pero también hay una clara severidad en él. «Mierda, eso significa que Bradshaw le contó todo».

Recorro la habitación sin ver ni rastro de Bradshaw. Casi me relajo, pensando que he evitado el peor desenlace posible, antes de que mis ojos se posen en un hombre que lleva una máscara de tela negra que le cubre la parte inferior de la cara. Solo se le ven los ojos azul claro, el pelo negro y las cicatrices.

Podría morirme ahora mismo por la ansiedad que me revuelve el estómago.

Nadie dice una palabra. Parece que en la habitación hay diez grados más de los que probablemente haya cuando, con torpeza, tomo el único asiento libre. Justo al lado de Bradshaw. Me aprieto

los brazos contra el pecho, intentando evitar tocarle. Me trago la vergüenza que me quema la garganta. ¿Por qué no podía ser otra persona? Cualquier otra persona.

Eren se dirige hacia la puerta y la cierra antes de dirigirse a todos nosotros.

—Escuadrón Malum, os presento a nuestra nueva recluta, la soldado Gallows. Viene del Escuadrón Riøt.

Malum. Tuve que buscarlo la primera vez que oí hablar de ellos. Cuando me asignaron a Riøt al principio de mi condena militar, no sabía que había otros dos escuadrones de las fuerzas oscuras tan letales como nosotros. Hades: los sabuesos que envían a causar estragos. Riøt: los ejecutores de los traidores. Y Malum: el Mal, el escuadrón que va donde nadie más puede o está cualificado para ir, para acabar con el enemigo sin hacer ruido, como si fueran fantasmas en medio de la oscuridad de la noche. La mayoría de sus misiones son con organizaciones secretas en lugares remotos. Atrapan a comerciantes de armas del mercado negro o a enormes narcotraficantes que se han integrado en la sociedad tras una fachada como minoristas comerciales.

Me pongo recta y mantengo una expresión seria y carente de emoción, como debe ser en esta habitación. Todos me lanzan miradas asesinas. Bradshaw ni siquiera se molesta en mirarme. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

La ira me llena los pulmones, pero la contengo. «Tengo que demostrarles que merezco estar aquí».

—Es un honor estar aquí, señor —respondo, tajante.

Eren esboza una sonrisa burlona.

—Aquí todos funcionamos con nombres en clave, así que solo te diré los nombres de tus compañeros una vez. Harás bien en recordarlos y protegerlos con tu vida, soldado Gallows. —Asiento con la cabeza, con los labios apretados. Empieza por el que está a mi

derecha, lo señala y va siguiendo la fila—. Jefferson, Pete, Ian, y Harrison. —Se salta a Bradshaw y, por un momento, pienso que es porque ya lo conozco—. Sus correspondientes nombres en clave son: Jobs, Badger, Colt, Wasp y Bones. Mi nombre en clave es solo Sargento.

«Bones».

Abro los ojos de par en par y el nudo que tenía en el estómago se tensa aún más al confirmase la peor de mis sospechas.

Por favor, Dios mío, dime que no me he follado a ese Bones, el oscuro operativo que se rumorea que es un dios de la muerte. Una vez oí que le arrancó el brazo a un soldado y utilizó el hueso del húmero roto como si fuera una lanza para metérselo por la garganta a otro. Se supone que ni siquiera su escuadrón sabe su identidad. Es el mismo tipo del que soy segunda directa. Su compañera en las trincheras.

Ese tipo.

—Y tu nombre en clave es Bunny —dice Eren con una voz grave que hace que se me ardan los pulmones. Las comisuras de sus labios se curvan, reprimiendo una sonrisa burlona.

Le fulmino con la mirada.

—Señor, lo siento, pero eso es inaceptable.

Todos los hombres sueltan una carcajada, excepto Bones, que parece no encontrarle la gracia a la situación. Se sienta de brazos cruzados, negándose a mirarme. Lleva una camiseta negra ajustada de manga larga que hace resaltar esos memorables músculos.

Eren me dedica una sonrisa cruel.

—Tu escuadrón ha elegido tu nombre en clave, Bunny. ¿Estás insinuando que no son dignos de elegir el nombre de su nueva compañera?

Me muerdo una de las caras interiores de la mejilla y la sangre me recorre la lengua. No puedo rechazarlo. Claro que me iban a hacer

esto. No me sorprende, pero aún me escuece en el orgullo. Hasta Riøt me llamaba Gallows. Descubrieron que mi apellido, que significa horca, encajaba con mi personalidad y mis despiadadas ejecuciones. Respiro hondo y me obligo a esbozar una sonrisa.

—No, señor, Bunny… está bien. —Dios, me duele físicamente decir esas palabras.

Los hombres estallan en carcajadas otra vez y yo tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no perder los papeles. Es diez mil veces peor que que se rían de mí compañeros de dieciocho y diecinueve años; entonces no era tan fuerte como ahora. Estos tipos son unos imbéciles ya bien creciditos. Tendrán unos treinta y pocos, puede que veintitantos, igual que yo, y siguen actuando como unos cretinos.

Pueden reírse de mí todo lo que quieran. Voy a ser yo la que les salve en culo en el campo de batalla. Si quieren llamarme Bunny, entonces seré la criaturita más cruel con la que jamás se hayan cruzado.

—Oh, es monísima, chicos —suelta Pete con una voz paternalista. No hay ni una pizca de alegría desenfadada en sus ojos marrón oscuro.

Jefferson inclina la cabeza hacia mí y frunce el ceño.

—Ni siquiera me parece mona. El escuadrón Riøt debía de estar ciego —comenta mientras le da un codazo a Pete.

Me levanto de un salto y doy un golpe sobre la mesa. Eso llama su atención. Se callan y me miran con desprecio.

—No hables de mi escuadrón —amenazo a Jefferson. Sentado, es alto, y lleva el pelo corto, de color castaño claro, peinado hacia atrás.

Me mira con los ojos entrecerrados; está claro que mi advertencia no le importa.

—Antiguo escuadrón, Bunny. Están todos muertos —me espeta.

Me abalanzo sobre él para… no sé, pegarle o algo irracional, pero Bones me agarra de la muñeca con fuerza y suelta un silbido.

—Vaya, Bun. Si llegas a las manos, lo único que harás es ponernos cachondos. —Me abalanzo sobre él y me zafo de su agarre, fulminándolo con la mirada. Enarca las cejas, algo divertido.

—Basta. Bunny, siéntate —ordena Eren, que abre su carpeta negra y organiza algunas hojas para la sesión informativa.

De mala gana, me siento y me limito a mirar al frente. Esto ya se ha convertido en el lugar de mierda que sabía que sería. Bradshaw suelta un suspiro largo. Harrison e Ian hablan en voz baja, lanzándome miraditas cada dos por tres. Oigo el nombre de mi escuadrón unas cuantas veces más en la conversación. Hundo las uñas en los brazos de cuero de mi asiento.

«Idiotas».

—Ya conocéis el procedimiento. Cuando un nuevo miembro se une al equipo, pasamos por un largo periodo de maniobras para estrechar lazos y asegurarnos de que se adapta bien. Lo último que queremos es que una misión se vaya al traste por falta de confianza y habilidades. En el escuadrón Riøt, Bunny era sobre todo francotiradora, pero tendremos que ver cómo se desenvuelve con nosotros en largas distancias y en el combate cuerpo a cuerpo.

—Pero Sarge, dijiste que no teníamos elec…

—Pete —lo corta Bradshaw, fulminándolo con la mirada.

Eren mira mal a Pete antes de continuar.

—Sí, técnicamente no tenemos elección sobre si encajará o no en el equipo de la forma que queremos. Pero si, por ejemplo, tira la toalla —su voz está cargada de intención—, bueno, eso es algo que no podemos controlar, ¿no?

Todas las cabezas de la sala se vuelven hacia mí mientras yo miro sin mucha ilusión a Eren, con quien creía poder contar al menos un poco, pero al parecer no es así.

—¿Qué hace falta para que una conejita renuncie? —se burla Ian.

—Una puta zanahoria enorme —responde Harrison con una sonrisa asquerosa tirándole de las comisuras de sus labios. Bradshaw resopla a mi lado como si intentara contener la risa.

La ira me corre por las venas como si fuese fuego.

—Un momento, así que en lugar de aceptarme como una de los vuestros, ¿vais a intentar intimidarme para que renuncie? ¿Porque soy una antigua soldado de Riøt? ¿A vosotros qué cojones os pasa? —Hablo con dureza.

—¿Que qué nos pasa? Fuiste la única superviviente cuando todo tu equipo murió. ¿Qué dice eso de ti? —Jefferson se inclina sobre la mesa y me mira con desprecio.

Se me hiela la sangre; tiene razón. Y no es la única persona que me lo ha dicho.

—El único buen soldado Riøt es el que está muerto —suelta Bradshaw. Como si fuera su puto lema de vida. Sus ojos se llenan de placer a medida que mi enfado aumenta. Lo tiro de la silla y su culo choca contra el suelo. Se levanta en un santiamén y me agarra por los hombros con fuerza.

—¡Basta, todos! No quiero oír más tonterías. Ya os he dicho que no quiero ver juego sucio en las misiones de práctica. Solo quiero que no os contengáis. —Eren nos mira a su hermano y a mí y nos fulmina con la mirada—. También va por ti, Bunny. Quiero ver todo lo que tienes.

Bradshaw afloja su agarre y se sienta bruscamente, como un puto crío.

Miro fijamente a Eren durante un rato, intentando leerlo, pero se muestra impasible. Asiento a regañadientes y aprieto las manos en puños bajo la mesa.

—¿Alguna pregunta antes de retirarnos? —Eren nos mira y cuando nadie más parece tener ninguna, hablo:

—¿Cuál es esa misión que es tan importante para que me haya enviado el general? —Hay cientos de soldados sin escuadrón en las fuerzas oscuras que están a la espera de que aparezcan puestos como este. Ya están reemplazando a Riøt con algún nuevo escuadrón. Entonces, ¿por qué no otra persona? ¿Por qué yo?

Eren frunce el ceño y cierra la carpeta que tiene sobre la mesa.

—No recibirás los detalles hasta que confirmemos que te quedas en el equipo, Bunny.

Enarco una ceja y miro a los demás. No cuestionan la autoridad de su sargento.

—Claro, porque eso tiene mucho sentido —refunfuño, pero me ignoran.

Eren da una palmada.

—Muy bien, escuadrón, id a las duchas y mostradle a Bunny los barracones. Nos reuniremos a las dos en el punto de recogida para helicópteros en el extremo norte de la base. Haced las maletas y preparaos para un mes infernal.

Todos se despiden con el saludo militar y se ponen de pie al unísono.

—Sí, Sargento.

Un mes entero en el campo de entrenamiento va a ser una mierda, pero hago todo lo posible por mantenerme positiva. Le lanzo una mirada dubitativa a Bones, preguntándome si seremos capaces de superar nuestras incómodas circunstancias. A decir verdad, no es que nunca me haya acostado con otros compañeros. Si le preocupa que conozca su identidad, tal vez debería hablarlo con él. Lo medito mientras el escuadrón sale de la sala de guerra.

Los gemelos comparten una mirada insegura entre ellos antes de que Bradshaw se marche.

Me detengo al lado de Eren. Es más fácil hablar con él, así que quizá debería intentar explicarle las cosas a él primero.

—Sarge, te pido disculpas por lo de ayer. No sabía…

Me corta, tajante.

—Bunny, confío en que te guardes los acontecimientos de ayer para ti. Ni una palabra a menos que quieras estar saliendo por la puerta en una hora. —La voz de Eren destila cierto desdén, aunque es mucho más suave que la de los otros chicos.

Asiento con la cabeza y miro hacia otro lado antes de seguir a mi nuevo escuadrón a través de la jungla de cemento.

Esto está resultando mucho más desolador de lo que esperaba. Pensé que al menos me tendrían un poco de compasión por haber perdido a mis compañeros, pero esto es un no rotundo. Me culpan y, por lo que parece, van a hacer todo lo que esté en su mano para que renuncie. Si hay algo que soy, es terca. El general Nolan me envió a Malum por una razón y la preocupación en su rostro mientras me decía que me reasignaban me dice que tiene relación con lo que pasó en la Patagonia.

Tengo que quedarme, pase lo que pase. No dejaré que Malum me intimide. Tengo un puto trabajo que hacer, y que me cuelguen si no lo llevo a cabo. Quiero vengar a mi escuadrón y acabar con el enemigo. Al final de nuestras prácticas en California, tendré el respeto de Malum.

Respiro hondo y miro hacia delante, donde mis compañeros de escuadrón caminan con paso firme. Se conocen mejor que nadie, pero eso está a punto de cambiar. Dudo que sepan que mi cerebro es uno de mis puntos fuertes. «Genialidad catalogadora», lo llamaba Jenkins.

Jefferson es el hombre más alto de Malum. Nombre en clave: Jobs. Intento memorizarlos para poder empezar los perfiles que guardo de todos los compañeros de escuadrón que he tenido. También puede ser un descanso temporal del estrés que me genera mi situación.

Esta noche empezamos a trabajar y necesito tener a cada uno de

ellos analizado antes de que llegue la hora. Jefferson tiene el pelo corto y castaño claro, los ojos marrón oscuro y la piel bronceada por el sol. Parece tener unos veintitantos años y tiene una cicatriz con forma de agujero de bala en la nuca. Las cicatrices pueden ser puntos débiles. Si me encuentro en combate cuerpo a cuerpo con él, me aseguraré de clavarle los nudillos ahí.

Al caminar detrás de ellos, analizándolos, no puedo evitar darme cuenta de que uno de ellos está estudiándome también. Miro a mi izquierda y veo los ojos marrones de Pete clavados en mí. Su nombre en clave es Badger. De todos los hombres de mi equipo, sus ojos son los menos críticos. Hay más curiosidad en ellos que desconfianza. Es más alto que yo, pero más bajo que Bradshaw. Su piel es más oscura que la mía y tiene el pelo negro y corto como Jefferson.

—Bunny —saluda. Su tono carece de sarcasmo, lo que agradezco muchísimo en este momento.

—Badger —respondo con el mismo tono, y él me dedica una sonrisa.

—Eres rápida con los nombres —comenta.

No le devuelvo la sonrisa.

Primera regla de Jenkins: Nada de emociones. Nada de debilidades. No cuando estás de servicio.

—Voy a saberlo todo sobre ti, cómo eres por dentro y por fuera, antes de que tu cabeza toque la cama esta noche. —Mi voz es dulce pero malintencionada. No voy a olvidar lo gilipollas que ha sido hace dos minutos.

Su sonrisa se desvanece y un destello de incertidumbre brilla en sus ojos.

—Lo mis-mismo digo —balbucea antes de rectificar—. Sabes que estás muerta, ¿verdad? Si no renuncias por voluntad propia, Bones te matará.

Observo la nuca de Bradshaw.

—Puede intentarlo.

—Créeme, lo hará. Además, es un bruto. Sabes que tiene una colección de dientes, ¿no?

Ignoro su intento de hacerme temer a Bradshaw.

—¿Porque soy una Riøt?

Pete dibuja una sonrisa siniestra en su boca.

—No jodas. Tu equipo es la razón por la que perdimos a Aquiles. Nos jodisteis cuando no aparecisteis en el puesto de control. —Su voz está cargada de ira y antes de avanzar me da un empujón. Veo cómo Bradshaw se estremece al oír el nombre de Aquiles.

El soldado al que voy a sustituir.

—Eh, no te molestes en hablar con Bunny, estará en el primer autobús de vuelta antes del amanecer —le murmura Ian a Pete mientras caminan uno al lado del otro. «Ignóralo, dedícate a catalogar», me ordeno. El nombre de Ian es Colt. Lo miro con los ojos entrecerrados. Es el más joven del grupo. Tiene el pelo un poco más largo que Pete, negro y peinado hacia atrás. Su piel aceitunada es del mismo tono que la mía y tiene una sonrisa arrogante que me dan ganas de borrarle de un puñetazo.

Le dirijo mi mirada más insolente, una que espero que le diga que le mataría si me lo ordenaran. Porque lo haría. Lo he hecho en innumerables ocasiones, conociera o no al soldado.

—Llorará como un puto bebé cuando acabemos con ella. —Ian me guiña un ojo.

—Los conejitos se comen a los suyos cuando están estresados —digo con indiferencia, y los cinco dejan de caminar y me miran, sorprendidos. Esta vez, incluso Bradshaw, con los ojos llenos de furia.

—¿Qué cojones acabas de decir? —ladra Harrison, con el asco enredado en su voz. Nombre en clave: Wasp. Tiene el pelo rubio y la

piel clara y algo bronceada por el sol. Lleva el pelo corto y una nariz recta que aún no le han roto. Aún.

—Ay, lo siento. ¿Estás mal del oído? He dicho que los conejitos se comen a los suyos cuando están estresados —alzo la voz, atrayendo las miradas de otros grupos de hombres. Parece que mi escuadrón ya no se divierte conmigo. Al menos, sus expresiones de cabreo son mejores que las burlonas.

Saben tan bien como yo que Riøt estaba especializado en rastrear y matar traidores en las fuerzas armadas. A veces, si su nombre terminaba en el receptor de Jenkins, eran incluso soldados de las fuerzas oscuras con los que habíamos trabajado. Una bala negra era lo que siempre indicaba que era de un arma de Riøt. Si te disparaban con una bala negra, estabas muerto.

—Joder —murmura Ian.

Jefferson mira a Bradshaw como si quisiera que hiciera algo al respecto, luego me devuelve la mirada.

—Estupendo. Nuestro psicópata ha encontrado alguien que es igual que él y ahora nuestras vidas están en sus retorcidas manos.

—Asegúrate de recordarlo cuando le meta una bala de siete centímetros y medio en la cuenca del ojo a un enemigo para salvar tu miserable culo, Jobs. —Mi voz está llena de odio. Paso junto a los cinco con la bolsa colgada del hombro y me dirijo directamente a las duchas. Tienen el ceño fruncido por el enfado y el gesto tira de sus labios.

Sobre todo, de los de Bradshaw. El hecho de que su máscara no pueda ocultar su mirada es escalofriante. Me mira como si fuera basura del alcantarillado que ha entrado aquí durante una tormenta. Me duele en el ego, pero destierro todos los recuerdos de él mirándome con ternura anoche.

En cuanto me quedo sola en las duchas de mujeres suelto un suspiro exasperado y me miro en el espejo con ojos tristes.

«¿Cómo voy a salir viva de esta?».

CAPÍTULO 5

NELL

HACE CINCO AÑOS

Al meterlos en las aguas termales, mi pierna herida y mis pies destrozados arden. El resto de Riøt ha continuado recorriendo los pocos kilómetros que quedaban para volver a la base, pero yo no puedo soportar otro codazo en las costillas o que uno de ellos me ponga la zancadilla y se ría de mí.

Suelto un largo suspiro antes de dejar que el resto de mi cuerpo se hunda en el agua tibia. Se me cierran los ojos y, por primera vez en meses, siento un poco de paz.

—Soldado Gallows, ¿la he excusado de la formación?

Adiós a la paz.

Me sobresalto y me pongo recta al oír la voz del sargento Jenkins. Está de pie sobre las rocas que bordean la orilla que hay frente a mí y tiene una imagen completa de mi cuerpo desnudo. Se me van los brazos al pecho y me arden las mejillas.

Tiene una expresión seria, como siempre. Lleva el pelo rubio rapado por los lados y más largo en la parte superior, peinado hacia un lado de una forma perfecta. Los pómulos y la mandíbula marcados le hacen parecer intimidante, pero esta noche sus ojos

oscuros me parecen un poco más suaves de lo habitual.

—Lo siento, sargento Jenkins. —Me levanto y me giro para agarrar mi ropa. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Claro que se iba a dar cuenta si me alejaba a hurtadillas del escuadrón.

—Gallows. —Habla con autoridad.

Me estremezco y dejo de buscar mi camiseta.

—¿Sí, sargento?

—No he dicho que tuvieras que irte.

Abro los ojos de par en par al oír su tono amable y lo miro por encima del hombro. Sus cejas se levantan un poco y dibuja la primera sonrisa que veo en él.

Todo mi mundo se acaba en esa sonrisa. Sé que nunca volveré a ver una igual.

—Por favor, sigue con lo que estabas haciendo —me pide, quitándose la chaqueta poco a poco y colgándola de una rama.

Dejo que mi cuerpo se sumerja en el agua despacio y lo observo con curiosidad mientras se quita toda la ropa. Aparto la mirada cuando sus calzoncillos caen al suelo y no vuelvo a mirarlo hasta que oigo cómo se mete en el agua.

Suelta un suspiro cuando el vapor lo envuelve. Está sentado frente a mí, y en el momento en que sus preciosos ojos se abren, no aparto la mirada.

—Deja las formalidades y siéntete libre de ser tú misma, Gallows. —La forma en que lo dice hace que se me encoja el corazón. Como si estuviera cansado de que la gente sea tan fría con él. Pero ¿qué espera? Es despiadado. Todos lo hemos visto matar. La primera vez que lo vi sacarle los ojos a un soldado me persiguió en sueños durante semanas.

Si puede, Jenkins siempre prefiere usar el cuchillo negro. Le encanta la intimidad que implica matar con él. Asiento con la cabeza, pero no saco ningún tema de conversación.

Tiene los ojos cansados, pero me mira fijamente. Mi pulso se acelera cuando empieza a caminar hacia mí.

—¿Siguen dándote problemas? —Aprieto los dientes cuando me toca la rodilla y me levanta la pierna lo suficiente como para examinarla. Los moratones y cortes son consecuencia de que soy la persona más torpe del mundo o de que me empujaron al suelo. Jenkins es consciente de ello, así que no tiene sentido mentirle.

—Sí. —No le miro.

Se queda pensativo.

—Sé que fuiste tú quien mató a Barlet. —Se me hiela la sangre y mis ojos se clavan en los suyos, casi negros. ¿Lo sabe?—. Sé que Barlet era un imbécil. Era el siguiente en mi lista de traidores.

«Pero lo maté sin recibir órdenes».

Ay, Dios. Joder, ahora sabe lo jodida que estoy. El sudor me recorre la sien.

—Sargento, yo…

—Jenkins. Llámame Jenkins cuando estemos solos. —Me atrapa con la mirada. Una luz oscura los atraviesa.

—Jenkins… por favor, no me denuncies al general. Nunca me ganaré el indulto si me consideran insubordinada. —Eso es lo único que queremos todos nosotros. Un indulto para poder volver a la sociedad. Es el único billete para salir de las fuerzas oscuras.

—¿Denunciarte? No, Gallows, lo que quiero es tomarte bajo mi ala. —Abro mucho los ojos cuando me agarra de la barbilla con suavidad y me hace levantar el rostro para que mire a sus ojos oscuros—. Voy a ayudarte a convertirte en el monstruo que realmente eres.

Un monstruo.

—¿Por qué?

Lleva su mano a mi mejilla y la roza con suavidad con el pulgar.

—Porque eres como yo. Y resulta que me gustas, Gallows. —Es el segundo cumplido que me hace. El corazón me late con fuerza

dentro de su jaula.

Nos miramos durante un rato, el agua caliente me calma todo el cuerpo y me hace querer derretirme en sus brazos. No debería querer que me abrazara un asesino como él. Pero quiero que lo haga. Lo ansío como si fuera una dosis de morfina.

La mirada de Jenkins baja hasta mis labios y vuelve a subir despacio hasta mis ojos antes de inclinarse y besarme.

El mundo deja de existir cuando el hombre al que más temo me adorna con besos y con los oscuros sueños que tiene para nosotros.

Entonces lo supe. Jenkins acabaría con todo lo bueno que quedaba de mí.

CAPÍTULO 6

NELL

Espero, paciente, fuera de las duchas de los chicos hasta que el escuadrón reaparece. Bradshaw no está entre ellos y parecen captar mi mirada distraída.

—Bones se ducha por separado. Ninguno de nosotros puede saber cómo es, así que, si te vas a follar a alguno de nosotros, no puede ser él. A menos que te vaya el rollo de las máscaras —comenta Harrison, sarcástico. No me molesto en responder a sus provocaciones. «De hecho, eso es justo lo que me va». Pete e Ian se ríen con crueldad mientras me lanzan sus toallas. Me aparto y dejo que las toallas caigan al suelo.

Me quedo callada mientras me guían hacia nuestros barracones. Los dormitorios están en una parte distinta del edificio, al final de un largo pasillo junto a las habitaciones de otros escuadrones, aunque se supone que los escuadrones secretos se alojan en el piso inferior. Las unidades normales nos ven, claro está, pero no saben que existen las fuerzas oscuras. Creen que somos operativos especiales y ya está. Estamos obligados a alojarnos en pasillos distintos para reducir las posibilidades de que nos descubran, así que me pica la curiosidad cuando abren una de las puertas de esta planta.

Nuestra habitación es una pequeña sala de cemento con tres literas a pocos metros las unas de las otras. En la pared del fondo

hay una ventana con barrotes. Parece una celda grande. Genial. Al menos nos iremos al campo durante un tiempo y no estaremos aquí todos encerrados como si fuéramos un corral de gallinas. Prefiero dormir en el suelo y entre los arbustos que en esta habitación tan pequeña.

Aun así, lo entiendo. Los grupos pequeños crean un equipo de confianza y hace que las misiones sean eficientes. Pero eso tiene un defecto fatal. Mis ojos se detienen en la cama del fondo, encima de la litera de Bradshaw. Está vacía por una razón. Tuvieron que reclutarme para sustituir al tipo que Pete mencionó y apostaría a que no era un compañero más. Aquiles. Seguramente era un hermano para todos estos hombres. El segundo de Bradshaw. Tenían que estar muy unidos. Es probable que la pérdida haya sido devastadora para el escuadrón pero catastrófica para él.

Y culpan al escuadrón Riøt.

Mis piernas no me permiten acercarme a la cama. Noto un dolor en lo más profundo del pecho. La pérdida de un compañero en este infierno no me resulta desconocida. Perder a un compañero certificado como máquina de matar no es fácil.

Duele como si fuese una herida abierta que no cicatriza. No importa con qué intentes llenarla, seguirá infectada y el dolor no se acabará.

Pienso en el pelo rubio claro de Jenkins, en sus ojos marrón oscuro. En cómo nunca volveré a verlo mirándome desde el otro lado de una habitación. Dos años no bastan para olvidarlo. No hay tiempo que pueda borrar su rostro de mi mente.

Yo era su segunda. Debería haber sido yo quien muriera, no él. Cierro los ojos y pienso en sus últimas palabras.

«Te quiero, Gallows. Déjame atrás».

Yo también lo quería y al final lo defraudé. Quiero estar muerta con él.

Me llevo las manos a las caderas.

Pete se me acerca por la espalda y me da un golpecito en el hombro, sacándome de mis pensamientos.

—La tuya está al final. Es la cama de arriba. —Asiento con la cabeza y camino hacia el fondo de la habitación, indecisa. Bones aún no ha vuelto de donde quiera que se duche, así que no pierdo el tiempo y tiro mi bolsa en la litera de arriba.

Cada uno tiene un pequeño cajón a los pies de la cama con su nombre grabado. Frunzo el ceño al observar mi cajón. En la etiqueta pone BUNNY. Y hay pegatinas infantiles de conejitos alrededor del nombre.

Vuelvo a respirar hondo y hago caso omiso antes de abrir el cajón y sacar un uniforme negro. Somos un equipo de operaciones encubiertas, así que no llevamos la ropa típica que llevan los demás equipos. El nuestro es completamente negro y mate, no refleja la luz y es un tono más oscuro que cualquier negro que hayas visto.

Esta noche seremos casi invisibles y una parte de mí disfruta con esa idea. Hace tiempo que no salgo al ruedo. Echo de menos el zumbido que me produce un territorio desconocido y la adrenalina de estar en acción.

Mis pantalones caen al suelo y los cuatro hombres me observan sin pudor y con un poco menos de desdén al vestirme. No es nada a lo que no esté acostumbrada. Mientras no me toquen, no tendremos problemas.

Hablan entre ellos como si yo no existiera.

—No puedo creerme que el general Nolan la eligiera a ella como sustituta —se queja Ian mientras se pone el uniforme. Harrison asiente y me mira de reojo, aunque sus ojos se detienen en mis pechos.

Jefferson se pasa la mano por el pelo castaño claro y se ríe.

—Una parte de mí sigue pensando que es una puta broma.

—Al menos es agradable a la vista —murmura Pete, dándome la espalda. Las mejillas me arden de rabia cuando los cuatro levantan la cabeza y vuelven a mirarme.

Ian se ríe y me dedica una sonrisa repugnante.

—Sí, tiene una boca bonita, ¿verdad? —Puedo ver los pensamientos que pasan por sus cabezas. «La intimidaremos con comentarios sexuales».

Que se vayan a la mierda.

Me obligo a esbozar una sonrisa que duele físicamente.

—Tú tienes la boca más bonita de todas, Ian. No te preocupes, tu puesto de chupapollas en el equipo está a salvo. —Harrison se lleva la mano a la boca para amortiguar una carcajada. Los demás me miran con cara de pocos amigos.

Jefferson abre la puta bocaza para decir algo más, pero entonces Bradshaw abre la puerta y todos se callan. Es bueno saber que al menos a él sus compañeros lo respetan. No actúan igual cuando está cerca. Me obligo a mirar al suelo para evitar más discusiones con ellos. «Si quiero su respeto, primero tendré que hacer que Bradshaw me acepte». Dios, es más fácil decirlo que hacerlo.

Bradshaw pasa por mi lado mientras me aseguro el chaleco antibalas y aprieto las correas. Lo veo sentado al borde de la cama. Lleva la misma ropa que nosotros, salvo el cuello del uniforme: el suyo se eleva lo suficiente como para llegar al final de la máscara. Su pelo color ébano está cubierto por el casco negro mate. En la parte inferior lleva pintada una pequeña calavera negra y brillante que resplandece sobre el mate.

Tiene que notar que estoy mirándole porque esos ojos azul claro se levantan para encontrarse con los míos, con el ceño fruncido por el cabreo. Mis instintos me dicen que me aleje de él, pero sé que eso no funcionará. Al final tendremos que llevarnos bien, aunque sea el mayor imbécil del mundo.

—Estoy deseando trabajar con usted, señor —le digo con respeto, aunque me sabe a veneno saliendo de mi boca. Solo quiero olvidar lo de anoche y empezar esta misión con buen pie.

—Quiero que abandones, Bun —dice con crueldad y sin dejar de mirarme.

Se me cae el alma a los pies y los demás dejan de hablar porque su atención está puesta en nosotros.

No puedo contener mi resoplido de indignación.

—Eso no va a suceder.

Bradshaw se levanta y me empuja hacia atrás por los hombros. Mi culo choca contra la pared de ladrillos y el calor se me extiende por todo el cuerpo como un reguero de pólvora. «Mantén la calma. Mantén la calma. No puedes pegar a tu superior. No el primer día, en la primera hora».

—No te quiero como mi segunda. Nadie te quiere en el escuadrón, Bunny. Ni siquiera pudiste mantener vivo a tu anterior primero. ¿Cómo se llamaba? ¿Jenkins? —Mi corazón se detiene y él ve la angustia recorrer mis facciones. Sus ojos parpadean con arrepentimiento durante un segundo, pero su determinación no desaparece. Está de pie junto a mí, con las manos apoyadas a ambos lados de la pared, intentando hacerme sentir pequeña.

A la mierda. Nadie habla así de Jenkins.

—No me quieres en tu escuadrón porque no moriré tan fácilmente como tu último segundo. ¿Cómo se llamaba? Oh, supongo que no merece la pena recordarlo porque te aseguro que no sé quién era. Al menos tú has oído hablar de Jenkins.

Las pupilas de Bradshaw se dilatan y su rostro se ensombrece por una milésima de segundo antes de controlar sus emociones.

«Eso no te ha sentado muy bien, ¿eh, grandullón?».

Quiero borrar esas palabras en cuanto salen de mi boca, pero la rabia hace que se queden. Los ojos de Bradshaw se llenan de odio.

Me da un puñetazo en el chaleco y me golpea con furia la espalda contra la pared. Mi cabeza se inclina hacia el cemento, pero en lugar de impactar contra la piedra, la mano de Bradshaw la agarra y sus nudillos se llevan la peor parte. La fuerza hace caer algunos de los premios enmarcados del golpe a nuestro alrededor.

Se oyen algunos jadeos en el otro lado de la habitación, pero solo puedo mirar a Bradshaw. Incluso él está borroso por las lágrimas que se me escapan, y parpadeo con rabia para disiparlas.

Bradshaw aprieta los dientes; está reprimiendo palabras cargadas de veneno, seguro, pero eso no impide que me sujete con fuerza contra la pared, inmovilizándome por pura rabia. Mis vías respiratorias se tensan por la presión y, cuando vuelvo en mí, mi mano vuela hacia su muñeca. No afloja el agarre, solo me mira a los ojos.

—Estás muerta —dice al final con voz sombría, una promesa siniestra.

Los demás nos observan con expresiones contrariadas. Harrison tiene la mano extendida hacia nosotros como si fuera a intervenir, pero no dice nada en contra de Bradshaw.

—No si dejo que el enemigo te mate primero —le escupo. Bradshaw abre los ojos, incrédulo—. Me apuesto lo que quieras a que así murió tu último segundo, salvando tu desagradecido culo. Si yo muero, es porque también recibiré una bala por ti y eso es una puta mierda. —Levanto la rodilla con decisión, con la intención de clavársela en las pelotas, pero me suelta enseguida y retrocede. Tiene los nudillos ensangrentados por el impacto de mi cabeza.

Hay una llama nueva en sus ojos azules y sé que esta va a ser una noche muy muy larga.



El helicóptero está vacío a excepción de nuestro pequeño pelotón.

Las aspas de la aeronave bloquean cualquier otro sonido mientras desciende hacia la plataforma circular. Los siete bajamos la cabeza y subimos rápidamente sin nada más que nuestras mochilas a la espalda. Eren va en la retaguardia y es el último en subir.

Bradshaw está sentado a mi derecha y Jefferson, a mi izquierda. Pete, Harrison e Ian están frente a nosotros. Cada uno lleva un casco de protección con audio para poder oír las instrucciones de nuestra misión simulada y de las maniobras. Eren está de pie en el centro, agarrándose a un asa que hay en el centro del techo del helicóptero, y habla en voz alta a través de su micrófono.

—Escuadrón Malum, hemos localizado a un grupo de especialistas armados para una operación de nivel rojo. Han tomado cinco rehenes en las profundidades de las montañas Rocosas. Nuestra misión es encontrarlos, sacarlos de allí sanos y salvos y volver al lugar de recogida antes de las cinco de la tarde dentro de tres semanas a partir de hoy. Quiero que os toméis muy en serio esta práctica. Eso significa que, si os dan, estáis fuera. ¿Está claro?

—Sí, Sargento —decimos todos al unísono.

Nos entrega nuestras armas, cargadas con balas falsas que estallan con una sustancia roja en forma de polvo al impactar. No creo que lo hayan aprobado para uso militar general todavía. Les gusta que las fuerzas oscuras practiquen con todo el material nuevo «en secreto» antes de entregárselo a la gente que importa, a los de «arriba».

Acepto el rifle de francotirador que me entrega Eren. Estoy acostumbrada a manejarlos y el peso no me molesta lo más mínimo. Los demás me miran con desconfianza. Ian incluso parece un poco arrogante, esperando que fracase cuando lleguemos. No solo tengo que demostrar que tengo puntería, sino que también tengo que destacar en el combate cuerpo a cuerpo. «Por favor, Dios, no dejes que, cuando llegue el momento, mi compañero de combate sea

Bradshaw».

Vuelvo a mirarme los pies, recordándome a mí misma que no debo dejar que los demás me afecten. Es difícil ser la oveja negra del grupo, sobre todo después de venir de mi último escuadrón. Tardé años en ganarme su respeto. Con Malum, solo tengo un mes.

Mis pensamientos se desvanecen al ver a los demás agarrar sus armas. Una de mis especialidades es, por desgracia, observar. Puedo averiguar la posición y las costumbres de una persona en cuestión de minutos. Aunque este escuadrón es un poco más difícil de leer que la mayoría, se puede aprender mucho sobre un soldado basándose en las armas que se le entregan.

Jefferson y Pete tienen ametralladoras y rifles de asalto. Son nuestro equipo de fuego. Los que tienen las armas pesadas que pueden aniquilar al enemigo rápidamente y haciendo mucho ruido.

Bradshaw mueve la pierna y me golpea la rodilla. Le fulmino con la mirada y él me devuelve el gesto. Sus ojos huecos me atraviesan y no hacen más que avivar mi odio. «Concéntrate en catalogar».

Ian recibe un fusil de asalto y una bolsa con equipo de radio para ataques aéreos. Es el menos armado y con el que tenemos que contar para comunicarnos. Es un señalero, pero ya sabía que era un miembro de las fuerzas oscuras aéreas por las alas de cuervo que lleva tatuadas en el cuello.

Harrison se queda con un lanzagranadas. Pues claro, tenía que ser el granadero.

Eren es nuestro sargento, por lo que lleva un M16 y una pistola, mientras que Bradshaw es nuestro asesino a corta distancia: tiene una hoja trucada con el filo rojo que le sirve para marcar sus falsos asesinatos y un M16 con silenciador.

Cierro los ojos y dejo que mi mente ordene las situaciones que podrían presentarse. Dando por sentado que será difícil trabajar con ellos debido a su recelo a mi presencia, pienso en algunos

escenarios adicionales. Por supuesto, nada está decidido hasta que lleguemos al sitio y veamos con qué tenemos que trabajar.

Nadie habla durante el vuelo. Permanecemos en silencio y en guardia ante cualquier aterrizaje de emergencia por sorpresa. Al cabo de una hora, por fin dejo que mi mente se relaje y, cuando lo hago, me doy cuenta de lo cerca que estamos todos. El muslo de Bradshaw está pegado al mío y su calor corporal se cuela en mí.

Me recorren una mezcla de emociones. Me debato entre querer arrancarle la cabeza y disculparme por la estupidez que le dije. Aunque empezó él… no somos unos niños. Debería disculparme; decido que lo haré esta noche cuando estemos solos.

Respira hondo y deja caer la cabeza contra el reposacabezas. Tiene la mano apretada sobre la hoja falsa, pero le tiembla como si se estuviera congelando. Frunzo el ceño y le miro a la cara. La máscara oculta muchas cosas: los labios, la nariz, la nitidez de los pómulos. Pero no puede disimular la angustia que lo atormenta. Tiene el ceño fruncido por el sufrimiento, las pestañas oscuras bien juntas y la respiración entrecortada.

Miro a nuestro pelotón en el pequeño helicóptero y veo que todos tienen los ojos cerrados; están intentando descansar antes de que aterricemos.

A regañadientes y en silencio, poso mi mano sobre la mano temblorosa de Bradshaw. Sus ojos se abren al instante y se pone recto. Veo muchas cosas en sus ojos, odio y desconfianza, pero más que eso, veo a un hombre cansado y dolido. Un hombre que está muy poco dispuesto a aceptar mi consuelo.

Se mira la mano que sujeta la hoja como si su vida dependiera de ello y afloja el agarre. El temblor cesa, así que aparto la mano. La verdad es que no sé en qué estaba pensando, pero no esperaba que se levantara y se dirigiera al centro del helicóptero, que prefiriera agarrarse del asa sujeta al techo antes que sentarse a mi lado

porque le he tocado.

Bradshaw tiene los ojos entornados mientras mira al suelo, parece enfadado conmigo.

«Joder, no puedo con él».

Es evidente que es el miembro más valioso del equipo. Los demás somos prescindibles. Y tanto si me quieren aquí como si no, planeo cumplir con mi objetivo a la perfección. Porque es lo único que me queda: mi utilidad.

«Te vengaré, Jenkins. Esta misión tiene algo que ver con la Patagonia. Lo sé».

Pintaré el cielo de rojo por Malum, aunque los odie con toda mi alma. Siempre y cuando me quede en el equipo.

Eren se levanta y nos hace señas a todos. Nos ponemos de pie con nuestro sargento y nos preparamos para bajar del helicóptero. Me coloco justo detrás de Bradshaw. El rifle de francotirador está amarrado a mi espalda y sostengo mi pistola con ambas manos. La compruebo para asegurarme de que todas las recámaras están cargadas con las balas falsas. Tienen rayas rojas en la parte de atrás para que sea fácil identificarlas. Vacilo ante el hecho de que no sean negras, como siempre habían sido las del escuadrón Riøt, antes de apartar los recuerdos.

En cuanto el helicóptero toca el suelo, nos movemos a buen ritmo. Bradshaw lidera la salida por la derecha mientras Eren lo hace por la izquierda.

Le piso los talones a Bradshaw y hago un barrido inicial del área antes de ver el destello de un arma en el follaje. Levanto mi pistola, aprieto el gatillo como si fuera tan fácil como respirar y disparo hacia la maleza. Bradshaw dispara su M16 a mi lado; estamos casi espalda contra espalda. Mis instintos se agudizan y me giro, mirando hacia el otro lado, donde está el equipo de Eren. Nos miran fijamente, sorprendidos de que ya hayamos disparado nuestras armas ficticias.

Vuelvo a disparar, dos veces en dirección contraria, y luego hago un último barrido para asegurarme antes de ponerme recta y hacer un gesto silencioso con la mano en señal de despejado.

Todo el escuadrón parece atónito y nos mira como si Bradshaw y yo estuviéramos compitiendo a ver quién la tiene más grande. Sinceramente, podría ser así.

Pero Eren no. Sus labios se despegan hacia arriba en las comisuras cuando tres hombres salen de entre los arbustos. Van vestidos de camuflaje y todos llevan polvo rojo en la frente y en el pecho.

Ian y Harrison se quedan boquiabiertos. Jefferson me mira con los ojos entrecerrados, pero ahora hay un nuevo atisbo de respeto en ellos. Pete me mira fijamente durante un segundo antes de dejar que sus ojos se desvíen hacia detrás de mí, hacia Bradshaw. Sigo su movimiento, me giro y veo que tiene sus ojos claros clavados en mí.

Si antes pensaba que la aversión que sentía por mí era mala, ahora es diez veces peor.

Me desinflo.

¿Qué me va a costar demostrarle lo que valgo? Yo era la única que estaba tan pendiente de la presencia del enemigo como él.

—Vamos. Bones, Bunny, vosotros dos vais en la retaguardia —ordena Eren, y le seguimos sin rechistar.

Bradshaw hace un gesto con la cabeza para indicarme que me adelante y yo no discuto. Ian camina delante de mí. Su casco y su equipo hacen que casi no se le pueda distinguir de los demás, pero se nota que es él por la forma en que deja arrastrar el pie durante una fracción de segundo antes de levantarlo. De vez en cuando veo el tatuaje que lleva en el cuello cuando se lo rasca.

Observo el entorno. Las montañas Rocosas son un terreno difícil, muy revelador respecto a cómo será el entorno de la misión real. Aquí, los bosques son frondosos, con muchas formaciones rocosas escarpadas a lo largo de las laderas y los acantilados a medida que

ascendemos. El aire frío de la montaña es enérgico y el viento hace que el frío me cale hasta los huesos.

Caminamos en fila india a través de la espesa maleza del bosque. Bajo las ramas hay más oscuridad, aunque el sol aún no se ha puesto.

Hace frío y me siento fatal. Pasamos horas caminando en silencio. Soy muy consciente de cada paso que Bradshaw da detrás de mí. El crujido de la tierra bajo sus botas, sus pensamientos calculadores. Sé que va a hacer algo para librarse de mí, la cuestión es qué será.

Eren marca un ritmo brutal y no aflojamos hasta que llegamos a una espesa maleza que nos conduce de nuevo a un acantilado rocoso. Cuando llegamos, me duelen los pies y todo está a oscuras, sin luna. Estamos lejos de cualquier civilización.

—Poneos cómodos, Malum. Nos quedaremos aquí esta noche. Quiero rotaciones de vigilancia en el equipo. Harrison y yo haremos la primera guardia. Pegaos a vuestros compañeros… y Bunny…

Levanto la cabeza y me encuentro con los tranquilos ojos azules de Eren.

—Buen trabajo hoy. Si esto hubiera sido real, nos habrías salvado el culo. Me queda claro por qué te respetan tanto —me elogia, y es la primera vez que recibo halagos de un sargento de una forma tan abierta.

Abro mucho los ojos y solo consigo asentir con la cabeza.

Eren tiene el mismo carácter amable que noté cuando nos conocimos en el avión. Me hace confiar en que he vuelto a caerle bien. Dios, ojalá fuera a él a quien me hubiera llevado al hotel en vez de a su gemelo psicótico.

El resto del escuadrón me dedica expresiones de desprecio, pero ninguna es tan severa como la de Bradshaw. Parece que preferiría comer tierra antes que compartir guardia conmigo.

Nos acomodamos como podemos entre la maleza. Las ramas y los

insectos nos lo ponen difícil, pero al menos no llueve. Podría ser peor. Tenemos suerte de que estamos en otoño y no en pleno invierno.

Nos comemos nuestras raciones en silencio y luego nos separamos en nuestros puestos para dormir. No puedo ser la única a la que le duelen los hombros después de cargar con una mochila todo el día. Bradshaw está pegado a mi costado e intento ignorar su presencia. Vuelve a mi mente el altercado que tuvimos hace un rato y me siento culpable.

Sé que no debería haber dicho esas cosas. No importa lo que dijera para provocarme. Me está carcomiendo.

—Bones —susurro.

No responde enseguida. Me pregunto si ya estará dormido, pero dudo que alguien tan traumatizado como él pueda descansar con tanta facilidad.

Desde luego, yo no puedo.

—¿Qué? —responde con una voz baja e irritada.

—Siento lo que dije sobre Aquiles. Estuvo fuera de lugar. —Las palabras se quedan entre nosotros y prolongan el silencio hasta que estoy segura de que no va a responder.

Se mueve y giro la cabeza lo suficiente como para mirarle. Se gira hacia el otro lado para darme la espalda. Aprieto los dientes, pero obligo a los músculos de mi mandíbula a relajarse.

Sabía que no iba a conseguir una disculpa por su parte, pero aun así me molesta.

Me duele la cabeza y mis pensamientos se enredan antes de que concilie el sueño.



Una bota me da en el brazo y me despierta.

Me siento a toda prisa y parpadeo, mirando a Bradshaw. Parece

que no ha pegado ojo porque tiene unas ojeras muy marcadas. Está muy oscuro y solo consigo distinguir sus rasgos gracias al mechero que tiene cerca de la cara mientras se enciende un cigarrillo. Se levanta la parte inferior de la máscara para dar una calada antes de señalar con la cabeza el puesto de vigilancia nocturna y espera a que me levante y agarre mi fusil.

Eren y Harrison nos miran un segundo antes de irse a dormir. Imagino que estarán tan cansados como yo para hablar. Observo a Eren hasta que su figura desaparece en la oscuridad. El miedo me devora cuando me siento junto a Bradshaw.

Los primeros veinte minutos pasan despacio. En el bosque se oye el ruido de los grillos y el de los murciélagos que cuelgan boca abajo entre las ramas de los pinos. Observo con atención las hileras de arbustos a lo lejos, a la espera de cualquier señal de movimiento.

—Lo siento.

Llevaba tanto tiempo sin hablar que su voz me asusta. Le miro sin entender nada.

Bradshaw no me mira mientras habla.

—Por lo de Jenkins. No debería haber sacado su nombre. —Habla en una voz baja y ronca. Mis ojos se entrecierran por el dolor que siento al oír el nombre de Jenkins.

Se hace un incómodo silencio porque no sé qué decir. Pero al final decido intentar hacer las paces con el diablo, si él está dispuesto.

—Él fue el único motivo por el que sobreviví en las fuerzas oscuras, ¿sabes? —comento, con la voz rasposa. No he hablado de Jenkins en voz alta desde que murió. Solo vive en mi cabeza. Por alguna razón, es más fácil contarle tus secretos a la gente que no conoces mucho. Bradshaw gira la cabeza en mi dirección y me mira a los ojos. Es la primera vez que no veo odio, en su lugar me encuentro con un poco de curiosidad—. Fue la única persona que vio mi verdadero yo y me entrenó para ser como él.

Bradshaw parpadea y veo un atisbo de sonrisa bajo su máscara.

—¿Era el único que sabía que en el fondo eras una pequeña parca? —Su tono de voz no es cruel, pero de algún modo sigue doliendo. ¿Tan obvio es?

Aparto la mirada y decido ignorar su comentario. No debería haberle dicho que me consideraba una.

—Aún no era una parca. Solo tenía veinte años. Aún era una estúpida que se dejaba llevar por las emociones. Creo que vio partes de sí mismo en mí y le costó ver las novatadas que sufrí sin intervenir… También maté a un compañero de escuadrón e hice que pareciera un accidente. —Vuelvo a mirar a Bradshaw. Tiene la mirada clavada en mí, con paciencia. No se inmuta ante mi confesión —. Me ayudó a convertirme en una parca porque le gustaba esa parte de mí. La parte que mataba en contra de las reglas.

—¿No crees que solo intentaba acostarse contigo?

Un destello de calor se extiende por mis mejillas y noto un cosquilleo de rabia en el estómago.

Bradshaw deja que un par de risitas bajas reverberen en el aire entre nosotros.

—Oh, mierda, estabais follando, ¿verdad? ¿Lo engañaste igual que a mí? —El idiota con corazón congelado ha vuelto. O tal vez nunca se fue y solo estaba fingiendo.

—¿Qué problema tienes conmigo? —pregunto, intentando no morder el anzuelo.

Me mira con severidad y arrugas de cansancio bajo sus ojos me oprimen el corazón más de lo debido.

—Estaba intentando follarme a Eren, no a ti, ¿sabes? —Suelto un suspiro y dejo que mis músculos se relajen. Me apoyo en el árbol que tenemos detrás—. Solo quería una última noche de diversión, permitirme un poco de placer antes de mi última misión.

Tensa los hombros.

—¿Qué quieres decir con tu última misión? ¿Te van a indultar?

La curva de mis labios hace que me mire con más atención. ¿Acaso cree que estoy siquiera cerca de ganarme el indulto para una nueva vida?

—No. Tengo la sensación de que será la última. Todos acabamos muriendo, ¿no?

Aparto la mirada, pero noto cómo me quema la piel con sus ojos.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué crees que será la última? —Habla con una voz mundana pero insistente al mismo tiempo.

¿Debería decirle que es porque quiero que sea la última? ¿O porque Malum va a misiones de las que la mayoría de los soldados no regresa? Como Aquiles. ¿O debería decirle la verdad? Que sé que con la misión que tenemos entre manos iremos a por el cabronazo que provocó que la misión de la Patagonia se fuera al traste. Claro, Malum culpa a Riøt de su pérdida y nosotros le echamos la culpa a ellos, pero el verdadero enemigo es aquel tercero que irrumpió en nuestra operación.

Me encojo de hombros. Me mira fijamente unos minutos más antes de apartar la vista.

El silencio que nos rodea se me clava en la piel. Me alegro de que no le guste hablar.

CAPÍTULO 7

NELL

Me tumbo boca abajo y observo a través de la mira el valle que hay debajo de mí. Hay movimiento. Espero pacientemente, con mi pesada red de camuflaje sobre la cabeza. El cuello empezó a dolerme hace treinta minutos, pero no quiero reacomodarme por si se me escapa algo crítico.

Los cuerpos se mueven hacia abajo y compruebo que se trata del escuadrón enemigo.

—Cuatro hombres armados —comento en voz baja.

Ian hace clic en la radio y le murmura la información y las coordenadas a Eren. Nos quedamos quietos hasta que tengamos noticias suyas.

La radio se enciente y la voz de Eren llega con un poco de sonido de estática.

—Retiraos. Los rastrearemos mañana a pie. Reagrupaos en la base. Cambio.

La base de operaciones está formada por nuestros penosos puestos bajo la maleza y una tienda de camuflaje que hemos podido montar detrás. Los primeros días no han sido tan malos, pero la guardia nocturna es una mierda. Había olvidado lo mucho que cansa. Bradshaw no me ha dirigido la palabra desde la primera noche. Es una situación incómoda, pero creo que me gusta más que

toda la mierda que echa por la boca. Me duelen las piernas y me pesan los párpados, pero no puedo dejar que eso afecte a mi rendimiento.

—Joder. Bueno, pues será mejor que volvamos —dice Ian. Su pelo negro sigue bien peinado hacia atrás, a pesar de la pintura y el barro que tiene en la cara. Tiene las mejillas cubiertas de tierra, igual que yo.

Asiento con la cabeza y empiezo a recoger mi red de camuflaje y a descargar mi fusil de francotirador. Me observa en silencio y yo lo prefiero. Hasta ahora no ha habido mucha unión de equipo, aunque Eren la ha fomentado mucho. Todo el mundo ha estado bastante callado y cuando hay una conexión, es entre ellos, no conmigo. Incluso Bradshaw parece más a gusto cuando está charlando con ellos. Aunque él no habla mucho con nadie. Esta mañana, me lo encontré sentado con la cabeza gacha leyendo un libro apoyado contra un árbol. En cambio, su hermano es todo lo contrario. Eren sonríe más veces de las que no lo hace y se ha esforzado por hablar con todo el mundo varias veces en los días que llevamos aquí.

Aún no he decidido si es una táctica de manipulación o no. Nadie sonríe tanto.

He podido averiguar algunas cosas. Una de ellas es que ninguno de nuestros compañeros de escuadrón sabe que Bones es el hermano gemelo de Eren. Al principio, no estaba segura de cómo era posible que no lo supieran, pero no actúan como hermanos cuando están de servicio y la diferencia en el tono de azul de sus ojos hace que no parezcan familia. Si a eso le sumamos las cicatrices de Bradshaw y su máscara, nadie sospecha nada.

—¿Qué hiciste para entrar en las fuerzas oscuras? —pregunta Ian, rompiendo el silencio. Le miro un segundo antes de seguir guardándome el equipo en mi mochila. «Todo el mundo hace algo inconfesable para llamar la atención de los servicios secretos».

—¿Cómo entra todo el mundo? —contesto. Lo sabe igual de bien que yo. Solo se recluta a gente mala.

—Dime lo que hiciste —insiste, como si esto fuera un interrogatorio y yo estuviera en la picota.

Me pongo de pie con mi equipo y el fusil sujetos a la espalda. Ian estudia mi expresión con una mirada severa. Es inútil; no sacará nada en claro.

No me importa contárselo y sé que transmitirá a los demás todo lo que averigüe sobre mí. Ellos también deberían saberlo.

—Maté a unas cuantas personas malas. —«De una forma horrible. Rozando lo animal»—. No valgo para el mundo real.

Sus ojos se abren de par en par y suelta una carcajada.

—¿Que no vales? Yo no diría eso, la verdad. —Creo que puede ser un cumplido hecho por accidente.

Asiento con la cabeza.

—No valgo para cualquier otra cosa que no sea matar. —Su mandíbula se tensa al oír eso. ¿Creía que les pondrían a una blandengue en su escuadrón?—. Me reclutaron porque hay oscuridad en mí y este es el único lugar al que pertenezco hasta que me maten a mí también.

—Joder, Bunny. Qué deprimente. ¿A cuánta gente has ejecutado? Oí que Riøt tenía una lista muy larga antes de que acabaran con ellos, así que ¿a cuántos? —pregunta mientras emprendemos el camino de vuelta a la base.

Le miro, confundida.

—¿Se supone que tenemos que llevar la cuenta?

Suelta un suspiro y niega con la cabeza.

—Joder, eres una zorra sin corazón.

«Así es, y es mejor que lo sepas ya». Miro hacia las copas de los árboles. Pienso en los ojos llenos de dolor de Bradshaw cuando habló de su antiguo segundo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto tras un rato de silencio—. Aquiles, ¿cuál era su verdadero nombre?

Ian traga saliva, pero pestañea, dejando atrás las dudas a la hora de decírmelo.

—Abrahm. —Ian pronuncia su nombre con cuidado, con respeto—. Su nombre en clave era Aquiles, pero solíamos llamarlo Abrahm. —Levanto una ceja, pero Ian no me mira. Está concentrado en las colinas de pinos, en una especie de trance.

—¿Cuánto tiempo formó parte del equipo? —pregunto.

—Cinco años… y no puedes sustituirlo. Así que inténtalo si quieres, pero nunca estarás a su altura —dice con malicia. Parpadeo despacio, sin inmutarme por lo que ha dicho.

—Ya lo estoy, Colt. —Me mantengo inexpresiva. La rabia que relampaguea en su mirada es silenciosa, pero promete un castigo.

Es difícil ignorar su animosidad, pero me las apaño para hacerlo.

Lo que no puedo ignorar tan fácilmente es la actividad para unir el equipo que Eren ha planeado para esta noche.

Me emparejan con Bradshaw. Su pelo negro está mojado por el sudor de la sesión de ejercicios de la tarde y está de todo menos contento con nuestra pareja. No podría estar más de acuerdo. ¿No estamos ya suficientemente obligados a estar juntos?

Eren la tiene tomada con nosotros.

Ambos nos quedamos con los brazos bien cruzados mientras el resto de nuestros compañeros de escuadrón esbozan sonrisas divertidas. La cara de Bradshaw es ilegible bajo la máscara, pero los pliegues de la tela negra no me parecen una sonrisa.

Eren está de pie ante nosotros seis con los brazos a la espalda.

—Malum, hoy vamos a trabajar la unión del equipo —dice sin rodeos, mirándome fijamente y de forma específica—. Tenéis la tarea de llegar al destino marcado en vuestro mapa antes del anochecer. El camino de los mapas debe seguirse al pie de la letra,

sin importar los obstáculos. Tanto vosotros como vuestro compañero tenéis que llegar juntos o fracasaréis. Los que fallen harán la guardia nocturna durante toda la noche. —El equipo suelta un largo quejido. Supongo que, al igual que yo, en algún momento de su formación habrán tenido que pasar la noche en vela. Es tan horrible como suena.

—Venga, Sargento, todos sabemos que van a ser Bones y Bunny. Saltémonos la parte de la unión del equipo y que hagan la guardia esta noche —dice Jefferson con despreocupación mientras estira los brazos detrás de la cabeza. Ian asiente a su lado, lo que hace que Eren lo fulmine con la mirada.

—Si vuelvo a oír quejas, haré que esta noche todos hagáis guardia —amenaza Eren. Sus ojos azul oscuro se vuelven hacia mí y se suavizan—. Os he marcado los mapas. Os veré antes de que anochezca.



Que Dios se apiade de nosotros. No podía haber peor escenario para peor pareja. Bradshaw ya me ha puesto los ojos en blanco más de diez veces y yo he reprimido al menos cuarenta palabrotas.

Puede que haya subestimado mi paciencia.

—¿No puedes escalar más rápido? —me ladra Bradshaw mientras me arrastro por un saliente de tres metros de altura. Me arden las yemas de los dedos aunque lleve guantes, y el sudor que me recorre la columna me pone más nerviosa a cada segundo que pasa.

—Cállate la puta boca —contesto, con los dientes apretados. Con un último impulso, consigo arrastrarme hasta el borde del precipicio. Me desplomo contra el suelo y miro al cielo. Los pinos se agolpan en lo alto. Entonces aparece su rostro y frunzo el ceño. Está serio, con las cejas muy juntas, y su mueca es evidente bajo la máscara.

Odio a este tipo más que a los insectos.

—Arriba, Bunny. Deberíamos estar un poco más lejos de lo que estamos. —Me agarra del chaleco y me hace subir de un tirón los pocos pasos que me quedan, luego me deja en el suelo. Le doy un manotazo y lo fulmino con la mirada. Me mira con curiosidad, casi divertido.

—No me toques, idiota —espeto mientras me levanto y paso junto a él—. No soy yo el que no cabía entre los dos árboles caídos y tuvo que andar cinco minutos más por la orilla del río.

No responde, pero puedo notar su mirada de odio clavada en mi nuca. Saco el mapa que Eren nos trazó y repaso los detalles una vez más. Ya hemos atravesado la pradera y el río. Aún nos quedan al menos cinco kilómetros antes de llegar a la ubicación señalada y la mayor parte del camino es por la ladera de esta maldita montaña.

Me vuelvo a meter el mapa en el bolsillo del chaleco y respiro hondo para volver a centrarme. «¿Qué me diría Jenkins ahora mismo?». Me concentro en el vaivén de las ramas de los pinos mientras los pájaros se posan en las ramas más finas y pían sin preocuparse por el resto del mundo. Seguro que Jenkins me diría que, si no puedo dominar mis emociones, tengo que dejar la mente en blanco. Que tengo que dejar que el estrés y las cargas se esfumen. Casi puedo oír su risa contra la curva de mi oreja, su respiración entrecortada cuando llevaba compañeros caídos a través del barro.

«Cuando dejas de pensar, puedes hacer cualquier cosa, Gallows».

Cierro los ojos y su olor aún perdura a mi alrededor. Una brisa fría en medio de una tormenta. Ramas quebradas y savia.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral y me giro, encontrándome con los ojos fríos y azul hielo de Bradshaw clavados en mí. Entonces el terror crece en mi pecho. No hay nada que no daría por tener a Jenkins de vuelta. Por tenerlo detrás de mí,

recorriendo mi rostro con su mirada. Apreciando cada pedazo de mi alma como nadie lo había hecho antes. Vio oscuridad en mí y me tendió una mano para guiarme aún más hacia las sombras.

—¿Qué pasa? —pregunta Bradshaw; sorprendentemente, no me habla con tanta brusquedad como de costumbre.

Me detengo y me quedo mirándolo un rato. Él me observa en silencio, igual que yo a él, esperando mi respuesta.

—A veces todavía los oigo. A veces… Pienso que, si me doy la vuelta, seguirán aquí. —Tengo los labios agrietados y las palabras me saben amargas.

Los ojos de Bradshaw se oscurecen, comprensivos. Se acerca un paso a mí y levanta una mano hacia mi cara. Me estremezco al sentir el contacto de su palma contra mi piel, pero se detiene. Un destello de horror parpadea en sus ojos cuando parece darse cuenta de que estaba a punto de consolarme. Retira la mano y se aclara la garganta.

—A veces sueño con él —confiesa, apartando su cara de la mía. Se pone a dirigir la marcha y yo le sigo—. Otras veces lo veo en los desconocidos, en las pequeñas cosas. La forma en que se dibuja una sonrisa o una peculiaridad que creía que solo le pertenecía a él.

Evalúo sus palabras.

—¿Por eso te enfadas tanto cuando me miras? —murmuro. Camina unos instantes en silencio antes de asentir.

—Tienes rasgos que solo deberían pertenecer a una persona. —Su voz es cruel y seca.

—¿A quién te he robado? —Por favor, que no sea a su último segundo. Cuando no responde, me trago el nudo que tengo en la garganta y murmuro—: Abrahm.

Se detiene como si fuera una piedra que ha caído en el barro y cuando gira sobre sus talones, la furia se apodera de él.

—No digas su nombre. Nunca lo conociste. —Sus hombros se

tensan. Lo veo en sus ojos. Quería a Abrahm tanto como yo a Jenkins. El dolor que se refleja en sus ojos es un espejo de mi propia miseria.

—No puedo evitar ser como soy, Bradshaw. Como has dicho, no lo conocía. Las similitudes que ves solo están en tu cabeza. —No parece nada satisfecho con mis palabras—. Solo quiero que nos llevemos bien. —Le tiendo la mano, con la esperanza de que la acepte.

Los músculos de la mandíbula de Bradshaw se tensan y me da un manotazo.

—Sigamos, Bunny.

Imbécil.

Dejo que mi mente divague mientras observo cómo la figura de Bradshaw avanza por el terreno irregular. Las rocas y los árboles dificultan el camino y la espesa maleza es implacable. Me tranquiliza que nuestras botas soporten cualquier tipo de condiciones.

El alivio dura poco cuando nos topamos con el último obstáculo: otro desnivel de tres metros. Se me cae el alma a los pies. No podemos escalarlo solos. Al menos el último desnivel tenía rocas con las que impulsarse. Este está hecho de piedras planas que sobresalen de la tierra. Bradshaw y yo nos miramos. Uno de nosotros tendrá que ayudar al otro a subir.

Mierda.

—Tendré que subir yo primero. —Bradshaw se pasa una mano por la nuca mientras inspecciona el acantilado—. No puedes tirar de mi peso hacia arriba —comenta, y luego me mira como si me estuviera demostrándolo.

Frunzo el ceño.

—Puedo levantarte.

Niega con la cabeza.

—Voy yo primero. —Tiene los brazos cruzados y los labios

apretados. Supongo que no tiene sentido discutir con él. Con un suspiro de frustración, me inclino y junto ambas manos.

Bradshaw da unos pasos atrás antes de que avanzar para que le haga de palanca. Se agarra del borde del despeñadero y sube. Miro fijamente el precipicio, esperando a que se asome y me ayude a subir, pero su cabeza no aparece.

—¿Qué haces ahí arriba? —exclamo.

Su rostro enmascarado se asoma por el borde y, cuando no se inclina para ayudarme a levantarme, me invade una sensación de malestar.

—Estás perdiendo el tiempo. Vamos, ayúdame a subir. —Retrocedo y corro hacia el precipicio, saltando y pegando patadas en la pared al alcanzarlo. Bradshaw no me ofrece la mano.

Me caigo al suelo, el impacto me deja sin aliento. Le miro, incrédula.

«Esto tiene que ser una broma».

Su máscara se alza en el punto en el que se le dibuja una sonrisa.

—Adiós, Bunny.

—Eres consciente de que los dos vamos a perder este ejercicio de unión de equipo y tendremos que pasar la noche en vela, ¿verdad? —digo con toda la fuerza que puedo reunir. Las emociones me oprimen el pecho; es muy difícil hacer caso omiso de las cosas por las que he pasado en los últimos dos días.

Levanta los hombros, dejándolos caer mientras me saluda como un imbécil.

—Les diré que no pudiste subir el precipicio. Que serías un estorbo en el campo. Ríndete. —Me tiembla la mandíbula y mis dedos se enroscan en la tierra.

Quiero gritar.

«Tal vez puedan enviarme al escuadrón Hades». Para ser la segunda de cualquier otro que no sea este monstruo. «Pero esta es

la única oportunidad que tengo de vengar a Jenkins». Veo cómo la parte superior de la cabeza de Bradshaw desaparece y sus pasos se alejan. Eren va a pensar que no soy lo bastante buena si me quedo atrapada en este obstáculo. Creerá a su hermano diga lo que diga.

Miro al cielo, donde el sol comienza a descender hacia las montañas que están a lo lejos. Todavía hay tiempo.

—Mierda —susurro mientras me pongo en pie.

Después de evaluar el precipicio, llego a la conclusión de que no hay manera de que pueda subir yo sola. La pared de roca es demasiado escarpada. Bien, ¿qué otra cosa puedo usar? Miro a mi alrededor y veo que el precipicio se extiende mucho a cada lado. No me sirve. Inspecciono los árboles que hay cerca. Hay un pino más grande que el resto; tiene un tronco grueso y la primera rama es larga y ancha, y se extiende sobre el borde del acantilado.

Es mi única opción.

Unos cuantos intentos después de perder el agarre del árbol y caerme de culo, por fin alcanzo la rama y envuelvo mi cuerpo alrededor de ella. Voy a retorcerle el puto cuello a Bradshaw cuando le ponga las manos encima. La idea de hacerle daño aviva mi odio y me contoneo por la espinosa rama. Ignoro las astillas que se me clavan en los muslos. Me cuesta mucho no mirar hacia abajo.

«Debería cortarle la polla. Romperle su bonita nariz. Lo que haría por hacerle llorar…».

Una sonrisa petulante y de satisfacción se dibuja en mis labios ante esos diabólicos pensamientos. Se merece algo mucho peor.

Por fin llego al final de la rama y me atrevo a echar un vistazo hacia abajo. La rama no llega tan lejos como esperaba. Tendré que balancearme. Mierda. Estoy fácilmente a seis metros de altura y con una caída desde tan alto podría romperme algo. Respiro hondo para centrarme y bajo despacio, aferrándome a la rama con manos temblorosas. Al mismo tiempo, muevo las piernas y balanceo el

cuerpo hasta que tengo el impulso suficiente para saltar por encima del borde.

Contengo la respiración al soltarme. Entonces caigo como un pájaro abatido. Alargo los brazos por si mis pies no alcanzan el borde. Las suelas de mis botas rozan la grava y por un breve y estúpido instante creo que lo he conseguido. Entonces la tierra cede bajo mis pies y mis rodillas se golpean contra el suelo. Se me escapa un gruñido cuando mi pecho golpea el suelo. Lucho por agarrarme a algo antes de deslizarme por el borde y, de algún modo, consigo clavar las puntas de los dedos en la tierra.

Me retuerzo sobre el altiplano y me tumbo boca arriba. El corazón me late con fuerza y solo puedo pensar en darle una paliza a Bradshaw.

«Lo he conseguido, joder».

Suelto una carcajada y me quedo tumbada unos minutos hasta que dejan de temblarme los brazos y las piernas. Me levanto y me limpio la tierra de los pantalones con una mueca de dolor por el golpe de mis rodillas contra el barranco. Bajo el uniforme se me forman unas manchas rojas, pero el color negro de la tela las oculta casi por completo, así que prefiero ignorarlas hasta que pueda vendármelas más tarde.

El sol se mueve deprisa, tiñendo el cielo de un color anaranjado. Corro los kilómetros que quedan y por fin veo a Bradshaw cuando nos acercamos al punto señalado. Su andar chulesco se ha relajado, lo que me enfurece aún más al ver que no le importa nada.

Agarro una piedra del tamaño de la palma de mi mano y, con una sonrisa malévola, aplaco el dolor que me recorre el cuerpo mientras me preparo para lanzársela.

—¡Eh, idiota! —grito anzándole la piedra. Se gira, claramente sorprendido. El proyectil le golpea el casco y le hace inclinar la cabeza hacia atrás. Suelto una carcajada antes de añadir—: ¡Que te

jodan!

Bradshaw me mira fijamente, como si algo en su cerebro se hubiese desconectado.

—Maldita niñata.

Me quema todo por el odio, pero sigo riéndome.

—Oh, qué réplica tan ingeniosa. ¿Qué tienes? ¿Cinco años?

Carga contra mí, sin advertencia ni sonido alguno. Mis instintos se desatan en un grito agudo. Me echo a un lado y corro lo más rápido que puedo para esquivarlo. Alarga las manos y me agarra de uno de los bolsillos del muslo. Me giro y le doy un puñetazo en la cara. Gruñe, pero no me suelta. Me agarra de la trenza y tira de mi cabeza hacia atrás. Caemos juntos al suelo, luchando como si nuestras vidas dependieran de ello.

—Me das asco. —Su voz destila odio. Me sujeta el brazo a la espalda y ya sé que va a ganar esta pelea. Tengo la respiración demasiado agitada y me tiene inmovilizada como a un animal. Contengo el grito que se me agolpa en la garganta. Me tuerce la muñeca y pone la rodilla encima. Me planta la cara contra el suelo y su peso se extiende de forma agónica sobre mi columna vertebral.

—Aquí lo único que da asco eres tú —digo, todo lo mordaz que puedo.

Se queda pensativo.

—No voy a volver a pedírtelo por las buenas, Bunny. Te quiero fuera del escuadrón. Quiero que renuncies. —«No hay nada que me apetezca más que eso, colega». Intento zafarme de su agarre, pero me sujeta la muñeca y me obliga a soltar un grito—. Nunca tendrás un sitio aquí, con nosotros. El único buen soldado Riøt es el que está muerto. Y puedo encargarme de eso, Bun. Ponme a prueba.

Me tiembla la mandíbula y mi fuerza de voluntad disminuye en un suspiro tembloroso. La saliva y la sangre burbujean sobre la tierra, alrededor de mi mejilla. Acomoda sus caderas sobre mi torso

mientras mis hombros se relajan y afloja el agarre.

Bradshaw se inclina hacia delante hasta que su máscara caliente roza mi oreja.

—Si de verdad quisiera matarte, mi cuchillo estaría enterrado en tu espalda ahora mismo. No puedes competir en combate cuerpo a cuerpo. No puedes protegerte. ¿Y si estuvieras luchando contra un soldado enemigo y se dieran cuenta de que eres guapa y te llevaran de vuelta a su base? ¿Sabes lo que pasaría? —Se me revuelven las tripas. Claro que lo sé. Todo el mundo lo sabe—. Vete y ya está. Ninguno de nosotros te quiere aquí.

—Porque soy una Riøt —suelto, mirándole con veneno en los ojos.

—Porque no confío en ti. Nunca confiaré en ti.

Me mira con desdén y, una vez que se asegura de que he entendido el mensaje, cede. Me suelta y se levanta, dejándome en el suelo mientras se va. Me quedo en el suelo, respirando con dificultad, inmóvil y pensando en algo más trágico que la situación en la que me encuentro.

«Los soldados no lloran». La voz de Jenkins zumba en mi memoria. Sus cálidas manos se habían extendido sobre mis hombros. «Si te rindes, mueres».

Las lágrimas me caen en silencio por el puente de la nariz. El cielo se oscurece con la puesta de sol. Se acercan pasos, pero no tengo fuerzas para incorporarme.

—Nell. —La voz de Eren es suave y amable cuando se arrodilla a mi lado. El miedo me recorre y me duele la cabeza. Me levanto con esfuerzo. La suciedad y la sangre se adhieren a mi piel y se extienden cuando me paso la manga por la cara. Sus ojos se suavizan y levanta la mano hacia mi mejilla, quitándome con el pulgar lo que queda de rojo en mi labio ensangrentado—. ¿Un día largo?

Le lanzo una risa seca e irónica.

—Podría decirse que sí.

Eren se mueve para sentarse a mi lado, poniéndose a mi altura. Es muy guapo y amable. Su rostro no tiene las cicatrices de Bradshaw. Sin embargo, con esa belleza sin marcas, le faltan las características y el camino que tiene la de su hermano.

—Odio decirte esto, pero vosotros dos hacéis la guardia nocturna —dice con un poco de humor para aplacar los ánimos.

—Sí, me lo imaginaba.

—¿Quieres que me quede con vosotros? Sé que ha sido… difícil.

—Y eso es quedarse corto.

Eren se ríe.

—No creo que te odie tanto como parece. Se ha mostrado reacio a que alguien sustituya a Abrahm, pero ninguno quiere… —se interrumpe.

—Una soldado Riøt —termino por él, mirando hacia el bosque oscuro.

Suspira y asiente.

—Exacto.

—¿Por eso hace tanto tiempo que no envían al escuadrón Malum a una misión? —pregunto, alzando una ceja. Él asiente, su ceño fruncido arruga su perfecto rostro.

—Más o menos. Pero el principal motivo de este repentino interés en que volvamos es que esta misión es muy muy importante. Por eso… —Vuelve a hacer una pausa y me mira. Dios, su amabilidad se está volviendo irritante porque me obliga a terminar sus frases.

—Me enviaron.

Asiente con la cabeza.

—No voy a rendirme. —Tengo la boca seca. No voy a renunciar a esta misión, ni hablar. Es la única oportunidad que tengo de conseguir justicia para mi escuadrón. Para Jenkins.

La expresión desesperada de Eren se hace más evidente.

—De verdad que creo que es porque no quiere que te pase lo que le pasó a Abrahm. No solo porque vengas de un mal escuadrón.

«Un mal escuadrón». Me duele.

Niego con la cabeza y suspiro.

—Ya, claro.

Deja que el silencio se mantenga entre nosotros un rato y, entonces, murmura:

—¿Nos ponemos en marcha?

Le sigo hasta el Humvee que nos espera en el puesto de control y aguanto las miradas que me lanza el resto del escuadrón durante el trayecto de vuelta a la base y durante la cena. No me molesto en vendarme o mirarme las rodillas heridas. El dolor es una punzada muda, pero al menos me da algo en lo que concentrarme más allá del desdén que me rodea.

CAPÍTULO 8

NELL

Bradshaw sujeta su fusil de asalto sin moverse mientras vigilamos. Ya me pesan los ojos, aunque solo llevamos unas horas. Esta noche está más oscura por las nubes. Hasta las criaturas del bosque están quietas bajo la oscuridad.

No ha dicho una palabra desde nuestra pelea de antes. Cierro los ojos un momento. «Así mejor». Prefiero ser independiente por si pasa algo en una misión real. He intentado llevarme bien con él, pero no quiere saber nada de mí.

—Creo que he oído algo —susurra Bradshaw, y el sonido de su voz me produce escalofríos. Abro los ojos y me pongo alerta de inmediato, pero no oigo nada.

—¿Dónde? —pregunto en voz baja. Él asiente con la cabeza y yo me adelanto, caminando despacio y mirando en todas direcciones en busca de cualquier señal de peligro. Me detengo cuando estoy a seis metros de nuestro puesto—. No veo a nadie, está claro…

Alguien me planta un pie directamente en el centro de la espalda, lo que me obliga a tirarme al suelo. Amortiguo la caída con los antebrazos, pero el dolor me recorre el cuerpo. La cabeza me da vueltas.

Levanto la vista y veo a Bradshaw de pie sobre mí, con Jefferson y Pete, uno a cada lado. El horror se me clava en el pecho.

—¿Qué mierda estáis haciendo? —gruño mientras intento levantarme, dándoles la oportunidad de decir que esto es una broma y no lo que creo que es.

En cuanto estoy de rodillas, Bradshaw me echa los hombros hacia atrás y vuelvo a caer al suelo, solo que esta vez está a horcajadas sobre mí, inmovilizándome el torso y clavándome los brazos en el suelo con el peso de su cuerpo.

Me retuerzo con desesperación debajo de él. El miedo me recorre los huesos, aumentando la frecuencia de mi respiración, convirtiéndola en jadeos.

—¿Dos ataques en un día? Eres un puto psicópata de lo más productivo —grito con saña antes de escupirle en la cara. El corazón me late a toda velocidad contra las costillas y lo único que veo son los desgarradores ojos azul claro de Bradshaw. Me ignora, pero Jefferson y Pete comparten una mirada un tanto preocupada, como si no estuvieran completamente de acuerdo con lo que sea que les haya convencido de hacer.

Intento centrarme en la ira. El miedo te vuelve irracional, al menos la ira es un poco más firme. Respiro hondo y me tranquilizo. «Aún no ha hecho nada. Quizá no haga nada. Solo intentan asustarme».

Bradshaw se inclina hacia delante y desenfunda su KA-BAR. Uno de los de verdad. Es un cuchillo negro de uso militar pensado para clavárselo en el pecho a otros seres humanos.

La sangre abandona mi rostro.

—¿Vas a rendirte? —pregunta Bradshaw sin remordimientos en su voz. Está claro que no me están gastando una broma, pero no dejo que mi determinación flaquee.

La rabia vuelve a alimentar mis palabras. Llegados a este punto, esto es personal.

—No. Ahora suéltame, joder —exijo.

Si le asustan mis palabras, no lo demuestra. Jefferson se arrodilla

junto a mi cabeza y Pete me sujeta los tobillos con firmeza.

—¿Qué estáis…? —exclamo, con el miedo recorriéndome. Las manos de Jefferson me tapan la boca, amortiguando cualquier sonido que escape de mis labios.

La adrenalina se apodera de mí y me revuelvo con fuerza contra ellos. Lucho por mi vida, por mi próximo aliento. ¿Van a matarme? ¿Y todo porque no abandono? ¿Qué demonios les pasa? Mi intento de escapar es inútil; me tienen inmovilizada como a un cordero que va al matadero. Bradshaw vuelve a levantar el cuchillo y desliza la parte plana sobre la suavidad de mi vientre, quemándome la piel con el frío acero.

Intento quitármelo de encima y gritar para pedir ayuda, pataleando con desesperación. Entonces, el aire frío me golpea el esternón y me congela todos los miembros con los que lucho, me congela hasta la sangre.

Se me acelera la respiración, feroz, y se me saltan las lágrimas cuando Bradshaw me desabrocha el chaleco. Arrastra el cuchillo por mi camiseta, cortando la tela y mi sujetador deportivo con facilidad, exponiendo mis pechos al frío de la noche. Los pezones se me endurecen y el miedo se apodera de mí.

Intento morderle una mano a Jefferson, pero me cierra la mandíbula con la otra con fuerza. Un grito ahogado crece en mi garganta y vuelvo a intentar sacudirme con todas mis fuerzas. Todos sus ojos se fijan en mis pezones desnudos. La vergüenza se apodera de mí y quiero pegarles a cada uno de ellos hasta dejarlos inconscientes.

«¿Por qué están haciéndome esto? Esto es peor que todo lo que Riøt hizo».

Las lágrimas me nublan la vista y mi energía se desvanece enseguida. Mi cerebro se apaga y entra en modo supervivencia.

Me quedo tumbada y dejo que mi cuerpo se relaje. Mi respiración

entrecortada es el único sonido que se escucha en medio de la oscuridad.

Bradshaw me mira con ojos ausentes. No le importa lo que me está haciendo ni el impacto que esto tendrá en mi estado mental. Mantengo los ojos fijos en los suyos, negándome a soltar lo único que me queda, la mirada asesina.

Se ríe entre dientes, frunciendo el ceño como si se compadeciera de mí.

—¿Todavía sigues luchando? Maldita sea, eres de las duras. —Bradshaw lleva el filo de su cuchillo a mi costado derecho, a la piel sensible que hay justo debajo del pecho. Me clava la punta afilada y grito contra la palma sudorosa de Jefferson. El dolor se apodera de mí, pero más que el dolor, siento la tierna mano de Bradshaw apretándome las costillas para mantenerse en equilibrio. Su entrepierna sobre la mía me pone mucho y, de repente, el miedo se convierte en placer.

«Esto es de estar fatal».

Mi grito se convierte en un gemido y los ojos de Bradshaw atrapan los míos, sin perderse un solo detalle de cómo mi cuerpo responde a él y al dolor. Dios, espero que los otros dos estén demasiado distraídos como para darse cuenta. Esto no debería excitarme; no, esto *no me pone*. Me muerdo el labio inferior para contener el siguiente gemido.

Jefferson se estremece.

—Bones —lo llama—, dijiste que solo íbamos a asustarla. Esto es ir demasiado lejos. —Mira inseguro de Bradshaw a Pete.

Pete me agarra por los tobillos.

—¡Estás haciéndole daño! —su voz suena genuinamente sorprendida y preocupada. «Gracias a Dios que no oyen el placer de mis gemidos».

Bradshaw los ignora a ambos, mantiene sus diabólicos ojos

clavados en mí y desliza la hoja con un movimiento en forma de medialuna agónicamente lento, siguiendo la forma de mi pecho. Me retuerzo y muevo las caderas. El dolor me pone a cien mientras sus ojos llenos de lujuria, sus manos agarrándome y su polla dura me ponen muy nerviosa. Agacha la cabeza, se levanta la máscara solo lo suficiente para mostrarme los labios y me agarra un pezón entre los dientes antes de posar los labios en mi piel y besarla una sola vez.

Detiene la incisión donde acaba mi esternón.

Me caen lágrimas por las sienes por el dolor y la vergüenza, pero sobre todo por la crueldad de los tres.

La sangre me calienta la piel mientras me corre por el costado y se acumula en la tierra. Jefferson deja de taparme la boca y empuja a Bradshaw.

—Mierda —maldice Jefferson en voz baja mientras vuelve a colocarme el chaleco sobre el pecho con cuidado para taparme. Le tiemblan las manos. Me levanta en brazos como si no pesara nada y me lleva a toda prisa a la base. Mientras carga con mi cuerpo inerte y cansado, no puedo dejar de mirar detrás de él, a Bradshaw, que sigue observándome como si fuera una comida que no se ha terminado. Me apuesto lo que sea a que sonríe bajo esa máscara.

Me apuesto lo que sea a que cree que me ha roto.

CAPÍTULO 9

BRADSHAW

—¿Qué cojones te pasa? —Pete me empuja contra un árbol y yo dejo que lo haga. Sigo pensando en toda la sangre que brotó de su piel sensible hace un minuto. El fuego que le iluminaba los ojos y la forma en que frotaba los muslos debajo de mí, intentando aliviarse un poco desesperadamente.

Pues claro que le gustó. Joder. Está volviéndome loco.

Me arrastro la mano por la mandíbula y me froto la suave tela de la máscara contra los labios. Observo cómo Jefferson monta un escándalo en la base. Me recorre una punzada de culpabilidad. Debería haberle dicho que iba a intensificar las cosas, pero ni siquiera sabía lo que iba a hacer hasta que ya estaba ocurriendo. Cuando me miró fijamente con todo ese odio ardiéndole en los ojos, quise arrancárselo yo mismo, y eso fue exactamente lo que hice.

Eren ya está dando pisotones hacia aquí y parece estar hecho una furia.

Pete resopla y maldice mientras se va, probablemente para ir a ver a nuestra pequeña Bunny. Solo ha sido un cortecito. Quiero reírme del dramatismo de mis compañeros. Por una soldado Riøt, nada menos. ¿No la vieron disfrutar igual que yo? Pienso en cómo se habría visto desde otra perspectiva.

Mmm. Quizá me pasé un poco, pero cuanto más reaccionaba a mí,

más quería ver. Eren llega hasta donde estoy y, antes de decir nada, me da un puñetazo en la cara. Me deja sin aliento.

Nunca me había pegado. Jamás.

Lo miro y sus ojos están llenos de rabia. Por algo que ni siquiera es suyo. Mis ojos se ensombrecen y lo miro con poco interés.

—Bradshaw, ¿en qué cojones estabas pensando? —Frunce el ceño, angustiado. Sé que está preocupado por mi salud mental. Siempre lo he sabido. A veces me pregunto si es por eso por lo que no nos importa quedarnos en las fuerzas oscuras. Aquí, puedo dejar salir la oscuridad que llevo dentro. Creo que él lo sabe desde hace más tiempo que yo. Pero yo también conozco al monstruo que hay en su interior—. Te castigarán por esto. Sabes que el general Nolan la aprecia. —Sacude la cabeza y aprieta los dientes.

Una punzada de dolor recorre mi corazón frío y muerto. Mi hermano es lo único que me queda en esta vida y yo también soy todo lo que él tiene, pero cuanto antes se dé cuenta de que voy a morir joven, mejor. Es un milagro que haya aguantado tanto, dada nuestra profesión.

Pienso en Abrahm. «Debería haber sido yo».

La frialdad que me dejó en el pecho es como una infección que no hace más que extenderse. Quiero estar bajo tierra y que él regrese en mi lugar. Ahí es donde debería estar yo.

Eren está hablando y sermoneándome, pero no lo oigo. Miro a su espalda y veo a Bunny de lejos. Mis compañeros se arremolinan a su alrededor, vendándole el costado y disculpándose sin parar.

Entrecierro los ojos y aprieto los dientes. «Es mala». Pero el pensamiento no me llega al pecho con rabia como hace un día, y eso me cabrea.

Si tengo que romperle las manos para que abandone, lo haré.

Bunny me mira, con la preocupación reflejada en sus brillantes ojos color miel. No veo la determinación de abandonar que

esperaba. En su lugar solo hay furia y más fuerza de voluntad que antes. Más lujuria oscura que asedia esos labios carnosos mientras ella los recorre con la lengua. No me extraña que su anterior sargento se enamorara de ella. Vio una pequeña sombra y se la quedó.

«Nunca podría querer a una Riøt».

Aprieto los puños. ¿Por qué tenía que ser ella? ¿Por qué la única superviviente de Riøt tenía que ser ella? Su mirada provoca un latido inesperado en lo más profundo de mi ser. Uno que me niego a analizar e inspeccionar como es debido.

Dejo caer los hombros en un vergonzoso gesto y vuelvo a mirar a Eren.

Sabe que no he oído nada de lo que ha dicho y levanta las manos, exasperado.

—No puede quedarse —digo con rotundidad.

Al principio, Eren se muestra impasible, pero luego sus facciones se suavizan con compasión al ver el dolor en mis ojos. Siempre ha visto cosas dentro de mí, incluso cosas que yo mismo no puedo ver. Me pregunto si ve lo jodidamente cansado que estoy. Lo exhausto que me siento.

—Ella no es Abrahm. La necesitamos —asegura.

Niego con la cabeza.

—No, no lo es. Y acabará peor que él. Le da igual si vive o muere. Está entrenada para ser una máquina de matar suicida.

Los ojos de Eren se abren de par en par.

—Hablas como si tú… —Se interrumpe y agacha la cabeza, sacudiéndola.

—Cuidado con lo que dices —gruño, empujándole por los hombros.

—Tranquilo. Ya estoy teniendo una noche de mierda gracias a ti. —Se pasa la mano por la cara. La barba le ha crecido desde que está

en el campo. Parece cinco años mayor que yo, pero quizá sea el estrés—. ¿Y qué más da si muere en la misión? Solo tenemos un objetivo y no es llevarla a casa. Deja de fastidiar el plan. —Me da una palmadita en el hombro y mis ojos vuelven a ella. Me la imagino muriendo y es como una repetición de la muerte de Abrahm.

Los recuerdos de la sangre caliente y los gritos enfermizos caen sobre mí como si fuera una marea baja, arrastrándome a las profundidades de mi desesperación. Pero esta vez, en lugar de las manos frías y temblorosas de Abrahm buscando la luz, veo las suyas.

Mi voz es cruel al afirmar mi decisión:

—Haré que se vaya.

CAPÍTULO 10

NELL

Pete y Jefferson se sientan, rendidos, a hacer la guardia nocturna. Eren los ha hecho sentarse allí como nuestros sustitutos toda la noche por su participación en la emboscada. Un pequeño respiro por el que estoy muy agradecida.

—Sargento, no hace falta denunciar el incidente. Estoy segura de que solo intentaban darme una especie de cruel bienvenida al escuadrón —miento, y la mentira me sabe a ácido, pero la venganza que tengo reproduciéndose en mi cabeza una y otra vez me promete una recompensa. Eren me lanza una mirada que dice que no se lo cree ni por un segundo.

Los dos sabemos lo que intentaba Bradshaw. Lo que hizo.

—¿Estás segura? —me pregunta de todos modos.

Asiento con la cabeza y hago una mueca mientras Ian termina de vendarme las costillas.

—Es que me ha asustado. Estoy bien mentalmente y puedo seguir con el resto de las maniobras, Sargento.

Ian levanta la cabeza y mira inseguro a Eren, pero ninguno de los dos comenta nada. Eren se limita a asentir y a apretar los labios.

—Vale. Bueno, duerme un poco… ¿Te parece bien dormir esta noche al lado de Bones?

«Por supuesto que no. Me hizo daño, pero también despertó algo

muy oscuro y perturbador en mi interior».

Me trago ese pensamiento.

—No tienes que preocuparte por mí, Sargento.

Eren me observa un segundo y luego asiente con la cabeza antes de retirarse a la tienda. Va a ser un milagro que alguien consiga pegar ojo esta noche. Por fin tengo un momento para mí y suelto un largo suspiro, con la mirada clavada en mis guantes tácticos negros cubiertos de sangre. «Genial». Solo hemos podido traer una camiseta de repuesto, así que me quito la que está rota y me pongo la que está limpia.

Mi mirada se posa en Bradshaw. Ha vuelto a nuestro puesto y está tumbado de lado, como siempre. Los arbustos que rodean nuestros sacos de dormir forman una cueva perfecta, manteniendo el lugar relativamente caliente frente al aire helado de la montaña.

La rabia me atraviesa y crece a medida que se me va adentrando en el pecho.

¿No lo van a castigar igual que a los otros dos? Es probable que no, es el preciado hermanito gemelo de Eren.

Creo que nunca he querido herir a nadie tanto como a él. Podría hacerle un corte yo también. «¿Quiere asustarme? Haré que se mee en los pantalones. Haré que se enfrente a su propia mortalidad».

Tengo pensamientos oscuros calentándome la cabeza cuando me acomodo a su lado, y hago una mueca por el dolor en el costado. Me va a quedar cicatriz y pensaré en su estúpida y preciosa cara cada vez que la vea. Por un segundo, pienso en él subiéndose la máscara y en la sensación de sus labios sobre mi pezón. Me recorre un escalofrío.

«Deja de pensar en ello».

Las rodillas me duelen y me recuerdan que no las he atendido, pero estoy tan cansada que tendrán que esperar hasta mañana. Un pequeño gemido se escapa de mis labios cuando por fin dejo que mi

espalda toque el suelo. Bradshaw se tensa a mi lado al oírlo. No me molesto en hablarle. Estoy demasiado cansada y no puedo hacer nada. Quiere que renuncie. Le demostraré que no voy a hacerlo. Se lo demostraré a todos.

El silencio inunda nuestra base una vez más y, cuando el sueño empieza a apoderarse de mí, su susurro me despierta.

—¿Estás bien?

¿Qué cojones? No. No, no estoy bien.

Estoy cualquier cosa menos bien.

No respondo, haciéndome la dormida. No hay realidad en la que pueda enfrentarme a él ahora mismo. Estoy muy cerca de desenvainar mi cuchillo y enterrárselo en el pecho.

Se gira para mirarme. Su respiración es tranquila, pero la noto rodar sobre mi piel como una niebla cálida. Abro los ojos lo suficiente como para ver su silueta. Está oscuro y me observa. La máscara de tela negra le cubre casi toda la cara, pero no puede ocultar la desesperación que hay en sus ojos mientras estudia mis rasgos.

¿Así es cómo me mira cuando no me entero? Hay mucho dolor en su mirada. Más de lo que cualquier persona debería tener que cargar. Conozco ese peso.

Baja la mirada hasta mi costado, donde ha dejado que el filo de su cuchillo me corte la piel. Bradshaw levanta la mano y me cuesta horrores no apartarme de él. Baja los dedos hasta mi costado con delicadeza, rozando la herida bajo la tela.

Me escuece, incluso con el más leve roce. Frunzo el ceño y entreabro los labios para soltar un suspiro agudo. Tiene los dedos calientes. El calor y el dolor se me enroscan entre los muslos. Me mira a la cara y abro los ojos para que sepa que me he despertado. No aparta la mano de mi costado y tampoco aparta la mirada.

Esos ojos claros se clavan en mi alma. «¿Qué busca?».

Respiro con dificultad mientras la incertidumbre me recorre. No le entiendo. Mi mirada baja hasta sus labios antes de decidirme a volver a cerrar los ojos.

Después, no se mueve durante un rato, y en lugar de rodar hacia su lado, se tumba junto a mí, con el peso de su mano sobre mis costillas y el calor de su pecho colándose en mí. El dolor disminuye y el calor de su mano me recuerda que Bradshaw, por muy frío e insensible que sea, tiene algo de corazón.



—Bunny, las manos abajo. Eres más pequeña que tu oponente, así que usa su altura en su contra —suelta Eren, aburrido. Ian comparte una risa de suficiencia con Harrison mientras me levanto del suelo.

—¡Lo sé! —siseo en respuesta, lista para dar por concluida la sesión, pero Eren es el único que puede decirnos cuándo hemos terminado. Todavía me duelen las costillas, pero no voy a dejar que eso me frene.

El círculo de combate cuerpo a cuerpo es una zona llana de la pradera que descubrimos durante la primera semana. Eren nos hace venir aquí a pegarnos todas las mañanas antes de que salga el sol.

Mis ojos se encuentran con los de Bradshaw. Tiene el pelo mojado y echado hacia atrás. Se cruza de brazos mientras me observa pelear con Jefferson. La comisura de su máscara se levanta en una sonrisa maliciosa y la rabia me recorre diez veces más. Está mucho más tranquilo desde la noche en que me agredió, aunque no sé cuánto durará. Una parte de mí cree que se debe a que Eren le ha dado una buena reprimenda a su hermano. Ya han pasado dos semanas de maniobras y entrenamientos, largas guardias nocturnas e incómodas comidas alrededor de la hoguera. Y, de algún modo, solo he conseguido que Bradshaw me fulmine con la mirada un par

de veces. Nuestras conversaciones son de una a cuatro palabras como máximo, pero ya no nos peleamos como antes. Así que, *yupi*.

Puede que mi reticencia a hablar con él ayude. Cree que esto ha terminado. Que ha ganado. Cree que me someteré a él solo porque me sorprendió con la guardia baja.

Dejo que piense eso.

—Vamos, Bunny. Estás haciendo que me sienta mal —dice Jefferson, sarcástico.

—Que te jodan. —Escupo sangre a mi lado, la suciedad se adhiere a ella al instante.

Jefferson extiende la mano y me hace un gesto para que me acerque a él. Tiene el pelo castaño claro mojado por el sudor y pegado a la frente. Me dije a mí misma que no sería tan dura con ellos, que les dejaría creer que tenían ventaja antes de hacerles daño de verdad, pero a la mierda.

Desenvaino mi cuchillo y cargo contra él de frente. Sus ojos parpadean ante mi repentina osadía. Es demasiado corpulento para reaccionar a mis movimientos. Me agacho con facilidad y esquivo su intento de asestarme un golpe en el pecho. Mi pierna le pasa por debajo y cae de espaldas. Ahoga un grito ahogado por el impacto. Sin vacilar, me pongo a horcajadas sobre su vientre, le doy un golpe en la mandíbula y sostengo el lado afilado de mi cuchillo contra su cuello cubierto por una barba incipiente.

Jefferson abre mucho sus ojos marrones y palidece. Le hago una mueca y me inclino hacia él.

—Oh, Jobs, estás haciendo que me sienta mal —susurro con dulzura.

Sus fosas nasales se ensanchan y abre la boca para soltar alguna tontería que no me interesa oír. Aumento la presión de mi cuchillo contra su piel hasta que la sangre aflora y se queda quieto.

—Basta, Bunny. Colt, te toca —ordena Eren con voz monótona,

pero no me pierdo el brillo de sus ojos cuando me mira. Un fuego que me incita a seguir. *Buen trabajo*. Prácticamente puedo oírle decirlo.

Ian entra en el cuadrilátero y yo le doy una paliza. Lo mismo pasa con Harrison y Pete. Puedo ver en sus frías miradas que saben que hasta ahora he estado jugando con ellos, ocultando mi verdadera cara.

—Pues claro que la Riøt es una puta serpiente —dice Pete lo bastante alto como para que le oiga. Por alguna razón se lo está tomando peor que el resto. Pobre perdedor.

—Pues claro que el Malum es un llorón —le contesto. Las pupilas de Pete se dilatan y su respiración se entrecorta mientras camina hacia mí dando pisotones como si realmente pudiera hacer algo al respecto. Me preparo para esta vez dislocarle el hombro si hace falta.

Pero, por supuesto, Bradshaw siente la necesidad de intervenir. Pete se detiene enseguida, y me cabrea más que su lealtad hacia él sea tan fuerte.

—Te crees la soldado más dura que hay, ¿eh? —dice Bradshaw con una voz ronca y enfadada que hace que se me ericen los pelos de la nuca.

Eren lo fulmina con la mirada.

—Bones, no puedes participar en el combate cuerpo a cuerpo. No sería justo —le advierte.

Bradshaw ignora a su hermano y camina con paso firme hacia mí, bajándose la cremallera de la chaqueta para quedarse solo con el chaleco antibalas. Es la primera vez que veo sus brazos desnudos a la luz del día y, Dios mío, son un espectáculo. Tiene los músculos definidos y las venas marcadas mientras empuña su cuchillo. Sus ajustados pantalones de combate negros le cuelgan de las caderas y mis ojos se desvían hacia allí un momento. Es letal y todos mis

instintos se ponen en alerta máxima.

«Creo que de verdad quiere matarme».

—Bones —le advierte Eren una vez más, en vano.

—Voy a hacer que desees haber renunciado en el momento en que llegaste aquí. —Bradshaw sonríe bajo la máscara y eso hace que un escalofrío me recorra la columna vertebral. Tras esa mirada fría están desarrollándose cosas horribles.

No me molesto en responderle. En lugar de hacer eso, agarro el cuchillo con más fuerza y me coloco en posición de combate. Bradshaw es el único al que no he visto entrenar, lo que supongo que es para protegernos, pero también para mantener sus habilidades en secreto. No voy a cargar contra él como hice con Jefferson.

Nuestros cuatro compañeros de escuadrón lo vitorean, diciéndole que me rompa el brazo y me haga llorar. Me arden las mejillas, pero me obligo a mantener las emociones a raya.

Si lucha como Jenkins, estoy jodida.

Bradshaw no deja que me lo pregunte durante mucho tiempo. Acorta la distancia que nos separa con cuatro largas zancadas, más rápido de lo que podría haber previsto. Mis instintos entran en acción. Mi mente no puede seguir sus golpes, pero mis reflejos sí.

Me lanza un puñetazo a la garganta y apenas retrocedo a tiempo para esquivarlo. Su sonrisa es siniestra bajo la máscara, lo que hace que sus ojos sean más feroces. Bloquea mi contraataque y yo esquivo un golpe bajo en el riñón. Me doy cuenta de que se está divirtiendo con esto. Bradshaw viene directo hacia mí y caigo en su trampa al levantar los brazos para esquivar un ataque frontal. Se inclina hacia la derecha y me golpea en el bazo. Me ahogo y me tambaleo de dolor, y él aprovecha mi despiste. Su bota se engancha en la mía y caigo al suelo.

El mundo me da vueltas durante un segundo y me atraganto al

respirar.

Tiene la osadía de reírse mientras cae sobre mí, pero estoy preparada. Enrosco mi tobillo en el suyo y rodamos hacia un lado. Nos detiene con la rodilla y me clava el brazo en el suelo.

—Ha sido un truco inteligente —susurra, apretando su mejilla contra la mía mientras me separa las piernas y coloca su rodilla entre mis muslos—. Por desgracia, ya lo había visto antes. —Me ruborizo y me devano los sesos desesperada, buscando la forma de zafarme de su agarre.

Nada. Tengo la mente en blanco. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el calor de su piel desnuda contra la mía y la presión de su pierna en mi centro.

Los demás se ríen y Bradshaw aumenta el peso sobre mi columna y mi brazo al retorcerlo hacia atrás. Gimo de dolor y aprieto los dientes.

—Ríndete. Te he ganado, Bun.

—No. —Intento girarme, pero solo consigo tensar más mi brazo, ya dolorido.

—Estúpida… —Solo suelta un grito ahogado antes de que me abalance sobre su entrepierna con fuerza. Se arquea hacia delante y tose cuando ruedo debajo de él y le planto el pie en el pecho, dándole una patada con todas mis fuerzas.

Bradshaw se echa hacia atrás y se apoya sobre sus codos, listo para venir a por mí una vez más, pero ya lo estoy tirando de nuevo al suelo. Le doy un puñetazo en su perfecta cara y sonrío a través de la arenilla y la sangre que me sale de la boca cuando él también me da un puñetazo en la mejilla.

Lo veo todo rojo mientras nos damos puñetazos sin tregua. Unas manos me rodean los brazos y me apartan de Bradshaw antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando.

—Joder, ¡¿queréis dejarlo ya de una puta vez?! —Eren me empuja

hacia atrás y pone una mano sobre el pecho de Bradshaw cuando él intenta volver a mí. Tiene un corte reciente en la frente y la máscara está manchada de sangre. Lo miro con malicia y él vuelve a arremeter contra mí. Me alegro de que Eren esté entre nosotros; no sé qué nos haríamos si no estuviera ahí.

Bradshaw me mira como si fuera un animal salvaje al que hay que sacrificar.

—Estoy harto de que no obedezcas las órdenes —dice Eren en voz más baja, encarándose con Bradshaw. Los dos comparten un silencio incómodo antes de que Bradshaw eche los hombros hacia atrás y camine solo hacia la base. Desaparece tras los pinos y yo puedo volver a respirar.

Me paso la noche enfadada, limpiándome la sangre de debajo de las uñas.

Los demonios sí sangran.

CAPÍTULO 11

NELL

Eren nos divide en tres grupos para la expedición de prueba. Solo nos quedan tres días de maniobras para infiltrarnos en la base enemiga y rescatar a los rehenes. Una vez hagamos eso, tenemos que llevarlos de vuelta al punto de extracción. Solo eso es un viaje de un día a pie, dependiendo de si los rehenes están «heridos». Si lo están, podría llevarnos más tiempo.

Parece mentira que estemos ya en la última semana. Me han parecido mucho *mucho* más de tres semanas.

Estoy apostada en un pequeño risco que se adentra en un prado, lo bastante cerca como para poder disparar a matar con seguridad. Si no puedo protegerlos hoy en el simulacro de extracción, entonces no merezco estar en su escuadrón.

Es fácil identificar a los seis. Bradshaw es el único que está solo. Trabaja solo con su francotirador como refuerzo. Esas fueron sus condiciones para aceptar un nuevo compañero. Supongo que quería trabajar con alguien especializado en largas distancias tras la muerte de Abrahm. Aunque estoy segura de que Eren se tomó sus exigencias como le dio la gana teniendo en cuenta que yo también estoy especializada en el combate cuerpo a cuerpo.

Aún no hemos recibido los detalles de la misión real, pero por lo que he podido averiguar escuchando a Eren, sé que va a ser una

misión en un lugar remoto sin apenas puntos de observación. Dudo que vaya a usar mi francotirador tanto como mi pistola o mi KA-BAR.

Observo cómo Bradshaw se mueve como una sombra nacida de la propia oscuridad, desenvainando su falsa arma con el filo tintado de rojo. Sus anchos hombros se flexionan mientras aprieta el cuchillo.

Los demás rodean el pequeño edificio hasta el que hemos seguido al escuadrón enemigo y esperan a que Bradshaw elimine al mayor número posible de guardias del exterior.

Mi dedo se enrosca despacio alrededor del gatillo y respiro hondo cuando Bradshaw se acerca sigilosamente por detrás del primer soldado y le pone el filo del arma en la garganta. El soldado cae en silencio y Bradshaw guía su cuerpo inerte con cuidado hasta el suelo para evitar que haga ruido. Levanto una ceja ante la actuación por parte del equipo enemigo. Solo he visto tomarse tan en serio una misión falsa a los jugadores de rol en vivo.

Bradshaw no pierde ni un segundo. Ya se está moviendo otra vez, acercándose despacio al siguiente. Verlo trabajar con tanta naturalidad hace que me inquiete. En realidad, no los está matando, pero es evidente que ya lo ha hecho muchas veces. Un demonio de carne y hueso. Verlo moverse con tanta fluidez me produce un picor que he estado intentando ignorar durante semanas. Algo dentro de mí lo anhela.

Me arde la sangre.

Una sonrisa cruel se dibuja en mis labios cuando los enemigos se percatan de la presencia de Bradshaw y empiezan a salir del edificio. Ian, Harrison y Eren avanzan por la izquierda, mientras que Jefferson y Pete lo hacen por la derecha. No llegarán hasta Bradshaw antes de que lo superen en número.

Respiro hondo y contengo la respiración mientras aprieto el gatillo.

El rifle de francotirador me golpea el hombro con el retroceso, pero lo mantengo firme; una nube roja de polvo estalla en la sien de

un soldado. Hago una mueca de dolor, esperando que su casco se haya llevado la peor parte del impacto. «Sí que son potentes estas nuevas armas de práctica». Vuelvo a recargar sin pestañear y le doy al siguiente objetivo, que está a punto de disparar a Pete en el pecho.

Recargo.

El destello de un visor se hace notar tras un muro de árboles y maleza. Mi cuerpo rueda hacia un lado antes de que pueda procesarlo de forma consciente. Una bala falsa impacta contra la roca en la que estaba apoyada. La pólvora roja cubre la cara de la piedra y el humo se desploma antes de que se lo lleve el viento. Joder. Ruedo hacia atrás con rapidez y localizo al francotirador. Está a punto de volver a disparar, pero yo soy más rápida. Mi bala le da en el estómago y cae.

Recargo.

«Joder. ¿Dónde está Bradshaw?». Recorro el campo de batalla tres veces, pero no lo veo. Tiene que estar dentro, sacando a los rehenes. Disparo a tres hombres más antes de que Bradshaw salga del edificio con dos rehenes que cojean sobre sus hombros. Pete e Ian le ayudan mientras Eren se apresura a entrar para sacar al resto.

Respiro con calma.

Hasta aquí, todo ha ido bien. Si esto es lo más complicado que puede pasar, me habré asegurado un puesto en el equipo. Ojalá fuera tan fácil ganarse su respeto y confianza.

Todos están de espaldas, han despejado el edificio y se dirigen a la base. Desde mi posición tengo una buena vista de ellos todo el camino. Parece que podemos dar por terminado el día…

Un hombre sale corriendo del edificio con una granada falsa. Si la pólvora roja alcanza a mi escuadrón, fracasamos en la misión falsa. Para mí, apretar el gatillo y después respirar es fácil. La mancha roja que se dibuja en el casco del hombre atrae toda su atención y todos

y cada uno de ellos parecen sorprendidos.

Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios, pero se desvanece enseguida cuando veo que Bradshaw no parece sorprendido. Es el único que parece disgustado con los resultados. Por supuesto, no está impresionado. ¿Qué cojones hace falta para que lo esté?

Quiero meterle un balazo en el pecho como venganza, pero lo único que conseguiré es que me pongan a hacer guardia toda la noche.

Los sigo con mi mira todo el camino de vuelta. Hay unos cuantos soldados escondidos entre los árboles y los elimino sin problemas antes incluso de que mi escuadrón pase por la zona. Por fin bajo la mira cuando regresan a la base y dejo que mi frente golpee el suelo por el cansancio.

«Lo he conseguido».

—Si fuera un enemigo, estarías muerta desde hace diez minutos.

Abro los ojos de par en par y me giro, poniéndome de rodillas mientras la adrenalina se dispara por todo mi pecho. Hago una mueca de dolor por las costillas y las rodillas.

—¿Bones? ¿Qué demonios haces? Se supone que deberías haber vuelto a la base. ¿Cuándo has…?

—Cállate —espeta.

El aire se atasca en mis pulmones y la rabia me invade al instante. Me levanto y le doy un fuerte empujón en el pecho. Ni siquiera se inmuta. Sus ojos azul claro se entrecierran con desdén.

—¿Qué quieres? —le pregunto con veneno en la voz, desenvainando mi afilado y muy real cuchillo. Lo mira como si fuera un juguete, como si pensara que no voy a usarlo.

—Quiero que renuncies, Bunny —habla con frialdad y hay algo letal en su comportamiento de hoy. No volverá a intentar algo, ¿no? La sangre abandona mi rostro ante ese pensamiento, porque a diferencia de nuestras peleas anteriores, hoy estamos

completamente solos y nuestro escuadrón está lejos y no puede oírnos.

—Te he dicho que no voy a hacerlo. ¿Tienes idea de cuántas veces os he salvado el culo a todos hoy? —Lo vuelvo a empujar, pero no retrocede. En vez de eso, me agarra del antebrazo con tanta fuerza que me duele.

Sus ojos no muestran ninguna emoción cuando me atrae hacia él.

—Nell —susurra, con su máscara como única barrera entre nuestros labios. Mi nombre suena más como una súplica que como una amenaza. Más parecido a la voz de Jenkins que a la de Bradshaw—. No voy a dejar que te unas a nuestro escuadrón. O renuncias… o te obligaré a renunciar.

Me zafo de su agarre y le doy la espalda para que no vea las lágrimas que me brotan de los ojos. Este simulacro de misión ha sido agotador y no me queda mucha fuerza mental. «Concéntrate en otra cosa». Empiezo a descargar mi rifle de francotirador y a recoger el equipo. No se puede hablar con este tipo. No hay término medio con él.

Está como una puta cabra.

Lo único que hace es suspirar antes de rodearme el cuello con las manos. Eso provoca que reaccione de inmediato y que mi codo se clave en sus costillas. No se lo espera y caemos juntos al suelo. Su agarre se afloja por instinto y aprovecho para zafarme de él.

Agarro un puñado de tierra y se lo tiro en la cara. Se queja y cierra los ojos, pero estira una mano hacia mí más rápido de lo que soy capaz de arrastrarme. Me agarra del tobillo y me clava los dedos en la piel.

Cuando tira de mí hacia él suelto un grito desde la garganta. Intenta inmovilizarme. Recuerdo nuestro combate cuerpo a cuerpo y me niego a volver a verme en esa situación. El corte de las costillas me duele y noto cómo el calor y la humedad se extienden por mi

costado. Ya se me ha abierto la herida varias veces a lo largo de las semanas. Necesita puntos para cerrarse. Pensé en comentárselo a Eren, pero como todo el mundo estaba deseando que me fuera del equipo, me lo pensé mejor.

—¡Bradshaw, quítate de encima! —grito, y eso parece cabrearle más.

Me clava el brazo en el suelo mientras le doy una patada en los huevos.

Ambos gemimos. «A la mierda». Este tío puede irse a la puta mierda.

Clavo los dedos en la tierra para arrastrarme más lejos de él.

—Vuelve a decir mi puto nombre en voz alta y te entierro —gruñe mientras se pone de rodillas. De verdad que no va a dejarlo estar. No dejará que forme parte del equipo.

Tengo muchas ganas de rendirme. Quiero tirar la toalla, porque ¿quién en su sano juicio quiere proteger a alguien como él? Merece morir. Pero hay una vocecita en mi cabeza que no deja que me rinda.

«Nunca sabré la verdad sobre lo que pasó en la Patagonia si me rindo».

Bradshaw me agarra de las muñecas y me hace girar sobre mi espalda. Me mira a la cara con indecisión antes de fijarse en mi muñeca como si fuera a rompérmela.

—Lo siento por lo que estoy a punto de hacer.

No espero a saber por qué se disculpa.

—Yo también —digo a la vez que engancho mi pierna alrededor de su rodilla y le obligo a caer hacia un lado, justo en el borde del corto acantilado. Pero no me suelta la muñeca y me arrastra con él.

No es una caída muy pronunciada, tal vez de unos dos metros y medio, pero parece durar muchos segundos. Lo único que veo son los ojos azules de Bradshaw: toda la ira se desvanece y es

reemplazada por la angustia. Me acerca a su pecho y me rodea con los brazos. Me toca la nuca con la mano. ¿Ha sido por pánico o no me odia tanto como intenta hacerme creer?

Acerca su cabeza a la mía y caemos al suelo con tanta fuerza que me deja sin aliento. Nuestros cuerpos ruedan unos metros por la ligera pendiente antes de detenerse.

El polvo me cubre el cuerpo y la cara me escuece por las quemaduras de la gravilla. Las ramitas y las zarzas se enredan en mi trenza deshecha. Me tomo un momento para hacer inventario de qué me duele antes de moverme. No parece que me haya roto nada, así que suelto un pequeño suspiro de alivio.

—Mierda. —Bradshaw maldice a unos metros de donde estoy. Ya avanza hacia mí y, en cuestión de segundos, lo tengo a mi lado. Su equipo está cubierto de suciedad. Tiene buen aspecto, aparte de los rasguños rojizos que le recubren la piel visible alrededor de los ojos y el puente de la nariz. Me sorprende que me mire con preocupación —. ¿Estás bien?

Gimo cuando me tumba de espaldas y, con una mueca de dolor, me desabrocha el chaleco y me levanta la camisa hasta debajo de los pechos para comprobar el corte que me atraviesa las costillas.

Se me nubla la vista cuando me recorre una nueva oleada de agonía.

—Joder, se ha abierto. —Se abre un bolsillo lateral y saca un rollo nuevo de esparadrapo. Las manos le tiemblan cuando las acerca a mi piel desnuda. Las yemas de sus dedos están calientes y esa delgada línea que separa el dolor de la lujuria vuelve a encenderse. Es algo que no debería disfrutar, pero lo hago.

Le agarro de la muñeca e impido que me la envuelva.

—No me toques, gilipollas —digo con la voz rasposa y le quito la cinta, tanteando con mis propias manos temblorosas para abrir esa maldita cosa.

Me mira en silencio mientras me quito la vieja venda. Tengo que clavarme los dientes en el labio inferior para no quejarme. La sangre no tarda en brotar de la herida. Mis manos no se mueven con tanta soltura como me gustaría. No sé si es por la conmoción de la caída, porque mi compañero me ha atacado o porque estoy a un segundo de colapsar.

La sangre me mancha las manos y la barriga mientras me enrollo la cinta adhesiva alrededor del pecho. No deja de resbalarse y empeora las cosas. Estoy a punto de bajarme la camiseta y ocuparme de ello cuando volvamos al campamento, pero extiende las manos y las coloca sobre las mías, estabilizándomelas.

Me quedo inmóvil y dejo que mis ojos se dirijan a los suyos. Frunce el ceño en señal de disculpa, pero no dice nada. Despacio, me quita la cinta de las manos y termina de vendarme la herida.

Lo observo atentamente mientras lo hace. Ahora mismo, hay una guerra librándose en su cabeza. Ha dejado claro que me quiere fuera del equipo. Hará todo lo posible para que eso suceda. Pero luego le afecta que esté herida… Aprieto los dientes e intento no pensar más en ello. Intento no fijarme en la mirada sombría y lasciva que me dirige cuando me recorre la piel con las yemas de los dedos.

El pulgar de Bradshaw se clava en la piel de mi cadera y sin querer me estremezco al tacto. Sonríe bajo la máscara negra.

—Eres una puta masoquista. Sé que te gustó que te cortase. Tenías los muslos calientes y te frotabas una pierna contra la otra debajo de mí. ¿Por eso no quieres dejarlo? ¿Porque sigo alimentando tu vena enfermiza? —Tiene la voz ronca. Reconozco a un hombre derrumbándose cuando lo veo.

—Es obvio que disfrutas infligiendo dolor. No es culpa mía que descubrieras que me va.

Bajo la máscara, esboza una sonrisa, pero sus ojos siguen

apagados. Deja que sus manos, cubiertas de mi sangre, le caigan a los costados y compartimos un incómodo silencio antes de que parezca volver en sí. Se levanta despacio y, sin decir nada, camina solo en dirección a la base.

Vuelvo a apoyar la cabeza en el suelo y me quedo allí tumbada unos minutos.

¿Qué demonios se supone que tengo que hacer para que confíe en mí?

CAPÍTULO 12

BRADSHAW

Tengo las manos manchadas con su sangre.

Mierda.

Tomo una gran bocanada de aire con la respiración entrecortada para centrarme mientras apoyo la espalda contra un árbol y me deslizo hasta el suelo del bosque. Las manos me tiemblan sin control. Normalmente, es en este momento cuando me entra el pánico, cuando la ansiedad se extiende por mis venas después del entrenamiento y solo puedo pensar en la muerte. Pero con ella… Mis ojos se detienen en su sangre roja y brillante en las yemas de mis dedos y eso hace que me empalme.

—Maldita sea —digo en voz baja.

«No te encariñes con ella», me recuerdo, con las piernas rebotando por la ansiedad y la necesidad de calmar la hinchazón de dentro de mis pantalones. «No dejes que se quede».

Recuesto la cabeza contra la corteza del pino ponderosa y respiro hondo. Dejo caer la mano hasta la cremallera y me saco la polla. Enrosco los dedos en torno a su grosor y empiezo a masturbarme. Mi cuerpo se mancha con su sangre y, mientras me masturbo, solo puedo pensar en sus labios entreabiertos cuando le acaricié el corte con los dedos. La forma en que sus ojos se entornaron con sensualidad y sus caderas se agitaron ante mis caricias.

Me corro rápido, insatisfecho. «Necesito más». Dejo escapar un suspiro entrecortado y miro fijamente hacia el bosque. Me pregunto por qué cuanto más le enseño quién soy, más atraída parece sentirse hacia mí. Y, lo que es más inquietante, más ganas le tengo.

CAPÍTULO 13

NELL

Ian me lanza una botella de agua y me da una palmada en la espalda con una gran sonrisa en la cara.

—¡Hoy has estado de puta madre, Bunny!

Tardo en esbozar una sonrisa porque no sé si habla en serio o es sarcasmo, pero sus ojos brillan con sinceridad y mis dudas se desvanecen un poco más mientras me froto los moratones de las rodillas.

—¿Te caíste de la colina, pequeña bun-bun? —bromea Jefferson, mirando mi uniforme cubierto de polvo y mi pelo revuelto. «Si él supiera…».

Me obligo a reírme y aparto las manos de mis rodillas destrozadas. Consigo arrancarme algunas ramitas de la trenza.

—Es de estar tumbada boca abajo en esas rocas todo el puñetero día —miento.

Ahora la base está ocupada con los falsos rehenes. Eren y Pete los atienden y les preparan un lugar para dormir antes del anochecer, que ya se acerca cuando el sol se oculta tras las montañas que hay a lo lejos.

Bradshaw aún no ha vuelto.

Se me revuelve el estómago y se me nota la preocupación en la cara porque Harrison me mira con una ceja enarcada. «¿Qué puede

estar haciendo ahí fuera tanto tiempo?».

—No te preocupes por Bones. Desde la Patagonia tiene que tomarse un respiro después de cada práctica —dice Harrison como si nada. Tiene el pelo rubio manchado de suciedad por el ataque de hoy. Sus ojos verdes brillan con la luz del crepúsculo y la hoguera.

—¿Un respiro? —pregunto.

Ian y Jefferson comparten una mirada triste.

Harrison asiente.

—Desde lo de Abrahm sufre un grave trastorno por estrés postraumático. Si no estuviéramos en las fuerzas oscuras, lo habrían sacado del escuadrón, pero incluso entonces, el general Nolan consideró hacerlo. —Miro a Eren para asegurarme de que no escucha nuestra conversación sobre su hermano.

¿Casi lo sacan del escuadrón? No me puedo imaginar lo mal que tiene que estar la cosa para llegar a ese punto. Los soldados de las fuerzas oscuras como nosotros les importamos poco a los comandantes de los servicios secretos. Mientras estemos listos para ir a misiones suicidas y sigamos siendo inexistentes, les importa una mierda nuestro estado mental.

—¿Cómo era antes? ¿A qué tipo de misiones os dedicabais más? —pregunto mientras le doy un bocado a mi ración de comida y me caliento las piernas junto al fuego.

Ian deja sus guantes sobre una de las grandes rocas que bordean el fuego. Supongo que están empapados por haberlos limpiado en el río.

—Seguro que has oído historias terroríficas sobre él y lo más seguro es que la mayoría de ellas sean ciertas —murmura—, pero era mucho menos imbécil entonces de lo que es ahora. —Jefferson suelta un pequeño gruñido, de acuerdo con él.

—Sí, era menos propenso a… cortar las camisetas de sus compañeros, eso seguro —comenta Harrison. Le doy un codazo en

el hombro y lo miro para que se calle. Levanta las manos con inocencia y se ríe.

—Malum hacía sobre todo el trabajo de mierda al que el resto de los escuadrones no podían sobrevivir. Operaciones largas en países extranjeros donde nos quedábamos en pisos o en medio de la puta nada, como en la Patagonia. —Jefferson hace una pausa y me mira, aparta la mirada, y luego me la sostiene—. ¿Por qué Riøt no apareció como estaba previsto? —No hay dureza en su voz, pero sí un profundo dolor y anhelo de saber la verdad.

No aparto la mirada de la suya, aunque me incomode.

—Nos dieron órdenes diferentes. —Soy escueta. La desconfianza en los ojos de Jefferson me dice que no se lo cree—. ¿Qué le pasó a Abrahm? —Cambio de tema de conversación. Si me limito a lo estrictamente informativo en lugar de entrar en el lado humano, es más probable que compartan la información conmigo. Es un detalle que aprendí escuchándolos hablar entre ellos sobre las raciones de comida a lo largo de las semanas.

Ian se apoya en los codos y me mira de reojo.

—Le dieron.

Miro a Jefferson y Harrison en busca de más información, pero se limitan a negar con la cabeza. La lealtad que guardan a su compañero caído y a Bradshaw es admirable. No hace falta que me lo digan: se entiende perfectamente.

«Es Bradshaw el que tiene que contar esa historia».

—¿Y vosotros? En comparación con Bones, parecéis estar bien —comento con cuidado. Les cambia la cara y miran fijamente el fuego de la hoguera durante unos segundos.

Jefferson se frota las manos, un pequeño tic que tiene cuando está incómodo. Le miro a los ojos cuando murmura:

—Que un cuenco parezca estar perfecto no significa que no tenga grietas. El que un caballo pueda ponerse de pie no significa que sea

capaz de correr.

—Así que no estáis bien. —Sin rodeos. Directa al grano.

Jefferson me mira con el ceño fruncido, pero asiente con la cabeza.

—Era como un hermano para todos, pero no estuvimos ahí en sus últimos momentos. —Harrison e Ian se remueven, inquietos, mirando alrededor del campamento. Estoy seguro de que les preocupa que Bradshaw regrese durante esta conversación. ¿No pueden hablar de ello? Me parece cruel.

—Y Bones sí —murmuro.

Los tres asienten a la vez.

—Después de eso, no fue el mismo. Una parte de Bones murió con Abrahm esa noche. Y una oscuridad nació en su corazón —explica Harrison. Se me revuelve el estómago al escucharlo.

—Seguís pensado que es culpa de Riøt. Bones piensa que lo es. —Hay firmeza y frialdad en mi voz.

Jefferson se rasca la barbilla y me mira como si todos sus demonios volvieran a despertarse.

—Nadie puede respaldar tu historia de «recibimos órdenes diferentes», bun-bun. Lo único que sabemos es que nunca aparecisteis.

Me pongo las manos sobre las rodillas.

—Se suponía que vosotros también recibiríais órdenes actualizadas. —Miro con desconfianza a Ian. Como señalero, debería haber sido él quien estuviera en contacto con el equipo aéreo.

—Bueno, al menos aguantamos —dice Harrison mientras mordisquea su galleta—. Solo perdimos un soldado aquella noche.

«Yo perdí a todo el mundo».

Una parte de mí murió cuando aniquilaron a mi escuadrón. «Fue culpa mía». Mi sonrisa desapareció al igual que la poca moralidad que me quedaba.

—¿Y tú, Bunny? ¿Estás bien después de perder a todo tu escuadrón? —pregunta Ian mientras se apoya en la palma de la mano vendada. La luz del fuego ilumina sus ojos marrones. Es una pregunta cruel.

Los tres me observan con atención. Por desgracia, es una pregunta a la que he respondido más veces de las que me gustaría. Las palabras han perdido la emoción.

Miro las brasas que brillan bajo los troncos.

—Yo tampoco soy la misma. No creo que ninguna persona funcional pueda serlo.

—Yyy ¿qué pasó? —pregunta Harrison después de echar otro tronco al fuego.

Jefferson le da un puñetazo en el brazo.

—Auch, ¿qué? Quiero oír qué pasó de la única superviviente. Ahora es como una leyenda.

—No pasa nada. No me importa hablar de ello.

Entrelazo los dedos y dejo que las manos me cuelguen entre las piernas. Se sientan más rectos, incorporándose para escuchar con atención.

—Como ya sabéis, se suponía que íbamos a reunirnos en la Patagonia a unos pocos kilómetros al sur del punto de encuentro. Sabíamos que era peligroso, pero no imaginábamos la emboscada que nos esperaba en la zona de extracción. Teníamos instrucciones de quedarnos en el camino hasta que Malum apareciera. Las bombas llegaron tan de repente y brillaban tanto… Nos cegaron antes de que las explosiones sacaran nuestros Humvees de la carretera. —Trago saliva cuando los gritos y el sabor a hierro que me inundaron la garganta aquel día vuelven a recorrerme. El temblor, clavado en lo más profundo de mi ser, se despierta.

—Mierda —jadea Harrison, con los ojos enrojecidos.

Asiento con la cabeza y continúo:

—El primer vehículo se llevó la peor parte. Los cuatro murieron al instante por el impacto del primer misil. Nuestro vehículo volcó por la explosión y yo… —Me tiemblan las manos como siempre que pienso en los horrores a los que nos enfrentamos aquel día. Me las llevo a los costados, agarrándome el abdomen en un intento de consolarme—. Saqué al sargento Jenkins del asiento del conductor y lo arrastré a seis metros del vehículo. Dos de mis compañeros se enzarzaron en un tiroteo con el enemigo. Nos protegieron hasta que nos pusimos a cubierto. Había tantísima sangre… Sabía que tenía que haber vuelto a ayudarlos antes, pero tenía que llevar a Jenkins lo más lejos posible. Él era mi sargento al mando. Yo era su segunda. No podía dejarlo.

Sus expresiones sombrías muestran tristeza. Ya saben cómo acaba esta historia, pero sigue siendo horrible oír cómo fue todo.

—Lo dejé en el suelo cuando estuvimos lo bastante lejos, pero cuando me levanté para ayudar a mis compañeros, el segundo proyectil cayó directamente sobre ellos y la onda del impacto me hizo retroceder.

Se me forma un nudo en la garganta por las emociones.

—Me dejó inconsciente y no volví en mí durante unos minutos. Para cuando fui consciente de lo que me rodeaba, Jenkins me había arrastrado al abrigo de unos árboles que había cerca. Ya había perdido mucha sangre y, de no ser por mí, habría… —Tenso la mandíbula y me muerdo el labio inferior para sofocar el desgarro que siento en el corazón.

Pienso en su rostro, en su última y débil sonrisa, en la forma en que sus rasgos marcados se volvieron suaves y delicados, en la caricia de su pulgar calloso sobre mi mejilla ensangrentada. En sus palabras.

—Vas a estar bien, Nell. —Me apartó de su cuerpo desplomado; el árbol estaba teñido de rojo por su sangre. Me levanté temblorosa, sorprendida de

que un hombre al que consideraba invencible pudiera parecer tan destrozado —. Déjame atrás. Aún puedes vivir. Aléjate todo lo que puedas, escapa de las fuerzas oscuras, Gallows. Sé libre.

La leña de la hoguera se agita y el crujido me devuelve al presente. Parpadeo dos veces y levanto la vista, por un instante, asustada. Pete y Eren se han unido al círculo en algún momento y me miran como si fuera un cachorrito herido. Me aprieto la frente con la palma de la mano y suspiro.

—Joder. Lo siento.

Se quedan callados, una mirada de pérdida se dibuja en sus rostros. Eren parece especialmente alterado, pero no me mira a mí, sino a algo que hay detrás de mí. Sigo su trayectoria y miro por encima del hombro. Me encuentro con un chaleco de combate negro cubierto de suciedad, con el mismo aspecto que el mío. Mis ojos suben despacio hasta su cara.

Bradshaw parece un fantasma. La franja de piel que deja ver su máscara está manchada de suciedad y sus ojos están nublados, como si no estuviera aquí. Me mira fijamente, pero hay un vacío donde suele estar su habitual ira.

—Br… —Me muerdo la lengua por el desliz antes de aclararme la garganta—. ¿Bones? —Alargo la mano hacia su muñeca. No se mueve. Su expresión se mantiene completamente en blanco. Ahora lo sabe. Sabe que dejé a Jenkins atrás en la batalla. Que soy una cobarde.

Eren está a su lado antes de que pueda decir nada más.

—Vamos, deberías acostarte. —Le da la vuelta a Bradshaw para que los demás no puedan verlo y lo guía hasta las tiendas. Cuando me vuelvo para mirar al resto de nuestros compañeros de escuadrón, encuentro sus miradas esquivas y de soslayo. No quieren mirarme a los ojos.

Bradshaw no es apto para el campo de batalla y le permiten

quedarse, sabiendo que podría acabar muerto.

Este podría ser el punto débil en su armadura que he estado buscando.



Los demás se van a dormir mientras Harrison y Jefferson hacen la primera guardia. Bradshaw y Eren aún no han salido de la tienda. Ha pasado al menos una hora. Me muerdo el labio inferior, sin saber por qué me importa una mierda este imbécil, pero decido ir a ver cómo está igualmente.

—¿Sargento? —Me mantengo firme, de cara a la puerta de la tienda y a la espera de una respuesta antes de entrar.

—Entra, Bunny —responde Eren con una voz tranquila y calmada.

Entro en la tienda verde oscuro. Mis ojos tardan unos segundos en adaptarse a la penumbra del farolillo. Solo están Eren y Bradshaw, con unos cuantos catres vacíos a cada lado. Me quedo parada al ver a Bradshaw sin máscara. Su cara es un reflejo de la de Eren.

Verlo en ese estado hace que algo me duela en lo más profundo de mi ser. No creía que un hombre tan duro y cruel como él pudiese estar así de roto por dentro. Nunca ha dejado que se le note tanto. Me siento en silencio junto a Eren en el suelo, y miro fijamente el hermoso rostro de Bradshaw. Sus ojos se levantan un poco hacia los míos y parpadean con tristeza.

—¿Qué le pasa, Eren? —Contemplo los ojos vacíos de Bradshaw mientras me observa. Está callado y no sé si me está estudiando o está mirando a través de mí. Nunca lo había visto así de agradable y ojalá no acabe nunca.

Eren toma aire y lo deja escapar despacio, se echa el pelo hacia atrás y me mira.

—La verdad es que no lo sé. Es la tercera vez en dos años.

Desaparece durante horas y vuelve así.

—¿Por qué sigue operativo? Es una responsabilidad…

Me interrumpe.

—Sabes cómo es nuestro trabajo. No hay despidos. La única forma de dejar las fuerzas oscuras es en una bolsa para cadáveres o ganándote un indulto. Y, aunque no fuese así, quiere quedarse. —Miro a Eren, pero me ignora—. De todos modos, no creo que esté en condiciones de quedarse en su puesto esta noche. Yo me encargaré de su guardia. ¿Puedes quedarte aquí con él?

Frunzo el ceño. Debería contarle lo que hizo Bradshaw en la colina, pero eso me haría revivir las cosas inquietantes que pasaron por mi mente mientras Bradshaw se manchaba las manos con mi sangre.

—Sí, Sargento.

Me dedica una sonrisa de satisfacción y una mirada cálida en sus ojos azules.

—Gracias, Bunny. —Me pone una mano en el muslo y se levanta. Eren cierra la tienda tras de sí y sus pasos se desvanecen.

«Menudo día de mierda». Resoplo antes de moverme para agarrar el candil. La mano de Bradshaw me rodea la muñeca y el repentino contacto me sobresalta. Lo miro y veo que frunce el ceño, como si luchase contra unos pensamientos oscuros. Tiene los ojos cerrados y las pestañas besan sus mejillas llenas de suciedad.

Me inclino, sin saber si decir algo, así que le paso la mano por la frente para comprobar su temperatura. Me agarra la mano y se la pone en la mejilla. Cuando estoy a punto de apartarme, abre un poco los ojos, solo lo suficiente para que vea las gemas azul hielo que esconden sus pestañas.

Su expresión sigue ausente.

—¿Bradshaw? —susurro, observando sus rasgos más de cerca de lo que me gustaría. Cierra los ojos, pero no me suelta la mano. Joder.

Durante los primeros veinte minutos admiro su masculino y atractivo rostro. Durante los veinte siguientes observo sus cicatrices y me pregunto cuántas más esconderá bajo el pelo. Me pregunto si Abrahm lo estudió alguna vez con la misma atención con la que lo estoy haciendo yo ahora y si encontró las mismas cosas rotas y bonitas que yo.

Los brazos empiezan a temblarme y no puedo seguir en esta postura tan incómoda.

Me alejo despacio e intento zafarme de su agarre sin despertarlo. Bradshaw abre los ojos. Sigue aturdido, a medio camino entre dormido y despierto. Entonces, pone los ojos como platos y me acerca a él. Tiene la voz ronca y grave.

—¿Qué haces?

Se me forma un nudo en la garganta al oír su tono acusador.

—Tú… no me soltabas —digo despacio, con la voz entrecortada.

Tensa los hombros.

—¿Bunny? —Se estremece y los dos miramos su mano firmemente enredada en mi muñeca. La sorpresa se dibuja en sus rasgos.

Bradshaw me suelta y me empuja a un brazo de distancia, con las manos apoyadas en mis hombros. Nos miramos fijamente durante un rato. Sus ojos recuperan el brillo oscuro, pero no me suelta los hombros.

—¿Bradshaw? —susurro. ¿Ha perdido la puta cabeza? Me mira durante un buen rato, le tiemblan los brazos y eso me parte el alma.

Creo que por fin va a soltarme, pero tira de mí para tumbarme a su lado. Inspiro con fuerza, dispuesta a escapar, pero me hace callar y guía mis hombros contra su pecho.

Tal vez sea por la conmoción que ha sufrido mi organismo, o tal vez me hayan drogado, pero me quedo quieta y me tumbo con él.

Si soy sincera, puede que esté cansada de estar sola. Mi mandíbula se tensa ante la comodidad de su cuerpo y lo que me

hace sentir. Dejo que mis ojos se cierren.

—Me provocas cosas, Bun —habla en voz baja, adormilado.

Respiro despacio. «¿Sabe lo que está diciendo?». Bradshaw me abraza con más fuerza y el bulto que hay en sus pantalones hace presión contra el interior de mi muslo.

Cada fibra de mi ser me dice que me aleje de él. Lo único que hace este hombre es hacerme daño y despertar unas necesidades oscuras en lo más profundo de mi ser. Pero ha pasado mucho tiempo desde que alguien me abrazó así. Tomo aire. Huele a sangre y a humo. Despacio, le rodeo el pecho con los brazos y lo abrazo con la misma posesividad con la que él me abraza a mí.

Por algún motivo de puta enferma lo siento como el éxtasis. «Haría cualquier cosa por tener esto para siempre».

Me recorre la nuca con las yemas de los dedos, provocándome escalofríos. Entonces sus labios se posan en mi frente, cálidos y suaves, en contraste con todo lo que sé de él.

—Tengo la polla cubierta de tu sangre —me confiesa en el oído. Sus palabras me ponen la piel de gallina. Solo hay una razón por la que mi sangre pudiera estar en su pene, y es que se haya masturbado después de nuestro encontronazo en la colina.

—Sádico —susurro y, por alguna razón, sonrío y me pone la idea de que se masturbe con mi sangre. «¿Qué me pasa?».

No se mueve durante unos segundos. Luego apoya la cabeza contra la mía.

—No he podido controlarme —murmura—. Te gustan las partes más oscuras de mí y te quería por toda mi polla.

Se me seca la garganta. Sus sucias palabras hacen note un calor latente entre los muslos.

—¿He visto las partes más oscuras de ti?

—Ni de lejos.

Acerco aún más la boca al pliegue de su cuello mientras él me

recorre la espalda con las yemas de los dedos y desliza las manos por debajo de la camiseta.

—¿Adónde has ido? —Intento respirar y evitar que esto vaya a donde creo que va.

—A ninguna parte. —Baja su cara hacia la mía, sus dientes patinan sobre mi hombro mientras tira de mi camiseta hacia abajo. Me aparto de él para mirarle a los ojos y, cuando lo hago, encuentro una mirada ardiente y lasciva.

—Te fuiste a alguna parte, en tu cabeza. Parecías una cáscara vacía —insisto, y tuerce el gesto con cara de fastidio.

—Cada vez que hablas quiero meterte la polla en la boca. Deja de insistir o no me portaré tan bien.

Noto un cosquilleo en la parte baja del vientre. «No. No te pongas cachonda con eso». Lo miro.

—Deja de esquivar la pregunta.

Entreabre los labios y una sonrisa siniestra se dibuja en su rostro. Me provoca algo. Revuelve la parte más depravada de mi alma y hace que quiera más.

—¿Qué tal si me limpias tu sangre, Bunny? Solo me gusta cuando está fresca. —Bradshaw se desabrocha los pantalones y deja al aire su polla. Mis ojos bajan hasta ahí de inmediato, contemplando su enorme tamaño y mi sangre seca que se ha esparcido sobre él como un animal salvaje.

Cualquier cosa que tuviera en la cabeza desaparece y es sustituida por un deseo que no estoy mentalmente en condiciones de analizar en este momento.

—Escúpeme —me ordena, empujándome despacio del catre y poniéndome de rodillas. Se sienta y deja la polla a la altura del borde. Trago la saliva que me viene al oír sus palabras.

«¿Voy a hacer esto?».

Me quedo mirándole la polla y decido que sí. Bajo la boca hasta

cernirme sobre él y dejo que la saliva caiga de mi lengua y le moje el pene. Sus manos se enroscan en el borde del catre y echa la cabeza hacia atrás mientras gime.

—Joder, eso me pone a mil. Empápamela, Bun. La quiero empapada antes de volver a meterte la sangre en el cuerpo.

Me tiembla la mandíbula al oír sus palabras, pero sigo dejando que la saliva me gotee de la lengua. Bradshaw se agarra la polla y la acaricia con movimientos largos y perezosos. Al instante, su pene venoso reluce con un brillo húmedo y me entran unas ganas locas de tenerlo dentro.

«Voy a ir directa al infierno cuando muera. Por todas las muertes con las que tengo las manos manchadas. Más abajo, si hay algo más bajo que el infierno, por lo que estoy a punto de hacer con el diablo».

Bajo la mano para tocarme, pero Bradshaw me agarra del brazo y me sonríe con descaro.

—No vas a darte placer hasta que yo quiera que lo hagas.

Me empuja contra el suelo y desciende sobre mí. Me levanta la camiseta. Sus ojos miran brevemente a la entrada de la tienda antes de mirarme a mí, con las piernas a horcajadas sobre mis caderas. Presiona su miembro contra mi vientre, y este me llega hasta el ombligo. Está caliente y húmedo y se mueve, ansioso, cuando se inclina hacia delante y aprieta las caderas contra mi piel desnuda.

El placer se apodera de su expresión como si hubiera tomado una dosis de éxtasis. Tiene los ojos entornados y se pasa la lengua por el labio inferior, mordiéndoselo para evitar clavarme los dientes.

Me retuerzo bajo sus músculos flexionados, intentando escapar de su agarre mientras él me impide darme placer. Ahogo un grito cuando me sujeta las muñecas por encima de la cabeza y acerca sus labios a mi cuello para mordisquearme la piel sensible.

—¿Quieres que haga que te corras? —pregunta con una voz

profunda que hace que note un escalofrío en la columna vertebral y más calor en el cuerpo.

Arqueo la espalda para que mi vientre se pegue al suyo y atrape su polla húmeda entre los dos. Sigue moviendo las caderas y suelta otro gemido que está a dos segundos de acabar con todo lo que creía saber de mí misma.

—Quiero que acabes conmigo —murmuro con toda la indiferencia que puedo reunir.

Levanta la cabeza. Unos mechones de pelo oscuro le caen sobre la frente y esos ojos claros me atraviesan hasta el alma. Una sonrisa genuina se dibuja en sus labios.

—Oh, cariño, lo de acabar contigo viene mucho mucho después. —Me pasa la lengua por la garganta y acerca su boca a la mía. No es un beso que le contaría a mi madre. Ni siquiera a mi mejor amiga, si tuviera una. Es brutal. Devastador. Doloroso. Es fácilmente el encuentro más salvaje que dos personas pueden llegar a tener.

Se lleva mi lengua a la boca y la muerde. Suelto un gemido y me retuerzo de dolor antes de que el placer y el calor se agolpen en mi interior. Mi centro llora, suplica, ruega. Quiero que me toque ya.

La sangre brota de nuestro beso y él me lame la boca como si estuviera hambriento. Aparto mis labios de los suyos y le hago lo mismo, dejando que mis dientes se encuentren con su piel tierna. La cicatriz en forma de estrella que tiene en el cuello se vuelve suave al contacto con mi lengua y él se sacude con fuerza cuando cierro la boca sobra ella.

—Joder, Bun —gime Bradshaw, me agarra del pelo con fuerza y me separa la cabeza de su cuello. No esperaba que me apartara tan de repente: mi mandíbula se queda bloqueada y su piel se desgarra. Tiene la respiración acelerada cuando se frota el cuello y mira la sangre que le gotea.

—Madre mía. ¡Bradshaw! —Me inclino hacia adelante y le pongo la

palma de la mano sobre el cuello para cortar la hemorragia.

La mirada maníaca que brilla en sus ojos hace que me detenga. Qué tonta, había olvidado que tenía la polla fuera. Prácticamente ya estoy sentada sobre él con nuestros pechos pegados. Me levanta el culo y saca una navaja.

—Tapa bien ese corte y no te muevas a menos que quieras que te ponga la navaja en el coño, Bunny. —Me quedo quieta y no puedo pronunciar palabra alguna antes de que me haga un corte en la entrepierna del pantalón. Tiemblo y frunzo el ceño mientras me quedo inmóvil. Una carcajada sale de lo más profundo de su pecho —. No te preocupes, te he dejado la ropa interior, la necesitarás para que no se derrame mi semen.

Tengo la mano manchada por su sangre y la concentración que necesito para mantenerla en su sitio me deja sin chispa.

—¿Y si no tomo anticonceptivos? —murmuro.

Me aparta la ropa interior hacia un lado y mete el glande.

Los pantalones me aprietan en las caderas en esta posición. «No puedo creer que me haya cortado los pantalones». Mi entrada se amolda alrededor de su polla desnuda enseguida. La invasión hace que mi respiración se entrecorte y tengo que ponerle mi mano libre alrededor del cuello para sostener la otra.

Su sonrisa se vuelve siniestra y hace algo que me sorprende. Mientras estoy prácticamente asfixiándole, intentando que no le sangre el cuello, se inclina hacia delante, me presiona las caderas con las palmas de las manos hasta que estoy completamente sentada sobre su polla y me besa con dulzura en los labios.

Es un beso de verdad. Uno que hace que se me acelere el corazón y note mariposas en el estómago.

Bradshaw tiene los ojos cerrados y nos guía despacio hacia atrás hasta que tiene los omóplatos contra el catre y la suficiente ventaja para que sus piernas aguanten los fuertes movimientos de sus

caderas.

—No eres tan estúpida como para venir a un sitio así sin anticonceptivos, cariño. —Me penetra con fuerza. El sonido de su respiración entrecortada hace que me retuerza de placer.

No me molesto en decirle que tiene razón. Él sabe que la tiene.

Me llena por completo, estirando mis paredes hasta que pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás, perdiendo el agarre alrededor de su garganta.

Bradshaw gime, intentando hacer el menor ruido posible. Casi he olvidado dónde estamos, quiénes somos. Él es el que hace que lo olvide. Podría estar en una habitación con mil hombres gritando y muriéndose y solo lo vería a él.

El odio y el deseo no son cosas tan distintas. Ambos sentimientos son obsesivos, lo consumen todo. Es como caminar sobre una línea muy fina.

Y Dios, es fácil follar con alguien a quien odias.

Hace que sentir esa adrenalina y la confusión que vienen después sea más fácil.

—Estoy follándote porque quiero enseñarte quién de los dos tiene el control —dice con veneno, pero sus ojos ensombrecidos y su garganta temblorosa delatan sus emociones.

Parece igual de confundido que yo.

Porque esto parece lo correcto. Dos asesinos, dos viles máquinas de matar, hiriéndose y follándose como si nuestra piel ya no tuviera nada más que darnos. Nada más a lo que rendirse excepto a este violento acto de placer.

Nunca sentí nada así con Jenkins.

Nunca he sentido esto por nadie.

—Sin embargo, soy yo la que está encima, mirándote mientras me das placer como si fuera tu ama —susurro, rozando nuestros labios. El calor de nuestras respiraciones me eriza la piel. Los ojos de

Bradshaw se vuelven fríos, me agarra con fuerza de las caderas y se queda quieto dentro de mí, ejerciendo una presión agonizante contra el cuello de mi útero. Su polla se mueve y siento cada una de sus vibraciones. Me estremezco e intento mantener la compostura.

—Entonces prefieres que te domine por completo, ¿eh? Joder, estás loca. —Me rodea la espalda con un brazo y engancha el otro alrededor de mi culo para sujetarme mientras se levanta, con el pene todavía dentro de mí. Gimo por la presión que mi peso ejerce sobre mi cuello uterino y entierro la cara en su pecho para no gritar.

Mis caderas se agitan contra él mientras nos lleva a la parte de atrás de la tienda. Una carcajada retumba en su pecho.

—¿Quién da placer a quién ahora? No te preocupes, te enseñaré quién manda aquí, Bunny. Después de todo, eres mi segunda, ¿no? Escucharás todas las órdenes que te dé. Y espero que las cumplas. —Se aparta de mí y el vacío deja a mi sistema sin saber cómo responder.

Me deja en el suelo y, antes de que pueda levantarme sobre los codos, ya está sobre mí. Me agarra de los pantalones por la cintura y me los baja hasta las rodillas. Me empuja hacia un lado hasta que su pecho queda pegado a mi espalda. Me rodea la garganta con el antebrazo y me deja sin aire, a su merced.

—Shhh, esto es lo que va a pasar. —Bradshaw me pasa la lengua por uno de los lados del cuello y desliza una mano por mi vientre hasta llegar a mi centro. Utiliza dos dedos para dibujarme círculos en el clítoris mientras mueve la polla entre mis muslos, restregándola por mi raja y haciendo que se me entrecorte la respiración—. Voy a follarte duro y sin piedad. Hasta que te rindas. Hasta que me ruegues que me corra dentro de ti y le dé placer a tu pobre y dulce coño. Quieres eso, ¿verdad, Bunny?

Sin vergüenza y perdida en la adrenalina, asiento un poco en su agarre mortal. Cada bocanada de aire es una bocanada de placer.

Unos pequeños gemidos se escapan de mis labios.

Sus labios me rozan la oreja.

—Quiero que te sometas a mí, mi pequeña serpiente Riøt.

«Me quiere fuera del escuadrón».

Mi única respuesta es un grito ahogado contra su piel tatuada cuando vuelve a penetrarme. Entonces empieza el polvo salvaje. Me folla como si no fuera más que una muñeca sexual para darse placer. Sus dedos se clavan en los huesos de mi cadera y me agarra de la garganta con la otra mano, asfixiándome hasta que estoy segura de que me voy a desmayar.

Un dios entre los hombres. Un diablo entre los demonios.

Esos son mis únicos pensamientos mientras me lleva al clímax más rápido que ningún otro. Me tiemblan las piernas cuando me corro y no me da tregua cuando me levanta la pierna para poder penetrarme hasta el fondo.

—Joooder —jadea a mi espalda, aumentando, de algún modo, sus implacables embestidas y haciendo que mis sensibles paredes se estremezcan con cada movimiento.

Suelto un grito ahogado, ardo por dentro y el siguiente orgasmo no tarda en llegar. El placer es demasiado intenso, me duele, no puedo seguir corriéndome así.

Bradshaw oye mi gemido y me mete la polla hasta el fondo, manteniéndola ahí y apretando sus caderas contra mi culo. Esta vez no puedo callarme el grito. El sonido se queda atrapado en mi garganta cuando me mete dos dedos en la boca.

—Creo que lo que tienes que preguntarte es: ¿Cuántas veces puedes correrte hasta convertirte en una sombra de lo que eres ahora? ¿Eh? —Sus caderas se mueven con fuerza. El sonido de su pene moviéndose en mi interior me nubla el juicio.

Me pellizca el clítoris justo cuando me penetra con una fuerza brutal y me dejo ir por completo. Todo su cuerpo se detiene cuando

mis caderas se agitan contra su polla y aguanto la oleada del orgasmo. Me cierra los labios y me tapa la boca con la palma de la mano para que mis gemidos no se oigan tan fuerte como iban a oírse.

Mi cuerpo se queda flácido entre sus brazos y el cansancio se apodera de mí. Tengo el coño más sensible que nunca. Quiero suplicarle que pare, pero el placer me está volviendo loca y mi cuerpo reacciona como nunca lo había hecho.

Bradshaw vacila, quizá porque cree que me he desmayado de tanto correrme. Me quita la mano de la boca y me gira la cabeza hacia la suya. Nuestros ojos se encuentran y se da cuenta de que ya ha acabado con lo que había prometido dejar para más tarde. Un destello de satisfacción se dibuja en su preciosa cara. Y sonríe. Sonríe, joder, y eso hace que el corazón vuelva a latirme con fuerza.

—¿Ya has terminado? —Se ríe entre dientes mientras saca la polla hasta que solo queda la punta y entonces vuelve a meterla con una lentitud insoportable.

¿Qué me está haciendo este hombre? Es veneno, ponzoña inyectada directamente en mis venas. Me retuerzo para intentar separarme de él, pero me agarra del costado y me sujeta con firmeza contra él.

—Suplica para que me corra dentro de ti y esto se acabará. —La voz de Bradshaw es fría, como si le molestara que no se lo haya suplicado antes.

—Que te jodan. —Sueno débil y eso me cabrea, pero mis músculos inertes se niegan a darme fuerzas para luchar con él.

Suelta un profundo suspiro y se aparta de mí. Abro los ojos de par en par cuando me pone de rodillas y me deja sin aliento cuando me empuja con la mano por la espalda hasta que mis pechos tocan el suelo. Tengo el culo al aire y sé que esta postura me dolerá si me folla tan duro como lo ha hecho hasta ahora.

—Pararé cuando me digas que lo quieres —se burla con un tono de voz amenazador. Tengo el coño hinchado por los varios orgasmos y, cuando vuelve a penetrarme, suelta un gemido suave—. Joder, Bunny, cada vez que te meto la polla, tu coño me abraza más y más. Pequeña avariciosa. —Me da una palmada en el culo. Grito contra mi brazo.

Me penetra y no pasa mucho tiempo antes de que mis rodillas griten pidiendo un respiro y mi coño anhele esa promesa de correrse para poner fin a este infierno de placer en el que me he metido.

—P-por favor —suplico con la respiración entrecortada, tragándome hasta el último ápice de orgullo.

—¿Por favor qué, Bun?

Vuelve a darme una palmada en el culo y me doy cuenta de que está a punto de correrse por la forma en que me folla a un ritmo cada vez más rápido y por su respiración entrecortada. Yo estoy a nada del tercer orgasmo, y las piernas y los brazos me tiemblan, manteniéndome estable.

—Córrete dentro de mí, por favor.

—Lo siento, ¿qué? ¿Quieres que me corra dentro de ti?

«Por el amor de Dios». ¿Por qué se me ponen los ojos en blanco y se me acelera el corazón cuando dice eso?

—Sí, por favor. Quiero tu semen dentro de mí, Bones. Por favor.

Se ríe y me embiste un par de veces más antes de gemir con fuerza y aferrarse a mí. Me corro unos segundos después y cabalgo las olas con él. Sus caderas se sacuden con suavidad cada vez que su semen se derrama dentro de mí. El calor y el torrente de semen acaparan toda mi atención y mis hinchadas paredes reciben con codicia hasta la última gota que suelta en mi interior.

—Joder, es como si me estuvieras ordeñando la polla para que me corra más —comenta con la respiración entrecortada, y noto sus manos temblorosas cuando me las pone en la espalda para

separarnos. La hinchazón de mis paredes lo retiene con fuerza, y la fricción que se produce cuando sale de mí poco a poco nos hace apretar los dientes a los dos.

En cuanto su cuerpo se aparta del mío, me desplomo en el suelo, demasiado débil como para hacer otra cosa que no sea respirar y observarle con la vista nublada.

Tengo todo mojado. Las rodillas, las manos, la cara, los muslos.

Mira a su alrededor y parece llegar a la misma conclusión, pero aparenta estar demasiado cansado como para hacer nada al respecto. Su cuerpo cae junto al mío, con el pelo negro pegado a la frente por el sudor. Bradshaw me mira a los ojos.

—Ha sido… joder —dice después de unos segundos.

Me quedo mirándolo, intentando comprender cómo puedo odiarle y sentir una emoción tan grande por él al mismo tiempo. Veo la cáscara rota de un hombre. Veo a alguien que ha sido apartado del mundo y abandonado, igual que yo.

Escudriña mi expresión en busca de algo, pero por el ceño fruncido que veo, supongo que no encuentra lo que busca.

—Deberíamos limpiarnos. Tienes corrida y sangre por todas partes. —Se levanta desganado y, cuando intenta ayudarme a levantarme, el mundo me da vueltas.

Me da muchas vueltas. Hasta que todo se vuelve negro.

CAPÍTULO 14

BRADSHAW

La cabeza de Bunny se mueve tranquila sobre mi hombro mientras la llevo hasta el arroyo que hay cerca de la base. Nos bañamos aquí durante el día, así que estoy seguro de que no habrá nadie aquí tan tarde.

Es un milagro que nadie oyera lo que ocurría dentro de esa tienda. Huele a sexo y sangre y me pasaré el resto de la noche limpiándola.

Ha valido la pena.

Mis ojos abandonan el oscuro camino de tierra y se centran en las largas pestañas de Bunny. Está inconsciente. «No creía estar siendo *tan* duro con ella». Parecía que estaba pasándoselo bien.

Se me dibuja una sonrisa en los labios.

Esta noche, no se oye nada en la montaña y, por primera vez en años, mi mente comparte el silencio. Estoy agotado. De follarme a mi compañera y de intentar averiguar por qué parezco estar tan obsesionado con ella.

Me detengo en la orilla y la dejo en el suelo con cuidado.

Se revuelve y me mira, somnolienta. El pánico se apodera de ella cuando se da cuenta de que ya no estamos en la tienda.

—¿Dónde estamos? —Se incorpora despacio, con una mueca de dolor. Me siento un poco mal, aunque no se lo digo.

—Tenemos que limpiarnos. Parecemos una carnicería y seguro que

estás… dolorida. —Intento decirlo con delicadeza porque mi ira hacia ella se ha extinguido por esta noche. Estoy algo perturbado por la idea de que en realidad quiero portarme bien con ella en este momento.

Frunce el ceño, pero no discute conmigo. Intenta ponerse en pie, pero aún le tiemblan las piernas. Me acerco a ella y la agarro antes de que pueda caerse de culo.

Un jadeo escapa de sus labios. Nuestras narices están cerca y durante unos segundos nos miramos a los ojos. Sus iris son de un marrón atardecer. Podría mirarlos para siempre y bañarme en la paz que me transmiten. La cicatriz que tiene en la cresta de la mandíbula me hace desear saber la historia que hay detrás, compartir palabras bonitas mientras nos tumbamos y nos quedamos dormidos. Quiero abrazarla y acabar con mi soledad.

Pero sé que no podemos hacer eso. Ni siquiera sé por qué quiero hacerlo.

Ignoro esos sentimientos.

La garganta de Bunny se mueve y me saca de mis pensamientos.

Me pongo recto y la estrecho contra mi pecho.

Me mira a la cara con cierta timidez antes de echar un vistazo a nuestro alrededor.

—¿No deberías llevar la máscara?

Ah. ¿Por eso me miraba con tanta intensidad? Acallo el pensamiento, la esperanza de que me estuviera mirando porque me encuentra tan fascinante como yo a ella.

—No pasa nada. Todos están durmiendo y el puesto de vigilancia está en la otra punta del campamento.

Asiente despacio, como si no me creyera del todo. ¿Qué debería decirle? ¿Que no la llevo porque quiero sentirme como una persona cuando estoy con ella? ¿Que a veces incluso yo necesito dejar de ser una bestia amordazada?

—Te ayudaré —cambio de tema y la guío hacia la orilla. Hay una zona de aguas tranquilas fuera del cauce del río que quizá esté un poco más caliente que el agua de la corriente principal.

Me sorprende que esté siendo tan obediente, pero, una vez más, está sucia y débil por nuestro polvo.

Se le tensan los músculos cuando le bajo la cremallera de la chaqueta que le había dejado. La dejo caer en la orilla del río. Está completamente desnuda. Me quedo boquiabierto al ver el corte a lo largo de sus costillas y el rojo intenso de sus rodillas.

«Yo le hice eso».

¿Por qué no lo deja y ya está?

Aparto la mirada y me quito la ropa antes de guiarla hasta el agua. Está fría y la piel de los brazos se le pone de gallina. Sin embargo, está seria y no deja que el frío se refleje en sus facciones. Quizá les siente bien a sus heridas. Seguro que le arden.

—Exactamente, ¿qué era Abrahm para ti? —pregunta en voz baja mientras la dejo sobre mis rodillas y le froto la sangre de los hombros. No me duele tanto oír su nombre cuando lo dice en voz baja, como ahora. Parece muy empeñada en saber más sobre él, pero ¿qué sentido tiene aprender sobre fantasmas y cosas perdidas? Nunca lo conocerá como yo. Nunca verá cómo su sonrisa se parecía a la de ella, muchísimo. Cómo su tenacidad me afectaba igual que la de ella.

No me gusta pensar en él.

Es horrible intentar olvidar a alguien tan especial como él, pero la agonía siempre resurge cuando intento recordar cómo era. Ya no recuerdo sus ojos. Su mandíbula y su sonrisa me vienen a la memoria con apenas pensarlo, pero sus ojos… su alma. Son cosas que no puedo recordar. Y eso hace que me odie.

—Era… —Intento encontrar las palabras adecuadas—. Era mi paz.

Lleva la mano a mi cuello y me limpia la sangre con cuidado. El

mordisco aún es reciente y me escuece, pero dejo que el dolor me adormezca. Sus delicadas caricias me hacen cerrar los ojos de manera instintiva.

—Sé que no tiene sentido —añado, sintiéndome idiota.

Bunny me mira y una pequeña y triste sonrisa se dibuja en sus preciosos labios.

—No. Sí lo tiene… Jenkins también era mi paz. Me vio tal y como era y lo aceptó. Cuando se sentaba a mi lado, sentía que el mundo callaba y los insectos zumbaban bajito. Todavía puedo ver su sonrisa, la forma en que me hacía acercarme más a él y querer retener cada palabra que me decía. —Hace una pausa y mira con nostalgia hacia el agua oscura.

Tengo unos celos irracionales por que siga amando a un hombre que está muerto. No quiero que sienta eso por nadie… Aunque supongo que estaría bien si lo sintiera por mí.

Me mira con tristeza y suelta una media carcajada en medio de un suspiro.

—Siempre pensé que moriríamos juntos. O, al menos, que yo moriría antes que él. Se suponía que tenía que protegerle.

Levanto la mano hacia su cara antes de que pueda darme cuenta. Le rozo la mejilla con la yema del pulgar y se sobresalta, mirándome con esos ojos ensombrecidos de cervatillo.

—Me alegro de que no fueras tú —admito, quizá porque en medio de la oscuridad siento que puedo hacerlo—. No habría podido sobrevivir sin su segunda.

«Igual que yo no sobreviví sin el mío». Pero, de alguna manera, sigo aquí, como una cáscara de mí mismo. Sé que, si me sigue a la batalla, en medio del peligro, moriría si recibiera una bala por mí. Sea Riøt o no. No puedo negar que me preocupo por ella y eso me da mucho miedo.

Me limpia la sangre del pecho, moviendo los dedos con delicadeza

por mi piel igual que lo haría una pareja. Si cierro los ojos e imagino una vida diferente, yo no sería un monstruo; ella no sería una asesina. Seríamos normales, tal vez hasta estaríamos enamorados.

—Vas a convencerme de que no me odias a muerte si sigues hablando así —murmura y mira hacia otro lado. La bajo de mis rodillas y se queda de pie en el agua.

—No te hagas ilusiones, Bunny. —Vuelvo a sumergir la cabeza en el agua y resurjo frío y decidido—. Volvamos antes de que Eren se dé cuenta de que nos hemos ido. —Mi voz vuelve a ser cortante y la dejo de pie en el agua, sola y temblando.

Es demasiado fácil hablar con ella. Si no tengo cuidado le contaré todos mis secretos, esperanzas y sueños. Se lo contaría todo.

Pero yo no existo sobre el papel. Ella tampoco. Nadie que sea de las fuerzas oscuras existe. Entonces, ¿qué sentido tendría compartir nuestros sueños? Cuando morimos, se acabó. No hay nada que llorar. Nada de lo que piense o diga importará.

Miro hacia atrás una vez para asegurarme de que ha salido del agua. Su esbelta figura despide vapor por el calor de su cuerpo.

Puede que piense que esta noche he sido yo quien ha acabado con ella, pero es ella la que ha acabado conmigo.

CAPÍTULO 15

NELL

Cuando vuelvo a la tienda, Bradshaw ya ha limpiado el suelo y ha dejado todo tal y como estaba. No hay rastro de nuestros pecados por ninguna parte.

Está tumbado en el catre donde lo dejó Eren con la mirada clavada el techo de lona. Eso me recuerda que puede haber oído lo que conté antes alrededor de la hoguera.

—¿Escuchaste lo que les conté a los demás antes? —pregunto en un susurro.

Duda y, entonces, asiente despacio. No me parece justo que él haya oído mi historia y yo aún no haya escuchado la suya. Lo pienso un buen rato mientras me acomodo en el catre que hay a su lado y miro al mismo punto que él.

Debo de haberme quedado dormida en algún momento, porque me despierta una mano cálida que me acaricia el costado herido y un dedo que me roza el pliegue del cuello, donde la clavícula se une al músculo de la yugular. Es una sensación suave y reconfortante. Por un momento olvido dónde estoy. Quién soy. Entonces veo los ojos cansados de Bradshaw; la piel que los rodea está enrojecida por la falta de descanso.

Un hombre cansado que encuentra consuelo abrazándome mientras duermo. Es demasiado mezquino como para hacerlo

cuando estoy despierta. Sé que tiene un corazón que anhela a otro.

Me estudia con esa frialdad tan suya antes de apartarse, y parece preocupado por haberme despertado con su caricia. El calor de su mano en mi costado se desvanece. Bradshaw se da la vuelta y mira hacia el otro lado de la tienda. Me pregunto cuánto tiempo habrá pasado mirándome dormir. Pero no creo que quiera saber la respuesta.

Tengo el cuerpo dolorido y palpitante. Hago una mueca de dolor al incorporarme.

Me miro el reloj de pulsera y veo que ya han pasado veinte minutos del que suele ser mi turno de la guardia nocturna. Eren dijo que no me preocupase, pero decido que prefiero sentarme ahí fuera con él a arriesgarme a tener una conversación íntima con Bradshaw. Agarro un par de pantalones extra de una bolsa que hay en un rincón, ya que Bradshaw ha cortado los míos. Espero que nadie los eche de menos.

No me devuelve la mirada cuando me levanto para irme. Tiene los hombros caídos y agacha la cabeza. Me pregunto qué podría mantenerle despierto; lleva todo el día con cara de cansancio.

La cremallera de la tienda no hace ruido y consigo escabullirme por el campamento sin despertar a nadie. Eren está sentado con las piernas relajadas y la espalda apoyada en el árbol que hemos elegido como puesto de vigilancia. Me oye llegar, pero no se molesta en girarse para ver quién es. Solo levanta la mano para medio saludar.

Me siento en silencio a su lado, sin esperar tener una conversación, pero su voz siempre me resulta acogedora.

—Bunny.

—Sargento.

Curva los labios con una sonrisa irónica. Me maravilla lo rara que es. Lo poco Bradshaw que es.

—En privado puedes llamarme Eren, Nell. —Se inclina hacia delante y se apoya los codos en las rodillas—. Creo que hemos superado las formalidades.

Asiento con la cabeza y le devuelvo la sonrisa. Nos sentamos en silencio durante un par de minutos antes de que cambie de postura y me mire más de frente.

—Gracias por quedarte con él hasta que se calmase. Siempre está más tranquilo cuando te tiene cerca —me dice con sinceridad. Eren sostiene su arma con indiferencia, la tiene apoyada en su regazo mientras reposa la cabeza contra el árbol que hay detrás de él.

Eso casi hace que me atragante. Si supiera lo que ha pasado en esa puñetera tienda… No era nada tranquilo. No era algo relajado.

—En realidad no nos llevamos bien. Creo que me odiará hasta que uno de los dos muera. —Frunzo el ceño ante la expresión divertida de Eren. Por la noche, el aire es frío y hace que me recorra un escalofrío por la espalda. Me rodeo con los brazos y él se da cuenta.

Eren se acerca a mí con cuidado y presiona su costado contra el mío. Mis mejillas se encienden.

—¿Sabes qué? —pregunta en voz baja—. Abrahm también solía quejarse de que Bones lo odiaba.

Levanto la barbilla, un poco sorprendida.

—¿En serio?

Eren asiente con la cabeza.

—Tiene espinas.

—No me digas.

Suelta una risa seca.

—Sin embargo, tú también. Y estoy seguro de que esa es una de las razones por las que chocáis tanto. Pero nunca he visto a dos personas trabajar juntas con esa fluidez. Completamente sincronizados. —Sus ojos azul oscuro se vuelven hacia mí y me toca la frente con el dedo índice. Parpadeo como una idiota porque la

ocurrencia me sorprende—. Tampoco he conocido nunca a una francotiradora tan letal. Tienes buena puntería y muy buen dedo para apretar el gatillo, ¿verdad?

—Dicen que soy la tiradora menos indecisa que existe —murmuro después de tragar saliva.

—Sí, eso había oído. —Su voz está como apagada. Pensativa.

—Por eso me enviaron a Malum. Para ser útil.

La sonrisa de Eren se desvanece.

—Ya. —Sus ojos pierden su aire juguetón y me mira con solemnidad durante un segundo—. Cuéntame algo sobre ti que no esté relacionado con el ejército. —Cambia bruscamente de tema.

Abro la boca para responder, pero no se me ocurre nada. «Algo que no esté relacionado con el ejército». Eso es todo lo que soy. Eren frunce el ceño y suspira.

—Piensas en ti misma como una máquina de guerra, Nell. Pero primero eres una persona. Después, un arma. ¿Ayudaría si empiezo yo? —Me da un codazo y yo asiento con un leve gesto con el hombro.

«Se equivoca; primero soy un arma».

Se ríe antes de sonreír y volver a centrarse en las pocas estrellas que podemos ver desde debajo de los árboles. Al menos las montañas hacen que el mundo se vea tranquilo y oscuro.

—Siempre quise ser astrónomo. El universo es fascinante y encierra muchas incógnitas. Quería conocer todas las constelaciones y las galaxias más allá de las galaxias. Quería el mundo.

Me quedo sorprendida.

—¿Tú? ¿Astrónomo? —Parece de risa, porque Eren no es más que músculo y guapura. Parece haber nacido para la vida que le ha tocado vivir. Sin duda, tiene la capacidad de apagar el interruptor emocional.

Se ríe.

—Lo sé. Tampoco soy lo bastante listo para serlo, pero una vez soñé con ello. —Su voz me envuelve y derriba algunos muros que tenía bien cimentados.

Dejo caer la mirada hacia mis manos. «¿Qué quería ser yo? ¿Lo recuerdo siquiera?». Parece que fue hace unas cuantas vidas, y después de lo que he vivido y las cosas que he hecho… Todo lo que una vez quise ser ahora me parece absurdo. Mi percepción del mundo ha cambiado. Pero, sí, supongo que una vez soñé con algo.

—Quería tener una cafetería. También vendería libros en el mismo local. —Una sonrisa se dibuja en mi rostro al recordar mi caprichosa imaginación. Tenía catorce años y aún era bastante normal—. La que imaginaba era una especie de casa adosada, con piedras en el exterior, como las de los libros de fantasía. Yo viviría en el segundo piso. Por la mañana mi marido bajaría y empezaría a hacer cosas pronto, prepararía café hasta que el aroma amargo me despertase y yo me envolvería en una bata y bajaría de puntillas para abrazarle con fuerza. Leeríamos y abriríamos la tienda a las nueve y cerraríamos a las tres. Pasaríamos el resto del día trabajando en el jardín, investigando o… —Una vez soñé con una familia, pero decido obviarlo—. O disfrutaríamos de las tardes juntos y ya está.

Me doy cuenta de que me he puesto a divagar y levanto la vista para ver si Eren ha perdido el interés, pero veo todo lo contrario. Me mira con intensidad y cariño. La sombra de una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Eso suena muchísimo mejor que ser un puto astrónomo. —Sus hombros tiemblan por la risa—. ¿Por qué no perseguiste el sueño de lo de la cafetería? ¿Cómo acabaste…? Bueno, ¿cómo acabaste aquí?

Es una pregunta complicada. Estoy segura de que ha leído mi expediente cuatro veces y sabe muy bien cómo fue. Solo quiere oírme decirlo en voz alta. Pero a diferencia de Ian, a Eren se lo contaré.

—Porque la vida real no está hecha de cuentos de hadas y algodón de azúcar.

Eren me mira con paciencia, esperando la verdadera historia. Suspiro.

—Descubrí que tenía buena puntería cuando mi padre me llevó de caza cuando era muy pequeña. Éramos muy pobres y teníamos que cazar para conseguir la mayor parte de nuestra comida. Vi cómo la vida abandonaba a un ciervo y fue entonces cuando me di cuenta de lo trastornada que estaba. Cómo disfrutaba matando cosas. Era lo único que se me daba bien.

Su cara no dice nada. Lo que pensaba. Ya lo sabía.

—Asesinaron a mis padres cuando tenía quince años. Entraron en casa en pleno invierno. Los hombres me despertaron y me ataron a una silla. Buscaban a mi padre por algo que les había robado. No teníamos mucho y todo lo que se llevaba era para alimentarnos. Vi cómo lo golpeaban hasta dejarlo irreconocible. Hasta que murió. Entonces vi cómo violaban a mi madre. Le metieron un tiro en la cabeza cuando acabaron y yo era la siguiente.

Dejo que las palabras fluyan y el silencio del bosque que nos rodea se mueve con la brisa. Eren mira fijamente hacia la oscuridad, escuchando, con la boca entreabierta.

—Pensaron que era guapa. Pensaron que podían llevarme con ellos porque era joven. Fueron unos putos idiotas. —Eren me mira, serio —. En cuanto me desataron, le desgarré la garganta a uno de ellos con mis propias manos. Si sabes los puntos débiles del cuerpo, es fácil, está casi diseñado para eso. Al segundo le disparé en la cara tres veces. Al tercero lo perseguí por nuestro bosque. Le hice suplicar antes de sacarle las entrañas y meterle nieve dentro mientras convulsionaba. Quería que sintiera el frío. El frío que yo siempre sentía dentro. Debería haberle metido las tripas en la boca.

Cuando Eren me mira, hay un claro pesar en su mirada.

—Aunque eso ya lo sabías. Sabías lo que hice para que las fuerzas oscuras me reclutaran, así que, ¿por qué me has preguntado? —Le escruto con la mirada.

Sonríe, pero la sonrisa no llega a los ojos.

—Quería ver si mentirías. Se puede saber mucho de alguien de esa forma.

Entorno los ojos hacia él. Un poco calculador para el alegre sargento.

—Creo que lo peor fue que me gustó —murmuro para ver qué delatan sus facciones.

—Joder… eres como Bones. Él también es un monstruo —Eren habla en voz baja y más pausada, pero sus ojos no titubean.

Intento imaginarme cómo eran de pequeños, uno normal y el otro demente. Cómo acabaron los dos aquí, igual que yo. Porque nadie entra en las fuerzas oscuras sin tener un pasado de mierda.

¿Qué hizo Eren para llegar hasta aquí?

Mi respuesta carece de sentimientos.

—Lo que hacemos en las fuerzas oscuras requiere gente como tú y como yo. Una vez el trabajo está hecho, es fácil deshacerse de nosotros.

CAPÍTULO 16

NELL

En el desayuno alrededor de la hoguera todos están callados. La incomodidad de la noche anterior se ha mantenido y todo el mundo evita el contacto visual con Bradshaw. Hoy lleva una máscara nueva; es más elegante y tiene tachuelas, sigue siendo negra, pero resulta más agresiva con la textura añadida.

Eren se sienta a mi lado, con los ojos más cansados que nunca. Anoche hizo dos guardias y sigue funcionando sin problemas. Me como mi ración militar mientras contemplo el bosque, pensando mucho en la angustia que se reflejó anoche en la cara de Eren cuando le dije que Bradshaw y yo éramos de los que más fáciles era deshacerse una vez hecho el trabajo.

Se quedó callado y a mí me dieron igual las palabras que quedaron sin decirse entre nosotros durante el resto de la guardia.

La marcha de vuelta al punto de extracción es dolorosa. Me duelen los muslos y mis huesos gritan con cada paso que doy. Hoy, el aire de la montaña es frío, el otoño empieza a asomar con rapidez por aquí. Algunos de los picos más altos ya tienen nieve.

Las expresiones de Harrison y Jefferson son significativamente más amables conmigo hoy. Me pregunto si se debe a lo bien que disparé ayer o a la triste historia que compartimos anoche. No me permito darle demasiadas vueltas. No tiene sentido vivir en

Traumalandia.

Ian y Pete caminan con paso firme por delante de nosotros, con Eren dirigiendo a los rehenes la mayor parte del día, mientras Bradshaw y yo vamos en la retaguardia, como de costumbre. Avanzamos a pasos agigantados y deberíamos llegar al punto de extracción antes del anochecer.

Me invade una sensación de felicidad al pensar en una ducha caliente y sábanas mullidas.

Bradshaw ni siquiera me mira. Supongo que ha vuelto a su actitud fría. Pero es mejor eso que su episodio de anoche. Al menos ahora está tranquilo. Mis ojos recorren las suaves líneas de su cara bajo la máscara. Lo miro más de lo que debería.

Las últimas horas de la caminata son agotadoras. El cansancio se apodera de mis ojos y hace que la pesadez se extienda por mis hombros doloridos.

Bradshaw camina estoico a mi lado. Es como si nunca se cansara físicamente.

El aire que nos rodea está muy cargado. Me ahoga como una víbora venenosa que se enrosca en mi garganta y espera pacientemente a que muera. Quiero hablar de lo que hicimos anoche. De las partes brutales y de las más tiernas y sensuales. Me giro hacia él, sus ojos se posan en los míos al instante y abro la boca para hablar…

Una bala vuela entre nosotros.

Mi fusil de asalto se levanta por instinto y grito:

—¡Disparos! —Los forcejeos y gruñidos que suenan delante de nosotros me distraen un instante cuando otra bala vuela hacia nosotros. Esta vez me da en la espinilla y el polvo rojo me cubre el pantalón.

Me escuece como una bala de *airsoft*, pero al menos me ha dado en la pierna y no en el pecho. Sigo en activo y no se me considera

una víctima mortal. Todavía.

Bradshaw dispara a la maleza oscura y le sigue un gruñido.

Después de esperar un rato para escuchar si hay más enemigos, Bradshaw baja la mirada hasta mi pierna. Su mirada refleja decepción.

—Te han dado.

—Sí, lo sé, imbécil.

Frunce el ceño.

—Estás fuera.

—¿Qué? No es más que un disparo en la pierna. Estoy bien. —Levanto la cabeza para responder a su mirada. Los demás abandonan sus posiciones y observan nuestra interacción en silencio. Hace frío y la humedad me cala. La sangre me hierve.

—He dicho que estás fuera, Bun.

Eren se acerca a mí y me echa una mirada malhumorada a la pierna.

—Tiene razón. Nuestro escuadrón no acepta fallos, Bunny. Estás fuera.

El calor me sube a las mejillas y quiero gritar. ¿Lo dicen en serio? Después de todo lo que les he demostrado este mes, ¿ahora es cuando fracaso? Miro a los demás. Jefferson y Pete me miran con decisión. Ian y Harrison al menos parecen un poco molestos por lo injusto de la situación.

—No es justo —suelto, desafiando al sargento.

Entrecierra los ojos y habla con voz seria, cabreado.

—Bunny, no estarás cuestionando mi autoridad, ¿verdad? —Lo dice lo bastante alto como para que lo oiga todo el grupo. Los músculos de mi cuello se tensan por la rabia.

«Por supuesto que usaría su autoridad para intentar hacerme dar marcha atrás».

—No, Sargento. No se me ocurriría desafiar su decisión, ni en

sueños. —Mi tono es mordaz. Las cejas de Eren se relajan, creyendo que ha ganado—. Pero tengo las manos atadas. Me temo que tendré que informar de esto al general Nolan. Tendré que contarle que uno de sus perros es salvaje y da mordiscos muy feos. ¿Crees que sacrificarán al perro? Después de todo, soy la favorita de Nolan. — Me desabrocho el chaleco y me levanto el jersey, dejando al descubierto las vendas empapadas de sangre. La herida palpita con el movimiento, haciéndome estremecer de dolor.

Los ojos de Eren se abren de par en par, horrorizados. Bradshaw permanece impasible; su fría mirada basta para helarme hasta los huesos. Da mucho más miedo cuando no se sabe qué le ronda por la cabeza.

—Le dejaré que se lo piense, Sargento —le digo con indiferencia. Si quieren jugar sucio, entonces jugaré en el puto barro.

Me meto el fusil bajo el brazo y me dirijo al frente del escuadrón. Los hombres me miran con desprecio cuando paso junto a ellos. No pasa nada. No estoy aquí para que me mimen como a una muñeca.

Estoy aquí para averiguar qué pasó de verdad en la Patagonia hace dos años. Y para meterle un balazo al responsable. El resto me importa una mierda.



Al parecer, el consenso es que se me rechaza por completo de aquí en adelante. El resto de nuestra misión transcurre tranquila y sin más emboscadas. Cuando por fin llegamos al punto de extracción, mis hombros se relajan.

No sé si mi amenaza ha funcionado con Eren o no, pero parece más retraído y enfadado, así que al menos ha estado pensando en ello. Los dos sabemos que es muy probable que echen a su hermano a los lobos por atacar a un compañero de escuadrón. Puede que

sigamos reglas diferentes en las fuerzas oscuras, pero tenemos nuestros valores. El general Nolan tiene debilidad por mí y todos lo saben.

Respiro hondo mientras subo al helicóptero y no me molesto en mirar ninguna de las malas caras que me dedican. Lo único que quiero ahora mismo es una ducha caliente y dormir en una puta cama durante una puñetera noche. El viaje de vuelta a Coronado es largo y tranquilo; todos menos Bradshaw, Eren y yo parecen dormirse con facilidad.

En cuanto pisamos tierra, Eren ordena a todo el mundo que se vaya a las duchas, excepto a Bradshaw y a mí. Me resisto a poner los ojos en blanco. ¿De verdad no podía esperar hasta mañana por la mañana? A estas alturas apenas podemos mantener la cordura.

Bradshaw mira a su hermano de la misma forma que yo.

—Vosotros dos habéis sido un enorme grano en el culo… Mira, Nell, el equipo no te quiere dentro. Sé que es una mierda, pero estamos buscando a alguien que cumpla con las expectativas de la misión y pueda crear un vínculo con el escuadrón. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene que confiar en los demás sin ninguna duda. Sé que no es justo pedírtelo, pero te lo pido de todos modos. Por favor. Déjalo estar. Abandona. —La voz de Eren no está lejos de la súplica.

«Enséñaselo». La voz grave de Jenkins recorre mi memoria como si fuese un río que pasa sobre las piedras. «Hazles ver que te necesitan». Me enseñó cómo matar a un hombre de todas las formas posibles. Cómo manipular incluso a las mentes más ingeniosas.

—Vale. Renunciaré al puesto. Pero con la condición de que podáis encontrar a un soldado mejor que yo. Quiero estar en el escuadrón enemigo falso. Si conseguís asaltar nuestra base y llevaros a los prisioneros, entonces tiraré la toalla —digo con confianza y alzo la barbilla.

Eren arquea las cejas, curioso, pero mira a Bradshaw fijamente.

—Es tu mejor opción. —Eren parece cansado, como si hubiera estado pensando en el destino de su hermano y preocupándose todas las noches de su vida en lugar de dormir. ¿De verdad iba a denunciar a Bradshaw? No. Porque he hecho cosas mucho peores a personas que ahora están bajo tierra y nunca podrán encontrar. Pero necesito tenerlos controlados. Necesito estar aquí.

Bradshaw mira a su hermano durante un incómodo minuto y luego le hace un gesto de asentimiento antes de darse la vuelta y volver a los barracones.

Eren suelta un largo suspiro y me mira de reojo.

—Que conste que yo voté para que te quedaras —admite con una risita incómoda.

Me quedo mirándolo un momento antes de dejar que una sonrisa se dibuje en mis labios.

—Gracias, Eren. —Su sonrisa perezosa me revuelve el estómago—. De verdad que necesitaba oír esas palabras.

Deja caer una mano sobre mi cabeza. Le miro y se ríe por lo bajo.

—No dejes que ganen. Demuéstraselo, sé que lo harás. Sé que te necesito en esta próxima misión. —Me guiña un ojo y dejo que el sentimiento me llegue hasta lo más profundo, donde más lo necesito.

Eren cree en mí y eso es mejor que nada.

—Ahora, ve a limpiarte. Me reuniré con el general y haré que pongan al francotirador de reserva en el escuadrón. Te asignarán al grupo enemigo que invadiremos en las próximas maniobras. —Caminamos juntos hacia el cuartel mientras me informa.

—¿Dónde me quedaré hasta entonces? —pregunto, esperando que me destinen a otro barracón durante los dos días de descanso hasta entonces. Supongo que será un fin de semana libre, si se puede considerar así.

Eren aprieta los labios, dándole vueltas.

—Hay una cama libre en mi habitación, pero hablaré con el general para ver si tenemos otras disponibles. Si no es así, ¿te parece bien quedarte conmigo?

Prefiero dormir desnuda con Eren que a quince metros cerca de Bradshaw.

—Sí, tú solo aléjame del psicópata de tu gemelo —digo con vehemencia. Eren frunce el ceño y se queda mirando al frente, serio. Si supiera cómo me folló anoche su preciado hermano… No se lo creería nadie por la frialdad con la que me ha tratado todo el día.

—Nunca había sido tan…

—¿Volátil? —lo interrumpo—. ¿Cruel?

Eren me mira entre esas pestañas negras y su ceño se frunce con diversión.

—Sí. Nunca ha estado así de interesado en su segundo. —Vuelve a fruncir el ceño.

Me siento mal por Eren. Sobre él recae no solo la responsabilidad del escuadrón, sino también de su hermano, que está rajando a la altura de las costillas a los nuevos reclutas y en quien no se puede confiar.

—Es por Abrahm —afirmo con naturalidad.

Asiente con la cabeza, mirando al suelo mientras nos detenemos frente a las puertas.

—Sí… pero que tú estés aquí lo ha hecho mucho mucho peor.

—No intento sustituirle —digo, vacilante—. Yo solo quiero estar en esta misión. Me enviarán al escuadrón Hades si no me quedo aquí. Y ellos odian a Riøt más que vosotros. El general preferiría ponerme en libertad, de vuelta a la sociedad, que enviarme con ellos. Y no puedo volver a la normalidad. —Suena un poco macabro, pero Eren solo asiente con la cabeza. Tal vez haya visto el mismo demonio en su hermano.

Su ceño se levanta con interés.

—¿Te han indultado?

Trago saliva. Se supone que no debo contarle a nadie que el general iba a sacarme a escondidas de las fuerzas oscuras cuando Riøt desapareció pero me negué. Sacudo la cabeza.

—No, solo digo que no puedo volver.

—No te subestimes, Nell. Eres más que un arma. —Sus palabras no me llegan como él pretende que lo hagan.

—No, no lo soy, Sargento.

Me mira un segundo antes de empujar la puerta para abrirla.

—Vendré a buscarte dentro de una hora para asignarte una nueva habitación. Ten tus cosas preparadas.



El equipo está descansando en nuestro barracón. Cada uno de ellos está tumbado en su cama, descansando. Ha sido un mes agotador y verlos con ropa de calle en lugar de con sus uniformes tácticos hace que parezcan personas completamente distintas.

Todos miran en mi dirección, haciéndome sentir fuera de lugar con mi camiseta y mis *leggings*. Mantengo la mirada al frente mientras me pavoneo con confianza por la habitación de paredes de cemento en dirección a la última litera. Mi mochila está justo donde la dejé, en la cama de arriba. La agarro, agradecida por no haber sacado nada antes de salir.

Bradshaw no se molesta en mirarme. Dejo que mis ojos se posen en él una vez más antes de que nuestros caminos se separen. La próxima vez que lo vea, será mejor que sea a través de una mira y disparándole una bala de mentira en la puta cara.

Lleva una máscara nueva. Esta es más negra y tiene unas rayas grises que la atraviesan en vertical. Sus pestañas se agitan contra su

piel, aludiendo a que está muy despierto y prefiere ignorarme. Menudo desperdicio de belleza, pero aun así me quedo mirándolo más de lo que debería. Me fijo en la rojez de la fina cicatriz que se curva bajo su ojo izquierdo. Los surcos en la tela que le cubre los labios cuando respira. En mi mordisco que le hizo sangrar anoche.

Sin despedirme, vuelvo por donde he venido.

—Adiós, Bunny.

Los músculos de mis piernas se bloquean al oír su voz y me detengo en la puerta, girando la cabeza lo suficiente para mirar a Bradshaw por encima del hombro. Ahora está de pie al otro lado de la habitación, con sus compañeros entre nosotros, los puños apretados y una sonrisa siniestra tirándole de la máscara.

—Vete a la mierda —digo sin más, como si no me molestara todo este fiasco. Sabía que todas sus suaves caricias de ayer eran falsas, pero su crueldad sigue doliéndome. La rabia se refleja en su mirada y algo en esa pequeña victoria me anima.

Les doy la espalda y espero a Eren en el pasillo. Llega justo a tiempo y dobla la esquina con una pequeña sonrisa.

Me echo el pelo hacia atrás, detrás de la oreja y, por primera vez en toda la semana, me siento bien llevándolo suelto. Los mechones oscuros se ondulan hasta la mitad de mi espalda.

—Estás muy guapa —murmura Eren, guiñándome un ojo.

Le dirijo una sonrisa cansada.

—Sargento, no debería elogiar a sus subordinados y guiñarles el ojo. Ya no estamos en el club.

Eren echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Lo siento, Bunny. Estoy demasiado acostumbrado a ver hombres gruñones. A veces se me olvida cuando te miro porque nos conocimos en un avión y todo es muy injusto, ¿verdad? —Eren me hace un gesto para que le siga y yo suelto un suspiro de agradecimiento por no quedarme con Malum de momento.

—¿A qué te refieres con «injusto»?

Cuando me mira, su sonrisa es contagiosa. Tiene una mirada más amable que de costumbre. Ya nadie me mira con amabilidad. Es curioso, no recuerdo la última vez que alguien lo hizo. Quizás fue Jenkins, en sus últimos segundos de luz.

—A que es injusto que trabajemos en esto.

—¿De qué otra forma te habría gustado que fuera? —curioseo, y me gano una carcajada. Me ruborizo y, por un momento, ya no siento que esté en una tumba de cemento.

—Habría preferido que Abrahm no hubiera muerto. Ahora estaríamos todos en otra situación —dice, pensativo, mientras seguimos por el pasillo y doblamos la esquina hacia otra sección del ala de barracones.

«Abrahm». ¿Cómo puede la muerte de un hombre cambiar la vida de tantos?

—¿Cuál habría sido vuestra situación?

Eren aprieta los dientes, se detiene ante una puerta y me abre. Entro y observo la pequeña habitación. Hay dos camas individuales y dos mesitas de noche. Es la habitación más vacía que he visto nunca, sin sentimientos ni fotos. No hay artículos de cuidado personal ni para las mañanas ni para las noches.

—La Patagonia era nuestra última misión, después iban a indultarnos. —Levanta un hombro y lo deja caer. El indulto de la libertad. Mis ojos se abren de par en par. ¿Malum estaba en su última misión antes de la libertad? El único escuadrón secreto que se ganó el indulto fue Varsovia, y de eso hace diez años. La mayoría de los escuadrones mueren antes de ganarse su libertad.

Iban a ser libres. A Riøt aún nos quedaban seis misiones por completar antes de conseguirlo.

Dejo la bolsa sobre la cama que me indica y dejo que mi cuerpo dolorido caiga en el colchón. Las sábanas básicas me parecen lo más

preciado del mundo después de dormir entre matorrales durante varias semanas.

—¿Perder a Abrahm os costó el indulto?

Se sienta en la otra cama y se queda mirando por la única ventana.

—Todo se fue a la mierda después de eso. Bones quedó destrozado mentalmente y el escuadrón se dispersó por todas partes. Fracasamos por completo y el general se enfureció con nosotros. —Me mira con ojos cómplices.

—Es obvio que nosotros también fallamos —murmuro.

—Esta próxima misión es más que ganarnos el indulto, Nell. Es venganza. Sobre todo, para Bones. No puedo entrar en detalles, pero los dos sabemos que está relacionada con la Patagonia.

Me estremezco al oír esas palabras; nuestros objetivos no son tan distintos.

—Tiene una deuda pendiente —digo, con pesar.

Eren me mira a los ojos.

—Tú también.

Me miro las manos. No parece que estén manchadas de sangre, pero lo están. Me ahogo en las muertes de mi primer escuadrón. En la muerte de Jenkins. Si me hubiera quedado, él todavía estaría aquí. O los dos estaríamos muertos, y eso también me parece bien. «¿Por qué no me quedé?». Poco a poco, cierro los ojos.

Aprieto los labios como única respuesta. Él no me presiona. Sabe lo que he hecho. El monstruo que acecha bajo mis rasgos traicioneros.

Me tumbo en la cama y suelto un largo suspiro. Aquí el techo es de azulejos. Igual de soso y sin alma que el resto de la base militar.

—Bueno, ¿cuándo son las próximas maniobras? —pregunto mientras me paso distraídamente la yema de un dedo por el corte de las costillas. Pensaré en la mirada lujuriosa de Bradshaw cada vez

que vea la marca, cada vez que la sienta.

Eren se da cuenta de que me estoy tocando la herida y se levanta, rebuscando en su mesilla de noche antes de acercarse a mí con un líquido transparente y material médico.

Me siento en el borde de la cama.

—Ya me he cambiado la venda, Sargento.

Me lanza una mirada severa y yo cedo, me levanto la camiseta por encima de la cabeza y la tiro a un lado de la cama. Mi sujetador deportivo se junta con el final de la venda, así que lo subo lo suficiente para que él pueda cambiarme el vendaje con facilidad.

—El próximo simulacro de misión comienza dentro de dos días a las ocho de mañana. Saldrás antes con el escuadrón enemigo para ir con ventaja hacia la base. Será igual que lo que hemos hecho: unas semanas de entrenamientos y luego intentaremos recuperar a los rehenes —murmura Eren mientras desenrolla con cuidado la venda que me rodea el pecho. Va más lento al llegar a la capa más tierna y llena de sangre. Sus ojos se abren de par en par y aprieta los dientes—. Nell, los dos sabemos que esto necesita puntos. —Frunce el ceño. Así, se parece mucho más a Bradshaw.

Levanto un hombro.

—Dejaste claro que no querías que nadie se enterara. Se está curando, así que no te preocupes —digo con indiferencia, y su mirada se llena de tormento. Tiene un millón de cosas en la cabeza; es evidente en el cansancio de sus hombros hundidos—. No tienes por qué sentirte mal. No fuiste tú quien me abrió en canal y expuso mis pechos al resto de los compañeros.

Se le paralizan las manos y, por un momento, creo que voy a ver cómo su salud mental se resquebraja por lo que ha hecho su hermano, pero se recompone como le han enseñado mientras unta pomada en mi piel destrozada. Sé que ha visto cosas mucho peores en el campo de batalla. Me toca con cuidado y delicadeza; si cierro

los ojos, me consumirá por lo bien que me siento.

—No dejes que vuelva a herirte así —acaba diciendo después de un largo silencio. «Demasiado tarde», pienso. Termina utilizando una cinta de sutura que quizá funcionará, y me envuelve las costillas mejor que yo. De forma delicada, pero firme.

Dejo que mis ojos se posen en sus manos callosas, y me pregunto a cuántos hombres habrá matado con ellas. Encuentro consuelo en su presencia. Un alma bondadosa que se arrastra por el infierno. Pero Eren también hizo algo malo para acabar en las fuerzas oscuras. Me pregunto si me diría qué fue.

—¿Y si vuelve a hacerme daño? —bromeo con voz curiosa, sabiendo que nuestra danza salvaje está muy lejos de terminar. Nunca he visto la muerte y el odio flotar alrededor de los hombros de un hombre igual que en el caso de Bradshaw. Incluso con sus imperfecciones y su violencia, la parca que hay en mí desea acabar con él tanto como él ha intentado acabar conmigo.

Eren cierra las manos en puños a cada lado de mí antes de levantar la vista para encontrarse con mi mirada despiadada.

—No volverá a desobedecer mis órdenes. —Su voz se corta cuando levanta la mano izquierda para pasar las yemas de los dedos por mis costillas—. Es culpa mía que Abrahm muriera. Es culpa mía que Bradshaw esté tan jodido. —Una sola lágrima cae por su rostro inexpresivo. Me pregunto si sabe siquiera que se le ha escapado. Los duros rasgos de su expresión no revelan ninguna emoción.

Eren también tiene miedo, puede que más que su hermano. Su habilidad para fingir da escalofríos.

Nuestra conversación termina con un incómodo silencio en la habitación. La energía se ha enfriado. Eren se dirige a su cama sin hacer ruido, con sus pensamientos claramente pesándole.

Me gusta cómo lloran los hombres rotos.

Me da que pensar y me hace sentir curiosidad por las cosas

horribles que sigue guardando bajo llave.

Pienso en eso con hastío mientras miro fijamente el techo, ahora a oscuras. Solo los suaves ronquidos de Eren desde el otro lado de la habitación evitan que el sonido de la nada me altere.

«¿Qué podría tener el sargento de Malum pesándole en la conciencia?».

CAPÍTULO 17

NELL

Técnicamente es nuestro fin de semana, pero Eren me despierta justo cuando sale el sol. Le miro adormilada y con muy poco interés.

Una de sus oscuras cejas se levanta con suficiencia.

—¿Te van los desayunos?

Entrecierro los ojos, pero mi estómago me traiciona y ruge.

—Pues claro que sí. —No me sale la voz tan cortante como pretendía. La sonrisa de Eren me quema el pecho como un chupito de *whisky*.

—Vístete con ropa de calle. Vamos a ir a una cafetería a la que iba cuando era joven —dice; parece eufórico. Miro su atuendo y me doy cuenta de que no lleva uniforme, sino una camiseta negra ajustada que se ciñe a sus músculos y esculpe cada centímetro de su cuerpo.

—Eres joven —bromeo mientras me quito la camiseta que uso para dormir y me la cambio por una gris básica.

—Más joven. —Eren sonríe y pone los ojos en blanco.

Aparto la mirada y me pongo los pantalones de yoga.

—¿Nos permiten salir de la base?

Se ríe y me vuelve a dar un toquecito en la frente.

—¿Qué, Riøt no tenía el privilegio de salir a la calle? —Froto la zona que me ha tocado y le dirijo una mirada escrutadora, aunque en el fondo no me molesta el sentimiento. Jenkins me alborotaba el

pelo cada vez que pensaba que me estaba haciendo la graciosa y no puedo evitar echar de menos esa tontería.

—No, no lo teníamos.

Eren hace una pausa y me mira un segundo para asegurarse de que no le estoy tomando el pelo o algo así. Alzo una ceja y él vuelve a sonreír.

—Soy el sargento. Hago lo que me da la gana.

—¿Y por qué me llevas contigo? ¿No preferirías llevarte a tu querido hermano? —bromeo, haciendo contacto visual. La sonrisa que esboza es asesina: esos hoyuelos acabarán conmigo.

—¿Prefieres quedarte aquí con todos esos idiotas? —Señala con el pulgar el barracón de nuestro escuadrón. Le miro fijamente un momento antes de negar con la cabeza—. Eso pensaba. Ahora, date prisa antes de que se acaben los bollos.



Estar sentada frente a Eren, compartiendo un café y bollos mientras el sol se alza a sus espaldas sobre la bahía, es tan incómodo como cabría esperar.

Todo me parece muy normal y civilizado. Miro a la camarera ir de mesa en mesa con una sonrisa alegre y amable en la cara. Me recuerda de la noche que vine con Bradshaw. Debe de pensar que Eren es él, porque murmura que hacemos una pareja encantadora. Cambio de tema enseguida y le digo que el vestido negro que lleva es precioso. Casi le pregunto dónde lo ha comprado antes de recordar quién soy.

Nunca podría llevar algo así de fino. Mis cicatrices llamarían demasiado la atención y no me sentiría segura con algo tan delicado como un vestido.

Eren debe de notar la mirada anhelante que hay en mis ojos,

porque su mano cae con suavidad sobre la mía. Lo miro y me estremezco al ver el bigote de color crema que lleva en el labio superior. Arquea una ceja para darle el último toque cómico y no puedo evitar agarrarme la barriga y echarme a reír.

—¿Qué haces? —Consigo contener mi ataque de risa, escudriñando la cafetería rápidamente para asegurarme de que no he molestado a nadie.

Eren se relame la crema de los labios y me lanza esa mirada ardiente suya.

—Ser una persona. Deberías probarlo de vez en cuando. —Me guiña un ojo.

Dudo y bajo la mirada.

—No sé a qué te refieres.

Esta vez se ríe, se inclina hacia delante y apoya el codo en la mesa antes de posar la barbilla en la palma de la mano. En sus ojos brilla una luz parecida a la que tenía Jenkins. Es una luz reservada y atrevida. Podría mirar a Eren durante días y días sin perder el interés. Es impredecible y divertido cuando no está siendo sargento. Es casi reconfortante estar cerca de él.

—Ser divertida, hacer bromas, disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. —Enumera cosas como si pudiera seguir para siempre, pero se detiene antes de decir otra—. Que no parezca que estás muy desconectada del mundo real.

—No estoy desconectada —respondo, y sueno ofendida, aunque sé muy bien lo separada que estoy en realidad de todo. Incluso me molesta estar aquí sentada y ver a los demás clientes seguir con sus mañanas.

—¿No? Entonces deja que te lleve a comprarte un vestido. Me apuesto lo que quieras a que no tienes ni uno.

Frunzo el ceño.

—Eren, nunca me lo pondría.

—¿Por qué no? Te he visto mirar el bonito vestido de esa mujer.

De mala gana, aparto la mirada.

—Porque no necesito nada que haga que mis compañeros de escuadrón me menosprecien, señor. —Uso el término para darle énfasis. Todo lo que intenta hacer por mí me tiene en vilo. ¿Por qué está siendo tan amable? ¿Por qué intenta que tenga ropa de calle? Enrosco los dedos en mis pantalones con ansiedad. «Está intentando que vuelva a la sociedad. Intenta convencerme de que lo deje. ¿Se siente culpable por ello?». Se me revuelve el estómago.

Sus ojos se suavizan y se llenan de angustia. Luego, golpea la mesa con los dedos y ahuyenta todas sus emociones.

—Bunny, vamos a ir a comprarlo. Es una orden. —Su voz es firme y su rostro, estoico.

Me quedo mirándolo unos segundos antes de suspirar.

—Vale. —Tampoco tengo que usarlo.

—Iremos después de surfear.

Me tenso.

—¿Qué?

—Sabes surfear, ¿no? Venga ya, no me mires así. Al menos tienes que intentarlo —dice Eren mientras levanta la mano para pedir la cuenta.

¿Le dijo Bradshaw que me da miedo el océano? No. No lo haría. Pero ¿por qué me está mirando con algo mortífero en la mirada? ¿Ya ve el horror en mi expresión?

«Joder».

De algún modo, consigue que me ponga un bañador. Me planto en la arena con una tabla que no tengo intención de usar agarrada a mi costado. Me mareo con solo mirar el mar.

Eren ya ha surfeado unas cuantas olas con facilidad. Sus músculos están resbaladizos por el rocío del agua. Lo observo y envidio su valentía.

Una mano se posa en mi nuca. Mi codo vuela hacia atrás por instinto para golpearle en el vientre y la otra mano de la persona lo atrapa.

—Tranquila, fiera, solo soy tu polvo favorito. —La voz de Bradshaw está marcada por una sonrisa burlona.

Me zafo de su agarre y, para mi disgusto, ahí está, de pie, con el aspecto de un dios de la tierra y el mar. Lleva un bañador negro que le cuelga de las caderas. No hacen nada por ocultar el bulto que se le nota. Su pecho es todo músculo, marcado y tatuado. Tiene la mandíbula cubierta de tinta y la costra fresca del cuello me revuelve el estómago. Esos ojos azul claro me miran con interés.

Agarra la parte de arriba de mi tabla y se apoya en ella con una sonrisa de suficiencia. Por un momento, su rostro sin máscara me sorprende. Casi había olvidado que tenía cara debajo. Ojalá no la tuviera. Sería más fácil estar resentida con él.

—Pensaba que te daba miedo el mar… ¿Y ahora surfeas?

Lo fulmino con la mirada.

—Eren está surfeando. Yo me quedo aquí.

—Te llevaré hasta allí. —Se pone mi tabla bajo el brazo y me agarra de la muñeca con la mano que tiene libre.

—¡Espera! —Intento zafarme, pero me agarra con fuerza. Se adentra en las olas y se me sale el corazón del pecho cuando el agua me llega a las rodillas—. ¡He dicho que pares!

Bradshaw se vuelve y me atrae hacia sí, me rodea la espalda con un brazo y se agacha para hablarme al oído.

—Sigue gritando y haciendo que la gente nos mire y te daré algo por lo que gritar, Bun. —Se aparta y me guiña un ojo con una sonrisa fingida. Sus dientes blancos relucen y hacen que se me acelere el corazón—. Ahora, a portarse bien. —Respiro con fuerza cuando sus frías manos me rodean por los costados y me elevan sobre la tabla.

Me hace sentir indefensa y pequeña cuando me controla así. Es una descarga para mi sistema nervioso y no puedo evitar disfrutar de ello. Siempre soy la persona más peligrosa de la habitación, pero cerca de Bradshaw me siento vulnerable.

Las oscuras olas que se avecinan parecen no tener fin. El miedo me corre por las venas y me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿Por qué haces esto? —pregunto en voz baja, derrotada.

Bradshaw se sube detrás de mí y acerca mi culo a su entrepierna. Su vientre me calienta la espalda y hace que me incline más hacia él.

—Porque ¿alguna vez has tenido la oportunidad de meter a un pequeño roedor en medio del océano y ver cómo se retuerce? —Se ríe mientras inclina la tabla hacia el vasto mar.

—Los conejos no son roedores, idiota. Son lagomorfos. —Mi réplica pierde su mordacidad cuando agarro la tabla como si fuera un salvavidas. Los hombros me tiemblan a medida que nos alejamos más de la orilla. Busco a Eren, desesperada por llamarlo, pero no lo veo por ninguna parte.

—¿Por qué no me sorprende que sepas algo tan inútil como eso, Bun? —me susurra Bradshaw en el oído. Se me eriza la piel.

¿Qué va a hacerme aquí fuera? ¿Lanzarme al mar y dejar que me coman los tiburones? Me estremezco al pensarlo y me aprieto las rodillas contra el pecho.

Jenkins siempre se reía de mi miedo al mar, pero se aseguraba de que lo mantuviera en secreto. Podría poner en peligro a todo nuestro escuadrón si flaqueaba en el agua.

Tal vez si no hubiera visto cómo los tiburones se comían vivos a dos niños cuando era pequeña, no le tendría tanto miedo.

—Muy bien, bájate. —Las manos de Bradshaw bajan a mis costados para arrojarme a las profundidades, pero yo vuelvo a apoyarme en su pecho, esperando apelar a su mejor versión.

Mi voz es una súplica.

—Por favor, no.

Su risa vibra contra mi columna y me gira para que esté frente a él.

—¿Qué gano yo? Me encantaría verte gritar en el agua pidiendo mi ayuda.

Mis ojos se abren de par en par y la desesperación me hace generosa.

Trago saliva y miro el bulto de su bañador. Vuelve a reírse.

—¡¿Crees que una mamada te salvará?! —me suelta.

Lo fulmino con la mirada y le empujo de los hombros hacia atrás sin pensar en las consecuencias. Sus ojos se abren de par en par al caer al agua, pero en lugar de ira o enfado, solo vislumbro un atisbo de diversión antes de que desaparezca bajo la superficie.

«Oh, mierda, ¿qué acabo de hacer?». Me aferro a la tabla y empiezo a alejarme remando tan rápido como puedo. Oigo su cuerpo salir a la superficie y me atrevo a mirar atrás.

Una sonrisa maliciosa llega a sus ojos mientras agarra la tabla y le da la vuelta. Mi grito se ve interrumpido por el agua que me engulle.

Nado hasta la superficie y ahogo un par de tosidos estrangulados antes de parpadear. Lo primero que veo es la tabla de surf vacía que se mece entre las olas. El pánico se apodera de mi cerebro.

¿Dónde mierdas está?

No tengo que preguntármelo durante mucho tiempo.

Unos brazos me rodean los hombros y el corazón me martillea contra las costillas. Me va a ahogar aquí, es mi fin. Sus palabras resuenan en mi cabeza. *El único buen soldado Riøt es el que está muerto*.

Un grito de terror sale de mis labios y mis piernas empiezan a convulsionarse.

—Eh, eh. Tranquilízate, Bun —dice Bradshaw con delicadeza; parece realmente preocupado. Me hace girar en el agua para que

nuestras narices estén juntas.

No quiero que me vea así. Juré que nunca dejaría que nadie me viera tan vulnerable. Pero esto es lo que me hace el océano. Le temo más que al campo de batalla, más que a un M16 contra mi cráneo.

Me atrapa, sorprendido por mi reacción. Mueve con fuerza las piernas sobre el agua y me rodea la espalda con un brazo.

El miedo me convierte en una persona diferente. El océano me hace débil.

Le rodeo el torso con las piernas y me aferro a sus hombros. No me había dado cuenta de que era mucho más grande que yo, de lo fuertes que eran sus músculos, pero al sentirlos trabajar entre mis muslos para mantenernos a flote me resulta difícil no darme cuenta. Me agarra con más fuerza cuando me castañean los dientes y me tiembla el cuerpo.

Bradshaw suelta un leve suspiro antes de dejar que su cabeza descanse contra la mía e inhalar mi aroma.

—¿De verdad tienes tanto miedo? —Su voz está cargada de remordimiento.

—¿Q-qué pasa? ¿No te g-gusta tanto co-como creías que te gustaría? —Mi respuesta se queda coja al temblarme la voz.

Me estrecha más contra su pecho.

—No. La verdad es que no —admite. Mi respiración se regula mientras él nada de nuevo hacia la tabla y me sube encima de ella. Al instante me llevo las piernas hacia el pecho y me estremezco.

Bradshaw se queda en el agua, con los antebrazos doblados sobre la tabla de surf y apoyando la cabeza en ellos mientras me mira de reojo.

—¿Qué ha-haces? Vuelve a subirte. —Intento tirar de su brazo hacia arriba, pero lo tiene firmemente sujeto. Incluso verlo en el agua me inquieta.

—¿Por qué? ¿Qué es lo peor que podría pasarme, Bunny?

—Podría haber tiburones… —Suena estúpido cuando lo digo, pero no puedo evitar que me aterre.

Se queda mirándome boquiabierto un momento antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada burlona.

—¿Hablas en serio? ¿Eso es lo que te da tanto miedo? —Su extraña risa me hace sonreír a pesar de mis esfuerzos.

—Sube y ya está, no puedo sentarme aquí y ver cómo te comen vivo. —Mi voz temblorosa empieza a estabilizarse.

—Y dicen que los monstruos no tienen debilidades —bromea mientras sale del mar. Frunzo el ceño, pero veo cómo el agua le cae por los abdominales y la barbilla.

Ahora que ya no está en el mar, suspiro de alivio.

—De todas formas, ¿qué haces aquí? ¿Eren te ha obligado a hacer esto? —Aparto los ojos de los suyos cuando me mira. Escudriño la playa y el agua, pero sigo sin ver a Eren.

—Vengo aquí siempre que puedo. Eren lo sabe.

«Pues claro que Eren lo sabe. ¿Es esta su forma de intentar que hagamos las paces?». Molesta, vuelvo a mirar a Bradshaw.

—Llévame de vuelta a la orilla.

—¿Es una orden? —pregunta mientras se acerca a mí y me tiende la mano.

—No estamos de servicio, Bradshaw. Puedo darte las órdenes que quiera. —Le aparto la mano de un manotazo, pero él me agarra de todos modos y me arrastra hasta su regazo.

Enseguida, su expresión divertida se vuelve cruel.

—¿No te duele ya bastante el coño por nuestra lección de la otra noche? ¿Has olvidado a quién obedeces, Bunny? —Desliza la mano hacia el interior de mi muslo.

Me arden las mejillas al oírlo. ¿Por qué se empeña tanto en hacerme sentir como una desgraciada? Me tiene hasta la coronilla. También podría preguntárselo.

—¿Por qué me odias tanto? —Me estremezco por lo triste que me sale. Me echa el pelo mojado hacia atrás con delicadeza y presiona sus labios contra mi hombro.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que te odio?

Me enfado.

—Si crees que tus acciones representan algo más que odio, entonces soy toda oídos.

—¿Estás molesta porque no me mostré cariñoso contigo las dos mañanas después de follarte? Deliras si crees que eres algo más que una soldado medio guapa. Solo te usé para lo que quería en ese momento. Nada más. —El aliento de Bradshaw me calienta la piel.

Intento que nos separemos, pero él no se mueve.

—Deja de evitar la pregunta, imbécil. —«No dejes que sus palabras te afecten». Pongo la mente en blanco lo mejor que puedo.

Vuelve a reírse y nos inclina hacia un lado hasta que volvemos a caer al mar. El agua helada me cala hasta los huesos y subo a la superficie echando humo por las orejas.

—¡¿A ti qué coño te pasa?! —Le pego en el pecho y él se limita a sonreír ante mi agresión.

—No te odio.

Me quedo inmóvil, con el brazo medio levantado para el siguiente golpe.

Me agarra por la mandíbula y junta nuestras frentes para que solo pueda mirar a esos ojos sin alma.

—Quiero dominarte. Quiero romperte en mil pedazos y hacer que solo respondas ante mí. Quiero mantenerte lo más lejos posible de mi escuadrón antes de estropear lo que queda de ti. Porque si no te vas, eso es lo que va a pasar. Te romperé, como lo rompo todo. ¿Es suficiente? ¿Te vas a callar la boca ya de una puta vez? —dice despacio, cruel, mientras me aprieta la mandíbula.

Me cae una lágrima sin permiso de pura rabia.

Y, entonces, hago una estupidez.

Le escupo en la cara.

Mis músculos se tensan mientras espero a que reaccione, pero lo único que obtengo es una sonrisa perezosa y curiosa.

—¿Ves? Te dije que tu miedo era una tontería. No has pensado en ello ni una sola vez desde que nos volqué.

Mis ojos se abren de par en par antes de entrecerrarse con escepticismo. Lo ha hecho a propósito… Ahora está jugando con mi cabeza a un nivel completamente nuevo. ¿También está quitándome los miedos?

—Llévame de regreso a la playa, por favor.

Al final, cede y me lleva de vuelta.

Espero a Eren en la orilla mientras Bradshaw vuelve a surfear. De mala gana, le observo durante diez minutos antes de que Eren me toque el hombro.

—¿Adónde has ido? —le espeto. Se estremece por la mordacidad de mi tono.

—No quieres saberlo. —Se da palmaditas en la barriga y pone cara de asco. «Dios mío»—. Venga, busquemos un vestido y volvamos a la base.

Le sigo en silencio durante unos latidos antes de preguntárselo.

—¿Sabías que Bradshaw estaría aquí hoy? —No responde, ni deja de caminar.

«Me tomaré eso como un sí».

CAPÍTULO 18

NELL

Hace diez minutos que Eren ha ido a ducharse, pero no puedo apartar la mirada del vestido amarillo pastel que me ha comprado. Es sencillo. Llega hasta la mitad del muslo y es sin mangas. Dejo que mi dedo se deslice por la suave tela y miro con cuidado hacia la puerta.

No hay nadie. No tiene por qué verme nadie.

Me quito los pantalones y la camiseta antes de ponerme el vestido. Aquí no hay espejo, así que no puedo ver cómo me queda, pero observo las ondas que hace la tela y cómo hace que mis caderas y mi cintura se vean atractivas. Llevo el pelo suelto y me llega a la mitad de la espalda; los mechones castaño oscuro se complementan con el tono cálido del vestido y mi piel aceitunada.

Una tímida sonrisa se dibuja en mis labios. Cierro los ojos y, de repente, estoy en la librería con la que solía soñar despierta. Dulces y pequeñas fantasías. Cosas que no son para mí.

La puerta hace clic y me tenso. Levanto la vista y espero ver a Eren, pero me encuentro con un hombre enmascarado. Mi cerebro tarda unos segundos en reaccionar.

Es Bradshaw.

Con la camiseta gris y los pantalones de chándal negros ajustados que lleva, parece otro. Lleva una máscara fina y no lleva el pelo

negro peinado hacia atrás como de costumbre. Los mechones desordenados le caen sobre la frente, aún húmedos después de la ducha. Sus ojos claros se abren de par en par al verme y ninguno de los dos dice nada. Nos quedamos en este horrible puto silencio en el que ambos parecemos estar pensando: «¿Por qué estás aquí?».

«Otra vez».

Los ojos de Bradshaw bajan despacio por mi cuerpo, contemplando el vestido y mi figura. Sus pupilas se dilatan y cierra las manos en puños a los lados, haciendo que las venas de sus brazos se marquen más.

—Vale, deja de joderme. ¿Por qué estás aquí? —pregunta con calma, pero no me pierdo los celos que brillan en sus ojos.

Me aparto de él con brusquedad, un acto de vulnerabilidad puramente instintivo que me pilla por sorpresa. Me arden las mejillas y me siento muy estúpida por que me vea con un puñetero vestido.

—Te he hecho una pregunta.

La frialdad que hay en su voz hace que me recorra un escalofrío por los brazos. Busco mis pantalones para volver a ponérmelos, pero Bradshaw no tarda en llegar a mi lado y me agarra con fuerza de la muñeca.

—Suéltame —digo con firmeza. Sus ojos están más llenos de curiosidad que de rabia. Se fija en mi bolsa de lona, que está en el suelo, junto a la cama, y me mira atentamente.

—¿Estás quedándote con Eren en lugar de con el escuadrón enemigo? —Bradshaw parece enfadado. Sin embargo, es difícil leer su rostro, ya que solo puedo verle los ojos. Un pequeño anhelo de volver a verle la cara me burbujea en el pecho.

Asiento una vez. Sus anchos hombros se ciernen sobre mí y lo único que quiero es que se vaya.

—No había habitación para mí en los otros barracones —le explico, a pesar de que lo único que debería decirle es que se vaya a la

mierda. Sigo intranquila después de que me llevara a mar abierto en una tabla de surf. Me observa pensativo durante un segundo. Noto su pulso en la piel, aún me rodea la muñeca con la mano.

Me suelta, pero no da un paso atrás.

—¿Qué quieres, Bones? —Aprieto los dientes al ver cómo su máscara se transforma en un atisbo de sonrisa cuando digo su nombre en clave.

—Bueno, venía aquí a ver a mi hermano, pero en su lugar me he encontrado a una criaturita emperifollada. ¿Esperabas que Eren te follara si te ponías un vestido? Ah, espera. A él no le van los roedores… o las zorras lago-lo-que-sea. —Su voz suena sarcástica. No hay nada que me apetezca más que darle un puñetazo en la mandíbula.

—Lagomorfas, imbécil.

No parpadea.

—Apuesto a que esa palabra significa mucho para ti.

—¿Celoso? —Le doy un empujón en el pecho, pero no se mueve ni un milímetro.

—¿Yo? ¿Celoso por una zorra? Sí, sigue soñando.

—Que te follen. —Le doy una bofetada lo bastante fuerte como para girarle la cara. Vuelve a mirarme con esa mirada asesina.

—¿Quieres? Dios, vas a hacer que me ponga cachondo si sigues pegándome así, Bunny. —Sus ojos están llenos de aversión y yo correspondo a ese odio con mucho gusto—. ¿Recuerdas lo que te dije de que te fueras o acabaría destrozándote? —Me pasa los dedos por la nuca, provocándome escalofríos—. Creo que es hora de romperte poco a poco.

Miro al suelo y me trago el nudo que se me forma en la garganta.

—Te odio.

—¿Se supone que tiene que importarme? —Me empuja y caigo de espaldas sobre la cama. Antes de que pueda levantarme, cae sobre

mí como un tsunami. Sus manos se apoyan a ambos lados de mi cabeza, hundiéndose despacio en el colchón. Esos ojos claros son como un frío día de invierno, están huecos, sin rastro de nada de lo que una vez los habitó—. Soy incapaz de sentir cosas tan insignificantes como el odio, pero si pudiera, te odiaría más que nada. Pensé que ya habíamos aclarado esto en el agua, cariño.

Su nariz enmascarada está a un suspiro de la mía.

Le muerdo donde están sus labios.

Se mueve justo a tiempo para esquivar la mayor parte del mordisco, pero le desgarro el tejido de la máscara. Le hago un agujero que deja al descubierto sus dientes apretados. Me mira como si fuera un ser salvaje, el mal acecha bajo su piel. Noto un escalofrío en la espalda y sé que lo he provocado demasiado.

—Sabía que te ponían estas cosas, como morder, pero supongo que tienes que aprender modales —murmura en un tono de voz bajo y peligroso. Levanta una mano y se quita la máscara rota, usando el dorso de los nudillos para limpiarse un hilillo de sangre del labio—. Deja que te enseñe lo que me va a mí.

Su apuesto rostro muestra malicia y promete cosas indecibles.

Bradshaw se pone en pie y se baja los pantalones sin vacilar. Está empalmado y le tiembla el pene cuando me mira fijamente.

—Chúpame la polla —ordena.

Sigo tumbada en la cama, con los codos clavados en las sábanas. Aprieto los dientes, asqueada.

—Ya, eso te gustaría, ¿eh?

Me sonríe, y es la sonrisa más cruel que le he sacado, sobre todo por lo genuina que es. Parece encantado con lo que está pasando.

—Nada de dientes o harás que me excite en serio, y aún no me has visto cachondo de verdad, Bun.

Me clavo los dientes en el labio inferior para evitar desenvainar el cuchillo que llevo atado al muslo y enterrárselo en el pecho.

—¿Crees que eres el primer hombre que me obliga a chupársela?

—Lo que creo es que eres la primera mujer que me escupe en la cara y me muerde los labios en el mismo día —responde con brusquedad mientras se acaricia la polla despacio, con el líquido preseminal derramándose por la punta.

El hecho de que me parezca erótico me perturba muchísimo. Un hombre guapísimo y roto que está masturbándose y diciéndome que se la chupe. Por eso también nos atraemos tanto, porque los dos somos tóxicos y crueles.

Bradshaw tiene que ver la lujuria en mis ojos porque su sonrisa perversa se ensancha. Sus curiosos ojos recorren la curvatura de mi cara y bajan por mi garganta. Se relame y se pone en pie.

—Esto te gusta, ¿verdad? —Es la primera vez que habla con suavidad.

Sigo mirándolo. No voy a responderle a eso ni loca. Y el gesto malicioso que hace con las cejas me dice que no hace falta que lo haga. Ya lo sabe.

—Ay, Bunny, pequeña enferma. Dime que esto no te pone a ti también. Que te guste el dolor ya estaba enganchándome, pero ¿esto? Esto hace que quiera marcarte como mía. —Bradshaw sonríe enseñando los dientes, y es absurdamente guapo y aterrador a la vez. Se aprieta la polla y las venas se hacen más evidentes, el glande se le hincha por la presión que ejerce sobre él. Entrecierra los ojos y separa los labios mientras el dolor y el placer bailan sobre sus facciones. Se pasa la yema del pulgar por la punta de la polla y me acerca la gota de líquido preseminal a los labios, lamiéndose el labio inferior y mordiéndoselo mientras me mete el pulgar en la boca.

Oh, Dios mío.

Oh, Dios mío, joder.

Lo pruebo. El sabor salado y el calor. Le tengo muchas ganas y él me lo ve en la cara y en la forma en que le chupo el pulgar cuando

me lo mete más en la boca.

No puedo apartar la mirada de él. La forma en que sus caderas se pliegan y forman una V hasta su erección hace que se me empiece a llenar la boca de saliva.

Me observa como si fuera una serpiente, esperando pacientemente el momento perfecto para atacar. Para estrangularme y no dejarme ir.

Engancha su pulgar en la parte de detrás de mis dientes inferiores y guía mi mandíbula hacia su polla. Intento retroceder, pero acabo gimoteando por cómo me clava los dedos en el maxilar.

—No te preocupes, dejaré que te lo tragues. —Se me abren los ojos de par en par y el miedo me recorre la columna vertebral cuando me rodea la base del cuello con la mano, estirándome del pelo y ahuecando la nuca hasta que abro la boca—. Una boca tan bonita y la desperdician contigo —dice, con una voz que destila desdén.

Bradshaw me pasa la punta del pene por el labio inferior. El líquido preseminal sigue saliéndole de la punta. Disfruto del sabor salado mientras me lo unta en el labio, lubricándolo como si fuera brillo de labios. Observa cada movimiento con los ojos medio cerrados. La oscuridad se refleja en su sonrisa cruel.

—No te oigo rechazar esto —comenta mientras sigue pasando la suave y palpitante piel de su polla por mi labio. Lo odio tanto… Pero el fuego que me arde en el pecho también me recorre por dentro, haciéndome sentir una necesidad dolorosa y urgente.

Deseo esto. Lo deseo a él.

Tras un minuto de duda y decidir que tendré que organizar el desorden que hay en mi cabeza más tarde, dejo que mis manos se desplacen hasta sus caderas desnudas. Trazo los surcos de sus músculos, y los abdominales que forman una V tientan a mis depravados pensamientos. Mis labios se posan sobre el glande y

hago girar la lengua alrededor de la piel suave.

Bradshaw gime y deja caer la cabeza hacia atrás. No me suelta el pelo.

Cierro los ojos y dejo que el momento siga. Los profundos sonidos que salen de su pecho hacen que sienta fuego en mi centro. Dejo que mi mano libre baje hasta mi clítoris y lo acaricio con un movimiento lento, excitándome. El vestido es fino y facilita el acceso.

—Joder —sisea Bradshaw, entre dientes, cuando me lo meto más en la boca, acariciando la pared inferior de su polla con mi lengua y tragando sobre su piel para volverlo loco. Su puño se enrosca, tenso, en mi pelo, y con el otro me agarra por la mandíbula como si intentara evitar que lo consuma con tal frenesí—. ¿Quién cojones te enseñó a hacer eso? —Su voz se debilita por la lujuria y el placer.

Si pudiera sonreír lo haría, pero lo tengo demasiado dentro de la boca.

Sé que está cerca por la forma en que se agita un poco en la parte posterior de mi garganta por la necesidad.

La puerta se abre justo cuando estoy realizando mi movimiento final sobre Bradshaw. Estamos demasiado juntos y no podemos separarnos antes de que Eren suelte un grito ahogado.

Bradshaw se queda paralizado y tenso, todo su cuerpo está quieto, como una estatua, a excepción de su polla que se mueve dentro de mi boca. Se corre y no puedo evitar tragar varias veces. Bradshaw suelta unos gemidos vergonzosos mientras su salada descarga se desliza por mi garganta.

—La hostia… Bueno, no paréis por mí —dice Eren, riéndose para sus adentros y tirando la toalla al suelo.

Bradshaw me suelta el pelo y la mandíbula. Vuelvo a sentarme sobre las rodillas y me limpio los labios con la muñeca antes de horrorizarme cada vez más ante las pruebas de mi placer que gotean por mis piernas desnudas.

Los dos miran mis muslos expuestos y ven en primera fila mis bragas mojadas.

Eren maldice y me tiende una mano para ayudarme a levantarme mientras Bradshaw vuelve a meterse la polla, que sigue muy empalmada, en los pantalones.

Una vez de pie, la habitación se vuelve cada vez más incómoda a medida que se alargan los segundos de silencio.

Eren se pasa la mano por la cara, con los dedos alrededor de la boca y la barbilla mientras me mira como si en este momento yo fuera el mayor puto problema de su vida. Prácticamente puedo escuchar lo que está pensando: «¿Qué se supone que voy a hacer con ella?». Luego mira a su hermano y parece que el mismo pensamiento revolotea por su mente.

—Vosotros dos me estáis haciendo la vida jodidamente difícil ahora mismo, ¿lo sabéis? —Eren prácticamente se ríe, pero el humor de su voz no se refleja en sus ojos azul oscuro—. Primero os peleáis, luego os hacéis daño el uno al otro. —Abro la boca para decir que Bradshaw es el único que me ha hecho daño, pero la mirada mordaz de Eren me hace callar—. Y ahora estáis… ¿Qué demonios es esto? ¿Ahora folláis? —Levanta las manos, exasperado.

Bradshaw mira a su hermano gemelo y pone los ojos en blanco, luego baja la mirada hacia mis muslos mojados. La forma en que me mira hambriento por dejar un asunto pendiente me hace sentir otra punzada de necesidad. Me niego a vacilar, así que me mantengo firme, ignorando las miradas seductoras que me lanza. Pero eso se vuelve imposible cuando Bradshaw se acerca a mí y desliza dos dedos por la cara interna de mi muslo, a un palmo de mi zona íntima, antes de llevarse la prueba de mi excitación a los labios y limpiarse los dedos con la lengua.

Mis mejillas se encienden y los ojos de Eren se abren de par en par.

—Esto. A esto es justo a lo que me refiero. ¿Qué mierda te pasa, Bradshaw? Nunca te he visto actuar así de… así de… —La voz de Eren se entrecorta y el dolor se extiende por su rostro.

—Venga. Dilo. —Bradshaw se le queda mirando sin expresión.

—¡Psicótico! Te comportas como un puto animal. Esta mierda que estás haciendo… ¿Tienes idea de cuánto te he cubierto? ¿Cuánto he sacrificado para tenerte aquí? Sabes que el general no aguantará más estupideces tuyas. —Eren no hace más que suplicarle a su hermano y eso me desgarra el pecho como si fueran unas garras salvajes. Nunca me ha pasado lo que a Bradshaw: su hermano está luchando mucho por él y a él le importa una mierda.

—Soy un puto animal, Eren. ¿No lo sabías? No finjas que soy una cosita rota que puedes arreglar. Solo estás prolongando un final de mierda y lo sabes —dice Bradshaw con calma. Sus palabras son como gotas de lluvia. Da más pena oírlas sabiendo que no se preocupa ni un poquito por sí mismo. ¿Por eso me siento atraída por él? Porque es… como yo. Un final de mierda prolongado.

Eren entrecierra los ojos, angustiado.

—Sal de aquí de una puta vez —dice con los dientes apretados y los hombros tensos. Las venas le sobresalen del cuello y, por un momento, creo que va a pegarle a Bradshaw si no se va.

Se miran durante unos horribles segundos antes de que Bradshaw vuelva a mirarme, me dé un golpecito con dos dedos en el esternón y vuelva a tirarme en la cama. Le frunzo el ceño y le sonrío arrogante y despreocupadamente antes de que se dirija a la puerta sin decir nada más. Eren le entrega una máscara de repuesto que tenía en la mesilla de noche, ya que he estropeado la que llevaba Bradshaw al entrar. Luego desaparece y siento una extraña sensación de soledad en el lugar donde él estaba.

Eren suelta un largo y cansado suspiro antes de mirarme. Parece decepcionado e incluso avergonzado. Aunque no puedo saber por

quién, si por mí o por Bradshaw.

—Yo… Eh. —Intento decir algo, pero no lo consigo.

Aprieto los muslos y los froto el uno contra el otro por la necesidad. Tengo que ocuparme de este dolor. Todavía estoy cachonda por haber tenido la polla de Bradshaw en la boca.

Los ojos de Eren captan el movimiento de mis piernas y frunce el ceño con más humor que rabia.

—Vosotros dos vais a acabar conmigo. —Me mira con intensidad y no aparta la mirada de mí mientras sus labios se curvan—. ¿Necesitas ayuda? ¿O te encargas tú sola?

El corazón se me acelera. «¿Eren acaba de ofrecerse a hacer que me corra?». Se ríe al ver mi cara de sorpresa y baja la cabeza hacia su polla empalmada, que no oculta en absoluto bajo los pantalones de chándal grises.

—Solo soy un hombre —dice con inocencia, y me ruborizo con su confesión—. No puedo ver a una mujer necesitada y no empalmarme.

Eren se parece a Bradshaw en todo. Incluso el tamaño de su miembro parece comparable. Mi conciencia me dice que está mal usarlo así, sobre todo si me estoy imaginando a su hermano en lugar de a él, pero solo es mi superior. Esto puede ser por placer y ya está, ¿no? Solo dos humanos que necesitan un poco de diversión.

—Sin sentimientos, ¿verdad? —pregunto, y Eren esboza una sonrisa al instante.

—Por supuesto que no. —Se acerca un paso más a mí y sus ojos irradian confianza y amabilidad.

—¿No te vas a poner raro después? —le pregunto porque, Dios, es mi sargento.

Arquea una ceja y me dedica una sonrisa de suficiencia.

—Ha sido raro desde el club y pronto nuestros caminos se separarán —murmura mientras se agacha y se agarra el bulto a

través del pantalón de chándal. Me paso la lengua por el labio inferior.

Eren se inclina sobre mí y, al hacerlo, me doy cuenta de que su olor es muy distinto al de Bradshaw. Es almizclado y con restos ahumados. Debe de ver algo en mis ojos de lo que ni siquiera yo soy consciente, porque cambia de dirección.

—Ay, Nell. ¿Sientes algo por mi hermano?

Eren se inclina hacia un lado y se tumba boca arriba al pie de mi cama. Se saca la polla y empieza a acariciársela con desgana, como si yo no estuviera aquí. Mis ojos se clavan en su pene más de una vez mientras intento formular una respuesta.

—No. —No sueno nada convincente. Pero no me he dejado llevar por los sentimientos. De verdad que lo odio.

Eren me mira mientras sigue masturbándose. Decido tumbarme a su lado y darme placer yo también. Nos miramos a los ojos mientras me levanto el borde del vestido y deslizo la mano en mis bragas mojadas. Rodeo mi clítoris con el dedo corazón e intento mantenerme tan impasible como Eren, pero mis cejas se fruncen cuando el orgasmo empieza a crecer. Separo los labios y miro fijamente la polla venosa de Eren, imaginándomela entre mis muslos.

—Creo que sí te gusta —dice sin más, con la mirada ausente. Cuanto más observo a Eren, más creo que es igual de psicópata que Bradshaw, solo que lo oculta y lo controla mejor, lo cual es inmensamente más aterrador.

—¿Qué te hace pensar eso? —Dejo que mis ojos se posen en su mano, que recorre toda su longitud. El movimiento es lánguido y lento, en cierto modo, burlón.

—Bueno, en primer lugar, me estás viendo masturbarme y no estás dando ningún paso, eso para empezar. —Sus ojos bajan hasta la mano con la que estoy dibujándome círculos en el clítoris—. Y

vosotros dos os miráis de una forma que no había visto antes. Es diferente.

Se me seca la garganta al ver su polla expulsando líquido preseminal y haciéndose más grande a medida que las venas sobresalen a lo largo de su tronco. «Joder». Lo deseo muchísimo. Mi mano ni siquiera está cerca de la fricción que necesito. No es lo mismo cuando te lo haces a ti misma.

—¿Y cómo te miro a ti? —pregunto. Me he visto admirando a Eren tanto como a Bradshaw, si no más. Tiene unos rasgos más amables y bondadosos. Sonríe como una persona. Como un hombre por el que debería sentirme atraída, en lugar de sentirme así por su versión rota y asesina.

Eren aprieta los labios como si necesitara considerar seriamente mi pregunta.

—Me miras como si fuera algo intocable. Como si fuera una figurita de cristal que brilla y está fuera de tu alcance y no pudieras tocarla. —Me dedica una sonrisa tímida que se me clava en el pecho.

—Bueno, eres mi sargento. —«No es que eso me haya detenido antes».

Él asiente y cierra los ojos.

—Una posición difícil. Solitaria —dice con el ceño fruncido.

Quiero decirle que no tiene por qué estarlo, pero sería mentira. Por supuesto que se siente solo. Jenkins siempre se sintió solo. Me acerco despacio a su mano, a la que está empuñando una polla de veinte centímetros que se mueve y gotea.

Abre los ojos y me mira fijamente entre sus pestañas. Hay mucho dolor y soledad ahí. Culpabilidad. Siento el mismo vacío dentro de mí. Quiero que desaparezca. Quiero pensar en otra cosa que no sea el agujero agonizante que tengo en el alma. Eso es lo que nos enseñan, ¿no? A dejar ir esas mierdas.

Esboza una sonrisa triste cuando acepta mi invitación y se acerca a

mí, metiendo la polla entre mis muslos y mojándose con mi excitación.

—Ya veo por qué eres tan popular entre los chicos malos —dice con los labios pegados a mi hombro.

¿Los chicos malos? No sé si se refiere a Bradshaw, a sí mismo o a las fuerzas oscuras en general.

—No soy exactamente un ángel, Sargento —respondo sin más.

—No, desde luego que no. —Mueve las caderas y me folla los muslos, rozándome el clítoris y el pubis. Me rodea la espalda con los brazos y me estrecha contra su pecho. Me da un vuelco el corazón y se me entrecorta la respiración.

No estoy acostumbrada a ser cariñosa. Me incomoda la forma en que hace que me lata el corazón.

—Sin embargo, tengo curiosidad por llegar hasta el fondo de ti. Quiero ver las cosas más oscuras que escondes. Quiero saber por qué les gustas tanto a los monstruos. —Tiene la voz ronca a medida que sus embestidas se vuelven más rápidas.

Le escucho a medias mientras me aferro a su pecho y grito cuando me atraviesa el orgasmo. Se masturba un par de veces más antes de eyacular sobre mi culo y entre mis muslos. Nos quedamos tumbados unos segundos, con solo el ruido de nuestras respiraciones y nuestros corazones latiendo el uno contra el otro.

Eren apoya su cabeza sobre la mía y me da un beso en la sien antes de separarse de mí. Se sube los pantalones y se sienta en el borde de la cama. Suelta un suspiro mientras se pasa la mano por el pelo oscuro.

¿Quiénes eran antes de convertirse en esto? Vuelvo a reflexionar mientras lo observo respirar un poco. Parece que su mente está en guerra consigo misma, pero no sé por qué.

—Dejaré en paz tus oscuros secretos si tú dejas los míos bajo tierra —le amenazo en voz baja. Me siento y le miro. Los ojos de

Eren están clavados en el suelo y no puedo evitar contemplar su belleza. Hay algo casi divino en él. Estoy segura de que nota que lo miro, pero me deja seguir observándolo sin decir nada.

—¿Y qué es lo que quieres que deje bajo tierra, Bunny? —Por fin, me mira, y una oscuridad se adueña de sus facciones. Lo estudio un segundo, sin saber qué responderle. Su voz es firme cuando murmura—: Si sacaras a la luz uno de mis secretos, tendría que enterrarte.

CAPÍTULO 19

NELL

Uno de los soldados del escuadrón enemigo me da un codazo juguetón y me dice algo a lo que no presto atención. Se ha encariñado conmigo en estas últimas semanas, pero yo ni siquiera soy capaz recordar su puto nombre.

Solo conozco su número de identificación, Ocho-Siete-Cuatro.

Es el comunicador de las fuerzas aéreas en el escuadrón hostil y lo han asignado como compañero mío durante las segundas maniobras. Se nos ordenó permanecer «inactivos» en las actividades de persecución hasta el día de la invasión. Al menos me lo ordenaron a mí, y eso me está volviendo loca.

Ya podría haber disparado a Bradshaw diez veces distintas. Esta semana, mi dedo se ha quedado más de una vez sobre el gatillo con un tiro abierto. Pero sigo siendo paciente, esperando a que él y su nuevo francotirador sean una presa fácil.

Si Malum cree que voy a olvidar toda la mierda que me han hecho y ya está, es que son tontos del culo.

Los ejercicios de unión de Eren definitivamente funcionaron, porque no he sentido nada menos que traición durante este tiempo sin ellos.

Tener que verlos reír y llevarse bien con mi sustituto me ha estado carcomiendo por dentro. Ha habido momentos durante la guardia

nocturna en los que creo que Bradshaw me ve a través de la maleza. Me mira desde el bosque y se queda mudo mientras mi sustituto habla por los codos. Nunca responde. Solo escucha y mira hacia la oscuridad, buscando algo. Pienso que es a mí.

Esta segunda misión no es en el mismo lugar que la primera, pero seguimos en algún punto de las Montañas Rocosas, una hora más hacia el norte.

«Bradshaw parece no haber dormido», observo mientras asiento a la interminable cháchara de Ocho-Siete-Cuatro. Ya he encontrado el sitio por el que entrará y por donde se escabullirá a través del campo de entrenamiento para extraer a los rehenes. Odio darme cuenta, pero es así. No tiene buen aspecto. «Nunca parecía estar tan hecho polvo cuando yo era su segunda».

Dejo a un lado la parte de mí que se preocupa por él y pienso en cómo vengarme de él. Cierro los ojos.

—¿Sabes cómo romper a un hombre? Me refiero a romperlo de verdad.

Recuerdo las palabras de Jenkins con claridad. En ese entonces aún era nueva en las fuerzas oscuras, tenía dieciocho años.

Negué con la cabeza.

—No.

Jenkins guio mi mano a lo largo de su pecho y la puso sobre su corazón.

—Haces que confíe en ti, que te necesite, y entonces se lo quitas todo.

Me mostré escéptica.

—¿Cómo?

—Encuentra su punto débil, sea cual sea, y acaba con él. —El suave pelo rubio de Jenkins estaba liso por el sudor después de nuestra sesión de entrenamiento. Lo miré con anhelo. Era perfecto, siempre tan callado y sabio.

Mi corazón hueco se agitó, incómodo.

—¿Incluso si es una persona? Eso con lo que hay que acabar.

Los ojos verdes de Jenkins se oscurecieron y una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

—Sobre todo si es una persona. Quítale lo que más ama y lo romperás para siempre. No tienes corazón, Gallows. Por eso te tomo bajo mi protección. Nadie lo entiende como tú y yo.

Parpadeo para ahuyentar el recuerdo y vuelvo a centrarme en la mira. Jenkins me enseñó muchas cosas, pero nunca pude hacerle una pregunta. «¿Qué pasa si el hombre ya está roto? Entonces, ¿qué?».

Ya han acabado con la luz de Bradshaw. Se mueve como un fantasma, impasible y listo para la masacre. No siente nada cuando quita una vida. Estoy segura de que no pestañearía dos veces si tuviera que matarme.

Ocho-Siete-Cuatro mira por sus prismáticos y me murmura distancias. Preparo mi rifle para un simulacro de masacre. Sin embargo, hay un hombre del que tengo que encargarme antes que de Bradshaw. El francotirador que creen que puede sustituirme.

—Está ahí, en la cima este a las dos en punto —susurra Ocho-Siete-Cuatro, murmurándome las coordenadas. Encuentro al francotirador enseguida y sonrío. Es casi injusto para ellos. Ni siquiera mira en nuestra dirección. Su cobertura es casi indetectable, eso se lo reconozco.

—Ocho-Siete-Cuatro, puedo hacerme con el control del campo desde aquí. Vigílanos las espaldas para que no nos rajen el cuello. —Asiente y se gira para vigilar nuestro flanco. Bradshaw me enseñó esa lección y no la olvidaré pronto.

Respiro hondo y aprieto el gatillo. El polvo rojo estalla en el costado del tirador. Se revuelca de dolor y yo suelto una carcajada tan fuerte que sobresalta a mi compañero, pero no dice nada y se mantiene en su posición. Al menos puede obedecer las órdenes sin

rechistar.

Mi mira se desvía hacia el campo de abajo y localizo a Bradshaw enseguida. Se mueve como una pantera, con soltura y letal. Aún no ha tenido oportunidad de derribar a ninguno de mis compañeros. Me tomo unos segundos más de los necesarios, disfrutando de su ignorancia, de que no sabe lo que está a punto de darle. Ni siquiera sabe que es vulnerable sin su tirador vigilándole las espaldas.

—Que. Te. Jodan —digo despacio mientras aprieto el gatillo.

La bala le da justo en el centro del casco y su cabeza sale despedida hacia atrás por la intensidad del golpe.

Los demás se quedan paralizados. Ian y Jefferson se miran incrédulos mientras Harrison se lleva las manos a la boca, horrorizado. Los compañeros de Bradshaw observan la nube de pólvora roja que sale de su casco como si fuera lo peor que han visto en su vida.

Su preciado y letal soldado ha caído.

—¡Y una mierda! ¿Le has dado a Bones? —pregunta Ocho-Siete-Cuatro, incrédulo, mirando a través de los prismáticos.

—Sí, ¿debería darle al resto mientras están ahí parados como unos preciosos patitos? —murmuro, riéndome entre dientes. No responde antes de que mi siguiente bala vuele y le dé a Ian en el culo. Tengo que morderme el labio inferior para que no se me escape la risa. Vuelvo a disparar y le doy en el cuello. Desde aquí se oyen las débiles secuelas de su grito.

Los dos escuadrones parecen volver en sí e intentan retomar la misión. Vuelvo a apretar el gatillo. Pete cae al suelo como un pájaro abatido cuando le doy en los huevos y luego en el pecho.

Recargo.

A Harrison le doy en la cara. «Ups». Luego le doy a Jefferson justo en el centro de la columna vertebral cuando corre a cubrirse.

Dejo en paz a Eren, que se está partiendo de risa de su estúpido

escuadrón.

—¿Crees que me aceptarán ahora? —le pregunto a Ocho-Siete-Cuatro, y él me mira con las cejas alzadas y un respeto nuevo. ¿Por qué no puede ser así de fácil impresionar a los demás? Me mira como si fuera la mismísima muerte.

—Para empezar, no puedo creerme que no lo hicieran. —Traga saliva, vacilante. Puedo ver el miedo crecer en sus ojos mientras me estudia de cerca—. ¿A cuánta gente has matado, Bunny?

«¿Por qué todo el mundo me pregunta eso?». Sacudo la cabeza.

—No lo sé. A demasiada. —Jenkins me enseñó a no llevar la cuenta.

Se queda callado un rato.

—¿No te preocupa?

—No —respondo, insensible. Lo miro con ojos fríos y cansados.

Su rostro se llena de horror y entonces sé que aún es relativamente nuevo en los servicios secretos. Está en el lado oscuro de las fuerzas aéreas. No corta gargantas ni dispara a la gente a menudo. Tiene a su equipo de misiles esperando las coordenadas al otro lado de la radio.

—Mira, a fin de cuentas, son ellos o tú. Ellos o tus compañeros de escuadrón. Lo aprendí por las malas. Así que no dejes que seas tú o tu escuadrón —digo, seria, pensando en mis errores y en el precio que pagué por ellos. En la cálida sonrisa de Jenkins que me arrebataron y en el dolor que siento en el corazón desde entonces.

—Oh. —Se estremece. Tras un rato de silencio, murmura—: ¿Es cierto que el escuadrón Riøt usaba balas negras? —Es un rumor del que habla literalmente todo el mundo en las fuerzas oscuras. Si encuentran un cuerpo con una bala negra, están marcados como traidores. Si es que alguna vez los hallan, claro. Jenkins disfrutaba asegurándose de que nunca encontraran a algunos.

Dejo que mis ojos se posen de nuevo en el joven soldado.

—Sí. Es verdad.

Se pone blanco como una sábana y traga saliva.

Miro hacia atrás y veo que Bones sigue en el suelo. Me recorre una ráfaga de malicia al verlo así.

No me creo que no pueda aguantar el impacto de una puta bala de pólvora.

Una sonrisa cruel se dibuja en mis labios.

CAPÍTULO 20

NELL

HACE TRES AÑOS – LA BAHÍA NEGRA

Jenkins me mira desde donde está, a unos metros de mí. Pasea los ojos despacio por mi cara como si me estuviera memorizando. Lo hace antes de empezar cada misión, recorre los labios que besó con tanto fervor la noche anterior.

Le hago un leve gesto con la cabeza para que sepa que le cubro las espaldas. Siempre le cubro las espaldas. Me dedica una sonrisa solemne antes de volver a mirar a los hombres que mueven cajas por el muelle de la Bahía Negra. Está en algún punto al sur de Anchorage entre las reservas del parque nacional. No es un sitio oficial, pero está muy frecuentado por el mercado negro de armas.

Son soldados de las fuerzas oscuras a los que nos han enviado a eliminar por traidores. Riøt está disperso y tiene cada esquina del muelle vigilada. Nadie saldrá de aquí a menos que se lo permitamos.

No es lo habitual tener como objetivo a otros miembros de las fuerzas oscuras. Normalmente cazamos a los traidores del ejército normal, que son inmensamente más fáciles de eliminar porque no se dan cuenta de que existe un equipo como Riøt. ¿Otros equipos secretos? Saben que si están implicados en operaciones sucias,

tendrán que ir con cuidado con nosotros.

Por eso nuestro escuadrón está en una instalación distinta a la del resto de los escuadrones secretos, para que no nos relacionemos y no tengamos problemas para apretar el gatillo. Sin embargo, el general Nolan sabe que no tiene que preocuparse por nosotros. Jenkins y yo somos el equipo perfecto. No nos importa nada. Si aparece un nombre en una pantalla, eso es lo que es. Un nombre.

Obedecemos. Eliminamos.

Jenkins levanta la mano y nos da la señal para que nos acerquemos. Me muevo en silencio y me mantengo pisándole los talones a mi sargento, mirando en todas las direcciones en las que él no lo hace. Últimamente me cuesta más dominar mis pensamientos, sobre todo cuando estamos en una misión. Lo único en lo que parece que puedo concentrarme es en Jenkins. Sus pómulos marcados y los sueños que me susurra que tiene para nosotros. «Juntos. Siempre estaré a su lado». Me late el corazón con fuerza y me distraigo un segundo.

Solo ha sido un segundo.

Una ramita se rompe bajo mi pie y los soldados del objetivo levantan la cabeza al instante.

Se me cae el alma a los pies cuando levantan sus M16 y empiezan a dispararnos.

—¡Agachaos! —Jenkins me da la espalda y me empuja al suelo. Caigo de culo y acerco la mira a mis ojos en mi siguiente respiración.

Disparo a ambos hombres en el centro de la frente y caen como moscas. Algunos de los soldados que quedan intentan cargar el bote y alejarse, pero nuestro granadero lanza su proyectil e impacta de lleno en el barco. La explosión resplandece en medio de la noche y me quema las retinas.

Mi mirada se dirige hacia Jenkins. Le han herido en el hombro y respira con dificultad. Tiene el pelo rubio revuelto y me mira con

esos preciosos ojos oscuros.

Caigo de rodillas y tiemblo.

—Sargento… —Se me cierra la garganta—. Es culpa mía. —Intento quitarle la ropa para evaluar la herida, pero me aparta.

—Estoy bien, Gallows —dice en voz baja—. No pasa nada.

Sí que pasa. «No estaba centrada».

—Lo siento, Sargento. —Agacho la cabeza con culpabilidad, pero él me pone la mano en el hombro y me dedica una sonrisa sincera, una rareza en él. Hace que todo mi mundo se detenga.

—Me alegro de que no hayas sido tú. —Me roza la mejilla con el pulgar antes de ponerse en pie. Sigo su movimiento y recoge su M16.

El resto de Riøt nos espera en los muelles en llamas. Nuestras escurridizas figuras negras son inquietantes en medio del fuego.

Jenkins examina los cuerpos para asegurarse de que están muertos. Me hace arrodillarme a su lado para enseñarme a hacerlos desaparecer.

—Este solo era un soldado de infantería, así que no pasa nada por que lo encuentre quien venga a buscarlo. —Asiento con la cabeza e intento no pensar en el dolor que debe sentir Jenkins mientras habla tan tranquilo—. Por otro lado, este tipo tiene que desaparecer.

—¿Qué ha hecho? —pregunto mientras veo a Jenkins sacar su KA-BAR.

—Robó secretos a una banda terrorista y planeaba utilizarlos contra su propio país. Los escondió en la mercancía a bordo de su barco. —Jenkins señala con la cabeza el barco en llamas.

Ladeo la cabeza.

—¿Quién nos encuentra esta información?

Jenkins sonríe. Es una de sus sonrisas maliciosas, de esas que me dan escalofríos.

—Tenemos soplones por todas partes, Gallows. No confíes en

nadie.

Mis ojos se abren más.

—¿En nadie?

Me mira un momento antes de seguir cortándole la cara del hombre y arrojarla al agua.

—En nadie más que en mí, amor. —Empuja el cuerpo al agua y lo que sea que haya en esas mareas oscuras empieza a darse un festín con la carne. Se me revuelve el estómago y la bilis me sube a la garganta.

Jenkins se levanta y la sangre gotea de las yemas de sus dedos enguantados, salpicando de rojo el viejo muelle de madera. Miro al resto del escuadrón, que nos observan como estatuas en la orilla, esperando la siguiente orden.

—¿Tú confías en mí? —le pregunto a Jenkins.

Su cabeza se vuelve hacia mí. El fuego que hay detrás le ilumina con un halo anaranjado, magnificando todos sus bonitos rasgos. Sus ojos se suavizan y acorta la distancia que nos separa.

—No sé si alguna vez lo haré —confiesa con tristeza. Lleva una mano a mi barbilla y la mantiene inmóvil—. Eres una cosita peligrosa. Hermosa pero peligrosa.

Pienso en ello de camino a nuestra base y cuando dejo que Jenkins me folle en su tienda. Sus fuertes manos me agarran por las caderas y me hacen gemir, y su semen inunda mi interior.

Antes de dormirme, concluyo que él es el que es hermoso y peligroso. Es perverso. Quizá por eso me abraza con tanta seguridad mientras duerme con la cabeza sobre mi pecho. Estamos hechos el uno para el otro, moldeados por la propia oscuridad.

Sonrío, dejo caer mi cabeza sobre la suya y respiro su aroma a savia de pino.

«Mientras esté a su lado, le seguiré hasta la tumba».

CAPÍTULO 21

BRADSHAW

El cielo está gris y lleno de nubes. Me duele el cuello a rabiar y me pitan los oídos.

¿Me han dado?

¿Qué harás cuando nos indulten, Bones? La voz de Abrahm invade mi cabeza. A menudo hablaba de lo que quería hacer después de nuestra última misión, pero nunca le decía lo que quería hacer yo. Siempre le decía que no lo sabía. A veces, incluso me sentaba en silencio sin responder y dejando que la crueldad de mi presencia hablara por mí. Pero él sonreía de todos modos, distante y sin importarle mi falta de sensibilidad. Le gustaba mi silencio tanto como a mí me gustaba que no quisiera callarse.

Ojalá me hubiera abierto más a él. Ojalá no fuera tan imbécil.

Mis ojos se cierran y su sonrisa resurge en mi memoria. No recuerdo nada de su cara salvo esa maldita sonrisa.

Me pregunto cuál fue su último pensamiento.

—Bones.

No es su voz.

—Bones, eh… ¿Estás bien, colega? —¿Es Harrison?

Abro los ojos y veo seis figuras sobre mí. Los ojos de Eren están llenos de diversión. Harrison, Ian, Jefferson y Pete están cubiertos de polvo rojo. ¿También les han dado?

Maldita sea.

Mi vista se desplaza por último hacia la sexta figura que se cierne sobre mí.

Es ella. Tiene los ojos brillantes y la cara sucia. Lleva el pelo castaño oscuro recogido en una trenza suelta. Quiero pasarle el pulgar por el labio inferior y decirle que me duele el pecho cuando me mira con tanta ternura. Quiero decirle que las noches que he pasado a su lado han sido las únicas en las que he dormido en paz en todos estos putos años.

Quiero decirle que la he echado de menos, joder.

Entonces aparece en sus labios la misma sonrisa irónica que tenía Abrahm.

Mis ojos se abren de par en par y me incorporo de golpe ante el dolor que me atraviesa el pecho. Todos dejan de hablar y me miran como si hubiera perdido la cabeza. Le devuelvo la mirada, vacilante, y veo que la sonrisa ha desaparecido.

¿Por qué me recuerda tanto a él? Me da rabia. Ella nunca podría ocupar su lugar y, de algún modo, hay suficiente diferencia como para que eso me tranquilice. ¿Qué ve cuando me mira? ¿Algo roto, una máquina de matar, alguien que solo sabe cómo herir a los demás?

Algo que hay que guardar bajo llave… Necesito saberlo. ¿Qué hay detrás de esos ojos tan atractivos?

El cansancio tira de mis pensamientos y dejo que mis ojos se cierren una vez más, relajando los músculos y dejándome caer en la tierra otra vez.

—Mierda. Llamad a un médico, creo que está teniendo un episodio —dice Eren, cortante, y algunos de mis compañeros corren a buscar al médico.

—Estoy bien —digo con la voz entrecortada. Aunque hay algo que no me cuadra. Me paso la mano por un lado de la cabeza, me

desabrocho el casco y lo dejo caer al suelo a mi lado. Está completamente rojo. Dios, me ha dado pero bien.

—Quédate con él. Voy a llamar al helicóptero por si acaso —ordena Eren, y sus pasos se alejan con rapidez.

—No hace falta —digo, pero nadie responde. Suelto un largo suspiro.

Unos dedos me peinan con delicadeza. El consuelo que me produce me relaja los hombros. «Bunny».

—No aguantas ni un golpe, ¿eh? —Se ríe en voz baja. No es un alarde, hay algo de tristeza en su voz. Lástima, tal vez. No la creía capaz de eso.

Abro los ojos lo suficiente como para mirarla. Está sentada a mi lado, tan cerca que noto su aroma floral. Me pregunto si sabe que huele a flores, aunque esté sangrando y cubierta de barro. *A flores*. Como un campo de pétalos silvestres que bailan al viento. Quiero quedarme sentado con ella mucho tiempo. Todo el tiempo que pueda.

Abro la boca ante su comentario, pero estoy demasiado cansado como para pelearme con ella. Sigue pasándome los dedos por el pelo despacio mientras la miro con desconfianza.

¿Por qué está siendo amable conmigo? La corté… Marqué su precioso cuerpo.

Lo único que hago es romper cosas. Pero por mucho que la presione, no se viene abajo. Tal vez las cosas que ya están rotas no pueden romperse más. Tiene que haber un punto donde no haya nada peor, ¿no?

Me da un pequeño y suave golpecito con el dorso de la mano.

—Parece que soy la única que puede ser tu segunda, Bones.

Suelto una risita malhumorada.

—Supongo que ya no tengo nada que decir al respecto —respondo con más suavidad de la que pretendía. En lugar de pelearse

conmigo, me apoya la palma de la mano en la mejilla y su calor me resulta tentador. Dejo que mi sien se apoye en ella y me lleva la cabeza a su regazo.

En mi cabeza hay mucho ruido; dejo que me consuele. Por primera vez, no me importa que los demás me vean débil. Solo quiero que ella me abrace y siga apartándome el pelo de la cara. Me trae recuerdos muy lejanos de cuando era niño, cuando, por un breve instante bajo el sol, me querían.

Ahora mismo, no soy un perro de guerra de las fuerzas oscuras que corta gargantas, y ella no es la soldado sin corazón que vuela sesos sin pestañear. En lugar de eso, somos dos criaturas heridas que damos vueltas la una alrededor de la otra en nuestra jaula, curiosas por lo que ocurrirá si cedemos y chocamos.

Al menos la máscara me cubre la mandíbula apretada y la angustia que tira de mi ceño fruncido. De verdad que es una criatura hermosa y peligrosa, tal y como Jenkins dijo que era, una advertencia que nos hizo cuando él mismo acababa de conseguirla. Eren trabajaba con él a menudo, pero solo recuerdo lo mucho que hablaba de su nueva recluta. No tenía ni idea de que estaba a la altura de sus palabras.

Una Riøt en mi escuadrón, nunca pensé que vería este día.

Y, por primera vez desde que perdí a Abrahm, siento que un miedo inconfundible entra en mi alma. No puedo dejar que muera como lo hizo él.

No sobreviviré.

CAPÍTULO 22

NELL

No es tan fácil odiarlo cuando tiene los ojos cerrados. No cuando se permite recibir un poco de consuelo. Me resulta extraño que me atraigan tanto las cosas heridas, las criaturas indefensas que sé que aún pueden darse la vuelta y morderme. Bradshaw sabe cuidar de sí mismo, es la imagen de una mente y un cuerpo impenetrables, pero basta un golpe en un simulacro para que se convierta en la cáscara de un hombre.

¿Es su orgullo? O tal vez solo está cansado de todo.

Miro a los demás mientras se apresuran a traer personal médico. No está herido físicamente, pero algo va mal. Apenas puede mantener los ojos abiertos y, en su vulnerabilidad, busca mi consuelo. Se me parte el alma. Le aparto con cuidado el pelo de la cara.

—¿Qué harás en el otro lado? Ya sabes, cuando te indulten —pregunto, intentando mantenerlo despierto el mayor tiempo posible. Abre los ojos lo suficiente como para mirarme; hay una oscura calma en ellos que me produce un escalofrío.

—Moriré antes de que me indulten, Bun. No puedo volver a la normalidad, igual que tú tampoco. —Tiene la voz ronca y la determinación en su mirada parece inamovible.

Arrugo las cejas.

—No antes que yo. Te cubro las espaldas. ¿Lo has olvidado? Si te pones en peligro, tendrás que verme morir a mí primero.

—Eres una puta pesada —se queja, con el ceño fruncido. Su suspiro derrotado me deja inmóvil. Es la primera vez que lo veo completamente superado.

«¿Cómo es el dicho? Nunca conozcas a tus héroes».

Para ser más exactos, yo no diría que es mi héroe, pero sí que era un soldado al que admiraba. Muchos de nosotros lo hacíamos. Era indestructible. Pero ahora que estoy lo bastante cerca como para ver sus debilidades, me queda claro que es humano y no un demonio que han enviado desde el inframundo. Es de carne y hueso. Tiene traumas tan graves y dolorosos como los de los compañeros caídos que nos precedieron.

Ian se queda a tres metros, echándonos miradas furtivas. Parece demasiado embelesado como para contenerse. Seguramente es la primera vez que ve este lado sensible de Bones. Hace que me pregunte si Abrahm alguna vez tuvo la oportunidad de ver este lado suyo.

La voz de Eren se eleva y grita órdenes tanto al escuadrón enemigo como a Malum antes de mirarme a los ojos. El asombro se dibuja en su rostro al vernos. Retiro la mano de la mejilla de Bradshaw enseguida, preocupada por estar mostrando demasiado afecto en el campo de batalla, pero la mano de Bradshaw sale disparada a toda velocidad, me agarra de la muñeca y vuelve a colocar mi palma contra su cara.

—No te vayas —murmura. Ojalá pudiera quitarle la mascarilla y dejarle respirar más cómodo.

—Todo el mundo puede vernos —susurro.

—Me da igual.

Su claro rechazo hacia mí ha disminuido y yo me encuentro con el mismo cambio en mi interior. Nos quedamos juntos mientras

esperamos al helicóptero e incluso en el viaje de vuelta a la base. Es reacio a alejarse mucho de mí.

Mi piel se eriza bajo la dura mirada de Eren. Odia que Bradshaw se aferre a mí, pero eso no explica la mirada de odio que hay en sus ojos. Intento concentrarme en mantener la cabeza de Bradshaw cómoda sobre mi regazo, pero sé que Eren no aparta la mirada ni un segundo.



Se han llevado a Bradshaw a la enfermería hace unas horas y aún no ha salido. Me siento en el suelo del pasillo, intranquila, sin saber por qué me cuesta tanto marcharme. Decido que esperaré a saber cómo está antes de volver a mi habitación.

Hay una fila de sillas, pero las baldosas me refrescan la parte posterior de las piernas, así que apoyo la cabeza contra la pared mientras pienso en lo que puede pasar después de la misión de hoy. Es la segunda vez que demuestro mi valía. Dudo que alguien vuelva a intentar interponerse en mi camino.

Me rodeo las rodillas con los brazos y dejo que mi cabeza descanse sobre uno de mis hombros. Toda la parte delantera de mi ropa táctica está llena de suciedad y polvo rojo por haber sujetado a Bradshaw.

—Hola.

Alzo la vista sin levantar la barbilla de la chaqueta. Jefferson levanta la mano en un débil intento de mostrar amabilidad. Aprieto los labios y enarco una ceja en señal de pregunta. Es el más alto de los dos, pero desde donde estoy sentada en el suelo parece aún más grande. Se agacha a mi lado y deja que su espalda choque contra la pared con un golpecito suave.

Giro la cabeza hacia él y espero a que diga algo, porque es un

poco raro que esté aquí. Han sido unos idiotas todo este tiempo, ¿y ahora quiere que seamos amigos? Jefferson tiene el pelo castaño claro húmedo y viste con ropa informal. Supongo que el resto del escuadrón se fue directo a las duchas cuando llegamos.

—Tengo que admitir que ha sido el simulacro de misión de reconocimiento más corto en el que he estado. —Su voz es genuina, lo que despierta un poco más mi interés. Se frota la nuca—. Ni siquiera dudaste a la hora de eliminarnos. Me preocupaba no ser capaz de apretar el gatillo si me topaba contigo.

Mi cabeza vuelve a mi hombro.

—¿Eso es lo que os asusta? ¿Que una Riøt pueda cambiar de bando con esa facilidad? —Sus ojos se apagan y frunce el ceño—. El francotirador sustituto era fácil de eliminar. Estaría muerto en un santiamén contra alguien como yo. La zona que había elegido para camuflarse no era buena y ni siquiera intentaba buscarme. Estaríais todos muertos si esto hubiera sido una misión de verdad. —Mis hombros se tensan al pensar que mis palabras pueden parecer una amenaza. Que les den. Se merecían lo que les ha pasado, por las novatadas. Pero veo una sonrisa de suficiencia reflejada en los suaves ojos marrones de Jefferson cuando lo miro.

—Sí, eso es quedarse corto, Bunny. Das puto miedo.

Una sonrisa extraña se dibuja en mis labios, nacida del sentimiento de pertenencia y de que por fin me aceptan.

—No me gustaría estar en el bando en el que tú no estés —comenta en voz baja y con un atisbo de risa.

—Entonces, ¿habéis terminado con eso de ser unos imbéciles?

Jefferson entrecierra los ojos, divertido.

—Mmm. Es probable que no. —Nos reímos a carcajadas y un minuto después se abre la puerta de la enfermería.

Los ojos de Eren nos encuentran enseguida. Sigue cubierto de tierra igual que yo y parece completamente agotado. Nos mira

fijamente durante un rato antes de decidirse a hablar con nosotros.

—Jefferson, ¿qué te trae por aquí? —pregunta. Me parece obvio por qué está aquí, igual que yo: para ver si Bradshaw está bien.

—Pensé en pasar a ver cómo estabais vosotros dos —murmura Jefferson, levantando un hombro—. Bueno, supongo que tres. —Me lanza una sonrisa de disculpa por haberse olvidado de mí.

Los ojos del sargento están vacíos, pero asiente con la cabeza.

—Puedes volver a los barracones, Jobs. Bunny y yo también volveremos a los nuestros. —Comparto una mirada curiosa con Jefferson. ¿Habrán discutido o algo? Eren parece muy despectivo con él ahora mismo.

Veo a Jefferson alejarse por el pasillo de vuelta a los barracones.

—Vamos —dice Eren en voz baja.

Dedico una mirada a las puertas de la enfermería.

—Pero ¿qué pasa con Bones? ¿Está bien? —bajo la voz al decir esto último. No debería preocuparme tanto por su estado, pero lo hago. Algo no iba bien.

Eren deja de caminar y me mira por encima del hombro. Está serio y tiene los ojos inyectados en sangre. La felicidad que suele mostrar al mundo ha desaparecido. Me pregunto si alguna vez existió de verdad.

—¿Pasa algo? —pregunto, insistente. Algo ha cambiado desde que llegamos. Puedo notarlo incluso en su postura.

Suelta un suspiro y sonríe, pero me doy cuenta de que es forzado.

—No. Claro que no. Vamos, Bunny, podemos hablar más en nuestra habitación. —Eren reanuda su paso firme y yo le sigo, pensando en silencio en cien cosas distintas que podrían ir mal. Entonces se me ocurre algo. Eren me miró horrorizado cuando me vio antes con Bradshaw apoyado en mis piernas. ¿Por qué? ¿Por eso está así de raro?

Me contengo hasta que entramos en la oscura habitación de

cemento con las dos camas individuales. Me llevo las manos a la espalda y espero a que Eren se ponga al lado de la cama y empiece a bajarse la cremallera del chaleco antibalas.

Él es el primero en hablar.

—Me pareció ver debilidad en mi hermano cuando fue compañero de Abrahm. —Desplaza sus ojos hacia los míos y su mano se detiene en el final de su chaleco—. Pero hoy he visto en él una vulnerabilidad pura. —Sacude la cabeza y se lleva la palma de la mano al ojo, quizá para aplacar el dolor de cabeza.

Me siento en el borde de la cama, frente a él.

—¿Hay algún problema con que sea humano? —pregunto impasible. Esta faceta de Eren es repugnante. Lo que dice en sí no es tan horrible, pero el tono detrás de ello y la forma en que está actuando me dice lo contrario.

Eren se burla y me fulmina con la mirada. Es mucho más siniestro de lo que debería. Se me eriza el vello de la nuca.

—Sí. Es el único que no tiene el lujo de ser humano. Es una máquina de matar sin corazón que necesitamos en esta próxima misión. Tienes que concentrarte en tu posición en el escuadrón, Bunny. No más tonterías. ¿Entendido? —Eren está usando su voz de sargento y sus ojos hostiles transmiten lo mismo.

Frunzo el ceño y asiento, vacilante. Definitivamente, hay algo que no va bien.

—Dilo —me ordena.

—Sí, Sargento.

CAPÍTULO 23

NELL

Pasa una semana entera de simulacros aburridos y sesiones informativas antes de que vuelva a ver a Bradshaw. Eren le dijo al escuadrón que Bones estaba haciendo un entrenamiento especial por su cuenta para preparar nuestra partida, pero el equipo parecía tener una idea diferente de lo que en realidad estaba haciendo.

Durante uno de los simulacros a las cinco de la mañana en la base, oí a Pete susurrarle a Ian que era raro que la segunda de Bones no estuviera en ese «entrenamiento especial» con él. Pensé en ello durante el resto del día. Un sentimiento extraño se apoderó de mi pecho. «¿Eren nos está manteniendo separados a propósito?».

Desde entonces, Eren también ha estado diferente. Frío y distante, como si hubiera apagado un interruptor dentro de él.

Hay humedad y poco ruido en la sala de reuniones, a excepción de la voz de Eren. Saldremos mañana a las cinco de la mañana para la misión para la que nos hemos estado preparando. Hago rebotar una pierna por la ansiedad mientras Eren proyecta en la pizarra un mapa de la zona de descenso y el lugar hacia el que vamos a ir primero. El proyector hace ruiditos, y Harrison da golpecitos con el lápiz contra la mesa, nervioso.

Antes de que Eren pueda hablar de los detalles, la puerta se abre con un chirrido y todos levantamos la cabeza cuando Bradshaw

entra en la sala. Harrison deja de dar golpecitos con el lápiz e Ian tensa la mandíbula.

Observo a Bradshaw. Está diferente: sus hombros están más caídos y tiene la mirada apagada. No se molesta en mirar a nadie mientras toma asiento a mi lado. Su fresco aroma a pino despierta mis sentidos y su respiración entrecortada resuena en mis oídos. Su sola presencia es suficiente para encender un fuego en mi corazón y necesito toda mi fuerza de voluntad para no mirarle.

Los ojos de Eren se posan en mí un segundo y, cuando está seguro de que seguiré sus órdenes de no prestar atención a Bradshaw, continúa con los detalles de la misión.

—Vamos a ir al Labrador, Malum. Esta es una misión de nivel negro, y por eso no he compartido ningún detalle hasta la noche anterior a la salida. No podemos arriesgarnos a que haya filtraciones de información ni ningún obstáculo en esta misión.

¿Nivel negro? Mierda. La otra pierna me empieza a rebotar también. Nunca he estado en nada más alto que un nivel rojo, que está cuatro niveles más bajo que el negro. El único escuadrón que salió con vida de una fue el escuadrón Varsovia, hace más de una década.

Bradshaw me pone la mano en la rodilla para que deje de hacerla rebotar. Me paralizo ante su contacto. Es discreto, pero el corazón me da un vuelco.

—No hay manera fácil de decir esto, así que lo diré: Hades se ha visto comprometido. —¿Comprometido? Se me seca la garganta. Otro escuadrón de las fuerzas oscuras que ha sido blanco de esta operación desconocida—. Llevan seis meses desaparecidos en combate y hemos conseguido localizar al grupo que está detrás de los atentados contra los escuadrones de las fuerzas oscuras. Nuestro servicio de inteligencia nos dice que se hacen llamar Fantasmas. — Los ojos de Eren permanecen inexpresivos mientras comparte la

impactante información.

Jefferson da una palmada en la mesa.

—¿A qué te refieres con que Hades está desaparecido en combate? ¿Por qué no nos avisaron? —Se levanta y vuelca su taza de café. Pete maldice en voz baja.

—No puede ser —murmura Harrison, más para sí mismo que para el sargento.

—Lo han confirmado. No avisamos a nadie porque no estamos en posición de tomar las decisiones. Estamos en el punto de mira como uno de los últimos escuadrones de mayor rango y el general Nolan en persona me ordenó que mantuviera a mi equipo en la ignorancia hasta que llegara el momento. ¿Algún otro berrinche? ¿O puedo volver a los detalles de la misión ya? —Eren mira a Jefferson con frialdad.

Jefferson suelta un suspiro antes de volver a su asiento y cruzarse de brazos.

Hades. Son temerarios, sí, pero pueden causar más estragos que cualquier otro equipo. ¿Todo el pelotón ha desaparecido? ¿Qué ha podido pasar? Mi mente vuelve a la Patagonia. ¿También les tendieron una emboscada? ¿Quién coño nos está cazando? ¿Y por qué?

—Jobs, Badger. Vosotros dos vais a ser los primeros en entrar en el terreno. Preveo una emboscada, así que tendremos que ir con todo. Que la entrada sea lo más potente posible para llamar la atención. —Jefferson y Pete asienten con expresiones firmes—. Wasp, tú les pisarás los talones, pero no lances granadas a menos que te den la señal, ¿entendido? —Harrison gruñe y asiente con la cabeza.

He estado en muchas misiones, pero ninguna tan seria como esta. La confianza entre nosotros tiene que ser tangible. Estamos confiando los unos en los otros, tenemos literalmente la vida del resto en nuestras manos. Un descuido y… a tomar por culo.

—Colt, tú te quedarás con Bunny y Bones. Vosotros tres permaneceréis alejados de la línea de fuego y les cubriréis las espaldas a vuestros compañeros de escuadrón. —Ian me mira y reconozco un destello de incertidumbre cuando lo veo. No está seguro de poder confiar en mí tanto como en sus otros compañeros. Es lógico. Llevo aquí unos dos meses y ellos, más de cinco años.

Eren mueve el puntero más allá del campo que aparece en el mapa y se dirige hacia una zona de mucho bosque.

—Tendremos que movernos por el bosque y dirigirnos al primer búnker, que está aquí. —Con un rotulador rojo señala una roca en algún punto del bosque. Hago todo lo posible por memorizar las coordenadas de este antes de que pase a las siguientes—. El resto de los búnkeres estarán en las rutas marcadas en vuestro GPS. Las ubicaciones no aparecerán hasta que pisemos el suelo.

Se escucha un incómodo ruido de arrastrar de pies. Vamos a meternos en esto casi completamente a ciegas. ¿Por qué?

Eren pasa a la siguiente diapositiva. Esta imagen está más alejada que el resto y muestra lo aislada que está la zona.

—La operación del Labrador está muy poco vigilada y es peligrosa. No habrá refuerzos. Nosotros somos los refuerzos. Quiero que mantengáis la cabeza fría en cualquier tipo de situación que os podáis encontrar. Nuestro objetivo es encontrar al cabrón que dirige estos ataques, eliminarlo y esperar encontrar totalmente ileso al escuadrón Hades. Buscamos invadir su base y extraer posibles soldados heridos. Si seguimos con cuidado la ubicación del mapa y nos ceñimos al plan, debería ser una operación de entrada y salida. Silenciosa, rápida y sin piedad. ¿Todo claro?

—Sí, Sargento —decimos al unísono. Sin embargo, la cabeza me da vueltas.

Desconecto cuando Eren empieza a entrar en detalles con el equipo de asalto sobre su participación en el aterrizaje inicial. Paso a

concentrarme en Bradshaw, que está sentado y quieto a mi lado en un silencio absoluto.

—¿Dónde has estado? —pregunto como si nada, con los brazos cruzados igual que él.

Inclina la cabeza y el cansancio pesa sobre sus hombros. Como no contesta enseguida, lo miro. Me recorre un torbellino de emociones mientras contemplo su expresión vacía.

—No es de tu incumbencia, Bun —susurra.

«He echado muchísimo de menos que me llame así, joder».

Aprieto los dientes y enrosco los dedos en la manga de la chaqueta. ¿Qué le ha pasado?

Eren avanza por la línea de nuestro escuadrón hasta que echa a todos menos a Bradshaw y a mí. El ambiente está tenso, hay una conversación sin palabras entre ellos dos.

—Bunny, serás la doble de Bones en esta misión —dice Eren en voz baja y áspera. Le miro con cara de sorpresa. Su expresión vacila un momento, revelando su descontento con la decisión, que espero que haya estado fuera de su control.

Bradshaw se inclina hacia delante y, por la forma en que ha fruncido el ceño, supongo que esto también es nuevo para él.

—¿Cómo que mi doble? Se supone que tiene que guardarme las espaldas desde lejos —le suelta a su hermano.

Eren acerca una silla y se sienta en ella al revés, con los brazos extendidos sobre el respaldo.

—Bunny se vestirá exactamente igual que tú y se le proporcionará una máscara y un casco a juego. Os moveréis juntos en todo momento y seguiréis las órdenes sin rechistar. ¿Entendido? —Eren no rompe el contacto visual conmigo ni una sola vez.

Miro con preocupación a Bradshaw y él me devuelve la misma cara de incertidumbre, pero la confianza que tiene en su hermano es fuerte. Asiente con la cabeza, aunque sus ojos le traicionan.

Me aclaro la garganta.

—Pero es muy evidente que tenemos una complexión diferente… —Me interrumpo porque todavía estoy intentando procesar esto y entender qué pretenden con ello—. Sargento, perdona que te lo diga, pero yo soy especialista en disparos a larga distancia. ¿Qué sentido tiene enviar a Bones si no puedo mantener la zona despejada y al escuadrón a salvo?

Empiezo a ponerme nerviosa. «Algo va muy mal». Pero mi corazonada de que me hacía falta el combate cuerpo a cuerpo era correcta.

—Sí, y desgraciadamente eso da igual —responde, con los ojos entrecerrados—. Mientras el enemigo dude sobre cuál de los dos es el verdadero Bones, eso debería daros tiempo para matar a los soldados enemigos.

Bradshaw se levanta con una fuerza que empuja su silla hacia atrás y la hace chirriar contra las baldosas. Mira fijamente a Eren con la furia ardiendo en sus ojos de hielo.

—Que Ian ocupe su lugar. Tiene la misma constitución que yo —dice, firme.

—Me temo que no está en mis manos —murmura Eren, negando con la cabeza tras apartar la mirada.

Pongo la mano en el antebrazo de Bradshaw cuando intenta agarrar a su hermano por el cuello. Nuestras miradas se cruzan y en sus ojos se reflejan distintas emociones, pero no puedo adivinarlas. Vuelvo a mirar a Eren.

—¿Qué está pasando en realidad? Algo cambió la noche que volvimos de las últimas maniobras. Dímelo. No puedes pretender no decirnos nada y esperar que este plan funcione.

Eren suelta un suspiro, la tensión es evidente en sus rasgos mientras deja caer la barbilla sobre los brazos.

—Maldita sea —suelta. Bradshaw aprieta los dientes, pero deja

que sus hombros se relajen. Los ojos de Eren están apagados—. ¿Por dónde empiezo…? Lo primero que sospechamos fue que habían disparado a Abrahm para matarlo a él, pero la bala con la que le dispararon era diferente a todas las de la redada. Era una bala que iba dirigida a Bones. —Aprieta los puños con furia y le lanza a su hermano una mirada llena de remordimiento.

—¿Qué tipo de bala? —pregunto, frunciendo el ceño.

«Una negra».

Eren se queda mirándome un segundo antes de responder:

—Una negra.

Me tenso. Busco en sus ojos lo mismo que él en los míos. Una bala negra. Todo el mundo sabe que solo Riøt usaba balas negras. Se me revuelve el estómago por la mirada desgarradora que me dirige.

La mirada de Bradshaw está clavada en la puerta en vez de en nosotros. No se mueve. No estoy segura de que pueda soportar esta conversación. Le agarro con fuerza de la muñeca y atraigo su mirada. El dolor que hay en sus ojos es como un puñetazo en las tripas.

Eren mira fijamente el lugar donde mi mano conecta con Bradshaw.

—Luego, lo atacaron una segunda vez —murmura—, cuando envenenaron a Bones en el campo de entrenamiento. Creemos que ocurrió en algún momento después de que le dieras y todo el mundo se agolpara a su alrededor. Encontraron la marca de una inyección en el brazo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Qué?

Eren asiente, serio, evitando mi mirada.

Miro a Bradshaw y sus ojos vuelven a clavarse en la puerta, con la boca fruncida por la furia.

«¿Creen que he sido yo?».

—¿Por eso has estado fuera una semana? —Mi voz vacila.

El brazo de Bradshaw se flexiona y me lo tomo como respuesta suficiente.

—Sí —murmura Eren—. Y guardarás el secreto. Solo te lo cuento porque he analizado tu historial personalmente y nunca has traicionado a tu escuadrón. Así que por ahora estás a salvo y serás su doble hasta que averigüemos quién es el topo. No me cabe duda de que habrá soldados intentando matar a Bones. —Sus ojos se ciernen sobre mí con desconfianza, pero debe de tener un poco de fe en mí.

Se me revuelve el estómago.

—¿Hay un topo? ¿En nuestro escuadrón? —Estoy a punto de preguntar por qué, pero es obvio. Bones es el soldado más peligroso que tenemos. Quienquiera que vayamos a matar tiene que ser poderoso para poder mover hilos a este nivel. Que incluso sepan que existen las fuerzas oscuras es impresionante. Se me cae el alma a los pies con solo pensar que uno de nuestros compañeros podría ser un traidor.

Eren vuelve a asentir. Alterno la mirada del uno al otro.

—¿Cómo sabes que alguien más no se acercó lo suficiente? ¿Y el equipo médico? —Intento buscarle una alternativa, porque Eren se equivoca. Malum no haría eso.

—Estuve a su lado todo el tiempo y encontré la jeringuilla tirada en un arbusto cerca del helicóptero. ¿Crees que haría esta acusación sin estar seguro? —La voz de Eren es mordaz.

—Precisamente por eso hay que tomar precauciones. —La voz de Bradshaw me sobresalta. Se le oye dolido y tenso. Se señala la máscara y veo tristeza en sus ojos. Aunque no sepa quién de sus compañeros le ha hecho esto, ha perdido la fe en todos ellos… y al saber lo de la bala negra, creo que incluso ha perdido la fe en mí.

—Pero ¿no sabrá el enemigo que yo soy su doble si el topo está en

contacto con ellos? —pregunto, lidiando aún con el hecho de que uno de nuestros compañeros esté intentando matar a Bradshaw.

—Por eso nadie más sabe nada del plan. No lo sabrán hasta que sus botas ya estén sobre el terreno y yo monitorizaré todas las comunicaciones personalmente. Sospecho que quienquiera que sea estará tan desconcertado que vacilará cuando se dé cuenta de que Bunny también está enmascarada y pegada a Bones, en lugar de lejos.

—¿Qué le impide matarnos a los dos? —pregunto.

Los ojos de Eren se desvían hacia los de Bradshaw y comparten otra conversación silenciosa.

—¿Qué? —insisto.

Bradshaw me mira, pero es Eren quien habla.

—Ese resultado es posible, pero improbable. —No parece muy convencido, pero no se me ocurre ninguna razón por la que pudiera mentirme.

—¿Así que te juegas la vida de los dos?

Eren me mira con los ojos entrecerrados.

—No contestes a tu sargento, Nell. ¿Crees que pondría a mi propio hermano en peligro?

Niego con la cabeza. «No lo haría, eso lo sé».

—¿Qué haremos con el topo cuando se descubra su tapadera? —La malicia se entrelaza con mi tono.

La voz de Jenkins recorre mis venas con suavidad y un recuerdo desagradable aflora en mi mente:

—Se puede acabar con los traidores de dos maneras. En prisión, cincuenta años después del crimen, o cuando deciden traicionar a sus compañeros.

Recuerdo la forma en que clavó su cuchillo en el pecho de nuestro compañero. En el de uno que conocíamos desde hacía años, y Jenkins dejó que su cuerpo rodara por un acantilado sin vacilar.

Nunca recuperaron su cadáver. Fue declarado desaparecido en combate, como la mayoría de los objetivos de Riøt.

—¿Aunque no sea una orden? —pregunté.

Jenkins sonrió con crueldad.

—Sobre todo si no es una orden. No dejes que mueran cincuenta años después de haber vivido su vida.

Su voz vacía aún me persigue desde aquel frío día. También me atormenta cada vez que veo la luz abandonar los ojos de los traidores. No sabía lo que hacían, ni por qué los mataba. Las órdenes eran órdenes.

Excepto cuando no lo eran, entonces solo era Jenkins.

Bradshaw se da golpecitos en el brazo, incómodo.

Eren tuerce el gesto ante mi pregunta.

—Arrestarlo, por supuesto. No se hará nada sin que yo lo ordene. ¿Está claro, Bunny? —Hay un destello de desconfianza en su mirada, pero me limito a asentir.

—Claro, pero… ¿si se diera el caso? —El significado de mi pregunta persiste en el aire entre nosotros. Soy firme en mis costumbres, Jenkins se aseguró de que así fuera.

Eren me dirige una mirada glacial.

—No me imagino una situación en la que eso pudiera pasar. —Le sostengo la mirada un segundo antes de mirarme las manos y asentir con un gesto brusco.

«Yo puedo imaginarme muchas».

—Muy bien, podéis marcharos. Veré vuestros culos en el avión a las cinco de la mañana. —Eren se levanta y se va sin decir nada más.

Bradshaw no se mueve, así que yo tampoco. Supongo que ahora soy su sombra. Un chaleco antibalas viviente, como Abrahm. De alguna manera, eso no me asusta. Doy la bienvenida a la muerte

noble, pero la curiosidad y la venganza también corren por mis venas.

Quiero saber qué monstruo pudo hacer esto a sus compañeros más cercanos. Quiero saber quién va tras nosotros.

—¿Fuiste tú?

Siento que me flaquean los hombros. Miro a Bradshaw. Tiene una mirada firme, busca la verdad.

—¿Fue tu bala? —Aparta la vista, como si no pudiera soportar mirarme.

Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer. He reproducido en mi cabeza aquellas escenas un millón de veces, una y otra vez, hasta que mi mente quedó en carne viva.

Miro fijamente a Bradshaw durante unos segundos. Me devuelve la mirada, sus ojos me estudian detenidamente, intentando leer todo lo que no digo.

—Joder. Lo siento —se disculpa Bradshaw antes de que pueda responder. Me da un pequeño empujón al salir por la puerta, dejándome sola en la sala de guerra con unos pensamientos oscuros.

Al parecer, los topos nunca recuerdan que las serpientes también se esconden en los nidos de los pájaros.

CAPÍTULO 24

BRADSHAW

Se suponía que ella no tenía que enterarse de lo del veneno. «Mierda». Doy un puñetazo contra los azulejos de la ducha y disfruto de la punzada de dolor que me recorre el puño.

¿En qué piensa Eren? Sabe que no puedo dejar que sea mi doble; no puedo dejar que nadie más muera como Abrahm. Es culpa mía. Estaban intentado darme a mí, no a él. Me trago la bilis que me sube por la garganta y tengo que parpadear unas cuantas veces para no ver las manchas de sangre en mis manos.

«¿Fue ella la soldado Riøt que disparó?». Se me hiela la sangre y sacudo la cabeza. No. Podría haber sido cualquiera de ellos.

Encuentro a Eren en su habitación y, por suerte, Bunny aún no ha vuelto. Me mira exasperado antes de cerrar su libro.

—¿Qué?

Me pesan los pies, pero camino hasta el borde de la cama de Bunny y me siento en el final.

—No creo que esto sea una buena idea… ¿Por qué no me has dicho antes lo que pretendías? —Intento concederle el beneficio de la duda, tal vez el general le haya dado las órdenes esta misma mañana.

Sus ojos azul oscuro, pensativos, se detienen en los míos durante unos segundos antes de volver a su libro como si nada.

—Esta es la única forma que tengo de mantenerte a salvo. Quédate a su lado y estarás bien, ¿vale? —Lo conozco demasiado bien. Me está ocultando algo.

Sacudo la cabeza.

—No quiero que nadie más muera por mi culpa. No quiero seguir haciendo esto, Eren. No es una mala persona.

El plan era que ella fuera la francotiradora. Que estuviera lejos del camino. No atada a mi lado como un cerdo esperando a ser sacrificado.

Mi hermano me mira fijamente.

Se levanta al cabo de unos segundos, camina hasta mi lado y me pone la palma de la mano en el hombro.

—Te lo conté todo en la enfermería. Ella es tu seguro, Bradshaw. —Me estremezco ante su tono. Levanto los ojos hacia los de Eren. Los suyos son suplicantes—. Sin ella… no puedo mantenerte a salvo. ¿Me entiendes?

Tengo la mandíbula tensa, pero confío en él. Con mi vida. Con la de ella.

—¿Está a salvo? —le presiono.

—Todos lo estamos —responde Eren con confianza.

Echo un vistazo a la única bolsa que tiene Bunny en el suelo. Sigo notando un escozor por la preocupación en la nuca.

—¿Y estás seguro de que se puede confiar en ella? —pregunto, y odio hacerlo, pero no confío en ella del todo. No como lo hacía con Abrahm. Y esta obsesión que tengo con ella no me hace más sabio.

Eren recorre mis facciones antes de responder.

—Para ser sincero, no. Su historial es espantoso y preocupante. Es extraño que, milagrosamente, fuera la única superviviente del fracaso que hubo en la misión de hace dos años. Sin embargo, parece que te llevas con ella a las mil maravillas.

Aprieto los dientes.

—¿Entonces por qué estás tan seguro de que los Fantasmas no la eliminarán? ¿Qué te hace pensar que me protegerá?

Me dedica una sonrisa oscura y calculadora.

—Mantén a tus enemigos cerca.

Veo la lógica, pero el tormento me ahoga. Ella no nos haría daño a ninguno de nosotros. Ya habría hecho algo si esa fuera su intención, ¿no?

—¿Es por eso por lo que la tenías tan cerca, aquí cómoda en tu habitación?

—¿Por qué si no? —Entrelaza los dedos y se los lleva a la boca mientras me mira con frialdad—. Y, si las cosas se tuercen y se pasa de la raya, necesito tu palabra de que la matarás. Esa chica es peligrosa y ya estamos jugando con fuego.

Siento una punzada en el pecho. Frunzo el ceño.

—Eren.

No parpadea.

—Dame tu palabra, Bradshaw.

Bajo la mirada a mis manos. ¿Podría matarla si se diera el caso?

Vuelvo a mirarlo.

—¿Por qué no me dijiste que una bala negra mató a Abrahm?

El rostro de Eren permanece inexpresivo.

—Ya odiabas a Riøt por no presentarse en el puesto de control de la Patagonia. Si hubieras sabido lo de la bala negra, la habrías matado la primera noche.

El pecho se me llena de inquietud porque no se equivoca.

—Ahora te cae bien, así que al menos no vas a hacer el tonto, pero si llega a darse el caso, necesito que la mates.

Nuestras miradas se desafían y el pozo que tengo en el estómago se hace más profundo.

—¿Crees que fue ella? —Dejo la vista clavada en el suelo.

Eren guarda silencio.

La puerta se abre con un crujido y Bunny entra con el pelo húmedo y las mejillas sonrojadas por la ducha. Abre mucho los ojos al verme sentado en su cama.

—Ya me iba —digo con indiferencia y paso de largo. No soporto mirarla. Si lo hago, mi determinación se desmoronará.

Si tengo que matarla, ¿podría hacerlo?

Me hago esa pregunta una y otra vez durante toda la noche y hasta bien entrada la mañana. Dormir la noche anterior a una misión nunca ha sido un lujo del que pueda disfrutar.

Pero el pensamiento se prolonga durante el vuelo. La aeronave de transporte hace mucho ruido y nos sentamos con la espalda pegada a las paredes. Todo el escuadrón está al otro lado del avión, frente a nosotros. Eren está sentado a mi derecha y Bunny, a mi izquierda. Todos están dormidos, menos Eren y yo.

Quizá sea algo que venga de familia: parece que nunca podemos cerrar los putos ojos.

Así que, en lugar de descansar, pienso en cómo la mataría si tuviera que hacerlo. La veo dormir profundamente, con la cabeza apoyada en el cinturón de seguridad. Las pestañas largas le salpican de besos la suave piel de sus mejillas. Trazo líneas con los ojos sobre las subidas y bajadas de los músculos de su cuello. ¿Cómo algo así de dulce y suave puede ser tan letal como yo?

Mi mirada baja hasta sus manos. Son pequeñas y tienen cicatrices, pero son de color carne, no de un rojo desgarrador como el que esperaba ver cuando miro las manos de la parca.

Decido que la mataría rápido. Quizá rompiéndole el cuello. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no puedo hacerlo de otra forma. Es preciosa y la idea de estropearla de alguna manera me molesta.

Duerme, mi conejita, tu próximo aliento no está asegurado.

CAPÍTULO 25

NELL

El cielo está cubierto de nubes negras. Ni un poquito de luz de luna se filtra a través del mundano muro de color gris. El avión vibra y traquetea mientras otra ráfaga de viento arremete contra el revestimiento de metal.

Todo el mundo ha guardado silencio durante la mayor parte de las nueve horas de vuelo. Hemos revisado nuestro equipo dos veces y Eren ha repasado el plan al menos cuatro veces más mientras estamos sentados, ansiosos y agitados.

Bradshaw tiene una expresión triste, como si ya estuviera llorando la pérdida de compañeros hoy. Pero parece ser el único que está sumido en sus pensamientos. Harrison tiene una sonrisa maníaca y su rodilla rebota una y otra vez. Jefferson y Pete parecen cargados de adrenalina mientras estudian los mapas y limpian sus armas dos veces. Ian me parece tranquilo y no demasiado preocupado por nada. La fuerza aérea se queda atrás con el francotirador, pero aún no sabe que vamos a estar en el punto de mira.

—Estad listos para bajar en tres minutos, estamos en el Labrador, soldados —grita el piloto en nuestros cascos. Eren hace un gesto con las manos para que nos desabrochemos el cinturón y nos preparemos para saltar.

«Dios, odio esta parte».

Nos alineamos en el compartimento de descarga y nos agarramos a las asas que se balancean sobre nuestras cabezas cuando se abre la puerta. Un aire frío y húmedo arremete contra nosotros. Sabía que había tormenta, pero no que fuera un aguacero. El olor a lluvia y a tierra mojada invade el espacio que nos rodea y nos provoca un escalofrío. El rugido del motor ahoga el resto de los sonidos.

Mierda. Toda esta lluvia no es una buena señal, pues habrá poca visibilidad. Al menos, nos dará algo de cobertura. Si lo que dijo Eren es cierto y prevemos una emboscada, la necesitaremos. Mis hombros se tensan cuando me pongo la máscara a juego con la de Bradshaw. Es una máscara que cubre media cara de color negro mate. Respiro hondo e intento que no me moleste que uno de los hombres que tengo delante sea un traidor.

La mano de Bradshaw se planta con firmeza en mi hombro y me giro un poco para contemplar su seria mirada. Su máscara es un espejo de la mía, con una capa oscura alrededor de los ojos. No deja ver nada a través de ellos, pero el peso de su mano me transmite lo que dice su mirada sin necesidad de palabras.

«Todo irá bien».

—¡Bajad, bajad, bajad! —grita Eren y, como mecanismos de guerra, nos movemos como la muerte, sin pensar y solo como armas. Jefferson, Harrison, Pete, luego Ian. Me pongo las gafas, me alejo del borde y contengo la respiración como hago siempre mientras las mariposas se arremolinan en mi estómago. Se desvanecen enseguida y vuelvo a concentrarme.

No caemos durante mucho tiempo antes de abrir los paracaídas. La lluvia afecta enseguida al descenso. Está tan oscuro que es difícil distinguir dónde empieza la línea de árboles y dónde está el pequeño claro al que nos dirigimos. Vamos a ciegas y confiamos en que Jefferson nos guíe hacia abajo.

La lluvia choca con fuerza contra los paracaídas y me empaña las

gafas. «Joder. Vamos». Puedo distinguir la forma de los árboles justo cuando sopla una ráfaga de viento. El aire se mete en mi paracaídas y me empuja hacia atrás. Aprieto los dientes mientras me preparo para chocar contra un árbol o para morir al caer.

—¡Bunny! —La voz de Bradshaw es alta y potente, compitiendo con la tormenta que aúlla a nuestro alrededor.

No me da tiempo a decir nada antes de que las ramas me golpeen los antebrazos y la cabeza. Espero a que me atraviese una rama rota, pero, por suerte, sigo cayendo. Mi cuerpo se eleva con una sacudida y el paracaídas se engancha en las ramas. Cuando abro los ojos, el suelo está a unos centímetros de mi cuerpo colgado.

Se me escapa un suspiro de alivio y no pierdo tiempo en desabrocharme la mochila del paracaídas. Me duelen los hombros y también las costillas, pero no parece que me haya hecho nada más. Activo enseguida mi visor de visión nocturna y escaneo la zona.

La parte superior del casco de Bradshaw brilla, resbaladiza por la lluvia. Me dirijo hacia él. Está en modo sigilo total. La forma en que su ancho cuerpo se mueve de forma tan letal me produce escalofríos.

—Bones, voy detrás de ti —anuncio en voz baja a través de los cascos.

Se gira y se pone en cuclillas a mi lado cuando llego a su lado. Apenas puedo distinguir sus ojos bajo las gafas mientras me mira de arriba abajo con atención.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja. Asiento con la cabeza, brusca.

Se oye a Ian por los cascos.

—Bones, Bunny, a las diez en punto. —Nuestras cabezas giran en esa dirección e, incluso con visión nocturna, nos cuesta distinguir su figura camuflada.

Nos movemos como si fuéramos líquido entre la maleza. Intento

orientarme, pero no consigo averiguar dónde estamos geográficamente. El viento ha dado vida a los pinos, su traqueteo es ruidoso y me distrae. Estudié el mapa hasta que me sangraron los ojos, pero con la tormenta y el aterrizaje forzoso es inútil adivinar dónde estamos exactamente mientras estemos bajo la copa de los árboles.

—¿Dónde están los demás? —murmura Bones con un tono carente de emoción.

Ian niega con la cabeza mientras el golpeteo de la lluvia repiquetea contra las hojas. El plan ya se ha torcido mucho. Pero, como en cualquier misión, tenemos que volver a ponernos en marcha de inmediato si nos separamos.

—Seguramente Wasp, Jobs y Badger estén bien. Busquemos el claro y vayamos al punto de observación para cubrirles las espaldas según lo planeado —digo con tono severo. Ian se da cuenta de que mi ropa y mi máscara son iguales a las de Bradshaw y eso le da que pensar. Me mira fijamente y solo se mueve cuando Bradshaw le da un codazo y mueve la cabeza.

Tardamos unos cinco minutos en orientarnos y encontrar el claro. No hay nada en el terreno, y es una sentencia de muerte segura para cualquiera que camine por allí ahora mismo. La lluvia se ha espesado y la visibilidad es tan reducida que dudo que pueda disparar bien.

—Wasp, responde —murmura Ian mientras llegamos a un espeso arbusto.

Silencio.

—Badger, ¿dónde estás? —Ian prueba con Pete.

No hay respuesta. Me muevo, inquieta, y miro a Bradshaw. Respira con dificultad, pero es lo único que puedo distinguir en la oscuridad.

—Jobs… Jobs, contesta. —La voz de Ian está llena de desesperación.

En mi mente se dibuja el peor de los escenarios. ¿El enemigo estaba esperándolos cuando aterrizaron? ¿Los mataron rápido? ¿Los tomaron como rehenes? Se me seca la garganta de solo pensarlo. Cierro los ojos e intento concentrarme.

Mis cascos hacen ruido.

—¿Colt? Aquí Jobs. ¿Cuál es vuestra ubicación? Cambio. —Esa voz suena demasiado grave para ser la de Jefferson. Una señal de alarma se enciende en mi cabeza, gritando que algo va mal.

Ian abre la boca para responder.

Le pongo una mano sobre los labios y se queda quieto, con los ojos clavados en mí con recelo. Despacio, niego con la cabeza.

—Aquí Jobs. Colt, necesito la ubicación, cambio —repite el hombre. Ian se aparta de mí y vuelve a abrir la boca para responder. Esta vez le desabrocho el casco con los cascos y lo arrojo a los arbustos.

—¿Qué cojones haces? —Me empuja y caigo de culo.

—Ese no es Jobs —suelto, después de asegurarme de que mis cascos están apagados.

Bradshaw se pone al lado de Ian, con las gafas encima del casco, y me fulmina con la mirada.

—Jobs, ¿cómo se llama el libro que me diste la semana pasada?

Hay un silencio.

—No te he dado ningún puto libro, Bones. ¿De qué cojones hablas? ¿Dónde estáis? ¿Bunny se ha dado un golpe en la cabeza o qué? —Esta vez la voz pertenece a Jobs. Miro fijamente a Bradshaw. ¿De verdad no puede distinguir las dos voces?

Bones asiente e inclina la cabeza para que Ian vaya a recoger su casco. Oigo a Ian enumerar las coordenadas de nuestra ubicación. La sangre de mis oídos ruge con fuerza y mi instinto me dice que algo horrible está a punto de ocurrir.

—Eran dos personas dife…

Bradshaw me agarra del brazo y me corta.

—No puedes poner tu confianza en ti misma por encima de nosotros. Si no te conociera, pensaría que estás intentando joder esta misión. —Desenvaina su cuchillo de combate y lo acerca a mi garganta—. No confío en ti, Bunny. Haz algo así otra vez y te cortaré el cuello yo mismo.

El corazón me late con fuerza. Habla muy en serio.

—¿Crees que estoy intentando sabotear la misión? —Mi voz está cargada de veneno. La lluvia golpea con fuerza contra nuestro equipo.

Bradshaw entrecierra los ojos.

—Creo que intentas mantener dividido al escuadrón, que es lo que haría un conspirador.

No puedo creérmelo, joder. ¿Cree que después de toda la mierda por la que he pasado, yo sería la traidora? ¿Que desperdiciaría mi única oportunidad de vengar a Jenkins?

—Como quieras. Observaré a través de la mira —digo, a escasos centímetros de su cara, mientras arranco mi brazo de su agarre. En cuanto estoy libre, me aferra el otro brazo con brusquedad.

—¿Para qué? ¿Para volarnos los sesos desde lejos? Nos quedamos juntos, tú y yo, ¿recuerdas? —Su voz es grave.

Se acercan unos pasos y mi mente empieza a concentrarse más en ellos que en Bradshaw. Él se da cuenta de mi cambio y afloja el agarre mientras mira a los hombres que se acercan. Aprovecho la oportunidad y me zafo de él. Una vez libre, no pierdo ni un segundo. Corro a través de la lluvia y permanezco agachada.

«Ve a un sitio seguro y luego dispara a cualquiera que amenace al escuadrón», me digo a mí misma. Darte órdenes como si estuvieras hablando con compañeros fue algo que me enseñó Jenkins y que me ayuda en momentos de pánico. «Deja que el monstruo que llevas dentro tome el control».

Me deslizo por el barro y el musgo y me pongo boca abajo. El rifle de francotirador ya está montado, pero tengo que cargarlo y limpiar el agua de la mira.

Cuando levanto el ojo y observo a través de la mira, veo a Ian. Tiene la mirada perdida mientras me busca, y… Jefferson. El corazón me da un vuelco. Entonces Harrison aparece junto a ellos y Pete.

¿Me he equivocado?

«No, los estudié a fondo; lo sé todo sobre su forma de ser, hasta el último detalle». Ian estaba hablando con otra persona… ¿Solo fingía llamarlos por radio? Tal vez estaba avisando a otra persona y Jobs respondió a Bradshaw porque utilizaba sus propios cascos. Sigo observando durante un segundo antes de darme cuenta de que Bradshaw no está entre ellos. Levanto la vista y lo veo de pie sobre mí con los brazos cruzados.

—Levanta. De. Ahí. —Cada palabra está cargada de furia. Desde que volvió de la enfermería me habla de otra manera, como si fuera otra persona, o como si pensara que lo soy. Dijo que no confiaba en mí y vi la determinación en su mirada. Realmente me cortaría el cuello si cree que soy un peligro para el escuadrón.

—Te lo digo en serio, hay algo que va mal… —Mi respuesta se ve interrumpida por el sonido de una bala que atraviesa los árboles. Procede del otro lado del claro.

—Joder, vámonos. —Bradshaw me agarra del cuello de la chaqueta y me levanta. Me empuja hacia nuestro escuadrón y yo me muevo de mala gana en su dirección.

—¿Dónde está el sargento? —pregunto lo suficientemente bajo como para que el sonido de mi voz no llegue muy lejos.

Bradshaw niega con la cabeza.

—Ni idea.

Hay algo en toda esta misión que no va bien y ya puedo saborear la sangre en el aire. Un zumbido bajo se agita en el fondo de mi

mente y dice una y otra vez: «Sal de aquí».

Sé que me arrepentiré de esto.

Levanto la pierna y me detengo en seco. Bradshaw se mueve demasiado rápido para esquivarla y cae de bruces al suelo. Caigo sobre él un segundo después. Gruñe con fuerza, pero sus palabras quedan ahogadas por las explosiones que sacuden la tierra a nuestro alrededor.

Se queda quieto y yo contengo la respiración mientras un muro de humo nos envuelve y atraviesa la maleza.

Los cascos se encienden y se oyen gritos apresurados.

—¡Emboscada! Repito, emboscada… —La voz de Jefferson se corta con los disparos.

—¡Joder! —Pete maldice a través de la radio, tiene la respiración agitada.

Bradshaw me aparta de él y se levanta, cargando a ciegas entre el humo hacia sus compañeros. Aprieto los dientes ante su incapacidad para quedarse quieto.

Saco mi cuchillo y lo agarro con la hoja apuntando hacia mi antebrazo. Matar de cerca no está en mi expediente oficial. Ni siquiera debería estar entre mis habilidades. Además, prefiero no hacerlo; es engorroso y mucho más personal.

Pero Jenkins se aseguró de que supiera cómo cortar una carótida desde la mandíbula hasta la clavícula para que fuese una muerte segura. No quería que ningún fantasma volviera de la tumba.

Mis ojos se cierran antes de volver a abrirlos y entonces avanzo despacio por la espesura, agachada.

Una figura se forma entre el humo y, aunque no puedo ver su uniforme ni su máscara, me doy cuenta por la forma en que se mueve de que no es ninguno de mis compañeros de escuadrón. Los movimientos imperceptibles que hago mientras me acerco a él con sigilo, colocándome detrás de él como una parca que ha venido a

reclamar un alma, resultan casi injustos.

El tajo que le hago es rápido y profundo. Solo emite un gruñido bajo antes de desplomarse como un saco de piedras. Sigo adelante sin esperar a que muera. No hay vuelta atrás con ese corte. Un rápido vistazo a mis guantes, cubiertos de sangre caliente y pegajosa, hace que se me forme un nudo en la garganta.

La siguiente garganta es más fácil; menos pensamientos invaden mi mente en blanco.

Mataré a cualquiera que no sea de Malum.

Y luego mataré al topo.

CAPÍTULO 26

BRADSHAW

Jefferson está tirado en el suelo, tosiendo sangre, con la mano enguantada sobre el pecho mientras su chaleco se empapa de rojo.

Mi cerebro funciona a toda máquina. No tengo tiempo para distraerme con sus heridas. Arrastro la mirada por el campo de batalla. El humo se desvanece con rapidez bajo la lluvia torrencial que cae con fuerza sobre mis hombros.

Un destello de movimiento llama mi atención y alzo mi M16, con el dedo en el gatillo. El soldado va vestido con un traje de camuflaje distinto al nuestro, aunque muy parecido, con la diferencia de que solo lleva algunos bolsillos y dibujos en la parte delantera del chaleco. Aprieto el gatillo y no pestañeo cuando el soldado se inclina hacia atrás con la fuerza, cae al suelo y se retuerce con sus últimas bocanadas de aire.

«¿Qué demonios está pasando aquí? Esto es más que una emboscada. Esto está organizado y sabían exactamente dónde íbamos a aterrizar».

Cualquier confianza que me quedara en Bunny se desvanece.

Un espantoso chasquido hace que dirija mi atención hacia un grupo de arbustos. Me acerco con cautela, consciente de que no veo ni oigo a ninguno de mis compañeros ni a los soldados Fantasma.

Las hojas de los arbustos están cubiertas de sangre, que perdura

durante más tiempo ahora que la lluvia está cesando. Las gruesas gotas caen despacio sobre la tierra, impregnando el aire fresco con un hedor a hierro. Me golpea el fondo de la garganta y me asalta la preocupación de que esta sangre pueda pertenecer a uno de mis compañeros de escuadrón.

Una sola figura surge de la maleza, tambaleante por el esfuerzo de la lucha. Me quedo quieto y desenvaino mi KA-BAR, manteniéndome agachado y esperando a que el soldado se dé la vuelta. Con unos uniformes tan parecidos, sería una tontería cortarle el cuello antes de estar seguro.

Respira con dificultad, las nubes calientes que forman su aliento se acumulan alrededor de la máscara. Entonces gira la cabeza y me mira. Mi pecho se contrae al reconocerla de inmediato como mi doble. Por un momento me parece estar mirándome a mí mismo, ahogado en sangre. El negro mate de la máscara y el casco están resbaladizos y brillantes, de color rojo. Parece un demonio. El mismo que veo cuando me miro en el espejo.

No digo nada y ella tampoco.

Bunny levanta la cabeza y su brazo se mueve antes de que yo consiga seguir el movimiento. A seis metros de distancia, un soldado grita cuando el cuchillo se clava en lo más profundo de su columna vertebral. Cae al suelo y ella se lanza hacia él para rematar la faena.

Me obligo a seguirla y la agarro de la muñeca antes de que pueda sacarle el cuchillo de la espalda. Levanta la cabeza hacia mí. Dios, ojalá pudiera ver sus ojos más allá de esas gafas. ¿Acaso parece ella misma cuando mata así?

—Tenemos que quedarnos con uno para interrogarlo —le ordeno en voz baja.

Ella duda, pero al final asiente.

Tomo aire y miro hacia el bosque vacío. Jefferson estaba en malas condiciones.

—Despejado, a medio kilómetro al oeste de la zona de aterrizaje planeada —murmuro por la radio.

Bunny sigue de pie, en la espalda del soldado, pero mantiene la cabeza alta y alerta.

Después de unos minutos muy largos la radio hace clic y se enciende en mi oído.

—Despejado en el frente oriental, a un cuarto de kilómetro del aterrizaje —dice Eren con calma. «¿Dónde demonios has estado?». Me rechinan los dientes, pero espero a que los demás respondan antes moverme despacio. A lo lejos suenan unos cuantos disparos más.

Jefferson ha sido el único que no ha respondido.

—Voy a ver cómo está Jobs. No te muevas —le ordeno a Bunny. No me hace ni caso, pero no tengo tiempo de esperar una respuesta.

No tardo mucho en encontrar a Jefferson. Sigue gimiendo de dolor y está exactamente donde lo vi hace unos minutos. Se agarra el vientre con dolor y jadea.

Caigo de rodillas y empiezo a bajarle la cremallera del chaleco.

—No pasa nada —le digo entre dientes, pero no estoy seguro de que me oiga. Jefferson sigue respirando con dificultad.

Después de quitarle el chaleco, le levanto la camiseta con rapidez para inspeccionar la herida. Jefferson gime de nuevo, pero lo ignoro. La bala le entró directamente en las entrañas, probablemente en los intestinos, al estar tan abajo. Espero que no le haya dado en el riñón.

—Necesitamos una evacuación, Jobs ha caído —digo con toda la calma que puedo por la radio.

Eren responde enseguida.

—Estamos de camino. No te apartes de su lado, vamos a retirarnos y reagruparnos en la zona alternativa después de sacar a

Jobs de aquí. Este sitio no es seguro.

Hago presión en su vientre y veo cómo la expresión de Jefferson pasa del miedo al dolor y luego a la confusión. Mierda. No estoy seguro de que sobreviva a esto.

Un grito agudo resuena entre los árboles y mi cabeza gira en dirección a Bunny. No mataría a nuestro único rehén, ¿verdad? Aprieto los dientes y me obligo a no moverme. Si dejo a Jefferson ahora mismo, puede que no sobreviva.

Pete y Harrison aparecen entre la maleza y me ven. Levanto la mano y les hago una señal para que vengan rápido. Se mueven en silencio y se arrodillan a mi lado. Están cubiertos de sangre y tienen los ojos muy abiertos por la adrenalina.

—Cuidad de Jobs. El sargento está en camino para una evacuación a la segunda ubicación. Tengo que ir a buscar a Bunny y a Colt —digo con la respiración entrecortada. Ellos asienten y vuelven a ejercer la presión que yo mantenía sobre el vientre de Jefferson.

La sangre que corre por mis venas late con fuerza contra mis tímpanos mientras corro hacia Bunny. Si mató al rehén, no me cabe duda de que es una traidora.

Tendré que matarla. Aprieto los puños.

Veo su casco y enseguida me doy cuenta de que ya no está sentada encima del soldado. Desenfundo la pistola y apunto en su dirección. Se da la vuelta y una rama se rompe bajo mi pie.

Se quita las gafas y sus ojos manchados de sangre se abren más al verme.

—¿Dónde está el soldado? —espeto, con el dedo acariciando el gatillo.

Me mira con desprecio durante unos segundos antes de ponerse en pie, despacio. Sus hombros están hundidos por el cansancio y mi pecho se contrae al ver que sus ojos oscurecidos empiezan a comprender.

—¿Vas a dispararme? —Suelta una carcajada aguda.

Mi mandíbula se tensa y mis ojos se entrecierran con angustia.

—Si tengo que hacerlo, sí.

Bunny hace un gesto con la cabeza hacia su derecha, yo sigo el movimiento y veo al soldado, muerto y con su cuchillo clavado en el centro del pecho.

A su lado está Ian.

Ian me mira sin verme con la boca abierta. La sangre gotea de sus labios sin vida. Mis ojos se abren de par en par y mi voz bulle por el asombro y la furia.

—¿Qué demonios has hecho?

—Iba a matarme. —No hay emoción en su voz—. Encontré al topo.

¿Ha matado a Ian?

«No. Me está mintiendo».

Me mira como si estuviera intentando leer mis pensamientos. «Ian no puede ser el topo. ¿Podría serlo? No sé qué cojones hacer».

La voz de Abrahm se cuela en mis pensamientos, es algo que me dijo una vez.

«No aprietes el gatillo hasta que estés seguro. Hasta que sepas que no lamentarás el último aliento de la otra persona».

Él no la mataría. No hasta que estuviera seguro de los hechos. «Me cago en todo».

—¡Date la vuelta! —le ordeno. No lo hace. En lugar de eso, da un paso hacia mí. Aseguro mi agarre alrededor de la pistola, apuntando directamente a su cabeza—. Bunny, para, joder. Te juro por nuestro puto Dios que te dispararé.

Solo puedo ver su sonrisa en la forma en que estrecha los ojos al mirarme.

—Si vas a dispararme, hazlo de una vez, Bones. Si voy a morir hoy, será por tu mano. —Camina hasta que su frente queda presionada contra el arma, apoyándose en el peso de mi agarre y cerrando los

ojos. Mis manos tiemblan sin control—. Estoy cansada, así que no pasa nada. Si esto acaba aquí, no me importa.

Mi garganta se llena de emociones que no me atrevo a reconocer.

—Dame tus muñecas —digo en voz más baja, esperando que ella ceda.

—O confías en mí, o me matas. No dejaré que me tengas prisionera. —Sus ojos encuentran los míos. Estoy fascinado por su devoción inquebrantable, tanto que no me doy cuenta de que su pistola está presionada contra la parte inferior de mi mandíbula hasta que el acero frío me quema la piel.

Casi sonrío.

«Se le da de perlas matar a hombres como yo».

Mis labios se separan para pronunciar unas palabras que se pierden en el sonido del bosque que salta por los aires. Un muro de fuego succiona todo el aire y los dos caemos al suelo con fuerza debido a la explosión.

CAPÍTULO 27

NELL

Las cenizas caen de los árboles quemados que nos rodean como si fueran nieve. Las brasas arden y se agitan con cada ráfaga de viento. Me duele la cabeza y mis pensamientos están dispersos. También me duelen los brazos y las muñecas.

Unas explosiones sacuden la tierra a un cuarto de kilómetro de aquí. ¿Es un ataque aéreo? ¿Quiénes son los Fantasmas para tener tanto poder aéreo en las remotas montañas del Labrador? Toso varias veces y expulso hollín negro. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Cuando vuelvo en mí, me doy cuenta de que tengo un peso sobre la espalda. Intento poner los brazos debajo de mí e impulsarme hacia arriba, pero no se mueven. Abro los ojos de par en par y el pánico me recorre las venas.

Vuelvo a intentarlo, y esta vez noto las ataduras alrededor de mis muñecas.

—Vas a hacerte daño —comenta Bradshaw sin piedad alguna. Está encima de mí, con los brazos sobre mis hombros. Me ha protegido de las explosiones con su cuerpo, pero ¿me ha atado mientras estaba inconsciente? Qué frialdad.

Se mueve despacio para tumbarse a mi lado. Todavía lleva la máscara en la cara y tiene los párpados manchados de hollín. La

parte de atrás de su traje está quemada y la sangre seca hace que su chaleco negro parezca granate.

—Bones —susurro, la garganta me escuece al momento.

Por un segundo, no responde, solo me mira fijamente, con una mueca de dolor cada vez que respira.

Es un maldito imbécil si no puede ver lo que era Ian. Me rechinan los dientes al pensar en cómo me apartó de aquel soldado enemigo e intentó cortarme el cuello. Sabía que estaba hablando con otra persona que no era Jefferson.

Por desgracia, dudo que Malum me crea.

Me arden los pulmones y me preocupa la debilidad en el comportamiento de Bradshaw. Me ha atado las muñecas y si no está alerta, hará que nos maten a los dos.

—Bones —siseo esta vez más alto y tuerzo la mandíbula por el dolor que me recorre la garganta.

Vuelve a centrarse y una oleada de alivio me inunda. Levanta la cabeza despacio. Su cuerpo tiembla por el esfuerzo, pero me mira a los ojos.

—Nell… —Gime de dolor al decir mi nombre y luego se corrige—. Bunny. ¿Dónde…? ¿Dónde está Eren? —Se pone boca arriba y extiende los brazos para comprobar si hay heridas.

Me siento y me tomo un momento para revisar si tengo heridas yo también. Me duele la espalda y tengo los dedos de los pies dormidos. Las muñecas me escuecen por las ataduras, pero no están rotas. No hay quemaduras. Por su aspecto, él también parece ileso. Hemos tenido suerte.

—Bones, tienes que desatarme…

—Para —me corta. Ahora tiene una mirada fría y más firme—. ¿Dónde está Eren? —Le miro unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No lo sé.

Tiene el ojo izquierdo inyectado en sangre y el borde de la máscara chamuscado justo por encima de los labios. Respira con dificultad y está congestionado.

—Mierda. Joder. Me cago en… —Bradshaw maldice una y otra vez mientras se quita los cascos de la radio. El receptor está destrozado. Mis ojos se abren de par en par cuando comprueba el mío también. Es inútil, el micrófono se rompió en algún momento de este caos.

Bradshaw mira fijamente los cascos rotos y un destello de pavor le cruza los ojos. Se pone de rodillas mientras se tambalea de forma inestable antes de que otra oleada de explosiones retumbe en el suelo. Una aterriza relativamente cerca y golpea los árboles caídos. La madera se astilla en todas direcciones. Me las arreglo para protegerme la cabeza, resguardándola contra el hombro antes de que nos alcance lo peor. Bradshaw ya está tumbado sobre mí, de espaldas a la zona de la explosión.

Tan cerca, su aliento es fuerte y caliente contra mi piel. Puedo saborear la sangre en el aire al mezclarse con el humo y los escombros.

—Agáchate —me ordena con la máscara pegada a mi oreja.

Gimo por el dolor que su peso me produce en los hombros.

—Al menos átame las muñecas por delante. Me duele. —Me mira con escepticismo antes de ceder. Me desata un segundo antes de volver a atarme la cuerda con los brazos por delante. El dolor disminuye casi al instante.

Se pone en pie y mira a su alrededor con rapidez.

—Levántate, tenemos que encontrar a los demás. —Cojeamos en su dirección. No suelta la cuerda con la que me ha atado mientras avanzamos por el bosque, que ahora está ardiendo con varios fuegos. Doy gracias a Dios por el chaparrón de antes o el fuego estaría arrasando esta zona. Todo está muy mojado y el aire es helado, así que es poco probable que se produzca un incendio

forestal.

Cae ceniza y crece el humo. La visibilidad es horrible y mientras Bradshaw aminora la marcha, me temo lo peor. Mis pasos se detienen a su lado y contemplamos tres cuerpos. Se me revuelve el estómago. «Por favor, dime que no son nuestros compañeros de escuadrón».

Bradshaw se arrodilla junto a ellos y suelta un suspiro de alivio.

—No son nuestros compañeros. —Mis hombros se relajan, y nunca había agradecido tanto una pizca de misericordia.

Unos cascos crepitan; apenas lo oigo, pero el sonido de la estática zumba en mi oído y me llama la atención. Miro hacia abajo y veo una de las radios de Malum. Debe de habérsele caído a uno de ellos durante el asalto.

Bradshaw me mira y me quita los cascos de las manos. Le fulmino con la mirada.

Vuelven a crepitar.

—Sargento, ¿me oyes? —La voz de Bradshaw es áspera y seca.

Escucha con atención. Apenas distingo la otra voz, pero parece Eren. Mientras la voz sigue hablando, veo cómo los ojos de Bradshaw se oscurecen y se apagan. Me mira y le invade una frialdad que aún no conocía.

—Colt ha muerto —dice con dolor.

Se me cae el alma a los pies. Si le dice a Eren que lo maté, estoy acabada.

Bradshaw cierra los ojos.

—Fue Bunny. —No puedo respirar—. Dijo que la atacó…

Se detiene de golpe. Oigo gritar a Eren, pero no sé qué dice.

Bradshaw deja que su mandíbula se incline hacia abajo.

—Entendido, Sargento —dice con una voz tan tranquila que resulta inquietante. Bradshaw me mira como si estuviera tomando la decisión más difícil de su vida. Antes de que pueda procesarlo, me

tira al suelo de un empujón. Se me echa encima antes de que pueda pronunciar una palabra. Me rodea el cuello con las manos.

—¿Por qué has tenido que ser tú? —Frunce el ceño, angustiado.

Estoy indefensa con las muñecas atadas. No puedo luchar contra él. Los ojos de Bradshaw brillan con dolor mientras jadeo en busca de aire. Me suelta la garganta y golpea el suelo con el puño a escasos centímetros de mi cara antes de bajar la cabeza.

«¿A Eren le da igual lo que tenga que decir? ¿Va a deshacerse de mí y va a hacer que su hermano le haga el trabajo sucio?».

Sacude la cabeza y vuelve a sentarse, colocando de nuevo sus manos alrededor de mi cuello con más determinación en los ojos.

—¿No me crees? —pregunto, ahogándome.

Traga saliva y se muerde el labio inferior, apretando más fuerte hasta que empieza a nublárseme la vista. Me caen lágrimas calientes por las mejillas y, tras otro latido, me suelta.

—No puedo hacerlo, joder —dice, despacio. Suena muy decepcionado consigo mismo. Las lágrimas ruedan sobre su máscara y caen sobre mi piel. Respiro entrecortadamente y lucho por moverme hasta que el oxígeno vuelve a mi cerebro. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el dolor de los ojos de Bradshaw. Está llorando. Los cascos que hay a nuestro lado hacen ruido y se escucha la voz de Eren.

—¡Vuelve al punto de recogida, Bones! Tienes dos minutos antes de que el piloto despegue. ¿Dónde… —los disparos desdibujan sus palabras— …exterminaste a Bunny? —Bradshaw también lo oye y sus ojos se entrecierran con agonía. Duele oír a Eren decirlo tan a la ligera, como si no significara nada.

Bradshaw desvía la mirada de sus cascos a mi garganta magullada. Una decisión se solidifica en sus facciones y vuelve a sentarse en cuclillas. Salgo de debajo de él mientras sigue estando cuerdo.

El sonido de otro avión aproximándose ruge entre las copas de los árboles. Bradshaw no parece darse cuenta. Parece completamente perdido en su preciosa cabeza. Aprieto los dientes, rodeo su muñeca con las manos y lo arrastro hacia arriba. Gruñe al apoyar el peso en la pierna. Las mías ya empiezan a flaquear y tiemblan cuando me pongo en pie. Me agacho bajo su brazo y asumo parte de su peso.

—¿Estás segura de que Ian era el infiltrado? —pregunta Bradshaw entre jadeos mientras cojeamos por el bosque en llamas. El humo de los pinos mojados es muy denso.

—¿Crees que lo habría matado si no hubiera sido así? Estoy intentando mantenerte con vida, Bones. A quienquiera que le dijera nuestras coordenadas venía a matarte. —Pasamos por encima de un tronco y tropieza. Me tira al suelo con él, pero enseguida recupero el equilibrio y lo arrastro a mi lado lo mejor que puedo con las muñecas atadas.

—¿Por qué Ian? —pregunta en voz más baja; el dolor en su tono va disminuyendo.

Unos pinos se quiebran delante de nosotros y chocan entre sí, creando un efecto dominó y llevándose por delante los árboles que los rodean. Caen como titanes al suelo lleno de cenizas, algunos ya en llamas y otros apenas prendiéndose.

La fuerza de los árboles arrancados nos hace perder el equilibrio y caer al suelo. Un trozo de árbol cae sobre la pierna de Bradshaw, que grita de dolor. El polvo y las brasas se levantan a nuestro alrededor como un fuego infernal. Le miro fijamente a los ojos y él hace lo mismo conmigo.

La voz de Eren vuelve a sonar en la radio.

—Treinta segundos. Ve al punto de recogida, ¡ya!

Bradshaw me estudia, la sangre que mancha mi máscara y mis ojos inyectados en sangre.

—Vete. —Su voz es firme. Frunzo el ceño.

—¿Qué…?

—Vuelve sin mí. —No me muevo ni pestañeo mientras intento procesar esta situación. Añade—: Es una orden, Bun.

Puede ver el desafío en mis ojos. Sabe que no lo haré.

—No voy a dejarte morir aquí, Bradshaw. No puedo volver sin ti. —Meto ambos brazos bajo el árbol y uso toda mi fuerza para tirar de él hacia arriba. Sale de debajo y se pone en pie, tambaleándose. Dura dos segundos antes de caer de rodillas.

—Bun, por favor. —Ha perdido toda la firmeza. La desesperación se filtra por sus ojos suplicantes.

—Lo siento. Esta vez no puedo seguir tus ordenes, Bradshaw —digo en voz baja mientras ignoro los cascos. Eren grita e insta a Bradshaw a que se dé prisa. Otro árbol cae detrás de mí y lanza brasas por los aires, a mi espalda. Se reflejan en los ojos de Bradshaw mientras me mira fijamente; no está enfadado, sino triste y arrepentido.

Moriremos aquí juntos, solos y desamparados. Los dos lo sabemos.

CAPÍTULO 28

NELL

Me meto bajo el brazo de Bradshaw para ayudarle a levantarse. Se obliga a ponerse en pie y gime al instante, evitando que el peso recaiga sobre su pierna herida. La sangre se acumula bajo su bota.

—Maldita sea —gruñe, dejando al descubierto la suavidad de su garganta.

—Tenemos que salir del bosque. —Dejo que se apoye en mí. Aún tengo las muñecas atadas, pero eso es lo que menos me preocupa ahora mismo. Caminamos por el terreno blando y la maleza del bosque, alejándonos del punto de recogida.

El helicóptero ya ha surcado el cielo y se aleja cada vez más hasta que ya no podemos oírlo. Nuestro único medio de comunicación son los cascos medio destrozados que rodean la garganta de Bradshaw, y quién sabe cuánto les durarán las pilas. Si Eren y Malum nos encuentran, ¿me escucharán para saber qué pasó con Ian?

No. Lo dudo mucho.

«Eren me quiere muerta». Pienso en sus ojos vacíos en la sala de reuniones. Él sabe que un soldado Riøt mató a Abrahm. Bradshaw lo sabe.

Yo lo sé.

Pienso en las sonrisas fáciles de Eren y en lo cerca que estaba mi cama de la suya. Qué estúpida y tonta me siento por confiar en él.

Nadie me creerá.

Se me cae el alma a los pies y mi paso vacila, casi haciéndonos caer al suelo a Bradshaw y a mí. La cuerda me da un tirón en la muñeca que me hace apretar la mandíbula de dolor.

Se suponía que iba a ser una misión sencilla y sin complicaciones. Claro que era de alto riesgo, pero estábamos preparados. Nunca pensé que atravesaríamos las oscuras montañas en dirección contraria en busca de refugio.

«Una bala negra». Pienso en la verdad y en lo que podría hacer, pero mi conciencia me dice que Bradshaw merece saberlo. Pienso en ello para concentrarme en otra cosa que no sean mis miembros doloridos.

Hace horas que ha salido el sol y, para cuando encontramos una cueva en la que descansar, el cielo ya está despejado. Tengo las botas empapadas y el frío me cala hasta los huesos. Me desplomo sobre el suelo seco y Bradshaw gime al golpearse las rodillas contra la tierra.

—¿Estás bien? —pregunta. Es lo primero que dice desde que el helicóptero se fue sin nosotros.

—Sí. ¿Qué tal llevas la pierna? —murmuro entre jadeos. Ahora que la adrenalina se ha desvanecido, siento cada moratón y cada corte. Me llevo las manos atadas al cuello y froto el lugar donde me estranguló. La piel está sensible y en carne viva.

Bradshaw se sienta con la espalda apoyada en una gran roca, un poco inclinado hacia un lado por el cansancio, y se sube la pernera del pantalón. Se me forma un nudo en el estómago al ver los moratones color púrpura y azul oscuro que se extienden por su espinilla, cerca de la herida abierta de la pantorrilla.

—No pongas esa cara —refunfuña Bradshaw, tirando de la pernera del pantalón. Su boca está apretada bajo la máscara y se tensa en las comisuras por el cansancio.

Parece muy atormentado por sus decisiones. Nunca pensé que vería a Bradshaw así de angustiado, así de disperso. Todas las ganas de discutir con él se esfumaron en el momento en que todo se fue a la mierda. Podría haberme matado si hubiera querido. Dios sabe que tiene motivos suficientes. Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—Bradshaw… ¿por qué me dejaste vivir? —Lo miro, desesperada, y niego con la cabeza.

Me mira fijamente durante un buen rato. Su respiración es lenta mientras estudia mi rostro. Al final, aparta la mirada y se quita la máscara, dejándola a un lado. Bradshaw vuelve a mirarme y me dedica una sonrisa llena de dolor.

—¿Tú habrías sido capaz de matarme si hubiera sido al revés, Bun? —Levanta la mano para que me acerque a él. Busco en su postura algún propósito oculto, pero no encuentro ninguno. Avanzo despacio hacia él hasta que estamos sentados uno al lado del otro, apoyados contra la fría piedra.

Bradshaw me desata poco a poco y tira la cuerda a unos metros de distancia. Me froto la piel en carne viva con suavidad antes de responderle.

—No. No creo que pudiera.

Incluso ahora, después de estrangularme, veo la angustia y el dolor en su mirada. No quería matarme.

«Ojalá lo hubiera hecho».

—¿Por qué Eren te ordenó deshacerte de mí en lugar de escucharme?

Ahora que no nos movemos ni gastamos energía, el frío empieza a calarme hasta los huesos. Me pongo a temblar y me llevo las piernas al pecho.

Bradshaw gime de dolor mientras se incorpora. Estoy más cansada de lo que he estado en años, pero sé que necesita atención médica ahora, no más tarde. Abro la cremallera y agarro el botiquín, las

vendas y la pomada.

—Toma, muerde esto. Voy a tener que cosértelo —murmuro mientras le paso un rollo de gasa. Sacude la cabeza y sonríe, aunque tiene la frente cubierta de sudor.

—Como quieras. —Le limpio la pierna con una toallita esterilizante antes de empezar.

Sus dedos se enroscan en el suelo de tierra, pero no emite ningún sonido mientras le coso la piel.

—Eren dijo que podrías… —Se detiene para no terminar esa frase.

Me duele el pecho por su silencio y por no querer contármelo.

Termino con el último punto de sutura y le aplico la pomada. Bradshaw suelta un suspiro de alivio cuando cierro el vendaje y le doy una palmada en la rodilla para indicarle que he terminado.

Cuando me levanto, me agarra con suavidad del brazo.

—Espera.

Mis ojos encuentran los suyos e intento no delatar lo mucho que me afecta. Me acerca hasta que me siento en su regazo. Nos miramos a los ojos durante unos segundos, y el corazón me late más deprisa que durante el ataque aéreo. Entonces me atrae hacia su pecho y me rodea con los brazos, sacándome un suspiro de sorpresa de los pulmones.

—Lo siento muchísimo. —Se le quiebra la voz y sus dedos se enroscan en mi pelo—. Casi… Casi cometo un gran error. —Sacude la cabeza y las lágrimas mojan mi hombro. He visto más emociones en él en un día que en las semanas que hemos pasado entrenando y luchando el uno contra el otro.

No sé qué decir, así que no digo nada. Solo cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se relaje contra el suyo. Nos fundimos en este momento. Su cuerpo es fuerte y musculoso bajo el mío.

Me acaricia la piel con delicadeza y memorizo cada segundo. La forma en que sus manos callosas rozan con ternura los moratones

de mi cuello y cómo le tiembla el torso con cada susurro de disculpa que me dedica.

Jenkins me habría hecho matar a Bradshaw con mis propias manos por lo que ha hecho. Pero no puedo evitar sentir lástima por el soldado roto. Él confía en su hermano más que en nada en este mundo. Siempre cumple una orden.

«Igual que yo».

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, sumisa, con mis párpados luchando por mantenerse abiertos.

—Descansemos hasta que anochezca —responde, frotándome el brazo con ganas—. Iremos a uno de los búnkeres y seguiremos desde allí.

Me estremezco en su regazo. Mi uniforme mojado empieza a parecer hielo contra mi piel.

—Eren nos encontrará. —Odio lo asustada que sueno. Pero ¿cómo no voy a estarlo? Confié en Eren con mi vida y casi me mata como si no fuera nada.

Bradshaw niega con la cabeza.

—No lo hará. El punto alternativo de recogida está más cerca de la base de los Fantasmas. Se saltarán los dos primeros búnkeres antes de aterrizar. Te protegeré, Bunny. Te lo prometo.

¿Por qué no se me informó del punto alternativo de recogida? Me pregunto si el resto de Malum también lo sabía.

—Si se da el caso y nos quedamos sin opciones, prométeme que serás tú quien me mate —le pido en voz baja. Los músculos de Bradshaw se tensan debajo de mí—. No dejes que lo haga Eren. No dejes que lo haga nadie más. Quiero que lo hagas tú.

Me empuja a un brazo de distancia antes de mirarme a los ojos. Nunca me había dolido tanto mirar sus iris azul claro.

—Vale —cede, respirando hondo, con la promesa pesando entre nosotros.

Rebusca en nuestras mochilas y saca las mantas de emergencia. Son de papel de aluminio, pero es mejor que nada.

Nos despojamos a regañadientes de la ropa mojada y la colgamos en las rocas para que se seque antes de que anochezca. Bradshaw extiende una manta en el suelo. Nos tumbamos uno al lado del otro y nos acurrucamos bajo la segunda.

El calor de su cuerpo no tarda en calentarme la espalda y mis escalofríos cesan. Me abraza, pero mi mente está a miles de kilómetros. Nunca he estado en situación de no saber lo que me deparará el día siguiente. Las misiones son sencillas y tienen planes de apoyo, pero yo no tengo uno para esta situación.

La mano de Bradshaw se desliza por mi brazo y la deja descansar sobre mi vientre. El calor de su palma me tranquiliza y me hace cerrar los ojos.

—Yo haré la primera guardia. Tú descansa —me dice.

Intento descansar, pero no puedo. En lugar de eso, me quedo mirando la entrada de la cueva durante una hora. Pienso en una sola cosa, en repetición. «Una bala negra». La Patagonia fue una pesadilla de la que nunca escaparé. Por las cosas que hice allí. Por las cosas que perdí.

La voz de Jenkins me recorre el cuerpo como si fuera humo, como si estuviera detrás de mí susurrándome.

—El objetivo es el de la máscara.

—¿Cómo se llama? —pregunté, sosteniendo mi fusil y mirando fijamente a dos soldados que hablaban sin prestar atención a nada. Llevaban un equipo táctico de las fuerzas oscuras, pero no podía distinguir de qué escuadrón se trataba.

—Tiene muchos nombres. Pero lo importante es que ese está marcado como traidor. Dispárale, Gallows. —Jenkins observaba a mi lado con unos prismáticos. Me pareció extraño que se interesara por este. Por lo general,

no se preocupaba por ver disparos a larga distancia. Jenkins solo disfrutaba de las matanzas íntimas.

—Sí, señor. —Inspiré y, justo cuando apreté el gatillo, el hombre sin máscara se interpuso en la trayectoria del disparo y recibió la bala.

Los traficantes de armas se alzaron sobre las dunas en ese mismo momento y se desató el infierno.

—Gallows, volvamos con Riøt. Nunca hemos estado aquí. —Jenkins tiró de mi muñeca.

Intenté recargar.

—¡He fallado, señor! —Quería darle al objetivo que era. Era muy fácil eliminarlo mientras sostenía a su compañero caído.

—Tenías una oportunidad. Vámonos. Ya —espetó Jenkins. Lo miré y pude ver la rabia que bullía tras su expresión pétrea.

Me tragué la decepción por haberle fallado.

—Sí, señor.

Cierro los ojos despacio y mi respiración se entrecorta por la culpa. Nunca he sentido remordimientos por quitar una vida. Pero ¿por qué tenía que ser él?

«Una bala negra mató a Abrahm».

Yo maté a Abrahm.

CAPÍTULO 29

BRADSHAW

La respiración tranquila de Bunny me reconforta. ¿Así es tener una compañera? Entierro la cara en su pelo y dejo que su aroma calme mis nervios. Subo la mano desde su vientre y le recorro las costillas, y me encuentro enseguida con la piel levantada de la cicatriz que le he dejado.

Las palabras de Eren en los cascos se repiten en mi cabeza, vibrando en mi mente como langostas.

«Mátala, Bones. Sabía que él nos la había jugado… Me ha engañado. ¡Mátala!».

Era casi como si no le importara una mierda que ella hubiera matado a Ian. Como si la noticia de que él fuera el infiltrado no significara nada para él. Nunca le había oído así de furioso.

¿De quién estaba hablando? Cierro los ojos y le doy un beso en la cabeza. Su cuerpo desnudo se aprieta contra el mío, y nunca he sentido tanto calor en toda mi vida. Todo en ella calma mis demonios.

Hoy casi la asfixio hasta la muerte y algo se rompió en lo más profundo de mi corazón cuando la traición se reflejó en sus facciones. El dolor en su mirada fue suficiente como para enterrarme mil veces.

Eren me odiará por esto, pero ya no puedo guardar su secreto.

La acerco más a mi pecho y ella emite un pequeño y tierno sonido antes de darse la vuelta y ponerse frente a mí. Mete la cabeza en mi pecho y me rodea con una pierna. Se me dibuja una sonrisa en los labios.

—Tengo que contarte un secreto. —Le acaricio el pelo. Las manos de Bunny se enroscan en mi pecho. Sonrío al ver que se esfuerza mucho en fingir que está dormida.

—Mi madre estuvo enferma casi toda su vida y solo estuvo cinco años conmigo y con Eren antes de morir. No supe que estaba enferma durante mucho tiempo, hasta que nuestra tía empezó a llevarnos a verla al hospital. Cada vez que la veíamos tenía peor aspecto. Dejó de preocuparse por vernos y dejó de sonreír. Se volvió cruel. Tuvo que pasar un año en el hospital para que al final muriera y, cuando lo hizo, yo ya no la recordaba. Ella ni siquiera se acordaba de nosotros y yo odiaba eso. La odiaba a ella.

Hago una pausa y miro fijamente la tenue luz que ilumina la entrada de la cueva.

—La odiaba porque aún no entendía cómo su enfermedad se había apoderado de su mente. Mi tía nos explicó que nuestra madre nos quería mucho, que no quería decir las cosas horribles que había dicho antes de morir. Pero yo era un niño cruel. De verdad que nací sin corazón. No me importaba. Me era indiferente, estaba listo para seguir adelante con la vida. Pero ¿Eren? Pensó en el mal que crece en el alma humana y se quebró. En más formas de las que podría describir.

Bunny me mira, pero no me interrumpe, solo observa mi rostro. Me niego a mirarla.

—Mató a nuestra tía cuando teníamos doce años. Se cansó de sus palizas sin sentido y decidió acabar con ella. Hizo que pareciera un accidente, pero yo siempre supe sus secretos y él sabía que yo siempre los guardaría. Pero luego crecimos y soñamos con una vida

mejor que la que teníamos. Eren soñaba a lo grande. Quería el mundo. Quería poder.

»A mí no me importaba mucho, yo solo quería estar a su lado. Así pues, nos alistamos en el ejército. Eren leyó mucho sobre el mercado negro; quería meterse en el tráfico ilegal y vender armas. Fue un buen trabajillo durante unos años. Llegué a ser el mejor de mi pelotón, y él ascendió a sargento, pero entonces el general nos pilló con las manos en la masa. Al principio pensábamos que iban a enviarnos a la prisión federal, pero, para nuestra sorpresa, el general nos envió a las fuerzas oscuras. Algo que, en aquel momento, ni siquiera sabíamos que existía. Éramos un dúo tan letal que nos colocaron en Malum enseguida. Y joder, nos encantó cada segundo. Los cadáveres no importaban, ni tampoco las cosas terribles que la operación secreta de Eren le permitía hacer a gente muy muy mala.

Trago saliva y por fin la miro a los ojos. Su mirada no me dice nada, así que continúo a regañadientes:

—Hace dos años, se peleó con su socio en el tráfico. No quiere contarme qué pasó, pero fue lo bastante grave como para que retirara las exportaciones que iban camino de la Patagonia. Creo que a quien jodió pudo haber sido la razón del ataque.

Se incorpora, con la columna tensa y los ojos muy abiertos por la rabia.

—No estarás hablando del ataque a Riøt… —dice, despacio, como si no me creyera. Le tiembla la mano y me mira con los ojos en llamas.

Me levanto para sentarme a su lado, pero ella se aparta. No dejamos de miramos.

—Lo siento.

Bunny se levanta a toda velocidad. Levanto la barbilla para mirarla y, cuando lo hago, me da un puñetazo en la mandíbula. Mi cabeza gira hacia la derecha y mi cráneo choca contra las rocas del suelo de

la cueva.

—Me lo merecía. —Me levanto despacio, limpiándome el labio ensangrentado con la muñeca.

Levanta el brazo para darme otro puñetazo y esta vez lo atrapo. No pierde ni un segundo, su otra mano es más rápida que la primera y me da una bofetada tan fuerte que los dientes se me clavan en el labio inferior.

—¡Te odio! —grita a unos centímetros de mi nariz. La empujo hacia atrás para poder sujetarle ambos brazos. Bunny es fuerte, pero sin sus armas no es rival para mí, pues soy el doble de grande que ella. Junto sus muñecas y las vuelvo a atar. La ato a una gran roca en la esquina de la cueva y le tapo la boca con la mano, teniendo cuidado con sus dientes y esperando que no los use.

—Te lo cuento porque me importas, Bun —le digo con frialdad, mirándola con furia—. Estoy harto de mentir. Me importa una mierda tu escuadrón, pero quería decírtelo porque no puedo seguir mintiendo por él. No cuando quería que te asesinara.

La lucha desaparece de sus ojos y se desploma contra la piedra, cansada de forcejear. Tiene la respiración entrecortada y acelerada.

—Voy a quitarte la mano ahora y si empiezas a gritar otra vez, tendré que taparte la boca con cinta adhesiva hasta que lleguemos al búnker. ¿Entendido?

Ella asiente, unas lágrimas de odio le inundan los ojos.

Muevo la mano y ella respira hondo varias veces antes.

—¿Lo supiste todo el tiempo? —murmura, con la voz más quebrada que le he oído.

Un dolor sordo retumba en mi pecho.

—Tuve la sospecha de que los sucesos estaban relacionados después de que te unieras a nuestro equipo. —Suena estúpido. No la culpo por fulminarme con la mirada.

Agacha la cabeza.

—¿Hay más?

Mi silencio es respuesta suficiente, pero de todas formas murmuro:

—Sí.

No dice nada más, pero las lágrimas ruedan por sus mejillas y caen sobre sus piernas. Obligo a mis ojos a volver a la entrada de la cueva.

—Se suponía que no habría supervivientes. Pero tú viviste. Eren no se enteró hasta hace unos meses, y no le gusta dejar nada a medias. Así que hizo algunas llamadas y te reclutó para Malum. El general Nolan le debía un favor y le prometió que estarías a salvo con nosotros. Eren quería usarte como garantía para protegerme. —Mi voz parece muy alta a pesar de que estoy hablando apenas por encima de un susurro.

Bunny se retuerce contra sus ataduras con una mirada asesina. Quiere matarme y una parte de mí desea que lo haga.

—¡Hijo de puta! —Intenta darme una patada, pero me paro antes de que pueda darme—. ¿Sabías quién era la noche que quedamos…?

Aprieto los puños.

—No. Lo juro, no sabía quién eras. Eren sí, pero no me lo dijo hasta que entré en su habitación aquella noche después de que…

Sus ojos son unos pozos dorados de furia.

—Deberías haberme matado… porque nunca volveré a mirarte igual.

—Lo siento. —Se me revuelven las tripas por lo ahogado que sueno. ¿De qué sirve una disculpa ahora?

—¿Garantía para protegerte de quién? ¡¿Quién os persigue?!

—No lo sé. —«Es la verdad». Entrecierra los ojos, dudosa—. Hay cosas que Eren me oculta incluso a mí, Bun. Mi hermano se ha creado un enemigo que de verdad le quita el sueño. Nunca lo he presionado al respecto. De todas formas, nunca me lo diría.

Piensa durante mucho tiempo, en silencio, hasta que el sol se pone y nuestra ropa se ha secado un poco. Me visto y la ayudo con la ropa antes de volver a atarle las muñecas. Salimos de la cueva y caminamos durante horas en dirección al segundo búnker.

Pasa tanto tiempo callada que me sobresalto cuando por fin habla.

—El único buen soldado Riøt es el que está muerto —dice con frialdad, en el mismo tono que yo he usado antes.

La culpa se me instala como una bestia en el pecho. No puedo decir nada que la consuele.

—Vosotros dos sois el motivo por el que mi escuadrón está muerto.

La miro, me arde la sangre.

—No. Yo no. Mi hermano puede que sí, pero yo no.

Sus ojos se suavizan un momento antes de tragar saliva y dedicarme una sonrisa llena de pesar.

—Una bala negra mató a Abrahm —Se le quiebra la voz.

La miro. ¿Por qué está sacando ese tema?

Se le llenan los ojos de lágrimas. La culpa y la tristeza se dibujan en sus facciones. Mis ojos se abren despacio y se me cierra el pecho. Abro la boca y la cierro. No sabe lo que dice… porque si está diciendo eso…

—Fui yo. Yo le disparé.

La sangre abandona mi cabeza y lo único que puedo hacer es mirarla.

—Te apuntaba a ti.

Bunny deja caer los hombros en señal de derrota.

Su confesión es como un disparo a mi sistema nervioso. ¿Ella lo mató? Los últimos suspiros de Abrahm resurgen en mi memoria, su luz apagándose, la sangre. Ella… me lo arrebató.

Le rodeo el cuello con las manos y ella no se resiste. Las lágrimas caen en silencio por mis mejillas.

—¿Qué has hecho? —susurro tembloroso.

Sus ojos están apagados.

—No sentí nada. Estaba disgustada porque no te había dado.

Mis manos se aprietan alrededor de su garganta y la mandíbula me tiembla. Se asusta por la presión.

—¿Por qué? —Se lo pregunto en voz tan baja y entrecortada que sus ojos se entrecierran por la angustia. ¿Eren sabía que fue ella?

—Seguía órdenes. —Se ahoga. ¿Quién le dio esas órdenes?

Su cuerpo se desploma y la pongo de rodillas. Noto cada bocanada de aire entrecortada bajo las palmas de mis manos. Frunzo el ceño, desesperado.

—¿Por qué me lo has contado?

Sus ojos se oscurecen y esboza una puta sonrisa. Me rompe el corazón y mis manos se relajan, temblorosas.

—No era consciente del peso de quitar una vida —murmura—. No hasta que Jenkins murió. No hasta que te conocí. Quería contártelo antes… —Tiene los labios secos y agrietados, manchados de pintura negra—. Lo siento, Bradshaw.

Mi determinación se resquebraja. La suelto y pongo espacio entre nosotros. Respiro de forma errática y siento que estoy a dos segundos de sufrir un infarto. Me aprieto el pecho con la mano. Me duele muchísimo.

«No puedo odiarla». Da igual cuánto quiera hacerlo. Incluso por llevarse a Abrahm…

Y eso me desgarra el alma.

CAPÍTULO 30

NELL

Bradshaw camina lejos de mí. Por algún motivo, que no me mate despierta algo muy dentro de mí. «No debería ser difícil para él acabar conmigo. Todo el mundo lo entendería».

Me empujo hacia arriba y presiono las palmas de mis manos atadas contra el suelo.

—¡¿Por qué coño no me matas?! Te he dado todos los motivos para hacerlo. Te lo he quitado todo, Bradshaw. ¡Todo! —le grito; las lágrimas corren por mi cara y hacen que su forma se vuelva borrosa.

Se detiene y se lleva las manos a los costados.

—¿Quieres que te mate? ¿De verdad quieres que te mate? —Su voz se eleva con cada palabra y se vuelve para mirarme. Tiene los ojos enrojecidos y una expresión llena de tristeza.

—Por favor. Por favor. Bradshaw. Por favor, haz que pare —se lo suplico y dejo que la cabeza me cuelgue. Vuelve hacia mí y cae de rodillas ante mí. Sus manos caen sobre mis hombros y me sacude hasta que lo miro.

Sus ojos azules me atraviesan.

Espero que me grite, pero habla en susurros.

—¿Quién te enseñó a suplicar la muerte solo por ser un instrumento? —Mis ojos se abren de par en par y mis labios se entreabren—. Nell… Sé que no era algo personal… Sé que solo

estabas cumpliendo con tu deber. —Tiene hipo y reprime sus emociones, con las lágrimas aún presentes—. Entonces, ¿por qué iba a castigarte? Tú solo eres el arma que disparó, no el mal que la empuña.

Un sollozo me sube por la garganta e intento tragármelo.

—Destruyo todo lo que toco. Soy… la última soldado Riøt. —Agarro la empuñadura de su cuchillo de combate, lo saco de la funda y se lo pongo en la mano—. Estoy cansada de ser el arma. Estoy harta de matar. Quiero ser libre. Hazme una buena Riøt y mátame. Entonces, tal vez, mis pecados queden absueltos. —Cierro los ojos, cansada, y me concentro en su respiración.

Su cuchillo roza un lado de mi mejilla y me hace señas para que lo mire.

—¿Me matarías? ¿Si te hubiera quitado a Jenkins? Dime que lo harías y te daré lo que quieres, Bun. Pero no te atrevas a mentirme. ¿Mirarías cómo la luz abandona mi cuerpo? ¿Enviarías al diablo de vuelta al infierno? —Su mirada es suave y no vacila. Busca la verdad en mis ojos.

Mi barbilla se inclina hacia arriba por mi reticencia.

—Nunca. No podría, jamás. A ti no. —«Porque me haces sentir cosas que nunca había experimentado. Nunca podría hacerte daño. Nunca podría dejarte ir».

Retira la hoja despacio, dejando que se deslice por mi cara antes de envainarla. Nuestros ojos no dejan de mirarse.

—Estoy muy enfadado contigo, Bun, pero si piensas que alguna vez me arriesgaría a perderte… —Niega con la cabeza y me atrae hacia él, envolviéndome con esos brazos fuertes y estrechándome contra él. Me abraza como si cada fibra de su ser dependiera de ello. Sus manos me acarician la piel con ternura y hacen que me ardan los moratones que tengo alrededor de la garganta—. ¿Qué hemos dejado que el mundo nos haga, Bun? —murmura en una voz baja y

llena de emociones. Se desliza por mis venas y dejo que su suavidad me reconforte.

—Dejamos que nos convirtieran en monstruos. En desalmados.

Tira de mí hacia atrás y me mira a los ojos. Su aliento cálido nos envuelve en medio del aire frío.

—No creo que pueda seguir haciendo esto —confiesa, despacio. Frunzo el ceño—. No creo que pueda seguir siendo Bones. Porque Bones no tiene corazón y es despiadado. Pero desde que te conocí, soy cualquier cosa menos eso. Cuando te miro, siento que ya no estoy confundido. No tengo por qué morir en este oscuro inframundo en el que reino.

«¿Así es cómo se siente?». Bajo la mirada y me detengo en sus labios. «Incluso después de las cosas que he hecho».

—Quiero un mundo contigo.

Tiemblo y retrocedo hasta que nos miramos a los ojos.

—Verte con ese vestido me rompió el corazón. Vi lo que podrías haber sido. Quiero que te pongas lo que te dé la gana y que seas una persona normal. No quiero que estés aquí, con las balas volando entre nosotros. Quiero que salgamos al mundo real. —Bradshaw me coloca unos mechones de pelo detrás de mi oreja.

—¿Crees que podríamos hacerlo? —Mi voz es tranquila, pero su sonrisa triste y juvenil derrite el hielo que rodea mi alma.

—Juntos, nuestros pedazos rotos pueden hacer cualquier cosa.



Para cuando llegamos a las coordenadas del búnker, el sol ya está empezando a salir por las montañas más alejadas. Me aferro a la esperanza de que habrá una ducha dentro y algunas camas.

Me pesan los ojos cuando miro a Bradshaw y veo cómo prueba varios códigos diferentes en la trampilla del búnker. Es una puerta de

metal medio oculta, camuflada con la maleza de color verde oscuro. Las montañas rodean la zona y la hacen poco visible. Se puede ver un río en el valle, lo que me da una idea de dónde estamos geográficamente. Memoricé el mapa que Eren nos enseñó, los ríos eran la clave de la mayoría de los puntos de referencia.

Llevamos horas sin hablar.

En realidad, no hay nada que decir. Los dos hemos hecho cosas espantosas por personas horribles. Y esa oscuridad consume el aire que hay entre nosotros.

Por fin, el cerrojo pita y Bradshaw suelta un suspiro de alivio cuando la puerta se abre. Levanta la trampilla y vacila antes de mirarme.

Abre la boca para decir algo, pero la cierra igual de rápido antes de apartar la mirada. Es casi como si ya no supiéramos cómo hablarnos.

Acabo con la distancia que hay entre nosotros y bajo los peldaños de la larga escalera. Doy los primeros cinco pasos a oscuras, pero un sensor detecta mi movimiento y las luces fluorescentes se encienden poco a poco.

La escalera da a una zona amplia y abierta. Las paredes están hechas de grandes listones de metal blanco con pernos en los bordes que los mantienen alineados. En la parte de descanso hay varios catres, con capacidad para seis personas, y al final del espacio solo hay una puerta, que supongo que es un cuarto de baño. Frente a los catres hay unos armarios pequeños y una mesa negra. Es sencillo y tiene lo más básico para tratarse de un búnker. «Espero que haya comida en los armarios».

Estar confinada en este espacio hace que se me oprima el pecho. Solo hay una forma de entrar o salir de este búnker. Miro a Bradshaw mientras cierra la escotilla y la bloquea. También hay un teclado en el interior, pero él es el único que sabe la contraseña.

«Mierda, quizá debería haber prestado más atención cuando introducía los códigos». Lo veo bajar la escalera y observar el espacio igual que he hecho yo.

—¿Cómo sabía Eren que esto estaba aquí? —pregunto.

Le tiembla la mandíbula al darse cuenta de que este búnker no tiene nada de militar. Alguien poderoso y bien preparado lo puso aquí para ocultarse. Alguien paranoico. Los Fantasmas, estoy segura.

Se gira para mirarme por encima del hombro.

—No lo sé.

—Al menos dime el código. —No es que espere que me lo diga, pero el ceño fruncido que me dedica me duele igual.

—No hace falta que lo sepas —murmura.

—¿Y eso por qué? —Lo fulmino con la mirada.

—Garantiza mi seguridad.

Me río, mofándome.

—¿De qué?

Me lanza una mirada rota.

—De que me traiciones.

Mi cara tiene que ser un poema porque se obliga a apartar la mirada. ¿De verdad cree que lo haría? Supongo que nuestros secretos acaban saliendo a la luz. No puedo decir que yo le diría el código si estuviéramos en la posición contraria.

Las ganas de discutir se me van con un suspiro lleno de dolor.

—Me parece justo. ¿Crees que hay una ducha por aquí?

—Debería de haberla. —Se sienta en uno de los catres y deja que sus pies se deslicen contra la baldosa hasta que se relajan y se separan—. Dúchate tú primero.

Lo estudio mientras se lleva las manos a la cabeza y se alborota el pelo con angustia. Hay un millón de cosas que me gustaría poder decir. Un millón y una que desearía poder retirar.

Pero no digo nada. Dejo que la tristeza crezca entre nosotros y me

voy al baño.

Sorprendentemente, es grande, pero solo tiene un retrete, un lavabo y una bañera redonda de porcelana. Una de las paredes es un espejo de punta a punta. Las luces fluorescentes emiten un zumbido e iluminan la habitación hasta el punto de que puedo ver cada mancha roja que tengo en la piel.

La soldado que veo en el espejo parece rota. Tengo los ojos inyectados en sangre y la trenza llena de cosas del bosque. Me fijo en los moratones que tengo alrededor de la garganta. Es curioso que la misma mujer del espejo llevara un bonito vestido amarillo hace un par de semanas. ¿Eren se sentía mal por haberme reclutado? ¿Por qué se haría amigo mío si así es como pretendía deshacerse de mí?

Empiezo a quitarme la ropa, despacio. Me duele todo el cuerpo y cada movimiento me cuesta la vida. Me lleva unos minutos quedarme completamente desnuda. Una vez así, dudando, vuelvo a observar mi cuerpo. Hay más moratones que piel sin ellos. Hay más piel con costras, cicatrices o moratones que sin. Me observo y me pregunto por qué no siento nada cuando veo a la persona rota que me devuelve la mirada.

«No se puede hacer nada con el pasado».

Me froto la sangre y la suciedad de la piel y el pelo como si así pudiera librarme de mis pecados. Como si pudiera quitarme la sangre de Abrahm de las manos. Tengo que vaciar el agua para darme un segundo baño antes de poder sumergirme, pero mientras lo hago, repaso una y otra vez la historia de Bradshaw. Eren sabía quién era yo en el avión; ¿por eso ocupó mi asiento junto a la ventanilla? ¿Para forzar una conversación…? Pero siempre fue muy amable conmigo. «Dejé que me tocara».

Al pensar en que él sabía cuál era mi destino todo este tiempo me recorre un escalofrío. Menudo manipulador.

Dejo que el agua se vaya y me seco el pelo. Decido no ponerme el uniforme y lavarlo después de que Bradshaw se bañe. Hay una pila de camisetas blancas dobladas en la estantería de la esquina, junto a un único armario demasiado ordenado para mi gusto, como si alguien frecuentara este lugar. Tendremos que irnos de aquí en cuanto hayamos descansado. No me gustaría estar en un búnker con una sola salida si alguien vuelve.

La camiseta me cae sobre el culo y me pongo un par de calcetines secos. Espero ver a Bradshaw sentado en el catre cuando salgo del baño, pero ya no está allí. Se me acelera el pulso y me dirijo a las escaleras.

«No me encerraría aquí. No lo haría».

Pero cuando miro hacia la trampilla de metal con una luz roja mirándome fijamente, la esperanza se desvanece.

—¿Qué demonios haces?

Me giro y lo encuentro en el extremo opuesto de la habitación abriendo unas latas de conserva de los armarios. Vuelvo a respirar e intento ralentizar mi pulso.

—Pensé que… me habías dejado aquí abajo. —Me tiembla la voz. Entorna los ojos y me hace un gesto para que me acerque.

Ya tiene unas cuantas latas abiertas y me entrega una con manzanas en almíbar en su interior. Primero me llega el aroma: canela y fruta ácida. Me ruge el estómago y se me hace la boca agua. Es fácil olvidarse del hambre cuando se está en una misión. Acepto la lata junto con el tenedor de plástico que me tiende, y paso la mirada de él a la comida antes de darle un mordisco, vacilante, a las suaves manzanas; el sabor me hace cerrar los ojos.

—¿Podemos hacer una tregua ya? —pregunta como si nada mientras empieza a meterse manzanas en la boca.

Trago saliva y me río.

—¿Crees que una lata de manzanas puede arreglar lo que nos

hemos hecho?

Continúa comiendo mientras lo considera.

—¿Por qué no? —Tiene los ojos enrojecidos y recorre mi cuerpo, vacilante—. Dios, Bun, estás hecha polvo. —Agarro el extremo de la camiseta blanca e intento taparme los muslos amoratados.

—Estoy bien.

—¿A eso lo llamas estar bien? —Deja la lata y se acerca a una de mis piernas.

Le aparto la mano.

—Sí.

Bradshaw arquea una ceja, pero la deja caer cuando me agarra de la pierna y me acerca a él hasta que estoy prácticamente en su regazo.

—¿Qué tal la ducha? —murmura sin pensar mientras me recorre la piel con las yemas de los dedos, haciendo que suba la temperatura de mi cuerpo.

—Solo es una bañera, no hay alcachofa de ducha. —Dejo la lata en el suelo y apoyo los brazos detrás de mí. No sé por qué dejo que me toque así, pero es lo único que no me hace sentir absolutamente nada, así que acepto el consuelo como lo que es.

—Genial —murmura después de gemir. Sus manos se deslizan unos centímetros más arriba de mis bragas, se detiene y me mira a la cara. Los ojos de Bradshaw son unos claros océanos en los que podría perderme el resto de mi vida. Me toca la barbilla con delicadeza y presiona su frente contra la mía. Toma aire y traga saliva antes de susurrar con voz ronca—: Te perdono por lo de Abrahm.

Me sobresalto e intento apartarme, pero Bradshaw solo abre los ojos y mira directamente a mi alma con los ojos llenos de recuerdos desgastados y pecados olvidados.

—Lo único que quiero es estar a tu lado. En los entrenamientos,

en la guerra, en la muerte. Ya no puedo imaginarme sin ti, Bun. Estás en mis pensamientos, en mis miedos. Pero, sobre todo, eres la causa de todas las emociones que he vuelto a sentir. Estaba muerto hasta que te tropezaste con mi pie en el avión.

Se me llenan los ojos de lágrimas que arden mientras las contengo.

—No puedes perdonarme, Bradshaw. —Me tiembla la voz. No estoy segura de si es porque no puedo perdonármelo a mí misma o porque él tiene parte de culpa en la muerte de Jenkins. Pero si lo pienso lo suficiente, sé que en el fondo yo también le perdono.

Me estrecha contra su pecho y me hace callar.

—Lo siento, Bun, no puedo hacer nada para evitar lo que siente mi corazón. Lo único que sé es que no puedo perderte. —Me da un beso largo en la coronilla y me deshago en sus brazos—. Y si crees que alguna vez te dejaré marchar, te equivocas. Eres mía. Igual que yo soy tuyo.

Me deja así, se separa de mí despacio y se dirige al baño para lavarse.

No me muevo de mi sitio en el suelo hasta que lleva diez minutos dentro. Cuando me levanto y paso junto a la puerta, echo un vistazo a la abertura y veo la figura desnuda de Bradshaw.

Está cubierto de heridas recientes, algunas aún sangran. Tiene la espalda llena de cicatrices alargadas, viejas heridas de bala, hematomas y cortes. La zona alrededor de las costillas está muy morada. Al verlo, se me revuelve el estómago. Tiene al menos varias costillas rotas. Sus tatuajes ocultan muchas cosas, pero no pueden ocultar lo herido que está.

Bradshaw debe de notar que le espío, porque mira por encima del hombro y nuestros ojos se encuentran. Me ruborizo, aparto la mirada rápidamente y me dirijo al catre más cercano a la pared. Parece que han pasado horas, pero cuando Bradshaw sale del baño,

solo han pasado treinta minutos.

Se acomoda en el catre que hay a mi lado, con una camiseta blanca a juego, que le queda mucho mejor que a mí, y sus calzoncillos. Ahora que tiene la piel limpia, puedo distinguir todo el daño que hay debajo y se me parte el corazón. Esto es lo que tuvo que sentir al verme, aunque yo no sintiera nada por mi propio dolor al verlo en el espejo.

Me siento y observo los puntos de sutura de su pierna. Se la ha lavado bien y le ha vuelto a aplicar pomada. Al menos no parece que se esté infectando.

—Eren me contó que querías tener una cafetería. ¿Ese siempre fue tu sueño? —Levanto la mirada y lo observo. Tiene la cabeza apoyada en los brazos, que están cruzados por detrás como soporte. Desde esta posición sus bíceps están flexionados y hacen que esa camiseta blanca se levante lo suficiente como para que pueda ver sus músculos en forma de V en la cinturilla de los calzoncillos. Me dedica una sonrisa relajada—. ¿Me estás mirando, Bun? —Se ríe entre dientes y frunzo el ceño enseguida.

—No. No estaba mirándote.

Levanta uno de sus brazos y me hace señas para que me acerque a él. «Eres mía. Igual que yo soy tuyo». Se me forma un nudo en la garganta. Lo que siento por Bradshaw se acerca peligrosamente al amor. Me planteo no tumbarme sobre ese torso rígido y fibroso y dejar que me abrace, pero mi corazón se mueve en un eje totalmente distinto al de mi cerebro y gana la batalla.

Tímida, le doy la mano y esboza una sonrisa. Parece muy cansado. No estoy segura de que haya descansado mientras estábamos en la cueva. Bradshaw me guía a su lado. Apoyo la cabeza en su bíceps y cierro los ojos mientras me rodea con un brazo.

—La cafetería, Bun. Háblame de ella —susurra, somnoliento.

Sonrío.

—Bueno, no sería solo una cafetería.

—Ah, ¿no?

—No, también sería una librería. Y mi marido y yo viviríamos en el piso de arriba. —Sus abdominales se flexionan con la mención de un marido. Ignoro el hecho de que acabo de imaginarme a Bradshaw haciendo ese papel. Intento no pensar en ello, pero cuanto más me imagino el apartamento de arriba de la tienda, más lo veo a él. Con todas sus imperfecciones. Ya no estaría herido. No habría más balas que atravesaran su preciosa piel. No habría más sangre.

Me sonrojo ante el recuerdo de él haciéndome limpiarle mi sangre de la polla.

—¿Querías casarte? —Suena casi arrepentido.

—Cuando era más joven, en un momento dado, sí. Pero la vida tiene su forma de llevarse lo que quieres y meterlo en un triturador de basura. —Se ríe y yo me aferro a la sensación que me produce. Paz. Soy capaz de respirar—. ¿Y qué hay de ti? ¿El Bradshaw más joven tenía sueños?

Me recorre el brazo con el pulgar mientras le da vueltas.

—Siempre quise una familia, pero sabía que nunca tendría una. No con mi forma de ser y el mundo del mercado negro en el que caímos mi hermano y yo. No sería un buen padre.

Levanto la barbilla para mirarle a los ojos. Él no deja de mirar el techo. Su pulgar sigue acariciándome la piel lentamente.

—¿Te sientes solo? —pregunto. Conozco el deseo de tener familia, pero temerlo por mi forma de ser. Sería imposible.

Se ríe entre dientes, con tristeza.

—No me sentía así. —Su voz tiene un matiz implícito. Bradshaw se pone de lado para mirarme—. Pero después de ti… Me siento solo cuando no estás. —Sus ojos son como fragmentos de hielo directos a mi corazón.

¿De verdad se siente así? Me noto a mí misma tensa y preparada

para poner fin a la conversación, porque se está volviendo demasiado personal, pero cada vez que creo que puedo escabullirme, vuelve a retenerme con esa sonrisa.

—Deberíamos pensar cuál es nuestro plan. No podemos quedarnos aquí durante mucho tiempo. —Cambio de tema. Si se da cuenta, no me lo hace saber.

Asiente y deja caer la cabeza a un lado para que sus labios toquen mi cabeza.

—Primero vamos a dormir un poco. Estoy muerto.

Aunque el sueño no tarda en alcanzarle, me quedo mirando la escalera que sube. Los sensores de movimiento se apagan en algún momento y nos dejan a oscuras.

CAPÍTULO 31

NELL

Bradshaw está arrodillado a mi lado mientras le quitamos el exceso de sangre y barro a nuestros uniformes. Normalmente no me preocuparía demasiado por llevar el equipo sucio, pero con la lluvia y la sangre pegajosa, el material está demasiado rígido como para que podamos movernos bien.

Llevamos toda la tarde barajando ideas que van desde intentar reunirnos con el escuadrón para que Bradshaw le explique las cosas a Eren y no me quiera muerta hasta seguir con la misión como estaba previsto y, con suerte, encontrarnos allí con Malum.

—Eso es una estupidez —replico, sacando la chaqueta del agua y sacudiéndola. La cuelgo en el tendedero que hicimos con la cuerda que Bradshaw utilizó para atarme las muñecas.

—Me hará caso, Bunny —gruñe. Hoy suena mucho más como él mismo. Ha recuperado las ganas de pelear y de bromear después de haber descansado. Yo también.

¿Lo hará? Está claro que Eren me trajo aquí por una razón.

—Yo no estoy tan segura de eso.

Bradshaw se detiene a medio camino, pone su camiseta en la cuerda y me fulmina con la mirada.

—No podemos tomar la fortaleza enemiga solos.

El suspiro exasperado que suelto hace que apriete los dientes.

—¿No podemos? Voy a averiguar quién intenta matarte y a acabar la misión. Una vez estén muertos, no me importa lo que me pase. Con o sin escuadrón Malum.

Niega con la cabeza.

—Deja de hablar así.

—¿Por qué? Tu hermano no me dejará vivir y ni siquiera estoy cerca de que me indulten… —Agacho la cabeza y miro fijamente los brillantes azulejos del cuarto de baño. Las luces fluorescentes parpadean arriba.

Bradshaw se coloca frente a mí.

—¿Y? —Su voz vuelve a ser cruel y me hace sonreír.

—Pues que, aunque vuelva de esta misión, tampoco puedo estar contigo. Te liberarán, y yo seguiré siendo un arma de las fuerzas oscuras.

Sus ojos se llenan de furia y me levanta la barbilla para que lo mire.

—¿Crees que dejaría que te retuvieran aquí sin mí? —Le sostengo la mirada. Firme e inmóvil.

—No veo qué otra opción tienes. —Le doy un empujón juguetón y él no pierde ni un segundo en empotrarme contra la pared del espejo. Me arde la piel por el frío escozor.

Los ojos de Bradshaw buscan los míos con desesperación, hay una mezcla de emociones enredándose en su interior.

—Casi parece que quieras que me vaya sin ti. —Apoya las palmas de las manos en el espejo, a ambos lados de mi cabeza.

Inclino los labios hacia los suyos.

—¿Y si es eso lo que quiero?

Frunce el ceño y me aparta unos centímetros del espejo antes de golpearlo con el puño.

El espejo se rompe y los fragmentos de cristal caen al suelo. Cuando miro a Bradshaw a los ojos, solo veo obsesión. Aprieta su

frente contra la mía y me clava la muñeca en la pared. No me resisto, solo le devuelvo la mirada con la misma lujuria y confusión que consume mi cordura.

Me mete la rodilla entre los muslos.

—¿Estás intentado asustarme? No funciona —susurro contra su sien.

—Créeme. Si quisiera asustarte, lo conseguiría. Solo estoy poniéndote cachonda —murmura, con su aliento cálido sobre mis labios.

Entonces me besa. Es un beso violento y apasionado, todo a la vez. La presión que ejerce sobre mis muñecas aumenta y me arranca un gemido. Bradshaw no tarda en devorar el sonido con un gemido propio. Me obliga a abrir la boca y nuestras lenguas se enredan con fervor.

—Joder —gime en mi boca mientras presiona su ingle contra mi cuerpo. Su bulto hace que me tiemble todo el cuerpo y que me excite. Me suelta las muñecas y me acerca al banco de la pared de enfrente.

—Espera. —Jadeo cuando me empuja hacia el banco y me abre de piernas. No llevo nada más que la camiseta blanca enorme y la ropa interior. Mis manos bajan por encima de la camiseta en un débil intento por cubrirme el centro de mi cuerpo, en parte porque me da vergüenza lo mojada que estoy y porque no tenemos tiempo para esto. Deberíamos estar ideando un plan para infiltrarnos en la base enemiga, no peleándonos y follando y haciendo lo que sea que estemos haciendo.

Me mira, y los mechones oscuros de pelo le caen sobre la frente y hacen que el corazón me lata más deprisa.

—¿Que espere a qué? No me digas que ahora eres tímida. ¿Significa eso que te importo, Bun? —Curva los labios y yo niego con la cabeza.

—No. Me refiero a que… no tenemos tiempo —balbuceo, intentando hablar.

Se ríe mientras me quita las manos de la camiseta y las pone en el borde del banco.

—¿A quién le importa eso, cariño? Tenemos todo el tiempo que necesitamos.

Me estremezco cuando me aparta la ropa interior y me pasa un dedo por la abertura húmeda. Mis muslos intentan cerrarse al instante, pero él me sujeta la rodilla.

—Ahora, quiero que pienses largo y tendido en quién te está comiendo por dentro y por fuera mientras te devoro. Quiero que grites mi nombre. Quiero que seas tan posesiva como yo lo soy contigo. —Su voz destila lujuria.

«Ya soy posesiva cuando se trata de ti», quiero gritar una y otra vez, pero mi orgullo no me deja. ¿Qué dice eso de mí? ¿Lo depravada y desesperada que me siento por un hombre como él?

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—Mantén la mirada clavada en el espejo y observa cómo te consumo. No pararé hasta que te tenga temblando entre mis brazos. —Me pone un fragmento de espejo en la mano—. Y quiero que me castigues hasta que puedas perdonarme por lo que te he hecho. Por todo. Quiero que dejes tu marca en mí, Bunny. Castígame para que pueda perdonarme —me suplica en voz baja.

El fragmento de cristal es tan grande como mi cuchillo de combate. Mis ojos se encuentran con los suyos mientras se acerca a mi centro.

—Quiero que mires el espejo. Observa cómo te como. Mira cómo me haces sangrar.

«Qué cojones. ¿Por qué me pone tanto todo lo que dice? Todo lo que hace».

Dejo que mis ojos se fijen en el reflejo. Tengo las mejillas

sonrojadas, la trenza oscura despeinada y los ojos en blanco. Bradshaw está de rodillas ante mí.

Por fin consigo hablar:

—Desnúdate —ordeno.

Me pasa la lengua caliente por el centro de mi cuerpo como un animal y se quita los calzoncillos al mismo tiempo. Que obedezca es algo nuevo y hace que sus lengüetazos alrededor de mi clítoris me resulten aún más sensuales. Mi espalda se arquea y suelto un gemido.

Bradshaw se aparta solo un segundo para quitarse la camiseta antes de volver con ansia a mi coño como si fuera lo mejor que ha probado en la vida.

Soy consciente de que he visto a este hombre desnudo, me lo he follado y he tenido el enorme disgusto de ser su segunda durante un sinfín de horas. Pero esto es diferente y no puedo entender por qué.

Los fuertes músculos de su cuerpo están desnudos. Los de su espalda se flexionan mientras me abre las piernas y me lame el clítoris. Una oleada de placer y dolor me sube por el vientre y me retuerzo, pero la ira se me enrosca en el pecho. Estoy dejando que me dé placer cuando ayer mismo iba a matarme.

Utilizo el trozo de cristal que me ha dado e, incorporándome, le agarro el pelo con los puños y le pego la cara contra mi cuerpo. Gime y me agarra de los muslos mientras mete la lengua todo lo que puede dentro de mí. Reprimo un gemido y me concentro en presionar el borde del cristal en medio de su espalda, entre dos largas cicatrices que parecen de cuchillos.

—Córtame —murmura contra mi clítoris antes de succionar mi piel sensible y hacer que se me nuble la vista por el placer.

Mi orgasmo crece y solo con pura voluntad evito que llegue al clímax mientras le hago un corte en la piel. La sangre brillante rueda por su espalda y se desliza por los surcos de sus caderas antes de

caer sobre las baldosas. Gruñe y se agarra la polla con una mano.

Esto es por todas las cosas horribles que me ha hecho. Esto es por traicionarme y humillarme. Por hacerme un corte en las costillas y por asfixiarme. Por todas las mierdas que este hombre malvado ha hecho. Pero, sobre todo, lo hago porque le perdono. Porque quiero dejar mi marca en su piel para siempre como él hizo conmigo. Quiero poseerlo tanto como él ansía dominarme.

Voy cortando hasta estar satisfecha y saciar la rabia que hay en mi interior, hasta que no puedo aguantar más. El fragmento cae al suelo y repiquetea. Bradshaw me mete dos dedos y me toca las paredes internas, acariciándome el clítoris con la lengua caliente hasta que por fin tiemblo por el orgasmo. Me aferro a sus hombros con las dos manos mientras mis caderas se agitan sin querer y me corro por toda su cara.

Pasa la lengua por mi centro una y otra vez, devorándome y gimiendo. Lo miro a través del espejo con los ojos entrecerrados. Bradshaw sube despacio, me besa el hueso de la cadera y me lame el vientre y el pecho. Sus ojos suben poco a poco hasta los míos y me muerdo el labio inferior mientras la necesidad vuelve a crecer en mi interior.

—En ti empieza mi cordura —murmura con voz grave, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Odia confesarme estas cosas, eso es evidente, pero me reconforta que lo comparta conmigo.

—Y en ti acaba la mía —le susurro. Sus ojos se suavizan, se inclina y me besa. Nuestras almas colisionan. Me rodea la nuca con la palma de la mano y me separa los labios con la lengua, profundizando el beso. Suelto un suave gemido mientras me colma de cariño. Sus labios no son tan exigentes como antes, no están llenos de rencor y rabia. Cada roce de su lengua contra la mía es ansioso y curioso. Suave y anhelante.

Bradshaw me toca los pechos y me separa las piernas. Abro los muslos para él y acerca sus caderas a las mías. Siento su pene empalmado caliente contra mi piel. Tiene líquido preseminal en la punta y me mancha el vientre mientras me rodea la parte baja de la espalda con los brazos y me levanta. Mis piernas se enrollan instintivamente alrededor de su torso y él suelta una risita socarrona mientras su polla se mueve entre nosotros. Trago saliva.

—Me gusta esta parte tímida tuya. Es mona. —Bradshaw me muerde el labio y me provoca enarcando una ceja. Me lleva hasta el borde de la bañera y abre el grifo. El vapor sale a medida que la bañera se llena y mi pulso aumenta con cada caricia que me hace con el pulgar en la clavícula.

—No estoy siendo tímida. —Hablo más alto que mi tono habitual y me muero un poco por dentro.

Me sonríe con cariño y se me revuelven las tripas por lo dulce y diferente a él que es esta versión suya.

—No pasa nada, Bun, puedes ser tú misma conmigo. No tienes que ser siempre fuerte. Por una vez, baja tus muros. —Me pasa la mano por el muslo y se coloca en mi entrada. Echo la cabeza hacia atrás mientras hace que mi núcleo se dilate con su polla. Apoyo las manos en el borde de la bañera. Me agarra por las caderas y hunde los dedos en mi piel mientras empieza a penetrarme.

Grito cuando empuja hasta el fondo.

—Eso es, cariño. Joder, qué bien me acoges. ¿Te gusta cuando te dilato así? —dice contra mis labios, moviéndose dentro de mí a un ritmo agonizantemente lento.

—Es increíble —murmuro mientras lo beso. Gime y marca un ritmo implacable, agarrándome del culo y follándome tan fuerte que se me humedecen los ojos. Mis gemidos rebotan en las paredes del búnker metálico.

Mi coño aprisiona su polla con fuerza mientras alcanzo el clímax.

Todo mi cuerpo se paraliza y le clavo las uñas en los hombros. Bradshaw gime y acelera el ritmo, mirando hacia abajo, hacia donde estamos unidos y provocando un puto desastre.

—Vas a recibir toda mi corrida y será mejor que no derrames ni una gota. —Aprieta los dientes y se le hinchan las venas del cuello. Me penetra una última vez y la fuerza de su embestida casi me empuja a la bañera llena de agua. Su polla palpita dentro de mí, llenándome con su semilla caliente.

Bradshaw me abraza con fuerza, nuestros cuerpos siguen unidos. El único movimiento es el de nuestras respiraciones y su presión en lo más profundo de mi estómago. Cuando sus huevos dejan de agitarse y su respiración se estabiliza, se separa de mí lo suficiente como para mirarme. Parece que llegamos a la misma conclusión. Sus ojos azul claro están encendidos con las brasas del invierno, dejando ver destellos con las emociones que un hombre roto lleva mucho tiempo ocultando. Leo secretos y palabras que no sé si está dispuesto a decir. Y una parte de mí se pregunta si él también lee las mismas tristes palabras en mi mirada.

«Te quiero. No debería, pero lo hago».

CAPÍTULO 32

NELL

Bradshaw dibuja el mapa de memoria en el suelo de baldosas con un rotulador. Rodea nuestra ubicación y señala el cuartel general de los Fantasmas.

—Está a un día y medio a pie del búnker en el que estamos ahora. Si nos mantenemos cerca de la cadena montañosa occidental que pasa cerca de los búnkeres que nos quedan, podremos seguir buscando a Eren y al resto de Malum.

Asiento con la cabeza, pero la preocupación se asienta con pesadez en mi pecho.

—¿Y si me atacan? No estoy muy segura de que Eren esté dispuesto a hablar.

Bradshaw se inclina hacia mí y coloca su mano sobre la mía. Lo miro fijamente.

—No lo harán. Eren no les contará que ordenó deshacerse de ti. Nunca compartiría los detalles de sus trapos sucios.

—¿No te preocupa lo que no te está contando? —pregunto.

Niega con la cabeza mientras frunce el ceño.

—No. Si fuese importante, ya lo sabría. De todos modos, no tienes por qué preocuparte. Confío en mi hermano.

«Bueno, eso no me hace sentir mejor».

Dudo que Eren le cuente todo lo necesario. Es triste lo ajenos que

somos a la corrupción de una persona cuando la queremos. Nunca me di cuenta de lo despiadado que era Jenkins, no cuando estaba a su lado.

—¿Estás dispuesto a arriesgar mi vida? Creo que me quiere muerta pase lo que pase.

Bradshaw deja escapar un suspiro.

—Ten fe en mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Como si tuviera otra opción. Sabes cómo entrar una vez encontremos su cuartel general, ¿verdad? —Bradshaw niega con la cabeza y yo gimo, añadiendo—: Podemos averiguarlo cuando lleguemos. Me preocupa más Eren que un sistema de seguridad que se puede romper.

Se queda mirando el mapa unos segundos antes de asentir y murmurar:

—Sí, a mí también.



Los uniformes están secos al anochecer. Nos vestimos y nos ponemos las máscaras, listos para volver a entrar en el frío mundo de arriba. Siento que va a darme un ataque al corazón. ¿Quién está persiguiendo a las fuerzas oscuras? Eren lo sabe, pero ni siquiera se lo dice a Bradshaw. Me inquieta que el sargento supiera lo letal que soy. Si de verdad sabía de mi participación en la muerte de Abrahm, ¿por qué me pondría como segunda de Bradshaw?

Le doy vueltas mientras Bradshaw se ajusta el chaleco y por fin da la señal de marcharnos. Empieza a subir la escalera. Me agarro a una de las barras y empiezo a subir detrás de él.

BUM.

El suelo tiembla y las luces fluorescentes cambian a rojo antes de

que podamos reaccionar a los temblores. Bradshaw me mira por encima del hombro e indica con la mano que retrocedamos. Sujeto mi M16 con fuerza sobre el pecho y me agacho detrás de la puerta del baño. Bradshaw está un segundo detrás de mí y se coloca al otro lado de la puerta. Ambos vigilamos la trampilla del búnker, con las armas en alto y preparadas.

Me concentro, atenta a cualquier paso, pero hay demasiados para determinar cuánta gente hay ahí arriba. Es una emboscada. Los Fantasmas saben que estamos aquí abajo. «¡Mierda!».

—Ahí vienen —murmura Bradshaw mientras tira de la anilla de una granada con los dientes. Lo hace a la perfección, y sus botas golpean el suelo justo cuando la lanza. Cierro los ojos ante el destello blanco. En cuanto se apaga la luz, dejo el arma en el suelo y desenvaino mi cuchillo de combate.

—Bunny, usa tu M16 —me sisea Bradshaw, pero el peso de sus palabras se pierde cuando dos soldados entran corriendo en el baño. Esperaban que estuviéramos detrás de la puerta, pero no tan abajo. No me paro a ver quién es, y levanto el cuchillo antes de que el hombre se dé cuenta de con quién se está metiendo.

El soldado se da cuenta en el último segundo e impide que mi cuchillo se entierre en sus entrañas. Giro la empuñadura para evitar que me lo quite de la mano con su contraataque. La culata de su arma me golpea en los antebrazos. El dolor me atraviesa y aprieto los dientes al ver la ferocidad con la que lucha este hombre.

Cuentan con un entrenamiento especializado, pero es obvio que su objetivo es detenernos. Se nota que intenta no matarme. «Gran error por su parte».

Le paso la pierna entre los pies y cae al suelo con fuerza, lo que hace que su arma se dispare y haga añicos los espejos. «¡Mierda!». Estamos en una caja de metal. Si las balas rebotan, tendremos un problema.

Mi mirada se desvía hacia Bradshaw: está tirando al suelo a un soldado y ambos tienen las armas a poco más de medio metro. Se oyen más voces en la otra habitación. Si no conseguimos el control en los próximos segundos, estamos jodidos.

«Su uniforme me suena». Me sorprende. Aprovecha mi pausa, me agarra de la máscara y entonces me la arranca, haciendo que me duela en la parte posterior de las orejas. Agarro mi cuchillo y le hago un corte por detrás de las rodillas que le secciona los tendones. Sus piernas quedan inertes y grita de dolor. Aprovecho la oportunidad que me da su histeria y voy a por la garganta. Mi hoja se desliza fácilmente por la piel suave y sus pupilas se agrandan por el efecto de las endorfinas.

Su cuerpo se desliza hacia un lado enseguida. Agarro mi M16 y le disparo tres balas al soldado que está debajo de Bradshaw justo cuando este le rompe el cuello.

—Lo tenía. —Bradshaw me fulmina con la mirada, pero lo ignoro y le doy una patada a su pistola. Le han arrancado la máscara en la refriega y le sangra el labio inferior. La recoge y se levanta con un movimiento rápido—. Visión nocturna —ordena antes de bajarse las gafas sobre los ojos y disparar a las luces que hay encima de nosotros. Yo también me bajo las mías.

La oscuridad es la mejor opción que tenemos.

Disparo a las de la zona principal y el búnker se queda a oscuras. Los soldados de apoyo tienen que haber subido por la escalera porque la habitación está vacía. «¡Mierda!». La trampilla está abierta y me apostaría todo mi dinero a que nos están esperando ahí arriba. No podemos quedarnos aquí encerrados para siempre; lo único que tienen que hacer es esperar a los refuerzos.

Bradshaw me agarra de la muñeca y yo le miro, vacilante. Me hace una señal para que lo siga. Nos conduce hasta los armarios, abre una puerta y me hace señas para que entre. Se sube las gafas y

levanta una ceja insinuante. Le miro como diciendo: «¿Estás loco?», pero él me mira, insistiendo.

Maldita sea. Me arrastro dentro y él entra y se pone a mi lado.

—Genial. Y ahora, ¿qué? —Respiro con dificultad. Estamos en un espacio muy pequeño y, aunque puedo ver con mi visor nocturno, se me revuelve el estómago por la situación en la que estamos.

Bradshaw me dedica una sonrisa de imbécil y empuja la pared interior del armario. El delgado tablero se desliza, revelando un estrecho túnel que probablemente lleva a algún sitio del exterior.

—¿Creías que Eren iba a planear que nuestro escuadrón se quedara en un búnker con una sola entrada y salida? Pensé que eras una conejita. Es como la regla número uno para los animales, ¿no? —Se ríe y no puedo evitar sonreír ante su comentario chulesco.

Le doy un codazo.

—Larguémonos de aquí.

Él va delante, arrastrándose sobre manos y rodillas con el arma colgada a la espalda. Me deslizo por el interior del túnel mojado y cierro el tablón detrás de nosotros por si a los soldados se les ocurre revisar los armarios. El aire está cargado de tierra y humedad.

Las paredes se estrechan a nuestro alrededor mientras nos movemos a rastras y cuando Bradshaw se vuelve un segundo para ver cómo estoy, no le veo. Veo a Jenkins. Me tiende la mano. Es verdad… He estado en un lugar tan estrecho como este antes.

—Puedes morir en cualquier parte, Gallows, pero no quieres morir en un agujero. Así que lárgate. Guárdate el ataque de pánico para cuando salgas de aquí.

Sonrío. Era un idiota, pero, aun así, sus palabras son lo que necesito para seguir.

No pueden ser más de unos minutos, pero parece que pasa mucho más tiempo antes de que veamos la luz de la luna filtrándose por una salida. Bradshaw se detiene y escucha durante un rato para

determinar dónde están nuestros enemigos. No oigo nada más que mi pulso martilleándome los oídos.

Bradshaw se mueve con conciencia, empuja entre las ramas con cuidado y sale del túnel. Espero su señal. Un segundo después, vuelve a meter la mano y me hace señas para que lo siga.

El alivio me invade y me apresuro a salir del estrecho espacio. Una vez fuera, me pongo al lado de Bradshaw y caminamos con cautela entre la maleza. Estoy frente a un muro de árboles. No hay rastro de enemigos, pero no voy a bajar la guardia ahora que saben que estamos aquí.

Encontramos donde escondernos a medio kilómetro al este y nos agachamos para reorganizarnos y determinar nuestro plan alternativo. Sigo teniendo el cuchillo en la mano. Ya está resbaladizo por la sangre, y partes del mango se pegan a mi guante a medida que se seca. Bradshaw comprueba su equipo y apunta al noreste.

—Por ahí. Vamos a avanzar hasta que lleguemos a la cordillera y podamos encontrar refugio. —Su voz es grave y firme.

Agarro mi cuchillo con más fuerza.

—¿Viste sus uniformes? —Tengo la garganta rasposa por la lucha y sueno asustada. «Estoy asustada».

La expresión de preocupación de Bradshaw me lo dice todo. Asiente con la cabeza.

Me tiembla la mano.

—¿Y qué viste?

—Era el escuadrón Hades —murmura después de mirarme. Agacha la cabeza y la sacude.

«Eso me pareció». Observo el bosque con cautela, buscándolos. ¿Qué mierdas hacen? Estamos aquí para salvarlos, ¿no?

—Bones… ¿Qué significa eso? —Vuelvo a centrarme en él.

Coloca las manos sobre sus rodillas y deja que estas cuelguen antes de levantar la cabeza.

—Significa que estamos jodidos. Si Hades es parte de esta operación, ¿quién puede decirnos quién más lo es? Esto es malo. Es muy malo, joder. —Bradshaw parece estar inquieto. Nervioso. Y nunca lo había visto así.

—Céntrate. Salgamos de aquí antes de que nos den caza. —Tiro de su brazo y se levanta, pero su voluntad de luchar parece haberlo abandonado.

—Dios, esto es una puta mierda —se ahoga. Se lleva las manos a la cabeza y le tiemblan los hombros. *Mierda*, no me digas que está teniendo un episodio.

Le doy una palmadita en la mejilla para ver cómo reacciona y su cabeza se ladea y tarda en reaccionar. ¡Maldita sea!

—Bones, eh. Mírame. ¡Bones! —medio susurro, medio grito, pero su cuerpo empieza a desplomarse contra mí.

No, no, no. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Crac.

Mi cabeza se inclina hacia la izquierda, en dirección al túnel, y veo a tres soldados que barren la zona despacio, buscándonos. La situación no puede ser peor. Mi pecho se agita y la cabeza me da vueltas.

«Déjalo. Corre». Me tiemblan las piernas por instinto, pero me niego a dejarlo así de vulnerable.

—Parece que aquí es donde termina nuestra misión juntos. Encuentra a Eren —susurro contra sus labios entreabiertos. Lo beso con delicadeza antes de hacerlo rodar bajo la parte más espesa de la maleza. Me arrastro lo suficiente como para que no llame la atención.

«Esto es un suicidio».

Me pongo en pie y salgo corriendo entre los árboles. Unas pequeñas ramas y ramitas chocan con fuerza contra mi equipo y un grito agudo retumba en el aire detrás de mí. «Bien. Me seguirán».

Me dirijo hacia el río e ignoro los disparos.

Los llevaré todo lo lejos que pueda de Bradshaw y entonces me ocuparé de ellos.

Me deslizo sobre la arena de la playa y ruedo boca abajo, de cara a los que me persiguen, con mi M16 apuntando a lo alto de la orilla. El primer soldado que corre por la orilla recibe un balazo en el cuello y la fuerza de este le hace caer de espaldas. Se retuerce y se tapa la garganta.

Dos más se elevan sobre la orilla y disparo al de la izquierda.

Fallo. ¡Mierda!

Me dispara de vuelta y me da en el hombro. El impacto me deja sin aliento, pero aprieto los dientes y disparo por segunda vez. Esta vez le doy justo en la polla. Grita y cae, rodando por la pendiente y llorando como un puto bebé. Sonrío a pesar del dolor que me recorre el hombro.

El tercer soldado ya está sobre mí cuando lo encaro. Tiene el cuchillo desenvainado e intenta apuñalarme en el muslo. Ruedo a tiempo, así que solo me hace un corte en la pantorrilla, pero la sangre sale de la herida al instante.

—Que te den, zorra. ¡Has matado a mi compañero! —Vuelve a apuñalarme y esta vez me lo clava en el antebrazo. Grito de dolor y reúno todas mis fuerzas para golpearle en la cabeza con la pistola. Es un hijo de puta tenaz, ni siquiera se inmuta cuando la sangre brota del corte que tiene sobre el ojo izquierdo. Me agarra del brazo con el cuchillo clavado y lo golpea contra el suelo hasta que suelto mi M16.

Un grito gutural se abre paso en mi garganta y las lágrimas brotan de mis ojos, pero me niego a rendirme. Mataré a este cabrón y a cualquiera que venga a por nosotros.

Levanto las caderas con todas mis fuerzas y le hago volar por encima de mi cabeza. Ruedo hacia un lado y saco la pistola de la

funda: *pum, pum, pum*. Le disparo a quemarropa en el pecho, pero sigue avanzando. «Chaleco antibalas, de alta calidad también».

—Mierda… —Me ahogo cuando me rodea la garganta con las manos y me aprisiona contra la arena. Su agarre me deja sin aire, sin esperanza de poder respirar sin quitármelo de encima.

Aprieto los dientes y agarro el cuchillo que sigo teniendo clavado entre el radio y el cúbito. «Uno, dos, tres». Me preparo y saco el cuchillo de mi carne y le corto la garganta hasta tocar hueso con el mismo movimiento.

Su cuerpo sufre espasmos violentos y luego se desploma. Gorgotea sangre sobre mí.

—Que te jodan. ¡Que te den! —le grito mientras sus ojos empiezan a abrirse con la muerte. Le entierro el cuchillo entre la clavícula y el cuello cinco veces hasta que la zona queda destrozada. Su sangre se derrama sobre mi pecho y mi cuello.

Me pongo en pie y respiro con dificultad. El aire frío de la montaña hace que toda la sangre derramada sobre la arena se convierta en vapor.

Todo mi cuerpo tiembla por la adrenalina. El dolor se extiende con cada bocanada de aire. Sé que si no consigo detener la hemorragia, moriré en veinte minutos.

Unos jadeos y gemidos me hacen reaccionar. Levanto la vista despacio y miro fijamente a los dos últimos soldados que respiran. Cojeo hasta el que está más cerca. Sigue sujetándose la garganta e intentando no desangrarse. Le clavo el cuchillo en el pecho. Convulsiona y se ahoga en su propia sangre antes de quedarse inmóvil.

Por alguna razón, pienso en Jenkins mientras arranco el cuchillo de los pulmones del soldado. Le encantaba matar así de cerca, le encantaba obligarme a hacerlo a mí también. Hacía todo lo que él quería, aunque lo odiara. Y odio matar de una forma así de

chapucera.

Solo queda un hombre. Lo miro; está sujetándose la polla y aún llora por ello. Me ve venir e intenta huir, pero mantengo firme mi paso tambaleante. Llego hasta él y le arranco el casco y la máscara. Un hombre asustado me mira fijamente. Tiembla sin control.

Hablo con toda la calma que me es posible:

—¿Vas a contarme algo o estoy perdiendo el tiempo? —Levanto mi cuchillo y él jadea, las lágrimas y los mocos se mezclan en su barbilla. Sus ojos se dirigen a sus compañeros, a los que yo he masacrado.

Sacude la cabeza, los ojos se le endurecen.

—Mátame.

—Hecho —gimo, girando la hoja en mi mano para asestar el golpe mortal.

Un cuchillo afilado me roza la garganta, haciéndome parar.

—Suéltalo. —Una voz profunda me recorre la columna vertebral.

Jenkins me enseñó a escapar de esta situación, aunque ahora estoy mareada por la pérdida de sangre. Respiro y bajo el brazo despacio, como si fuera a soltar el arma. Luego echo la cabeza hacia atrás contra la cara del hombre y agarro la parte afilada de su hoja para que no me toque la garganta. La correa de mi casco se corta y sale volando en medio del forcejeo.

La sangre brota de mi guante y mis dedos se vuelven flácidos. Mierda. La adrenalina me mantiene en movimiento. Busco mi pistola, pero el soldado ya tiene la suya contra mi sien.

Respiro como un animal salvaje que acaba de quedarse sin opciones. Mi pecho sube y baja una y otra vez con mucha fuerza. Esperaba que apretara ya el gatillo, así que lo miro despacio. Su máscara negra cubre la mayor parte de su rostro, pero esos ojos… Son prácticamente negros mientras me miran con vehemencia.

Me estremezco, pero le sostengo la mirada.

—Míralos siempre a los ojos. Enséñales que no te da miedo morir —me dijo Jenkins muchas veces. Hago todo lo que puedo por hacer caso de sus palabras.

El soldado se queda en silencio durante un buen rato. Empiezo a marearme y la cabeza me da vueltas antes de que saque el arma y me la ponga a unos centímetros de distancia.

—¿Quién eres? —pregunta.

No muevo un musculo. Sigo mirándole, esperando pacientemente la bala en mi cabeza.

Deja escapar un suspiro entre los dientes, se pone a mi altura y me mira a la cara, fijándose en mis cicatrices y en el tatuaje del cuello. Bajo la barbilla, pero él me agarra la mandíbula con fuerza y me obliga a mirarlo. Me sujeta la cara así un momento, con su arma a un lado de mi cabeza.

Enciende sus cascos y murmura:

—Es ella.

No llega a decir nada más antes de que una bala vuele directa entre sus ojos. Su cabeza se echa hacia atrás y contemplo su cuerpo sin vida.

«¿A quién informaba?».

CAPÍTULO 33

NELL

Bradshaw se acerca a mí y se apoya en una de sus rodillas, mirando a los soldados muertos. Parece confuso, pero ahora está más lúcido. Ya no tiene la mirada perdida.

—Bunny, ¿estás bien? —Cuando no respondo, inspecciona mi cuerpo en busca de heridas y hace una pausa cada vez que encuentra mi piel sangrando a borbotones. Traga saliva mientras me hace cerrar la mano con un paño entre los dedos para detener la hemorragia. Enseguida pasa al antebrazo.

—Le ha dicho a alguien «es ella». —Miro a Bradshaw a los ojos y busco los secretos que pueda estar albergando—. ¿Con quién estaba hablando?

Los ojos de Bradshaw se endurecen y su falta de respuesta hace que me retuerza mientras me hace un torniquete en el codo y envuelve la herida de arma blanca con fuerza. Mis ojos se entrecierran en señal de agonía e intento mantener la concentración.

—¿Con quién? —exijo.

—Bun, no creo…

¿Por qué me está ocultando esto? Si sabe quién es el líder de los Fantasmas, ¿por qué demonios no me lo dice? El corazón me late a mil por hora por las emociones.

—Dímelo o te vuelo la cabeza —digo en un tono bajo y

amenazador y presiono la punta de mi pistola contra su garganta.

Ni siquiera parpadea.

—No —dice con calma y presiona su frente contra la mía, robándome un beso y mirándome a los ojos, suplicándome en silencio que pare—. Si vas a matarme, hazlo. No es tan fácil como crees…

Clic.

Abre mucho los ojos y yo susurro un «pum» contra sus labios.

Me quita la pistola vacía de la mano y me mira fijamente. El horror se extiende por sus facciones.

—¿Sabías que estaba vacía? Joder, Bunny, me vuelves loco. —Me agarra de la mandíbula con fuerza, le tiembla la mano. Sacude la cabeza antes de seguir con el control de daños en mi cuerpo. A continuación, me toca el hombro. Menos mal que solo ha sido un disparo limpio y superficial.

—¿Por qué no me lo dices? —Mis pensamientos vuelven a Eren. Sigue protegiendo a su hermano… ¿Es Eren? Se me revuelve el estómago.

Bradshaw mantiene el ceño fruncido mientras se ocupa de mí. Supongo que no quiere decírmelo.

—Pues claro que sabía que estaba vacía… Puedo mantener la cordura incluso cuando estoy al límite. ¿Estás bien? Antes te fuiste por completo. De nada, por cierto, por salvarte el culo. —Le doy un empujoncito en el pecho. Me ignora mientras termina con mi hombro.

—Estoy bien. —Habla con voz ronca y nada convincente. Se da golpecitos en la cabeza—. Estoy jodido, ¿recuerdas? —Intenta actuar como si no pasara nada, pero el peso de sus palabras entre nosotros es enorme. Me ayuda a levantarme y me tambaleo una vez estoy de pie.

—Bones… —empiezo a decir, pero me pone los dedos sobre los

labios.

—Basta de cháchara. Tenemos que llegar a la cordillera antes del amanecer. Supongo que los refuerzos vendrán hacia aquí. —Bradshaw va delante de mí en el camino de vuelta por la orilla del río, deteniéndose un poco para asegurarse de que la costa está despejada antes de adentrarnos otra vez en el bosque sin hacer ruido.

Mis heridas nos hacen ir más lentos y tenemos que pararnos a atenderlas otra vez antes de seguir. Bradshaw me inyecta morfina y el alivio es tan dulce que podría llorar. Solo tenemos un par de inyecciones y esperaba que pudiéramos reservarlas para cuando las cosas se pusieran feas de verdad.

Me siento y miro fijamente las copas de los árboles, exhausta y sin fuerzas, mientras él me levanta. Lo siguiente que recuerdo es que los árboles se mueven y parece que estoy flotando. Las manos de Bradshaw agarran las mías con fuerza y no deja de susurrarme algo una y otra vez.

—Agárrate a mí. Tranquila. No pasa nada. No te soltaré. —Sonrío, distante y drogada, pero al menos el dolor de las heridas ha desaparecido. Solo huelo su penetrante aroma y el olor de los pinos.

Para cuando llegamos a la cordillera, los medicamentos casi no me hacen efecto y está amaneciendo.

Bradshaw me deja en el suelo y nos cubre de follaje. Se agacha a mi lado. Parece cansado, pero sé que no descansaremos mucho tiempo. Tenemos que seguir moviéndonos.

—¿Cómo estás? —susurra Bradshaw, echando un vistazo a cada herida para asegurarse de que no han vuelto a empapar de sangre los vendajes. La que más me duele es la herida del antebrazo. Sin atención médica, no sé cuánto tiempo podré soportar antes de que los medicamentos dejen de hacer efecto. Es probable que el arreglo de Bradshaw no aguante más de unos días.

Dejo caer la cabeza contra la roca en la que estamos apoyados.

—Como la mierda, pero me las arreglaré.

Asiente con la cabeza.

—Descansaremos dos horas y después hay que moverse —dice con firmeza, pero su cuerpo debe de estar cansado porque deja que su hombro roce el mío. Su cabeza acaba encontrándose con la mía antes de que empiece a dormitar. Entrelaza sus dedos con los míos y susurra—: Lo siento mucho, Bun. Debería haber estado a tu lado en esa pelea. Lo siento muchísimo, joder. —Su pulgar roza el mío con dulzura.

«Si alguien puede hacer esto, somos nosotros».

Me aferro a esos pensamientos mucho después de dormirme y mucho después de despertarme. Pienso en ello mientras caminamos quince kilómetros hacia el norte bajo la lluvia y el viento helado. No hablamos mientras avanzamos; nos limitamos a mantener las manos en las armas y a estar atentos a cualquier sonido extraño.

Veo a Bradshaw moverse por el terreno rocoso con facilidad, sus músculos se flexionan a cada paso. La voz de Jenkins se cuela como si fuera humo en mis recuerdos.

—Cuidado con a quién dejas tener tu corazón, Gallows. Hay lobos ahí fuera. Conoces el dicho, ¿verdad? Engáñame una vez, avergüénzate. Engáñame dos veces, muérete.

Me quedé mirándolo como un cachorro enamorado.

Se limitó a reírse y me puso la mano en la mejilla.

—Sé que tú nunca me defraudarías. Pero tienes que recordárselo a los que dejes que se te acerquen. Asegúrate de que lo sepan.

Bradshaw me ha engañado dos veces. Todavía no estoy muy segura de lo que quiero hacer al respecto.

Se detiene y se vuelve para mirarme. Lleva las gafas protectoras encima del casco y lo único que veo son sus ojos del color del hielo.

—Estamos acercándonos al último búnker. No sé qué nos espera allí, pero debemos estar atentos hasta el anochecer. Saldremos cuando estemos seguros de que nadie nos acecha.

Asiento y él me mira con una ceja arqueada.

—¿No discutes? —se burla.

Entrecierro los ojos.

—Tú mandas, Bones. —Una expresión de autosatisfacción se extiende por su rostro.

—Debe de haberte sentado como la mierda admitir eso.

Le doy un golpe en el brazo y se ríe.

—No hagas que me arrepienta.

Parece estar de buen humor para las circunstancias en las que nos encontramos y no puedo evitar que la energía se filtre también en mí. Las drogas ayudan, pero su sonrisa me cala más hondo.

—¿Crees que a partir de ahora también puedes llamarme «señor»?

—Lo que usted quiera, señor. —No me pierdo ni un detalle. Sonríe y está a punto de soltar otra cosa para molestarme cuando una explosión nos pone de rodillas.

Mi mirada se dirige hacia el búnker, a unos doscientos cincuenta metros de donde estamos. El fuego sale de las dependencias subterráneas y sacude la tierra. Bradshaw se levanta y corre hacia el búnker.

—¡Bones! —grito, con la voz rasposa por el humo que me he tragado.

No me escucha y sigue corriendo hacia el fuego. «Joder. Seguro que le preocupa que Eren esté ahí dentro». Levanto la mirada al cielo para asegurarme de que no ha sido un granadero. No hay rastro de un lanzagranadas, así que lo descarto, aunque parece demasiado conveniente para ser un accidente.

Me pongo en pie y persigo a Bradshaw, sin perder de vista el bosque que rodea la pradera y siendo plenamente consciente,

cuando me adentro entre los escombros ardientes, de lo mucho más fácil que es para ellos verme a mí que para mí verlos a ellos.

Bradshaw se arrodilla cerca del búnker. Las llamas ya no salen por la trampilla reventada, pero el fuego sigue ardiendo debajo. Le agarro del hombro con una mano y le doy un apretón.

—Tenemos que salir del claro. Ya —siseo.

Se queda mirando el fuego como si fueran las puertas del infierno antes de mirarme.

—No huelo a carne quemada. —Su voz transmite más alivio del que jamás pensé que oiría de él.

Asiento con la cabeza.

—Bien. Vamos.

Los ojos de Bradshaw se abren de par en par justo cuando está a punto de levantarse y me empuja hacia abajo. Mi espalda cae contra las cenizas mientras él recibe un balazo en el pecho. Otra bala vuela y le arranca un trozo de la oreja izquierda. Se tambalea hacia atrás antes de levantar su M16 y disparar unas cuantas balas por encima de mí. Levanto la barbilla y veo cómo un soldado retrocede de golpe por las balas y cae a un lado. Cuatro soldados más lo flanquean y Bradshaw no pierde ni un segundo. Me obliga a ponerme en pie y corremos hacia el abrigo de los árboles.

—¿Estás bien? —Evalúo su pecho.

Asiente con la cabeza.

—Solo me han dado en las placas. —Miro su oreja ensangrentada. Una parte de ella ha desaparecido, y verle sangrar y perder una parte de sí mismo hace que el pecho se me retuerza de dolor—. Maldita sea. Adiós a nuestro intento de infiltrarnos en su cuartel general sin que nos descubran —murmura Bradshaw cuando llegamos a los árboles y caemos al suelo, tumbados boca abajo.

Saco mi rifle de francotirador y, rápidamente, limpio la mira, haciendo una mueca de dolor mientras intento estabilizar mi

puntería.

—Esa explosión nos habría traicionado de todos modos. ¿Crees que la provocó Eren? —Cargo una bala y disparo. La cabeza del soldado que está más cerca se inclina hacia atrás y el hombre cae.

—Bonito tiro —murmura Bradshaw mientras espera a que los que no he matado se pongan a mi alcance—. Espero que no. Eso sería una puta estupidez y Eren es de todo menos estúpido.

El sudor me recorre la sien mientras aprieto de nuevo el gatillo. Otro tiro en la cabeza. Solo quedan dos. Si no fue Eren, ¿entonces fue Hades?

—Tal vez pensaban que estábamos allí —comento despacio; disparo de nuevo, pero esta vez fallo—. Mierda.

Bradshaw levanta su M16 y dispara al tipo al que no he dado. Le acierta en el hombro y en la garganta y el soldado cae. Solo queda uno.

—Tal vez, pero eso tampoco me cuadra. —Bradshaw parece preocupado y eso me distrae del último soldado que carga contra nosotros. Dejo que mi compañero acabe con él, observando atentamente cómo cae sin gracia. Qué actitud más estúpida. Corrían hacia nosotros sin más, sabiendo que teníamos mejor cobertura y ventaja.

Me recorre un miedo desgarrador.

«No».

Me giro demasiado tarde. Los hombres se nos echan encima antes de que podamos reaccionar.

CAPÍTULO 34

NELL

—¡Esta me ha mordido, joder! —grita el soldado que tengo sentado encima de mí. Me da un puñetazo en la mandíbula y el mundo me da vueltas durante un segundo. Mi cabeza cae hacia atrás y él se ríe de mi cansancio y de mi derrota.

Intento mantenerme alerta, pero seguir consciente es lo máximo que puedo hacer por ahora. Dos hombres me sujetan y me atan las muñecas. Bradshaw pelea con saña. Nuestros ojos se cruzan varias veces mientras golpea y apuñala a algunos de ellos con su cuchillo, pero al ser diez contra uno, no es una pelea justa.

No tiene ninguna oportunidad, pero acaba con tres de ellos antes de que lo agarren. Si quisieran matarnos, ya estaríamos muertos. El miedo a lo que va a ser de nosotros se apodera de mi pecho.

Tiran a Bradshaw al suelo y tres soldados vestidos con el traje negro de Hades utilizan la parte trasera de sus armas para romperle el cuerpo. Lo único que puedo hacer es mirar mientras me caen lágrimas silenciosas. Bradshaw gruñe y se protege la cabeza mientras sus costillas y su espalda reciben la peor parte de la paliza.

Una parte de mí se quiebra cuando los veo destrozar a mi cruel y amado compañero. En esos momentos que me parecen eternos, me doy cuenta de que podría ser su fin. Con cada gemido y cada mirada de dolor que me roba, mi corazón se rompe en pedazos, sin

remedio.

—Basta. Los necesitamos a los dos con vida —espeta uno de los soldados. Se detienen y se ríen mientras levantan a Bradshaw. Le cuelga la cabeza cuando lo obligan a caminar entre ellos, aunque apenas puede mantenerse en pie. Me mira con los ojos hinchados y la sangre chorreándole por la cara. El hombre que me lleva me echa encima de su hombro como si fuera un saco de patatas, me rodea las rodillas con los brazos y mi torso cuelga sobre su espalda.

Me gustaría poder oír los pensamientos de Bradshaw. Sé que debería estar pensando en cómo salir de esta situación, pero lo único que se me ocurre es cómo serían sus besos en una vida diferente a esta. Qué libros no ha leído todavía. Cuántas noches nos quedaríamos hasta tarde viendo la televisión hasta quedarnos dormidos.

Me aferro a esos bonitos sueños todo el tiempo que puedo, pero se desvanecen cuando nos llevan a su fortaleza. El bosque se abre a una pradera. A lo lejos, un lago brilla a la luz de la luna, pero la fortaleza es, con diferencia, lo que más me impresiona.

El edificio parece nuevo, las paredes no han sufrido las consecuencias del clima. El armazón es de color crema y moderno, con ventanas, puertas y aristas verticales de color negro. Tiene forma de rectángulo y la superficie lisa y mate casi hace que parezca una formación rocosa natural. Cuando nos acercamos, la pintura exterior de camuflaje es más notable y es evidente cómo han sido capaces de pasar tan desapercibidos. Hay hombres armados cada seis metros en cada puto lugar y mis esperanzas se desvanecen aún más cuando pasamos por cuatro puertas de cierre automático.

«¿Qué cojones es este sitio? ¿Quién paga todo esto?». El soldado por fin me deja en el suelo cuando llegamos al ascensor. A Bradshaw le impiden entrar y nos quedamos solos dos soldados y yo en el minúsculo espacio.

Me invade una oleada de pánico ante la idea de separarme de él y me revuelvo, grito y lucho por llegar hasta Bradshaw, que tiene la cabeza inerte. Un pelo alborotado, manchado de sangre, y unos hombros flexionados es todo que veo antes de que se cierren las puertas.

Mi cuerpo se paraliza y los hombres vuelven a retenerme entre ellos.

—Joder, qué frío. Ni siquiera te ha mirado. —El que me lleva se ríe. Sus ojos recorren mi figura y me eriza el vello de la nuca. Me mete una mano entre los muslos.

Me sube la bilis a la garganta. Sé lo que les ocurre a los rehenes en lugares remotos e intocables como este. Mantengo la boca cerrada e intento no delatar el terror que me inunda el pecho. A estos monstruos les gusta que tengas miedo. Les excita.

Cierro los ojos y lo ignoro mientras sigue manoseándome y susurrándome desagradables promesas sobre lo que me espera esta noche en mi celda. «Tranquilízate. Has entrenado para esto». Las técnicas para arrancar una polla se cuelan en mi mente y me mantienen relativamente tranquila.

Es un alivio cuando por fin se abren las puertas de la planta B4. «Estamos bajo tierra». Al menos los soldados no están siendo innecesariamente violentos conmigo. Lo recordaré cuando los mate. Seré rápida con los que no me toquen. Sin embargo, a Manazas lo destriparé después de cortarle la polla y metérsela por la garganta.

El cuarto piso bajo tierra es el área de las celdas. Es la miniprisión más agradable que he visto nunca, y he sido testigo de lo degradantes y sucias que pueden llegar a ser. Está claro que nunca la han utilizado. Las baldosas blancas brillan y reflejan las luces fluorescentes. Las celdas no tienen barrotes, salvo un pequeño cuadrado en la parte superior de cada puerta para poder hablar. Nuestros pasos resuenan en el pasillo vacío; solo hay un guardia

armado junto al ascensor.

Me llevan al final del pasillo y abren la puerta con una tarjeta, que es la llave, y una huella dactilar. Miro a Manazas mientras me acompaña a la celda. Es una buena señal que no haya sangre aquí, pero eso no ayuda a calmar mis nervios.

El compañero de Manazas nos encierra, esperando fuera. Observo la habitación mientras me desata las muñecas. Tiene una cama individual, un retrete y un lavabo, nada más. Todo es blanco. Tampoco se trata de un diseño hortera y hecho con prisas, sino que parece pensado y cuidado. Su propósito es volver loco a quienquiera que esté encerrado entre estas paredes blancas.

Nos quitaron las armas y las dejaron en el bosque, y me siento desnuda sin ellas. Muevo las manos a los lados y me planteo enfrentarme a este tipo, pero me lo pienso mejor. Prefiero no arriesgarme hasta que sepa que puedo escapar con Bradshaw.

Me pregunto por qué no me ha mirado. Se me cierran los ojos. «Quizá ya no soy útil ahora que me han capturado. ¿De qué sirven las armas cuando ya no tienen filo?».

—El capitán hará que os lleven a su sala de guerra en una hora, así que yo que tú me lavaría. Quizá no te mate si le gustas. —Manazas sonríe y sus ojos sin vida me dan escalofríos. Le hago un sutil gesto con la cabeza y él se ríe antes de volver a tocarme. Esta vez me agarra del culo—. Me dijeron que eras salvaje, pero a mí me gustan las sumisas.

«Quiero arrancarle los sesos con mis propios dedos». Actúo y le sonrío con dulzura, y eso le encanta aún más. Me da un beso en la mejilla antes de marcharse y, una vez que se cierra la puerta y me quedo sola, me dejo caer en el suelo.

La habitación es fría. La rejilla de ventilación de arriba expulsa constantemente aire hacia abajo, y estoy segura de que es a propósito, para hacer de esta habitación un lugar horrible. Recojo las

rodillas contra mi pecho y apoyo la cabeza en los antebrazos mientras espero a que traigan a Bradshaw a su celda, pero, a medida que los minutos se convierten en una hora, me doy cuenta de que no lo han traído a esta planta como han hecho conmigo.

Repaso las tácticas de tortura que podrían utilizar y cuáles son mis mejores opciones.

Los vídeos que vi en mis primeros entrenamientos se repiten en mi mente y tengo que tragarme la bilis que me sube por la garganta. «Por favor, Dios, las uñas no». Teniendo en cuenta el consejo de Manazas, me lavo las manos y la cara. Es mejor que me haga la chica dulce y no sanguinaria si eso es lo que verán. La sangre y la suciedad se adhieren al lavabo impoluto. Limpio mi uniforme todo lo que puedo antes de volver a hacerme la trenza, con la esperanza de que quede decente. No estaría mal que aquí hubiera un espejo.

Por fin, la puerta hace clic, las cerraduras se mueven y entran dos soldados: Manazas y su compañero. Miro sus uniformes en busca de nombres o números, pero me encuentro con símbolos: una serpiente en las solapas de los bolsillos.

—Sabía que te lavarías bien —aprueba Manazas con amabilidad, ofreciéndome la mano en lugar de agarrarme. No voy a someterme a un tratamiento agresivo, no cuando sé que puedo hacerlos más vulnerables y confundirlos con mi cuerpo y mis sonrisas dulces. Por no mencionar que estoy sufriendo y espero que me ofrezcan morfina pronto.

—Gracias… —Lo dejo en el aire, esperando que al menos me diga su nombre. Deslizo mi mano sobre la suya y él tira, acercándome a sí mismo con suavidad.

—Lee. Este es Paul. —Lee me sonríe y me saca de la habitación, agarrándome con firmeza de la mano herida pero sin hacerme daño. Al menos esta vez no me atan. Es una buena señal de que mi actuación está funcionando.

Vuelvo a estudiar el pasillo mientras me llevan por el bloque de celdas: diez habitaciones antes de llegar al final, donde está la mía. No puedo estar completamente segura de que no haya nadie más aquí abajo, pero el silencio y lo limpio que está todo lo sugieren.

—¿Me van a interrogar, Lee? —pregunto con inocencia. Sus dedos aprietan un poco más los míos.

—Quizá un poco, pero no creo que te hagan daño, preciosa. A ver, solo tienes la mala suerte de que te haya tocado ese monstruo como compañero. ¿Viste lo que les hizo a nuestros hombres junto al río? —Lee parece enfadado.

«Oh, mierda». ¿Creen que Bradshaw fue el que hizo eso? Estoy jodida si se enteran de que soy yo la que despedazó a sus amigos. Estoy un poco molesta porque asuman que no podría haber sido yo, pero estoy prisionera, así que aceptaré cualquier gesto de piedad hasta que llegue el momento adecuado.

Asiento, dramática.

—Es despiadado. Deberías ver las cicatrices que me ha dejado. —No es del todo mentira. Paul se calla y me lanza una mirada fría desde mi lado derecho. Es evidente que no confía en mí, no como Lee, que ya lo hace, pero me obligo a soltar unas grandes lágrimas falsas y su expresión se suaviza al notar los moratones de las manos en mi cuello antes de apartar la mirada.

Cruzo los dedos para que los soldados sean como estos dos.

Volvemos a meternos en el ascensor y vamos al segundo piso. Esta vez, Lee y Paul parecen nerviosos, así que no tengo que sufrir ninguna caricia indeseada. Empiezo a ser bastante escéptica sobre la suerte que he tenido. En algún momento creo que va a llegar la tortura.

Las puertas se abren a una amplia sala de exposiciones. Es enorme. Los techos y las paredes son de cristal, y arriba se ve el cielo nocturno. Las auroras danzan cerca de la cima de una montaña

a lo lejos. La vista es suficiente para pararte el corazón. La habitación está iluminada desde abajo y los cristales de metal que sostienen el vidrio hacen también de luces. Si no estuviera sangrando y siendo una rehén, pensaría que se trata del complejo turístico más extravagante del mundo en las remotas montañas del Labrador.

Lee va delante, acompañándome. Dejo que mis ojos exploren todo lo que puedan, buscando cualquier posible punto débil en sus defensas. Asumo que todos los cristales son a prueba de balas porque sería irracional que no lo fueran. Hay soldados armados cada tres metros, concentrados en nosotros mientras me conducen como a un cordero para el sacrificio.

Al final de la gran sala de exposiciones hay unas grandes puertas dobles negras, modernas y elegantes. Paul abre una y Lee, la otra, ambos al mismo tiempo.

—Diviértete —me susurra Lee.

Le miro fijamente antes de mirar a la habitación contigua. En el centro está Bradshaw, la sangre se acumula alrededor de su cuerpo. Se me paralizan los músculos y no puedo mover las piernas.

—Entra —espeta Paul.

Lo único que puedo hacer es mirar a mi hermoso soldado roto. ¿Está muerto? El estómago se me revuelve y no puedo respirar.

«Por favor, no estés muerto. Te necesito».

Paul se cansa de que me quede paralizada y me da un empujón en la espalda, haciéndome tropezar hacia la habitación. Las puertas se cierran tras de mí y aprieto la espalda contra ellas.

Nunca antes me he sentido así… tan perdida e incapaz de controlarme. Incluso cuando Jenkins murió pude responder, aunque fuera a medias. No miré atrás mientras lo dejaba. No me quedé paralizada, pero con Bradshaw, siento todo y nada a la vez. Las cosas que quiero decir, los secretos que debería haber compartido.

Cierro una mano en un puño sobre el pecho y empiezo a tambalearme hacia su cuerpo inmóvil.

—Traédmela. —Una voz aburrida resuena en la habitación. Dos soldados que estaban allí de brazos cruzados se mueven para agarrarme. Dejo que me arrastren por los brazos hasta el hombre que ha hecho esto, pero no dejo de mirar a Bradshaw. Lo observo con atención, esperando una tos o una respiración entrecortada, pero permanece inmóvil.

Los dos hombres me tiran al suelo y solo entonces salgo de mi trance. Me obligo a incorporarme sobre las manos, y hago una mueca por el dolor que me atraviesa. Dudo antes de levantar la vista.

—No pasa nada, puedes mirarme.

Levanto la vista y veo a un hombre enmascarado sentado con aire perezoso encima de una mesa de madera de roble. Tiene las palmas de las manos apoyadas en el borde y se inclina hacia delante para observarme mejor. La máscara que lleva es negro mate y le cubre toda la cara, tiene forma de calavera y las cuencas de los ojos tienen una malla sobre ellas que se los oculta.

El silencio que reina en la habitación me incomoda. Empiezo a mirar a Bradshaw por encima del hombro, pero el hombre me agarra de la mandíbula con la mano y me gira la cara hacia él.

—¿Te importa este chico? —No dice nada con su tono, solo hay una extraña curiosidad que me produce escalofríos. Asiento despacio —. ¿Por qué?

«¿Por qué?». Esa es una gran pregunta. Pero sin importar cuál sea la respuesta, me importa. Me preocupo por él más de lo que nunca admitiré.

—¿Lo has… matado? —Tengo la voz débil.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe antes de saltar de la mesa.

—Vamos a averiguarlo. —Me agarra del pelo y me tira hacia

Bradshaw, caigo sobre las manos y las rodillas. Me muerdo el labio inferior para no gemir por el dolor que me provoca el tirón del pelo.

Me suelta a unos metros y me arrastro para acortar la distancia, tirando del soldado ensangrentado hacia mi regazo y apartándole el pelo oscuro de la cara. Me quedo de piedra al ver la cara de Bradshaw.

No es él.

—¿E-Eren? —pregunto. Sus ojos se abren, débiles, pero no estoy segura de que pueda verme antes de que vuelvan a cerrarse—. ¡Eres un puto monstruo! —grito y me aferro al cuerpo de Eren como si pudiera protegerlo.

La cara de Eren está empapada por su propia sangre. Le limpio el exceso de sangre de las mejillas y no veo cortes, así que la herida debe de estar en alguna parte de la cabeza. Tiene el brazo roto y le cuelga del costado, inerte, y el torso se lleva el premio gordo de las heridas. Tiene la chaqueta empapada y me cubre de sangre. Me rompe el corazón verle así.

Aunque haya perdido la fe en mí, no he sabido protegerle.

El hombre enmascarado se ríe.

—Supongo que sigue vivo. Bien, odiaría que se perdiera toda la diversión.

Me enfurezco y me pongo en pie. Cargo contra el hombre e intento darle un puñetazo en la cara, pero él lo esquiva y me agarra del cuello con una mano. La fuerza es tal que detiene el flujo de aire y me hace jadear. Mis dos manos vuelan hacia su brazo mientras intento zafarme de su agarre. Estoy tan débil que apenas puedo oponer una resistencia digna.

Vuelve a reírse y me suelta. Caigo de rodillas y me ahogo mientras respiro entrecortadamente. Las lágrimas caen al suelo y sacudo la cabeza.

—¿Dónde está Bones?

—¿Quién? No conozco a ningún Bones —se burla de mí.

Vuelvo a levantarme e intento luchar cuerpo a cuerpo una segunda vez. En esta ocasión lucho con la cabeza fría más que con pura rabia. Le doy una patada en el pecho, pero no retrocede, sino que me agarra el tobillo para que no pueda apartarme y me lo retuerce. Grito al oír el horrible chasquido que retumba en la habitación, pero no dejo que el dolor me detenga. Levanto la otra pierna y le doy una patada en el riñón. Al instante me suelta la pierna y no pierdo ni un instante mientras se agarra el costado. Me abalanzo sobre él, lo tumbo al suelo y lucho por ponerme encima para acabar con su vida.

Los soldados que están a su lado me apartan de él y me lanzan hacia atrás.

—¡Cobarde! —grito.

El hombre se levanta y vuelve a echarse a reír. Me esfuerzo por controlarme. Sabía que ver a Eren así me angustiaría. Pero ¿quién coño es? ¿Y cuánto tiempo lleva Eren aquí? ¿Dónde está el resto del escuadrón? Lucho contra las lágrimas que me queman en el fondo de los ojos.

—Traed al hermano —ordena y se gira para volver a la mesa. Se sienta como el rey rebelde de esta operación encubierta, aburrido y buscando entretenimiento en el dolor y el sufrimiento de los demás.

Tenso la espalda y me giro cuando se abren las puertas. Bradshaw entra cojeando. Está igual que cuando llegamos; sigue hecho mierda, pero está mucho mejor que su hermano.

Los ojos de Bradshaw se desvían hacia el cuerpo de Eren y solo tensa la mandíbula antes de volver a mirar al suelo. Sigue sin mirarme a los ojos y el corazón me late contra las costillas con terror. ¿Por qué coño no me mira?

Al final, me doy cuenta. Es culpabilidad. «Sabe quién está al mando, sabe lo que va a pasarnos».

CAPÍTULO 35

BRADSHAW

Bunny me mira desde el momento en el que entramos en la sala de guerra. Su mirada me quema la piel como nitrógeno líquido. No puedo mirarla. Si lo hago, me perderé.

Es culpa mía que estemos aquí.

Mis ojos cansados se posan en el imbécil enmascarado, en uno de los monstruos que he venido a matar. No es el líder del grupo, pero está claro que es uno de los generales de mayor rango. «Sé a quién estoy buscando». La verdadera pregunta es si saldrá a jugar.

Nadie cuestiona lo que hace este tipo. Apuesto a que es del escuadrón Hades solo por la pura arrogancia con la que se sienta en esa mesa. Sé que está sonriendo bajo esa máscara que lleva. Eren siempre fue solo el aperitivo. Lo que más quieren es hacerme daño a mí. Soy el objetivo principal. Siempre lo he sido.

Me costó a Abrahm. Podría costarme a Bunny.

«Dios, espero que no. No sobreviviría».

—Ay, ¿por qué estáis tan tristes? Yo sé lo que os animará. —Se baja de la mesa y se reúne conmigo donde me detengo junto a Bunny, que me mira con horror, sin dejar de mirar a Eren. Se recuperará. Ha pasado por cosas peores.

«Tengo que creérmelo o perderé la cabeza ahora mismo».

Mantengo la mirada gacha mientras el hombre me levanta la

barbilla. Bunny observa con un silencio mortal.

—¡Oh! —Se ríe y se inclina por el placer enfermizo que está sacando de esto—. Por eso pensó que eras tú el que se moría. Sois gemelos. Ojalá hubieras visto lo afectada que estaba. Se te habría partido el corazón. —Me suelta la mandíbula con brusquedad y me rodea la espalda—. Te llamó Bones. Debo decir que el inútil de tu hermano la ha cagado en muchas cosas, pero no la cagó cuando se trata de mantenerte a salvo.

Aprieto los dientes e intento creer que el resto de Malum no ha sido capturado. Si es así, todos moriremos aquí. Bunny vuelve a mirarme y esta vez me encuentro con sus ojos preocupados. Se deshincha al mirarnos y debe de sentir el mismo pavor y desesperanza que yo.

—Veamos cuánto le importas. Ven —Le ofrece su mano y yo me quedo quieto. «No. No va a hacer esto. No lo hará». Me sacudo contra los dos hombres que me sujetan, pero me agarran con fuerza.

Ella me mira, confusa, pero sus ojos me dicen que sabe que he tenido algo que ver. La traición en su expresión me atraviesa. Se incorpora despacio y camina hacia él.

Niego con la cabeza.

—Bunny. Aléjate de él.

Sus ojos muestran dolor, pero sobre todo determinación. Entonces sé que ha aceptado cualquier cosa que tenga que hacer para sacarnos de aquí. Quiero decirle que está siendo una estúpida. El capitán nunca nos dejará ir. «Nunca la dejará ir».

—Quiero que te portes bien. Si lo haces, no le meteré una bala en la cabeza a tu novio, ¿vale? Pórtate bien y no morirá nadie —dice contra su cara magullada, y yo vuelvo a forcejear por instinto contra las cuerdas, en vano.

Se ve que tiembla, pero asiente despacio. Él la gira para que esté

frente a mí y yo aparto la mirada al instante. No quiero mirar. No puedo. Pero los hombres me obligan a tirarme al suelo y una pesada bota cae sobre mi cabeza, obligándome a mirar en su dirección.

El hombre se saca la polla y agarra a Bunny de la garganta. Va a hacer que se la chupe.

«No. No. No».

Grito y lucho por ponerme en pie. Consigo derribar al tipo que está de pie detrás de mí y el segundo levanta su M16 para dispararme antes de que otra voz resuene en la habitación.

—¿Qué está pasando aquí?

Todo el mundo se detiene y se gira para mirar hacia las puertas dobles. Un hombre vestido con ropa táctica negra está allí, con las manos a la espalda. Tiene una mirada fría y distante, el pelo rubio claro peinado hacia un lado, pero no mira a nadie excepto a mi preciosa Bunny.

La mira como si viera un fantasma. Sus oscuras cejas se levantan y su marcada mandíbula se contrae al tragar. El jadeo de asombro de Bunny me cae como un jarro de agua fría. Como si ella también hubiera visto un espectro, murmura:

—¿Jenkins?

CAPÍTULO 36

NELL

«Jenkins».

Ahí está. No es un fantasma. No está muerto.

En mi mente no hay nada que no sea él. Solo veo nuestra historia. Nuestras heridas.

Ahora parece más mayor. Las cicatrices que tiene alrededor del pómulo izquierdo son de la última noche que lo vi. Dos largas líneas curvas marcan la línea de su mandíbula derecha. Sus ojos nunca habían sido así de oscuros y despiadados. ¿Qué horrores ha visto para volverse más insensible de lo que ya era?

Sus ojos se abren de par en par al reconocerme. Jenkins siempre ha tenido una figura delgada, pero el uniforme táctico negro que lleva revela que ha ganado corpulencia en los últimos dos años. Hay tantas cosas que quiero preguntarle. Tantas cosas que quiero decirle.

No sé si lo que siento es felicidad o angustia. Está vivo. Pero ¿cómo ha podido formar parte de esta organización? ¿Qué lo llevó a esto?

Jenkins respira un poco antes de mirar al hombre enmascarado que está a mi lado. Se le oscurecen los ojos cuando ve que la polla del hombre sigue fuera y en su mano. Se me hielan las venas cuando Jenkins camina hacia nosotros con aire despreocupado, y la

oscuridad de sus ojos hace que mi corazón vuelva a latir. Solo soy la más salvaje de los soldados porque aprendí de él. Él me lo enseñó todo. Sus pensamientos son mis pensamientos.

Bradshaw me observa con confusión y preocupación en la mirada. Nuestros ojos se encuentran solo un segundo antes de que Jenkins hable y robe mi atención.

Su voz es áspera, grave, una que nunca pensé que volvería a oír, pero a la que me aferro con desesperación.

—¿Qué te crees que estás haciendo, Greg? —pregunta Jenkins, completamente inexpresivo. Observo en silencio cómo Greg se quita la máscara y la deja a su lado.

Es entonces cuando me doy cuenta de que Greg no es el jefe. Vuelvo a mirar a Jenkins y él me observa. Nuestras almas se detienen un instante, como si estuviéramos tanteando el terreno. ¿Aún nos conocemos? ¿Seguiríamos matando el uno por el otro?

Jenkins es el líder de los Fantasmas.

Mis pensamientos quedan interrumpidos cuando Greg traga saliva.

—Eh, bueno, solo iba a divertirme con… —murmura. Jenkins no espera a que termine la frase. Hace girar su cuchillo de combate en la mano antes declavárselo a Greg en un costado de la cabeza.

Lo he visto matar así cientos de veces. Quizá más. No siento nada mientras el cuerpo de Greg se convulsiona con violencia antes de caer de la mesa y quedarse inmóvil. Jenkins no suelta el cuchilo y la masa cerebral se derrama. El corte en el costado de la cabeza de Greg se estremece con los que probablemente sean sus últimos momentos de conciencia, si es que existe la misericordia.

Jenkins respira hondo antes de quitarse los guantes negros y dejarlos caer sobre el cuerpo sin vida de Greg. Vuelve su atención hacia mí y le echa un vistazo, curioso, a Bradshaw, cuya mirada furibunda no es en absoluto como la de Jenkins.

—Hola, Gallows. —Su voz es lluvia de medianoche, su mirada está

cargada del tiempo perdido y de los besos robados del pasado.

Nunca me pareció lógico lo rápido que podía pasar de asesino a seductor en un abrir y cerrar de ojos.

Mi boca se llena de emoción.

—Señor —digo con toda la calma que puedo, pero mis manos temblorosas delatan mis sentimientos.

Me coloca el pelo detrás de la oreja con dulzura, y lucho por no cerrar los ojos ante el cariñoso gesto. Dios sabe que quiero inclinarme hacia su mano, hacia él.

—¿Qué haces aquí? Tan lejos. —Su voz todavía tiene ese tono cariñoso que solo tenía para mí. Todo mi ser quiere perderse en él.

Vacilo.

—Una misión. Para rescatar al escuadrón Hades y para detener… para detenerte a ti. —Tengo el corazón en un puño y él lo sabe. Unos mechones de pelo rubio le caen sobre la frente. Me mira a los ojos como si estuviera memorizando cada segundo de esto.

—¿Rescatar al escuadrón Hades? Se unieron por voluntad propia. ¿Por qué cojones preferirían ser prisioneros de las fuerzas oscuras a formar parte de algo mucho más grande? No les hace falta ser rescatados. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Viste su equipo. —Aprieto los dientes y él suspira—. Te saqué de esto, ¿sabes? Sin indultos. Sin promesas de mentira. Se suponía que estarías fuera de las fuerzas oscuras después de nuestra última misión. —Sus ojos se vuelven hacia la forma inconsciente de Eren—. Pero parece que nunca ibas a alejarte de esta parte sombría del mundo.

—¿Me sacaste? —repito, sin terminar de entenderlo—. Jenkins, ¿cómo es que estás vivo? —Mi voz vacila. Siento un peso creciente en el pecho, como si fuera a morirme si respiro demasiado hondo.

Deja escapar un pequeño suspiro y luego sonríe con la angustia inundando sus ojos.

—Sí, salí más herido de lo que esperaba, pero mis heridas no eran

potencialmente mortales. En un principio iba a matarte con el resto del escuadrón, pero no te fuiste con ellos. Ya estaba indeciso al respecto porque, por absurdo que fuera, me gustabas. Eras diferente. Tenías lo que había que tener para ser como yo. Para estar aquí —extiende los brazos y alude a la fortaleza—, conmigo. Gallows, te dejé vivir. Incluso te dejé elegir si llevarte conmigo o no. Pero elegiste dejarme atrás, como te sugerí. Sabía que serías una debilidad para mí y, mira, aun así, el destino te ha traído aquí, como si se burlara de mí.

«Mató a nuestro escuadrón. Planeó que muriera con ellos».

Algo doloroso se revuelve en mis entrañas al oír esas palabras.

Jenkins debe ver el dolor en mis ojos porque levanta una mano hacia mi mejilla, que está ardiendo.

—¿Me odias, Nellie? —Creo que si lo hiciera, le daría igual. Pero no puedo obligar a mi corazón a odiarlo. No cuando acabo de recuperarlo.

Miro fijamente sus ojos oscuros con angustia.

Su sonrisa fácil está llena de atisbos de malicia.

—Sabía que no podrías, aunque supieras que iba a deshacerme de ti como si fueras basura. Siempre fuiste estúpidamente leal, hasta el último momento. —Sus palabras duelen, pero las acepto. Dejo caer la barbilla y aprieto los dientes—. Pero, al final, el estúpido fui yo. Te quería más de lo que podía soportar. Todavía te quiero. —Jenkins me roza la mejilla con sus labios; su olor a tormenta recién caída golpea mis sentidos y me hace flaquear.

Lo he echado mucho de menos. Pero ¿por qué esto me duele tanto? Me siento débil y las ganas de vomitar me suben por la garganta. Me cuesta mucho no abrazarlo. Por mucho que desee su pecho contra el mío y sentir los latidos de su corazón, me niego a acercarme a él.

Bradshaw se mueve y llama la atención de Jenkins.

—Ah. Casi me olvido de estabais ahí. Bueno, basta de reencuentros. Deberíamos volver a lo nuestro, ¿eh? —Jenkins se mete las manos en los bolsillos como si no se sintiera amenazado por nosotros en lo más mínimo. Camina para mirar a Eren. Se arrodilla a su lado y lo observa en silencio.

Las venas de Bradshaw se sobresalen en su cuello mientras observa, impotente. Tiene a tres guardias encima y no están débiles por las heridas como él.

—Se suponía que Greg iba a matar a Eren. Supongo que quería jugar con vosotros dos antes de terminar el trabajo. —Hace un ruidito a modo de desaprobación y se levanta, saca su pistola y apunta a Eren en la cabeza.

—¡No! —grita Bradshaw mientras forcejea. Otros dos soldados corren a ayudar a mantenerlo contenido. Jenkins sonríe de oreja a oreja.

Ahí está el cabrón sádico que recuerdo.

Adora ver sufrir a otras personas más que nada. El sufrimiento es su parte favorita de la vida. Mirándolo ahora, no recuerdo por qué lo apreciaba tanto. Tal vez sea por Bradshaw… porque me uní a un nuevo escuadrón y sentí lo que podía ser querer a alguien como yo.

—¡Jenkins, para! —grito, y corro hacia él. Enarca una ceja con curiosidad antes de entrecerrar los ojos y mirarme.

—¿Desde cuándo te has vuelto una blanda, Gallows? ¿No recuerdas a cuántas personas masacraste cuando suplicaban por sus vidas? ¿Cuando sus compañeros suplicaron? Los mataste delante de sus hermanos sin ni siquiera prestar atención a su dolor. No finjas que eres capaz de preocuparte por este trozo de mierda.

La amabilidad de Jenkins desaparece y su voz se vuelve cruel.

—¿Sabes lo que han hecho estos idiotas? Dirijo una operación muy sencilla. Tenemos un orden jerárquico y las cosas se hacen y punto. Nos pagan una cantidad increíble de dinero. Luego hacemos lo que

nos da la puta gana. Bueno, solíamos hacer todo eso en los Estados Unidos. Pero ¿adivinas quién lo arruinó? ¿Quién nos lo arruinó a todos? Eren Bright. Quería un trozo más grande del pastel, el cabrón egoísta. Quería el mundo para él y su hermano y no estaba dispuesto a conseguirlo por sí mismo. ¿Por qué hacerlo cuando yo ya lo tenía? Eren intentó matarme después de una reunión privada. Fue una guarrada. Imperdonable, pero aun así lo necesitaba. Así que ordené que mataran a su hermano. Ojo por ojo. —Jenkins mira a Bradshaw, congelado y respirando con dificultad bajo cinco hombres.

Matar al escuadrón fue solo una distracción para que el general no buscara a Jenkins. En realidad no significábamos nada para él. Aprieto los puños.

Jenkins me roza la mejilla con el pulgar.

—Yo te saqué, pero él te trajo de vuelta aquí, sabiendo que yo quería protegerte de esto. Te trajo de vuelta al infierno, joder. Quería usarte como escudo para su puto hermano. Eren contaba con que no me diera cuenta de que había algo que me importaba en el campo de batalla, y ¿por qué? ¿Por matar a un soldado cualquiera hace dos años?

Bradshaw deja escapar otro grito, gutural y lleno de odio. Me duele el corazón por él.

—¿Por qué me obligaste a hacerlo? —pregunto, en voz baja.

Jenkins me estudia unos segundos antes de apartar el arma de la sien de Eren. Mira hacia el techo de cristal y espera un poco antes de hablar.

—Me gustó que tus manos estuvieran tan manchadas como las mías. Y no te importaba. Nunca te importó. Mientras te mantuviera a mi lado, nada te importaba.

Me duele el pecho y miro a Jenkins con horror. Sabe exactamente en qué estoy pensando.

—Todos esos «traidores» que maté, ¿alguno de ellos era culpable

de verdad? —La ansiedad se apodera de mi vientre, helándome la sangre.

—Alguno. Te hice eliminar muchos cabos sueltos, Gallows. Muchos solo eran culpables de estar en mi camino. Mi pequeña parca. Para mi sorpresa, fuiste la única con la que no pude apretar el gatillo. Te parecías tanto a mí. Y eras una cosita preciosa. Todavía lo eres. —Baja la mirada por mi cuerpo y sus ojos se llenan de tristeza.

—Me hiciste matar a personas inocentes. —Estoy a punto de ahogarme al decirlo—. ¿A cuántas? —El pánico en mi voz hace que se me ericen los vellos de la nuca. El resto de mi cuerpo tarda más en procesar lo que acaba de decir, pero mis rodillas van primero, haciéndome caer al suelo, impotente.

—A más de las que podríamos contar, ¿recuerdas? —Me sonríe sin esperanza. Dejo caer los hombros y empiezo a jadear.

Soy la Parca. No merezco vivir, no después de lo que he hecho. Se me forma un nudo en la garganta y las lágrimas caen al suelo. Si hay una cosa que puedo hacer, es salvar a Bradshaw y a Eren. Los miro a ambos e intento memorizar hasta el último detalle.

No creo que Bradshaw se vaya a menos que le rompa el corazón. A menos que le haga ver a Jenkins la devastación con la que se marchará.

—Déjalos ir, Jenkins. Quiero quedarme contigo… Los mataré yo misma si vuelven. Lo haré yo. —Mi voz es dura y obligo a las partes sensibles de mí a volver a las profundidades. Tiemblo cuando me pongo en pie para encontrarme con los ojos de mi antiguo sargento. Ignoro la confusión y el dolor que recorren las facciones de Bradshaw.

Le tiemblan los hombros.

—No, Bun.

Jenkins frunce el ceño al oír el apodo y luego me mira.

—Deberíamos matarlos…

—Quiero que vivan y que sepan que estamos juntos aquí, entre las sombras. Que si se atreven a volver a cruzar una línea, acabaremos con ellos. —Miro con desprecio a Bradshaw y cojeo hasta estar entre los brazos de Jenkins, que duda antes de abrirlos y abrazarme. Respiro hondo por la sensación de abrigo que me invade al instante.

Me dedica una sonrisa perversa.

—¿Cómo podría rechazar una petición tan dulce de mi amor? ¿Deberíamos romperle el corazón antes de que se vaya? Sé que él cree que te ama, pero no sabe quién eres en realidad. No conoce al monstruo que yo conozco.

Jenkins me abraza, me rodea el vientre con la mano y da un beso en el cuello. Bradshaw abre mucho los ojos.

Pero solo puedo pensar en las palabras «te quiere».

Quiero decirle a Bradshaw que esta es la única manera. Él no conoce a Jenkins como yo. Los matará a los dos sin miramientos a menos que le ofrezca sufrimiento. Es lo que le excita. A Jenkins le gusta cuando hago que la gente sufra en su nombre.

—Levántalo para que pueda mirar. —Jenkins me da un beso en la mejilla y el calor emana donde me toca. Lo odio por lo que ha hecho. Lo odio por lo que es. Y, sobre todo, lo odio por convertirme en un monstruo también. El odio y el amor bailan una línea perversa. En el fondo, sé que siempre amaré a Jenkins.

Pero me alivia que los perdone. Me quedaré aquí en el infierno con él, con mi diablo.

Sus manos se mueven como recordaba, suaves y delicadas, levantándome la camiseta y bajándome los pantalones como lo haría un amante. Me toca el cuerpo y me roza con los dedos los agujeros de bala y los cortes que tengo en la piel, los recientes y los antiguos. Miro fijamente a Bradshaw. Lo miro todo el tiempo que puedo. Memorizo cada detalle de su rostro, cada surco de su piel. Él será lo último en lo que piense cuando muera.

Lo quiero… Lo quiero, y nunca voy a decírselo. No se irá si lo hago.

Bradshaw mira cómo Jenkins me toma. Todos los hombres de la sala lo hacen. Pero mi mente es de acero. Me aferro a las lágrimas de Bradshaw mientras caen por su cara manchada de sangre. Las cuento a medida que caen. Entonces me doy cuenta de que yo también estoy llorando.

Jenkins me lame las lágrimas y me susurra cosas dulces en el oído. Cuando termina, me quedo tirada con su chaqueta sobre los hombros y el semen goteándome entre las piernas.

—Y ahí está un hombre con el corazón roto —se ríe Jenkins. Me acompaña hacia el suelo con ternura y me permite acercarme a Bradshaw. Subestimé lo mucho que le gusta el sufrimiento. O quizá hice la vista gorda porque no quería ver su lado más oscuro.

Me arrodillo junto a Bradshaw y miro sus ojos azules como el hielo una última vez.

—Te irás de este sitio y nunca mirarás atrás. —Es lo único que consigo decir. Lo hago sonar todo lo cruel que puedo.

Bradshaw estudia mi cara. Su expresión es tan emocionalmente desgarradora que hace que se me parta el corazón.

—¿Crees que voy a dejarte? Esto no es un adiós. —Su voz áspera me desgarra el alma.

Niego con la cabeza.

—Lo es. Vive tu vida y olvídate de mí. —Bradshaw se inclina y me besa. Cierro los ojos y dejo que sus preciosos labios se posen en los míos antes de darme cuenta y apartarlo de un empujón.

«No dejes que se quede».

—No hay vida sin ti. No la había antes y te aseguro que no la habrá después, joder —susurra. Sus ojos se entrecierran por la tristeza—. Te quiero, Bunny

Él… me quiere. No sabía cuánto podían doler esas palabras, sobre todo cuando no puedes tener lo único que amas.

Jenkins se mueve detrás de mí y me aferro con más fuerza a la chaqueta que me cubre el cuerpo. Dejo que una pequeña parte de mi alma se desgarre cuando me obligo a pronunciar las palabras.

—Déjame atrás, Bradshaw.

Suelta una carcajada rota, las lágrimas le caen hasta la boca.

—¿Me quieres?

No puedo decírselo. «No puedo».

La sonrisa de Jenkins se vuelve sombría mientras espera mi respuesta.

Si se lo digo, solo conseguiré prolongar nuestro dolor. Mi mirada vacía hace que Bradshaw apriete los dientes y algo cambia en sus ojos. Reconozco un corazón roto cuando lo veo romperse delante de mí y no sé cómo voy a vivir con ello.

Jenkins cumple su palabra. Manda a Eren de vuelta con Bradshaw y vemos cómo se marchan desde el tejado de la fortaleza. El escuadrón Malum se reúne con ellos a medio kilómetro de distancia y desaparecen en las montañas del Labrador.

Bradshaw se marcha sin mirar atrás, llevándose consigo lo que quedaba de mi corazón.

CAPÍTULO 37

NELL

TRES AÑOS DESPUÉS

Un monstruo tiene muchas caras, pero Jenkins solo me muestra la que más admiro. Valoro nuestros paseos matutinos por los lagos helados, las largas mañanas en la cama y los lujosos viajes en avión a Londres y a Florencia. Cumple todos mis deseos. Si no hubiera conocido a Bradshaw, lo amaría por completo. Estoy segura de ello.

Me permitiría ser la vil máquina de matar que una vez fui, pero me aferro a la esperanza de que algún día pueda volver a ver a Bradshaw, quizá de casualidad. Ahora tiene que verse más mayor, a mediados de la treintena. Incluso yo parezco mayor. Aunque ahora apenas me reconocería.

Tres años es mucho tiempo.

No he matado a nadie desde la noche en que nos capturaron. Jenkins me deja estar a su lado y observar cómo hace el trabajo sucio, pero nunca me pide que participe.

Eren se alegraría si pudiera verme ahora, con los vestidos que llevo y la ropa de calle con la que salgo en vez de con el equipo táctico y los chalecos.

«Sí, ni siquiera me reconocerían», pienso.

—¿Por qué sonríes, amor? —Jenkins me da un beso en la nuca mientras nos revolcamos entre las sábanas. Sonrío al ver el sol que se eleva sobre las montañas cubiertas de niebla.

Han pasado dos años desde la última vez que volvimos al Labrador. Esa tierra aún guarda muchos recuerdos y dolor, pero el tiempo es una cosa salvaje. Hace que las cosas más crueles duelan menos.

—Oh, por nada —murmuro. El pelo rubio claro de Jenkins todavía está despeinado por haber dormido y sus ojos oscuros se iluminan con una sonrisa somnolienta.

—Demos un paseo; algunos de los soldados dicen que un alce merodea por el lago en esta época del año. —Respira sobre mi clavícula, dejando un beso sobre mi piel mientras su mano se desliza por mi brazo.

—Ah, ¿sí? Me parece que hace demasiado frío para que anden por ahí —digo mientras salgo de la cama y me pongo unos *leggings* y unas botas. Es pleno invierno, pero me encanta ver cómo se forman las estalactitas de hielo a lo largo de la noche. Se supone que nevará más tarde, así que será mejor que nos vayamos ya.

Jenkins me toma de la mano y la mete junto a la suya en el bolsillo de su abrigo. Caminamos sin hablar, como de costumbre; me gusta su silencio. A menudo me pregunto en qué estará pensando. Solo hablamos cuando llegamos al lago helado. El hielo cerca de la orilla es hermoso, cristalino, y deja, ver las rocas que hay debajo. Los árboles de esa zona están desnudos y el viento ha arrancado toda la hierba alta. Las ramas están cubiertas de estalactitas de hielo. Sonrío por lo compleja que es la naturaleza.

—¿Puedes tararearme esa canción? —pregunta Jenkins, lanzándome una mirada anhelante. Sonrío y asiento con la cabeza.

Davy Jones de Hans Zimmer. Es su favorita. Jenkins se aficionó más a la música después de nuestro primer año juntos. A menudo, lo

encuentro en su sala de guerra mirando el terreno con ojos cansados. Hace tiempo que perdió su ambición por el mercado negro, ahora se encarga sobre todo de que sus lugartenientes dirijan la mayoría de las cosas mientras nosotros pasamos tiempo juntos.

Creo que lo he cambiado en estos pocos años. La oscuridad de sus ojos se ha desvanecido y ha sido sustituida por el anhelo de cosas que no puedo darle.

Nuestros costados están pegados mientras tarareo la canción en voz baja. Él cierra los ojos y escucha con atención.

Se queda callado tanto tiempo que me sobresalto cuando por fin habla.

—¿Recuerdas cómo te miró ese hombre antes de que los dejásemos ir? —pregunta Jenkins de la nada. Su aliento flota en el aire gélido.

Enarco las cejas. No ha hablado de Bradshaw desde la noche en que los dejó marchar.

Asiento con la cabeza.

—Te miró y vi el peso del universo en sus ojos. —Jenkins me observa; nuestras dos formas vestidas de negro son el único contraste con la blanca nieve—. ¿Sabes…?, te vi mirarlo de la misma forma.

El dolor de una vieja herida me duele en el pecho. Nunca olvidaré cómo me observó Bradshaw aquella noche. Cómo me sentí al oír sus palabras y cómo me miró, destrozado, cuando no le correspondí.

Cierro los ojos. Me pregunto si ha podido vivir una vida normal, sentar la cabeza y tener una familia como él quería. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Por qué sacas este tema? —pregunto, en voz baja.

Jenkins me roza la mejilla con el pulgar.

—Nunca me has mirado como a él. Ni una sola vez.

La parte de mí que ama a Jenkins duele.

¿En serio?

«Tiene razón».

Asiente y respira hondo, sonriendo un poco al contemplar el paisaje. Un ruido en la nieve detrás de nosotros me hace mirar por encima del hombro.

No sé lo que esperaba. Tal vez pensé que podría ser Bradshaw, después de haber visto a través de mis mentiras esa noche. Se me cae el alma a los pies cuando veo que solo son los dos soldados encargados de seguirnos esta mañana.

—No pasa nada. No necesito que me correspondas con tu amor. Me basta con tu presencia.

A veces, me pregunto si desea con desesperación oírmelo decir. Mis ojos se elevan hasta los suyos.

—¿Es suficiente? —Apoyo mi mano en su mejilla.

Cierra los ojos y unos mechones de su pelo suave me hacen cosquillas en el dorso de la mano.

—Mi amor basta por los dos. Mientras sepas que eres mi mundo, es suficiente.

Nos tomamos de la mano durante el camino de vuelta y no volvemos a hablar de Bradshaw o de esa noche.

CAPÍTULO 38

NELL

SEIS MESES DESPUÉS

Jenkins se fue a Londres anoche. Ha estado preocupado por algo que está pasando con sus operaciones allí. Sé que han movido un gran barco de suministros durante la última semana, pero no es raro que no me cuente lo que pasa. Tampoco me interesa saber todos los detalles.

Encuentro consuelo en pasar tiempo a solas. Bueno, aparte de los dos soldados que me acompañan a cualquier sitio fuera de mi habitación. Me recuerdan constantemente que mi vida con Jenkins no es una elección, aunque hace tiempo que estoy en paz con ello.

En el fondo creo que Jenkins sabe que podría considerar la idea de irme si tuviera la oportunidad, pero no me molesta mi vida con él. Nuestras noches son agradables y los días, tranquilos.

Creo que eso es lo que no le deja dormir. Lo que le hace mirarme mientras cree que estoy dormida. Sus dedos temerarios se deslizan por mi garganta, sus labios besan mis cicatrices. Por mucho que le guarde rencor por lo que ha hecho, le sigo queriendo. Nuestro amor es antiguo, desgarrador y está podrido hasta la médula, pero es nuestro.

Estamos a finales de junio y por fin están brotando las flores de la ladera. Me llevo una manta y unos panecillos para hacer un pequeño picnic. Drake y Paul son los guardias que tengo asignados y se han encariñado bastante conmigo, sobre todo después de que Jenkins les hiciera saber que yo era especial para él.

Creo que Paul todavía está un poco resentido porque a su antiguo compañero le clavaron un cuchillo en la cabeza, igual que a Greg, por tocarme.

—¡Eh, por fin están abriéndose las amapolas! —Drake parece más emocionado que yo. Se arrodilla con su uniforme militar y arranca un par de las miles que plantamos el verano pasado. Lleva el pelo castaño claro corto con un corte degradado a los lados.

Sonrío al ver el paquete que me tiende. Paul se limita a extender la manta y agarrar un panecillo. Nos sentamos en un pequeño círculo y compartimos nuestras aburridas vidas como tres personas que no hacen literalmente nada.

—¿Alguna vez pensáis en dejarlo? ¿En dejar este mundo y vivir una vida normal? —pregunto distraída mientras paso las páginas de un libro de romántica.

Comparten una mirada antes de girar sus cabezas hacia mí. Presto atención y espero a que me respondan. Drake mira a nuestro alrededor, incómodo.

—Nadie se va, Nell. La única forma de irse es morir —murmura.

Frunzo aún más el ceño.

—¿Qué? —¿Jenkins no les da condiciones como en las fuerzas oscuras? Eso me parece injusto, considerando lo en contra de esa regla que estaba cuando servimos para Riøt. Siempre pensó que los indultos debían darse antes. Sabía tan bien como yo que el general era partidario de que los soldados «expiraran» en el campo de batalla en lugar de ganarse la libertad, así que me sorprende que haya adoptado una regla aún más cruel.

Paul asiente con la cabeza.

—Es un compromiso de por vida. Da igual si luego cambias de opinión. Los secretos y la información que tenemos de sus negocios de armas son demasiado confidenciales como para que se filtren.

—Menuda mierda —suelto dándole mordisquitos a mi bollo, pensando en mi despiadado Jenkins—. ¿Os irías? Si fuera una opción. —Estudio con atención sus expresiones.

Drake baja la mirada y es Paul el que me sorprende.

—Yo sí. —Drake levanta la cabeza hacia él y su expresión se llena de alarma.

—No puedes decir eso —sisea Drake.

Paul le resta importancia.

—Es Nell. No va a decirle nada a Jenkins.

Sonrío por la fe que tiene en mí.

—¿Y tú, Nell? ¿Es aquí donde quieres estar? —Drake se termina su bollo y se inclina sobre las rodillas.

Mi mentira sale cargada de pena.

—Sí, claro.

Vuelvo a pensar en Bradshaw. Vive en mi mente de la misma forma que antes vivía Jenkins; la forma en la que han intercambiado lugares es curiosa. Me pregunto si consiguió que Eren volviera sano y salvo a casa. Sonrío al imaginármelo en su tabla de surf, haciendo cosas cotidianas. ¿Cómo serían sus hijos?

Me duele el alma y tengo que cerrar los ojos ante los recuerdos.

Mi hogar siempre estará con Bradshaw. Ojalá pudiera recordar su sonrisa en lugar del dolor que vi antes de que se marchara.

El mundo es mejor sin monstruos como yo en él. No lucho contra mi destino, aunque me duela a rabiar.

Pero, a veces, lo imagino volviendo a por mí y envolviéndome entre sus brazos.

Paseamos por el lago y recogemos más flores antes de la puesta

de sol. Después vuelvo a mi habitación, me tumbo sobre mis caras sábanas y miro al techo. Observo las texturas de la pintura como cada noche, cuando intento conciliar el sueño, pero esta noche no puedo dormir.

La puerta de mi habitación chirría al abrirse, pero ignoro la visita. Los soldados pasan cada hora para asegurarse de que estoy aquí y no huyo, a veces antes si Jenkins está nervioso mientras está fuera.

El hombre se acerca al borde de la cama y se queda ahí en silencio hasta que ya no puedo ignorarlo. Me apoyo sobre los codos y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué te crees que estás…? —Se me entrecorta la respiración cuando miro fijamente a un hombre vestido con un uniforme negro. La máscara le cubre la parte inferior de la cara, pero lo reconozco por la forma de sus mejillas y los ojos claros y rotos que me miran con dolor—. ¿Bradshaw? —Mi voz es débil. No puedo moverme. Estoy paralizada por las emociones que se filtran en mis venas.

—Hola, Bunny. —Le tiembla la voz y baja despacio hasta ponerse de rodillas donde mis piernas cuelgan sobre el borde de la cama. Sus manos enguantadas me tocan los muslos con suavidad y me derrumbo con él.

—Se suponía que no ibas a volver a por mí, idiota. —Sollozo. Me seca las lágrimas a la vez que me abraza.

—Nunca me fui, Bun. Mi corazón y cada uno de mis pensamientos han estado aquí contigo todo este tiempo. Si eso me convierte en un idiota, entonces me importa una mierda. Sin ti no soy nada. —Se quita la máscara y puedo ver su hermoso rostro. Muevo las manos con cuidado hacia su mandíbula, trazando las líneas de sus huesos y observando cómo le ha cambiado el tiempo en solo tres años y medio.

Tiene cara de haber pasado las mismas noches en vela que yo. Sus ojos han perdido la ira y la rabia, y han quedado sustituidas por

el dolor y la nostalgia. Tiene algunas arrugas más alrededor de los ojos y lleva la barba un poco más desaliñada que como solía llevarla. El tiempo no ha cambiado su alma hastiada, pero ahora hay mucho dolor que antes no había.

Los ojos de Bradshaw recorren mi rostro como si también estuviera asimilando quién soy ahora. Por un momento me preocupa que odie lo que ve, una soldado derrotada que se ha entregado a la oscuridad, pero su sonrisa rota me dice que solo está triste por todo el tiempo juntos que hemos perdido.

—¿Vas a matarme por haber vuelto? —bromea y le doy un empujón, con las lágrimas aún cayéndome por las mejillas.

—No te atrevas a bromear con…

Sus labios chocan contra los míos, se tragan cualquier cosa que pudiera decir. Bradshaw me empuja hacia atrás hasta que caemos sobre las sábanas. Gime cuando mis manos se enredan en su pelo. Me muerde el labio inferior con suavidad antes de mirarme a los ojos.

—Nunca volveré a dejarte ir, Bun. Jamás. Siempre me has pertenecido. Me importa una mierda lo que me dijiste esa noche. Sé que mentiste para que me fuera. —Desciende por mi barbilla y me pasa la lengua por la garganta mientras me desabrocha la camisa del pijama. Sus manos callosas me provocan un escalofrío.

—Siempre he sido tuya —susurro.

Levanta la vista y se me queda mirando, completamente sorprendido.

—¿En serio?

Me río de lo inocente que suena.

—En serio.

Bradshaw sonríe y sigue besándome por el esternón antes de centrarse en mis pechos. Me toca uno mientras chupa el otro pezón, las yemas de sus dedos recorren mi costado. Me roza la caja torácica

con el pulgar y se detiene en la cicatriz que me hizo hace tanto tiempo.

«Su marca».

Se detiene, tiene los labios calientes contra mi piel.

—Te gustó que te la hiciera, ¿verdad? —Tiene una voz nostálgica, pero hay una gota de lujuria que resbala por su lengua—. Vi cómo apretabas las piernas y cómo se te oscurecían los ojos. Entonces supe que eras algo peligroso que no debía desear.

Un destello de calor se agolpa en mi interior y aprieto los muslos para contener la excitación que me produce el recuerdo de su crueldad. ¿Cuántas horas he deseado que estuviera aquí? ¿Cuántas noches sin dormir he pasado soñando con tener sus manos sobre mí otra vez?

—Amé cada segundo —confieso, temblorosa.

Se ríe y me presiona un poco la cicatriz. Una pizca de dolor recorre la piel sensible y, por instinto, le agarro la mano. Vuelvo a apoyar la cabeza en el pliegue de su hombro y mis caderas se mueven contra su entrepierna.

Bradshaw no deja que el movimiento desaparezca. Deja caer los labios hasta mi hombro y me muerde. Me escuece, pero no rasga la piel.

Mis labios se separan para gritar, pero me mete dos dedos en la boca.

—No muerdas —me susurra en el oído. Me acaricia los dientes antes de meter los dedos más adentro y hacer presión sobre mi lengua.

¿Qué dios haría a un hombre como Bradshaw? Ha logrado la misión imposible de volver a mí y, en lugar de sacarme corriendo, se toma su tiempo para saludarme a conciencia. La húmeda excitación que me crece entre los muslos me corta la respiración por la necesidad.

Mi boca se cierra alrededor de sus dedos y empiezo a chuparlos, dando vueltas juguetonas con la lengua. Se acomoda en la cama detrás de mí y suelta un fuerte suspiro antes de volver a acercar esos dientes venenosos a la piel sensible que tengo justo debajo de la oreja.

—Echaba de menos hacerte pedazos —dice con un tono peligroso, y me saca los dedos de la boca despacio, rozándome el labio inferior con las yemas de los dedos, como si disfrutara de la sensación.

Su equipo táctico está frío a mi espalda.

—He hecho pedazos a hombres mucho peores que tú —murmuro.

Se ríe, me tumba boca arriba y se arrodilla sobre mí. Tiene el pantalón abultado por esa enorme polla que recuerdo con tanto cariño. Se le agita con sus músculos y me mira como si llevara años muriéndose de hambre.

—¿No odias esta parte de mí? —Baja su frente hasta la mía.

—¿Qué parte? —pregunto, centrándome más en la mano que me acaricia el pecho.

—La del monstruo que solo te desea.

No me da ni un segundo para responder; sus labios se estrellan contra los míos y por primera vez en tres años y medio, vuelvo a sentirme completa. El fuego de mi pecho, que siempre ardía más cerca de Bradshaw, vuelve a la vida.

Bradshaw me abre los labios con la lengua y yo le permito entrar con impaciencia. Nuestras lenguas se persiguen: calientes, húmedas, devoradoras. Todos mis sentidos se concentran en él. En el calor de su cuerpo, en la dureza de su pene, en los profundos y salvajes gemidos que emite cuando baja sus caderas hacia las mías y empieza moverse contra mí. Mi fino pijama y sus pantalones son las únicas barreras que nos separan, lo que hace que la sensación de su bulto recorriendo mi abertura sea casi insoportable.

Interrumpe nuestro beso y se separa de mí lo suficiente para

observar mis facciones. Sus ojos, entornados, recorren mi rostro mientras mueve las caderas.

—Es el monstruo que llevo dentro —consigo decir entre gemidos en voz baja. Levanta la ceja—. Que anhela al que hay en ti.

Esa sonrisa enfermiza suya que tanto me gusta vuelve a sus labios.

—Esperaba que dijeras eso. —Deja caer sus labios sobre mi garganta y me besa el pecho mientras desliza la mano por debajo de mi ropa interior—. Ay, Bunny, cariño. ¿Yo he hecho llorar así a tu coño? ¿Cuántas noches te has masturbado pensando en mí? —Prácticamente gruñe con los dientes apretados sobre mi teta, burlándose con un poco de presión y el roce de su lengua sobre mi piel sensible.

—Muchas —gimo mientras me mete dos dedos. Mi espalda se arquea y su pecho vibra con un suave gemido. Bradshaw me suelta el pezón y sigue bajando por mi vientre con besos húmedos y mordiscos juguetones hasta llegar a mi clítoris.

—Espera —suspiro.

Su lengua se desliza dentro de mí y me retuerzo entre sus manos.

Mis dedos se enroscan en su pelo mientras recorre mi centro como una bestia. Mi cabeza cae hacia atrás y suelto un grito ahogado. Bradshaw gime de placer, apretándome los muslos a la vez que me devora.

Se separa y la saliva sigue uniéndonos durante un segundo antes de romper la conexión. Bradshaw se relame y me mira con los ojos entornados.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Bun. Quiero borrar de ti todo rastro de él. —Se desabrocha el cinturón y el botón antes de bajarse los pantalones y liberar su polla empalmada—. Ningún corazón es tan frío como lo ha sido el mío estos últimos años.

Despacio, me incorporo y gateo hacia él. Se levanta y me pasa la

mano por la cabeza, enredando los dedos en mi pelo y cerrando el puño con fuerza.

Me meto el glande en la boca y le miro como sé que le gusta. Sus ojos se relajan por el placer y veo que los demonios que mantiene encerrados empiezan a concederle un poco de paz.

Soy su única vía de escape de los duros pensamientos que le recorren la mente. Él también es mi única vía de escape. Y durante años, hemos sufrido.

No más sufrimiento.

No más dolor.

Mi lengua envuelve su piel venosa mientras lo tomo más profundo. Me agarra del pelo y abre la boca. Me lo meto más adentro, hundiendo las mejillas y parpadeando para que no se me salten las lágrimas. Bradshaw mece sus caderas contra mi boca y yo sigo el movimiento, dejando que mis dedos encuentren mi clítoris.

—La sensación de tus labios alrededor de mi polla es la hostia. Déjame seco, cariño —jadea entre una embestida y otra. Sus sucias palabras hacen que me recorra otra oleada de calor.

Deja de mover la polla y se aparta de mi boca. Enseguida se agarra el pene con la mano y se masturba a la altura del glande antes de ordenarme que me tumbe. Hago lo que me dice.

—¿Tenemos tiempo para esto? —intento razonar. Nuestras respiraciones son el único sonido en la oscuridad de mi habitación. Pronto, los soldados vendrán a ver cómo estoy.

Arquea una ceja.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Asiento con la cabeza, sonriendo con tanta picardía como él.

—Es probable que tengas razón. No tenemos tiempo. —Se levanta y mira su reloj táctico. Pone cara de pena y suspira—. No lo tenemos.

—Te lo dije —bromeo, pasándole la mano por la mandíbula. Se

apoya en ella y cierra los ojos. Siento que necesito pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando. Pero está aquí de verdad.

De repente, noto un dolor que se apodera de mi pecho al pensar en cómo se tomará Jenkins la noticia de que le dejo, porque sé que nunca me dejará marchar.

CAPÍTULO 39

BRADSHAW

He esperado durante años esta noche. Habría esperado muchos más si hubiera tenido que hacerlo. He movido montañas para rescatarla. Y cada gota de sudor, sangre y lágrimas ha valido la pena.

Bunny me acuna la mejilla con su suave mano. La sensación es muy diferente a como era antes. Los callos han desaparecido y también todas las marcas de la guerra que tenía en la piel. La última vez que la vi tan de cerca estábamos cubiertos de sangre y muriendo muy lentamente. Me dijo cosas crueles y me rompió el corazón.

Respiro al ver que se sintió aliviada al verme.

—Vamos, Bun. He traído tu uniforme. —Aparto la mochila, abro la cremallera y le entrego el equipo táctico. Abre mucho los ojos y mira el equipo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué ocurre?

Ella niega con la cabeza.

—No he llevado uniforme desde nuestra última noche juntos. —Puede que no, pero aun así no me gustaría pelear con ella en un tatami.

—¿Aún sabes disparar? —pregunto, con la preocupación aflorando en mi voz. Mi plan de huida incluía que ella estuviera a mi lado.

Bunny se ríe y eso me calienta el corazón. La he echado muchísimo de menos. Me tiemblan las manos pensando en cómo me obligué a alejarme. Si Eren no hubiera estado al borde de la muerte… Sacudo la cabeza. «No revivas todo el sufrimiento», me regaño.

Sonríe, burlona.

—Pues claro. ¿Qué otra cosa puedo hacer aquí aparte de prácticas de tiro? Pero prométeme que no mataremos a nadie a menos que tengamos que hacerlo. Estos hombres no son malos. Solo son leales a un imbécil, como tú con Eren. —Se quita el pijama y busco en su piel moratones o cualquier señal de maltrato, pero está ilesa. Eso me quita un peso de encima que me ha estado asfixiando poco a poco.

—¿Ha sido bueno contigo? —No puedo mirarla a los ojos mientras pregunto. La culpa ha sido mi amiga durante tres horribles años.

Me da un beso en la mejilla y me obliga a mirarla.

—Me trató como a una reina. Nunca me faltó de nada. —Oh. Llego demasiado tarde…—. Nada salvo tú. Nunca podré amarlo como a ti, Bradshaw. Fue bueno conmigo…, pero no eres tú.

Me desinflo y aprieto mi frente contra la suya.

—¿Estás segura? No puedo ofrecerte estos lujos, Bun. No puedo llevarte a Londres ni a Italia por capricho ni darte vinos caros. De hecho, ni siquiera estoy seguro de poder ofrecerte mucho más que un lugar acogedor donde acostarte por las noches.

Suelta una dulce carcajada antes de darme un beso en los labios.

—¿Has estado vigilándome? —En sus ojos se dibuja la esperanza por mi respuesta, como si cada vez que se tumbase en los soláriums de los mejores hoteles de Londres esperara que yo la estuviera observando.

«No se equivoca».

—Siempre. He estado observándote todo este tiempo. A veces con unos prismáticos o desde el otro lado de la habitación. Otras veces

desde vigilancia. He estado contigo. Cada paseo a la luz de las estrellas que dabas con él, cada pequeña mirada por encima del hombro esperando a alguien. A mí. Yo estaba allí. Nunca te dejé atrás. —Sus ojos se llenan de lágrimas y es suficiente para que me desmorone.

Me mataba no saber nunca si lo amaba como me amaba a mí. Vi cómo se la follaba muchas veces. Los vi dormir juntos plácidamente y besarse como viejos amantes. Pero nunca la vi decirle que lo amaba. Ni una sola vez.

—¿Por qué has tardado tanto? —murmura después de inclinarse para besarme con una sonrisa amable.

La miro fijamente y se me atragantan las palabras.

—Jenkins es muy cuidadoso. Tiene la seguridad más extrema del mundo. Eren y Jefferson acabaron con su división más importante en Europa hace unos días. En el momento en que Jenkins mordió el anzuelo yo estaba sobre el terreno y en camino. Te lo prometo, Bunny, no ha pasado ni un día en el que haya descansado. Ni uno.

—Deberías haberte olvidado de mí. —Sus ojos se llenan de dolor mientras desliza la mano por mi pecho.

—Imposible. —Agarro su mano y la aprieto contra mi corazón—. ¿Lo sientes, Bun? Solo late por ti. Bones lleva años muerto. Desperté otra vez cuando te besé. —Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero sé que mis palabras le llegan.

—Te quiero, Bradshaw.

Mis ojos se abren de par en par y un latido me atraviesa el pecho. Esperaría toda una vida para oír esas palabras. Su sonrisa es todo con lo que he soñado.

—Yo también te quiero. Quiero que me lo digas mil veces más. —Le doy un beso en la frente—. Cuando lleguemos a casa.

—Guíeme, señor —me dice, subiéndose la máscara y guiñándome un ojo.

Dios, la he echado muchísimo de menos.

—Nos mantendremos en el ala oeste y saldremos a la terraza con vistas al lago. —Sé que es la que más frecuenta. No le diré que me he sentado al otro lado de ese lago olvidado de la mano de Dios durante más horas de las que nadie debería, viéndola contemplar la naturaleza como un cachorro enamorado. Vi a Jenkins llevarla allí y besarla. Ella lo tocaba con adoración y, por más que lo intentaba, no podía apartar la mirada.

Me dolía. Siempre me dolió.

Y sé que una parte de ella siempre lo querrá.

Eren conocía su historia. Me lo advirtió en cuanto despertó en Coronado.

—¿Estás seguro de que quiere que la rescaten? Parece que quiere estar con él. ¿Qué pasa si apareces y ella no quiere volver? —Eren se sentó en la cama del hospital, con el pelo revuelto y el cuerpo vendado—. Por algo se quedó.

Lo fulminé con la mirada.

—Nos salvó la vida.

Eren apartó la mirada; él también lo sabía. También sabía que le había dado a Jenkins la única ventaja que podría tener sobre él. Vi con qué facilidad mataba a la gente ese hombre.

Sabía que habíamos terminado con esa mierda del mercado negro. Eren quería abandonar el juego.

—Me sorprende que cediera a sus exigencias. No pensé que… nos dejaría ir así —dije con la respiración entrecortada y agaché la cabeza.

Eren había soltado una carcajada cruel.

—Idiota. Está obsesionado con ella y si no nos dejaba ir, sabía que lucharía hasta que muriera ella o muriera él. Dejarnos ir fue una elección fácil para él… Tienes que recordar que esos dos estuvieron juntos durante

años. Ella le es leal, Bradshaw.

Pensé que no, que no lo era. Me importó una mierda lo que dijo. Solo lo dijo para herir mis sentimientos. Se entregó por nosotros.

—Voy a recuperarla contigo o sin ti. —Me levanté y caminé hacia la puerta.

—Bien —espetó Eren después de gruñir—. Pero no podemos volver allí sin más. Estará preparado y no tiene nada que perder. Ahora tiene a su reina bajo el brazo.

Me quedé mirando la puerta unos segundos antes de volverme hacia él.

—Entonces, ¿cómo?

Se encendió un cigarrillo y aspiró el humo despacio.

—Déjamelo a mí. Conseguiré que algunos de mis colegas en Europa muevan las cosas. Pero va a llevar tiempo, Bradshaw. Vamos a tener que ser cuidadoso y esperar. La paciencia es el punto fuerte de Jenkins. Tenemos que mover los hilos cuando podamos y esperar que todo salga bien.

Mi corazón se partió en ese momento.

—¿Cuánto tiempo?

Eren me lanzó una mirada cansada y llena de lástima que me desgarró el alma.

—¿CUÁNTO? —Acorté la distancia que nos separaba en unas pocas zancadas y le agarré del cuello de la camiseta con los puños. Mi hermano se quitó el cigarrillo de los labios y suspiró.

—Al menos dos años.

Dos…

Después fueron tres.

Y después me cansé de esperar.

No podía aguantar más, aunque fuera arriesgado adelantar los plazos. Necesitaba volver a por Bunny. Para abrazarla y besarla. Para decirle que me moría más cada vez que la veía esperando a que yo apareciera. Sus ojos

tristes cuando Jenkins la besaba.

Le había dejado detallitos que esperaba que viera y supiera que la estaba observando. Que siempre estaba con ella.

Un conejito en medio del campo. Los dibujos en la condensación de las ventanas de su hotel. Las pegatinas de conejitos en los menús de los restaurantes que frecuentaba.

—¿Preparada? —pregunto con la mano en la puerta y admirando la feroz expresión que recuerdo cuando vuelve a ocupar su lugar en su rostro.

Ella asiente y yo abro la puerta.

CAPÍTULO 40

NELL

Avanzamos por el ala oeste como si no nos hubiéramos perdido ni un latido del otro, silenciosos y letales. Rezo para que no tengamos que matar a nadie, pero sé que, si llega el momento, podríamos no tener elección.

Nuestra suerte se mantiene mientras nos escabullimos por el último pasillo, pero termina de golpe cuando Paul y Drake doblan la esquina. Me quedo inmóvil, con la pistola apuntando hacia delante y el dedo acariciando el gatillo.

«Ya no soy un monstruo. No cuando conozco sus sueños».

Pongo la mano en el hombro de Bradshaw y él me devuelve la mirada.

—A ellos no. Son mis guardias. —Su mandíbula se tensa, pero asiente con comprensión. Estoy segura de que los ha visto siguiéndome constantemente. Nos agachamos y esperamos a ver qué hacen. Durante un rato, se quedan en el pasillo charlando.

«Moveos, por favor. No hagáis que nos enfrentemos a vosotros».

Una alarma suena en el pasillo.

—Joder. Lo siento, Bun. Vamos a tener que…

—Espera, déjame hablar con ellos. —Me apresuro a levantarme, pero Bradshaw me agarra de la muñeca.

Su voz es fría.

—No tenemos tiempo. Si oponen resistencia… Tenemos que irnos. Es nuestra única oportunidad. —Asiento y salgo al pasillo a toda prisa.

Drake y Paul levantan sus armas al instante. Me quito la máscara y corro hacia ellos; sus ojos se nublan de incertidumbre.

—Nell, ¡¿qué haces?! —sisea Paul y mira rápidamente a su alrededor antes de inclinarse hacia mí—. ¿Sabes lo que hará Jenkins si se entera de que estás intentando marcharte?

—Jenkins no está aquí. Tenemos que irnos ya. Es mi única oportunidad. Por favor —les suplico. Pero sé que han oído «tenemos» más que cualquier otra cosa. Sus cabezas se giran hacia Bradshaw, que se acerca con cuidado con su M16 desenfundada.

Los dos le apuntan con sus armas. Sus frentes se llenan de sudor.

—Jenkins está volviendo mientras hablamos. Quería regresar pronto para darte una sorpresa —dice Drake, mirándome fijamente. «Mierda».

—Podéis venir con nosotros. Queréis largaros, ¿no? Esta es vuestra oportunidad.

—Bunny —sisea Bradshaw, que tiene el dedo en el gatillo.

Tienen una expresión contrariada. Sé que no me dispararán. Jenkins los mataría sin piedad.

—Vámonos —digo con dulzura, y camino entre las armas que se apuntan la una a la otra. Bradshaw duda antes de bajar la suya y seguirme. Corremos hacia la terraza sin mirar atrás. No estoy muy segura de lo que les pasará a esos dos, pero al menos no han hecho nada para detenernos.

Bradshaw es el primero en saltar y yo le sigo.

—Eso ha sido arriesgado —murmura en el segundo en que mis botas tocan el suelo.

—Si quisieran matarnos, lo habrían hecho —contesto.

—Pueden decirles a los demás en qué dirección hemos ido. —

Corremos a través de la hierba alta. El aroma de las amapolas del campo que hay cerca me hace cosquillas en la nariz.

«Espero que no lo hagan». Pero sé que Jenkins puede hacer que la gente hable muy rápido.

La ansiedad se apodera de mí cuando un helicóptero nos sobrevuela en dirección a la fortaleza. Sé que es Jenkins y que está a punto de volver al caos. ¿Cuánto tardará en darme caza? Se me revuelve el estómago.

Bradshaw no me devuelve la mirada mientras nos deslizamos por una pendiente embarrada, pero su voz es firme.

—No te preocupes. No dejaremos que te atrape.

Mientras nos ponemos de pie y empezamos a avanzar de nuevo frunzo el ceño, confusa.

—¿«Dejaremos»? —pregunto.

Se detiene y se vuelve para mirarme. Se quita la máscara y me dedica una sonrisa que me encoge el corazón.

—¿Creías que íbamos a enviar a nuestro psicópata favorito aquí solo, pequeña bun-bun? —Jefferson sale de entre la maleza, con la cara completamente cubierta de barro para camuflarse.

—¡¿Jobs?! —Suelto un chillido vergonzoso mientras salto a sus brazos. Se ríe y me acaricia la cabeza.

—Malum no deja atrás a los suyos —dice Pete con orgullo mientras sale de entre los arbustos y me apoya una mano en el hombro.

Harrison se coloca junto a Jefferson y me guiña un ojo.

—¿Nos has echado de menos?

Eren se pone al lado de Bradshaw y me ofrece la mano. Le miro fijamente durante un momento. Este es el hombre que planeaba servirme a Jenkins muerta y en bandeja de plata. Todo esto fue culpa suya, pero el tiempo tiene una forma curiosa de acabar con la ira.

—Bunny. Me alegro de volver a verte —murmura en voz baja, con

remordimiento.

Acepto la mano y sonrío.

—Me alegra estar de vuelta, Sargento.

Me sonríe antes de volver a centrarse.

—Bueno, ¡dejemos de perder el tiempo y volvamos al punto de extracción, soldados! —grita y todos nos ponemos en marcha. Me lanza una sonrisa pícara antes de asentir con la cabeza en dirección a su hermano.

Nos ponemos las gafas de visión nocturna y nos movemos con rapidez a través del frondoso bosque. Poco tiempo después, ya nos hemos adentrado más en las montañas de lo que he estado desde nuestra última misión. El norte del Labrador es un lugar traicionero, los animales salvajes dan miedo por sí solos.

La primera hora es una gozada. Recorremos una gran distancia antes de oír el rugido de los vehículos de cuatro ruedas en algún punto más allá de los árboles. Mi ritmo cardíaco se dispara, pero Bradshaw me pone una mano en el hombro, asegurándome que está justo detrás de mí.

De una forma u otra, esta noche abandono este lugar.

No volveré con Jenkins de nuevo, aunque me rompa el corazón.

—No pasa nada. No pueden conducir esas cosas por este terreno. El bosque es demasiado frondoso —dice Jobs en un tono apenas por encima de un susurro.

Asiento e intento concentrarme en no tropezar mientras bajamos por una ladera rocosa.

—¿Cuánto falta para llegar al punto de extracción? —pregunto mientras Harrison me ofrece su mano para ayudarme a bajar la pendiente. Se levanta las gafas de visión nocturna cuando ve aparecer la luna y me mira a los ojos. Había olvidado cómo me cabreó su nariz perfecta cuando nos conocimos, y sigue teniendo el pelo rubio tan suave y liso como antes.

—Unos cuatro kilómetros más al sur. Hemos tenido suerte de que Eren tenga un amigo en Canadá… —La cabeza de Harrison sale despedida hacia atrás con la fuerza de una bala. Su sangre me salpica en la cara y su mano se separa de la mía con violencia.

—¡Harrison! —Mi grito resuena en el pequeño valle. Bradshaw ya me está obligando a alejarme de nuestro compañero caído.

—¡Disparos! —grita Jefferson y todos corremos hacia el siguiente grupo de árboles.

Miro el cuerpo inmóvil de Harrison. Se me revuelven las tripas, pero me trago la bilis que me sube por la garganta. «No dejes que su muerte sea en vano». Obligo a mis piernas a moverse más deprisa. Las ramas nos azotan mientras atravesamos la maleza.

Eren nos guía con seguridad y marca un ritmo implacable. Algunos disparos más se escuchan a lo lejos entre las copas de los árboles. Espero que no hayan sido por Harrison.

Dos kilómetros después, Eren aminora la marcha y hace que nos agrupemos al abrigo de unos árboles bajos. Habla rápido y con la respiración entrecortada.

—Tenemos que cruzar las llanuras para llegar al punto de extracción. Se suponía que Jenkins no volvería tan pronto, así que es posible que haya minas en el valle y que tengamos problemas aéreos. Os quiero a todos juntos y concentrados. —Mira de Jefferson a Pete, a mí y luego a Bradshaw. Hay dolor en sus ojos por que Harrison no esté aquí—. No hay salida si perdemos ese helicóptero.

Asiento, seria.

Volvieron a por mí. Uno ya ha muerto por ello.

Cuando llegamos a la linde del bosque, nuestros pies se ralentizan. Eren levanta el puño y nos detenemos a su señal. Escucha por si vienen los vehículos de cuatro ruedas.

Bradshaw se coloca junto a su gemelo. Sus hombros se mueven con fuerza con cada respiración y comparten una conversación en

voz baja.

—Se negó a dejarte ir —comenta Pete con pesar mientras recoloca su M16 para descansar la mano. Asiento con la cabeza, sin dejar de mirar a Bradshaw.

Jefferson se ríe, pero su tono no es alegre.

—Habría venido solo si hubiera tenido que hacerlo.

Se me forma un nudo en la garganta. Les tiene que partir el alma que hayamos dejado el cuerpo de Harrison allí.

—Siento lo de Harrison.

Agachan la cabeza.

—Bunny, quédate a mi lado mientras nos movemos por ahí —murmura Bradshaw mientras vuelve a mirarme y me ofrece una mano.

—Manteneos alerta —les pido a Pete y Jefferson. Sonríen inseguros, pero asienten.

—Tú también, Bunny.

Me pongo al lado de Bradshaw y sujeto mi arma con manos temblorosas. «Podríamos morir todos aquí fácilmente».

—Eh, vamos a estar bien. —Bradshaw me acerca a él y me da un dulce beso en la mejilla. Intento asentir, pero es un gesto débil.

Eren me mira fijamente y endurece la mirada.

—No hay realidad en la que no os saque a los dos de aquí. Tengo pecados por los que pagar y tú eres el primero de la lista. —Me sonríe y me da un golpecito en la frente—. Si te sirve de algo, siempre me has caído bien.

Arqueo las cejas y le devuelvo una pequeña sonrisa.

—Lo mismo digo, Sargento.

Las nubes ocultan la luna y la oscuridad cae sobre nosotros como un manto de niebla.

—Pase lo que pase ahí fuera, siempre estaremos conectados. Si esta es nuestra última misión juntos, que sepáis que nunca he

trabajado con mejores soldados. —La voz de Eren es evocadora y, por primera vez desde que lo conozco, veo el miedo brillar en sus ojos. Veo arrepentimiento por el pasado, y quizá esperanza de que lo que queda de su escuadrón secreto sea libre.

Jefferson y Pete se acercan y le ponen las manos en el hombro. Bradshaw posa la suya sobre las de ellos. Yo pongo la mía sobre el pecho de Eren y un destello de tristeza recorre sus rasgos.

—Saldremos de esta, Sargento —dice Jefferson en voz baja. Pete y Bradshaw asienten con confianza.

Eren cierra los ojos y sonríe antes de asentir.

—Vamos.

El valle está en pendiente y no tiene vegetación. En cuanto nuestros pies abandonan la seguridad del bosque, el corazón me late con fuerza. Todavía hay silencio, pero quién sabe cuánto durará. Jenkins es un hombre inteligente con muchos recursos. No dudo que sabe exactamente dónde está nuestro punto de extracción y cómo cortarnos el paso.

Bradshaw flanquea mi derecha mientras Eren se mueve con sigilo a mi izquierda. Es exactamente la misma forma en que los conocí, conmigo en el medio.

—¡Esperad! —grita Bradshaw, deteniéndose sobre sus talones. Nos paramos a su lado. Busco en el suelo algún artefacto explosivo improvisado, pero no veo ninguno.

—¿Qué ves, Bones? —pregunta Eren antes que yo. Entrecierra los ojos en dirección al horizonte.

—Movimiento en la derecha, cerca de la orilla del río, y el suelo se ha removido justo delante. —Bradshaw mantiene la mirada clavada en la orilla. Se me revuelve el estómago cuando Eren asiente diciendo que él también lo ve.

Pete maldice y levanta el arma.

—Tengo malas noticias, Sargento. Cuatro enemigos a nuestra

izquierda —dice en voz baja.

—Mierda. —Eren duda y mira a nuestro alrededor, intentando pensar en la mejor forma de avanzar—. Tendremos que movernos en fila india y muy separados. Si estalla un artefacto explosivo improvisado… al menos no estaremos apiñados.

—Sargento, si nos separamos, nos atraparán enseguida —interviene Jefferson, pero Eren niega con la cabeza.

—Yo iré la primera —digo con firmeza, tragándome el miedo y adelantándome. Todos comparten una mirada antes de que Bradshaw me dirija una expresión severa.

—Como si fuera a dejar que lo hicieras. —Camina a mi lado y todo el malestar de mi pecho se duplica. Eren fulmina a su hermano con la mirada antes de abrirle paso.

—Como si yo fuera a dejar que alguno de vosotros nos guiara por el infierno. Tenemos que seguir avanzando. Aún no nos han visto, pero eso puede cambiar en cualquier momento. Tengo los mejores ojos de todos. No pisaré ningún explosivo. —Eren no suena tan confiado como necesito que suene.

Pero no importa lo que yo diga. Ya nos estamos moviendo. Bradshaw da pasos lentos y decididos por el escarpado terreno detrás de su hermano. Espero unos instantes antes de ponerme en marcha detrás de él. Pete me flanquea y Jefferson va detrás.

Miro fijamente la parte de atrás de los talones de Bradshaw mientras se levantan y se mueven. Llevamos tres cuartas partes del camino por el valle cuando Eren da un paso atrás y un sonido distintivo me desgarra el alma.

Clic.

Abro los ojos de par en par, horrorizada.

El cielo está enfurecido tras la figura de Eren. Su amable sonrisa tiembla bajo la promesa de la muerte. Bradshaw intenta correr hacia delante, pero lo agarro por los hombros.

—Caminad a mi alrededor, despacio. Vamos, no pasa nada —ordena Eren, con voz cortante. Pete y Jefferson nos adelantan y caminan a paso firme. Cada uno asiente con respeto a nuestro sargento en silencio. De algún modo, el peso de la ausencia de palabras hace que note una opresión más grande en el pecho.

Bradshaw da un paso tambaleante y luego se detiene, con todo el cuerpo tembloroso.

—No puedo seguir sin ti —se atraganta mientras las lágrimas corren por sus mejillas—. Sin ti no, Eren.

—Mírame —le pide Eren en voz baja. Bradshaw le mira y Eren hace un esfuerzo por aparentar tranquilidad—. Estoy bien. Pero necesito que os vayáis de una puta vez. Os quiero. A los dos. Ahora, marchaos. —Su tono es desesperado. Nunca había visto esos profundos ojos azules tan cansados, con lágrimas que caen a borbotones y la mandíbula temblándole para contener las emociones.

Bradshaw pasa por delante de su hermano despacio, lanzándole una última mirada por encima del hombro antes de caminar recto.

Me detengo al lado de Eren y las lágrimas caen como gotas de lluvia desde mi alma.

—Cuidaré de él, Eren —le prometo. Sus ojos se llenan de paz y me da un suave golpecito en la frente. Sus dedos están tan fríos que el corazón me da un vuelco.

—Lo sé. —Me aferro a su suave voz y a la forma en que envuelve mi corazón.

Me castañetean los dientes mientras obligo a mis piernas a alejarse de él. Bradshaw ya está fuera del descampado, con Pete y Jefferson a su lado. Los alcanzo y, juntos, seguimos por el valle en pendiente, echándole una última mirada a nuestro sargento, que está solo en el campo de minas.

En el momento en que el sonido de una explosión resuena en las

tranquilas y oscuras montañas, nuestros ojos se han secado y mi cuerpo se sacude con dolor en respuesta a la explosión que retumba.

Nadie habla.

Los hombros de Bradshaw tiemblan junto a su llanto silencioso. Seguimos avanzando sin Eren.

CAPÍTULO 41

BRADSHAW

El sonido del explosivo improvisado al explotar y el saber que Eren estaba allí de pie me destroza. Lo único que siento es la sangre que parece acumularse en el agujero que ha dejado en mi corazón. Me siento como si me estuviera ahogando por dentro.

No puedo vivir sin él. No… no puedo.

Mis piernas se detienen y Bunny se para, mirándome con los ojos enrojecidos y el ceño fruncido.

—No puedo seguir, Bun. Tengo que volver a por él.

Sus ojos se entrecierran con dolor y sacude la cabeza.

—Sabes que no podemos hacer eso, Bones. Está… está… —Ni siquiera puede pronunciar las palabras. Se me forma un nudo en la garganta y me mareo.

Jefferson y Pete miran hacia atrás y se dan cuenta de que nos hemos detenido.

—Bones… Sé que esto duele muchísimo, pero no podemos parar. Tenemos que seguir. —La voz de Jefferson se quiebra.

Niego con la cabeza, los puños me tiemblan a los lados.

—No. No puedo vivir sin él. No puedo. —Cuelgo la cabeza y me caen lágrimas por el puente de la nariz.

Bunny me rodea la cabeza con las manos y me acaricia el pelo con toda la delicadeza que puede. Sus lágrimas caen en la parte de atrás

de mi cráneo.

—Lo siento… pero no podemos dejar que su sacrificio sea en vano. Tenemos que seguir —suplica, y sé que tiene razón.

Asiento, vacilante, y obligo a mi cuerpo a moverse con ellos. Cada paso hace que se me revuelva el estómago.



Bunny se acerca a mi lado y desliza su mano entre las mías. No soporto mirarla. Si lo hago, volveré a perder la compostura.

—Nos queda un kilómetro. El helicóptero está en camino y tocará tierra en veinte minutos —dice Jefferson en voz baja. Asiento con la cabeza y agarro mejor mi M16.

—No van a dejar que nos vayamos así como así. —Mi comentario suena muy serio, pero mi hermano está muerto. Si no nos vieron antes de la explosión, ahora ya saben que estamos aquí. Es solo cuestión de tiempo.

Bunny se queda quieta y gira la cabeza hacia la izquierda, y entonces levanta el rifle sin vacilar antes de dejar volar las primeras balas. Los cuatro nos arrodillamos y nos acercamos la mira a los ojos.

—Dos a nuestra izquierda —anuncia mientras aprieta de nuevo el gatillo—. Uno.

Pete y Jefferson disparan a la derecha y al frente. Joder. No nos pueden rodear, no cuando estamos tan cerca. La sangre en mis oídos late errática. Miro hacia nuestro flanco y veo a tres soldados acercándose.

—Dadles duro, Malum. —Aprieto los dientes y disparo en la garganta al soldado de flanco más cercano. Cae al suelo y los demás ni pestañean al pasar junto a él.

Se desata el caos mientras los disparos salpican el cielo de la

noche. Un soldado me dispara en el muslo. Ambos gruñimos y, antes de que pueda levantar el fusil para disparar al siguiente, él vuelve a disparar. Me duele la parte superior del brazo y la conmoción hace que mi mano deje de funcionar. El M16 se me escapa de las manos. Saco la pistola con rapidez y disparo al soldado tres veces en el pecho a quemarropa. Su cuerpo flaquea y se estrella contra mí. Lo uso como escudo mientras sus compañeros me disparan.

Mierda. Miro a Bunny mientras desenvaina su cuchillo y corta un cuello sin pensárselo dos veces. Mis ojos se entrecierran por la tristeza. Ella no quería matar a nadie, pero al final lo ha hecho.

En cuanto las balas se detienen, suelto el cadáver y disparo a los dos hombres en la cara. Uno de ellos me mira directamente al alma cuando aprieto el gatillo. Lo reconozco como uno de los guardias de Bunny. Adiós a su intento de ayudarla a escapar; la arrastrarían de vuelta al infierno si eso era lo que quería su amo.

Sus ojos se apagan en cuanto la bala le destroza la cara. Su compañero cae a su lado. Me pongo en pie tambaleándome y me llevo una mano ensangrentada al costado herido. Pete y Jefferson se enfrentan cuerpo a cuerpo a tres soldados mientras Bunny lucha contra dos.

Empiezo a moverme hacia ella cuando oigo su horrible voz.

—Bradshaw. Qué desafortunado final para los hermanos Bright, ¿no crees? No podías dejarla en paz. —Jenkins está de pie a tres metros de mí con un cuchillo negro y una pistola. Su uniforme es gris mate, lo que resalta aún más su pelo rubio engominado. Sus siniestros ojos oscuros recorren detenidamente mis rasgos, disfrutando de la desesperación que ha causado.

—No es culpa mía que no pueda amar a un monstruo como tú —digo. Mi voz destila veneno.

Jenkins echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Su sonrisa es genuina; la malicia que desprende es increíble. Unos mechones de pelo le

caen sobre la frente mientras me apunta con el cuchillo.

—Si tan solo tuviera corazón… —dice, curvando las comisuras de los labios. Luego carga contra mí. Tardo de más en desenfundar mi KA-BAR, pero bloqueo su contundente golpe. Me recorre un dolor intenso por el brazo herido y la sangre me hace vacilar.

Jenkins se aprovecha de mi agonía y me barre los pies. La fuerza del impacto me deja sin aliento, pero me preparo para su ataque.

Intenta clavarme el cuchillo en la garganta, pero lo bloqueo con el antebrazo. Lo apuñalo en el muslo y ni se inmuta. Se limita a utilizar mi momentánea victoria en mi contra, dejando que su cuchillo se hunda hasta el fondo de mi hombro. Mi cuerpo se convulsiona y aprieto la mandíbula para no gritar de dolor.

Jenkins sonríe y se ríe mientras saca mi cuchillo de su muslo y lo hace girar en su mano.

—¿Quién crees que educó a nuestra preciosa soldado? No era más que una cosita homicida cuando la encontré. ¿Quién crees que la tomó bajo su protección? ¿Quién crees que le enseñó todo lo que tenía que hacer para seguir viva? ¿Y crees que puedes arrebatármela sin más? —Dice no tener corazón, pero está claro que le molesta su deslealtad hacia él.

—Ella me elegiría a mí antes que a un maldito cabrón como tú todos los días. Para ella, eras mejor como recuerdo. Entonces te quería. —Sonrío cuando las palabras le calan hondo. Sus ojos pierden la malicia por un momento antes de que Jenkins reaccione y me entierre el cuchillo en el otro hombro, clavándome en el suelo y dejando que mi sangre se filtre en la tierra.

Gimo e intento quitármelo de encima, pero está firmemente plantado en mi torso.

Bunny grita cuando un soldado le dispara en el estómago. Se tambalea y cae de rodillas. Tiene la cara y las manos manchadas de sangre. Los cadáveres cubren el campo de batalla.

Se me oprime el pecho y todos los segundos que vienen a continuación me parecen largos y lentos.

—¡Bunny! —grito. Pete levanta la cabeza y corre a ayudarla. Jenkins apunta su pistola y dispara a Pete sin miramientos. La bala impacta en un lado de su cabeza y cae como si nunca hubiera sido más que un cuerpo arrojado en el campo de batalla.

«No».

No veo a Jefferson por ninguna parte. Mis ojos bajan hacia los cuerpos junto a los que Pete se había detenido. Mi mirada se encuentra con los ojos sin vida de Jefferson, degollado y sangrando en el suelo.

Se me seca la garganta y todas las ganas de luchar abandonan mi cuerpo.

Jenkins se ríe y me arranca los cuchillos de los hombros al mismo tiempo. Toso ante la violencia que emplea para arrancármelos del cuerpo. Me pone de lado y presiona su mano sobre mi cabeza, dejando que su peso haga que mi cara se hunda en el suelo.

—Quiero que veas cómo la mata. —Se ríe por lo bajo mientras espera a que su soldado acabe con Bunny. Ella lucha con valor para ser alguien que acaba de recibir un disparo en el estómago, pero el hombre que lucha cuerpo a cuerpo contra ella está ileso y le asesta un golpe brutal en la cara.

—¡Bunny! —Lucho con cada pizca de fuerza que me queda y me quito a Jenkins de encima. Él se pone en pie, tambaleándose, pero cuando le doy un puñetazo en la cara, cae de bruces. Agarro su cuchillo de ébano y se lo clavo en el pecho con furia. Grita cuando saco la hoja y le hago un corte en la cara. El filo de la hoja le roza el labio y le desgarra media mandíbula. Respiro con dificultad y mi cuerpo se estremece por la adrenalina que me recorre.

Bunny consigue ventaja cuando el soldado se distrae al ver cómo derriban a su jefe y ella le entierra un cuchillo en la sien. Todo su

cuerpo se convulsiona y cae desplomado.

Vuelvo a concentrarme en Jenkins. La oscuridad se apodera de mí por todas las vidas que me ha robado, y me dispongo a darle puñetazos en la cara una y otra vez. Quiero que sienta todo en estos últimos momentos. Quiero que sienta todo el dolor que ha causado. Se le parten los dientes y me salpica la cara de sangre mientras se ahoga con sus propios incisivos. Sigo golpeándole hasta que su cara está casi irreconocible y en carne viva.

Una mano suave cae sobre mi hombro y me detengo. Respiro con dificultad cuando miro a Bunny. Tiene los ojos inyectados en sangre y parece estar jodidamente cansada. Tiene las manos temblorosas sobre el estómago, donde la sangre mana de su pequeño cuerpo.

—Déjame acabar con él —me pide, con la tristeza dibujada en su rostro.

Dudo. Las ganas de estrangularlo todavía vibran en la punta de mis dedos.

—Por favor.

Me pongo en pie con dificultad y veo cómo ella se agacha a su lado.

Los ojos de Jenkins se ablandan casi de inmediato.

«La quiere». Miro a mi alrededor y veo la carnicería que ha dejado tras de sí su supuesto amor. El número de soldados que trajo consigo deja clara su intención. Quería que la lucha fuera justa. Jenkins fue todo menos injusto al final. Tal vez incluso quería que ella escapara.

«Sí, la amaba. A su perversa manera».

CAPÍTULO 42

NELL

Jenkins yace inmóvil, con el cuello en un ángulo raro y la respiración entrecortada. Su pelo rubio está tintado de rojo por la sangre y la paliza que le han dado es tan atroz que me duele el corazón. Tiene los dientes al descubierto en el lado izquierdo, donde el cuchillo le atravesó la piel, y su pecho tiembla débil con la chispa de vida a la que se aferra.

Le rozo la mejilla con la punta de los dedos con suavidad, y él no aparta los ojos de mi cara. Están entrecerrados y luchan por mantenerse abiertos.

—Mira la que has armado —le digo en voz baja, como si estuviera metiendo a un niño en la cama.

Tose sangre y me dedica lo que parece una pequeña sonrisa.

—Un último baile, tú y yo. Fue divertido mientras duró, Gallows. ¿Puedes —hace una mueca de dolor y vuelve a toser— pu-puedes tararearme esa estúpida can-canción? —Levanta la mano despacio y me acaricia la mejilla con el pulgar.

Asiento con la cabeza.

Davy Jones siempre fue su favorita, quizás por la triste melodía. Jenkins, mi malvado y solitario soldado.

Nuestra sangre se mezcla mientras nos desangramos uno junto al otro. Tarareo y le acaricio el pelo hacia atrás con suavidad hasta que

se le cierran los ojos.

Se me forma un nudo en la garganta cuando Bradshaw me entrega una pistola y mi melodía se va desvaneciendo a medida que presiono el frío acero contra la sien de mi querido Jenkins.

—No llores por mí, amor. No estoy hecho para este mundo. Soy oscuridad… Gracias por mostrarme una pizca de luz. —Su voz es un mero susurro.

—Te quiero, Jenkins —digo, con las lágrimas cayéndome por las mejillas. Sus ojos se abren de par en par al verme admitirlo y una sonrisa como nunca había visto se dibuja en sus labios agrietados. Se lleva la mano al bolsillo izquierdo del pecho y se aferra a él como si le doliera el corazón.

Pum.

El sonido retumba en mi interior.

Jenkins ladea la cabeza, pero sigue sonriendo, y yo suelto un grito que me perseguirá toda la vida.

Me derrumbo sobre el pecho de Jenkins y lloro. «¿Por qué todo ha tenido que acabar así?». Deslizo mi mano sobre la suya y noto algo debajo. Se me saltan las lágrimas cuando muevo su mano con cuidado y abro el bolsillo que tiene a la altura del pecho. Es una caja de música de plata redonda con unos conejitos tallados. Me tiemblan tanto los dedos que me cuesta girar la llave, pero cuando lo consigo, suena la misma canción de cuna que tarareé para él. Cuando levanto la tapa de la caja de música veo que en ella hay una pequeña inscripción.

Para que pienses en mí cuando no esté.
Gallows & Jenkins

Cierro la caja de música y la aprieto contra mi corazón. Bradshaw se agacha a mi lado y me apoya la mano en el hombro. El contacto me hace volver en mí y el dolor que se extiende por mis heridas

hace que mueva la cabeza, cansada.

—Lo sé —susurra Bradshaw cuando lo miro, rota—. Lo sé.

Me ayuda a levantarme y nos tambaleamos sobre nuestros pies mientras contemplamos tanta muerte.

—¿Acaso queremos volver? —pregunto sin pensar. Una parte de mí quiere quedarse aquí con los muertos. Y adentrarnos todos juntos en la noche.

Bradshaw me estrecha un poco más contra él.

—Moriré aquí contigo si es lo que quieres, Bun.

Lo miro, con las mejillas manchadas de sangre y lágrimas secas. Luego niego con la cabeza.

—Deberíamos ir al punto de extracción… De lo contrario, toda esta muerte no habrá servido para nada.

Él asiente y nos apoyamos el uno en el otro mientras cojeamos hacia el lugar de recogida.

Al cabo de cinco minutos, oímos un helicóptero atravesando la noche.

—Ya casi hemos llegado —susurra Bradshaw, dándome un beso en la sien.

Se oye un grito detrás de nosotros.

¿Eren? Mis ojos se abren de par en par al oír de nuevo el débil grito.

Bradshaw también lo ha oído y su rostro revive. Nos movemos lo más rápido que podemos y retrocedemos hasta que vemos a dos soldados, uno cargando a otro.

—¡¿Eren?! —exclamo, y mi dolor disminuye a medida que la adrenalina vuelve a recorrerme. Reconozco al instante al hombre que lo lleva—. ¿Paul? —Sabía que era bueno.

Cuando llegamos hasta ellos, Bradshaw cae de rodillas y abraza a su hermano con desesperación. Mis ojos se posan en sus piernas. Una apenas aguanta mientras que la otra ha desaparecido de la

rodilla para abajo.

Un dolor me recorre el pecho ante la idea de que le abandonamos cuando aún estaba vivo. Mis ojos se encuentran con los de Paul.

—Darte las gracias no es suficiente —digo sin aire. Bradshaw se aferra a su hermano con impotencia y llora.

Paul sonríe.

—Démonos prisa antes de que alguno se desangre. —Asiento con la cabeza y le doy un doloroso abrazo. Paul le ha hecho un torniquete a Eren en la pierna lo mejor que ha podido, pero no aguantará mucho estando así. Ninguno de nosotros lo hará—. Tenemos que llegar al punto de extracción antes de que despegue el helicóptero. —Paul carga a Eren en brazos, que está medio inconsciente.

Los tres lloramos en silencio mientras llegamos al punto de evacuación. Paul mantiene una expresión adusta mientras nos ayuda a seguir adelante. Caen más lágrimas cuando el helicóptero desciende y el personal médico sale para ayudarnos a subir a bordo. No son de las fuerzas oscuras. Supongo que son amigos de Eren de sus otros asuntos. Harrison dijo que tenía aliados canadienses justo antes de que le dieran.

«¿Esto significa que somos libres?».

Las cavidades de mi corazón se llenan de dolor cuando abandonamos el Labrador. Cierro los ojos y pienso en la última sonrisa de Jenkins. Pienso en que sus huesos descansarán aquí para siempre.

Aprieto su caja de música contra mi corazón.



Bradshaw ha perdido mucha masa muscular en el hospital. Yo también, pero a él se le nota mucho más. Sonríe cuando entro en su

habitación. Está a unas puertas de la mía, así que me cuelo aquí más a menudo de lo que debería.

—¿Todavía está dormido? —susurro, mirando hacia la cama de Eren. Se incorpora y me fulmina con la mirada. Se me escapa una carcajada y él ya no puede mantener su falsa seriedad.

—¿Cómo voy a dormir con una conejita correteando por este hospital? —bromea Eren. Me encojo de hombros, sabiendo muy bien que hago demasiado ruido cada vez que vengo aquí, pero no puedo evitarlo. Paseo la mirada de la cama de Eren a la de Bradshaw, al otro lado de la habitación, y sonrío. Él entrecierra los ojos y me hace un gesto con el dedo para que me acerque.

Unas semanas en el hospital son demasiado para cualquiera. Me aburro con demasiada facilidad como para quedarme sentada todo el rato. Paul se separó de nosotros cuando llegamos a Calgary. Ojalá pudiera agradecérselo de algún modo, pero su libertad le parecía más que suficiente.

Dejo el café moca con leche de Eren en su mesita auxiliar antes de llevarle el suyo a Bradshaw.

—Ah, las simplicidades de la civilización —comenta Eren mientras le da un sorbo a su bebida.

Bradshaw sonríe y bebe un sorbo de la suya.

—Tengo que admitir que es una maravilla. Podría acostumbrarme. —Me tira a su cama y me río.

—Cuidado, yo también sigo en reposo. —Hago una mueca de dolor por los puntos que tengo en el vientre y Bradshaw me da un beso en los labios.

—Lo siento, Bun. ¿Cómo puedo compensártelo? —Levanta una ceja de forma sugerente.

Eren se atraganta con la bebida.

—No. Ni hablar. No vais a obligarme a ver esto, ¡otra vez no! —Empieza a pulsar el botón para que la enfermera venga a verle—.

¡Socorro!

Bradshaw se echa a reír y yo no puedo evitar unirme a él. Para cuando la enfermera viene a vernos, Eren está lanzando sus almohadas al otro lado de la habitación para evitar que nos besemos.

Entre la locura y las risas, Bradshaw me susurra al oído:

—Prométeme un para siempre, Bun. Tú eres donde empieza mi cordura. —Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Y tú donde termina la mía.

CAPÍTULO 43

BRADSHAW

Cinco años después

El humo sale de lo alto de nuestra chimenea y se pierde a lo lejos. El invierno en Thornhill, Escocia, no está tan mal. Nos mudamos aquí hace cuatro años y descubrimos que nos gusta estar aislados del resto del mundo.

Es probable que las fuerzas oscuras siempre nos busquen, pero hay muchas posibilidades de que piensen que morimos en el Labrador.

Nuestra cabaña es una vieja casa de piedra con musgo y hiedra en las paredes de fuera. En verano, las verdes colinas son un paisaje acogedor, y a los cuatro nos gusta pasear por los muros de piedra que bordean los caminos de tierra.

No es una vida grandiosa ni peligrosa, pero es lo que queremos.

Las tres personas más importantes de mi vida están vivas y conmigo. No podría pedir más.

Eren se estremece y rodea a Bunny con los brazos.

—Qué frío hace. ¿Podemos volver ya? —Lo fulmino con la mirada y la suelta. Ella lleva un puñado de leña, igual que yo.

—Eres el único que no hace nada. Deja de quejarte —le riño, y él

me sonríe. Mis ojos bajan hasta sus piernas artificiales. Camina tan bien con ellas que nadie diría que se las han amputado.

—Eh, que estoy haciendo de niñero, ¿recuerdas? —Eren me mira con los ojos entrecerrados antes de reírse ante el ceño fruncido de Nathan.

—No *nececito* un niñero —dice mi hijo de tres años con todo el cuidado que puede.

—Necesito —Eren lo pronuncia correctamente para él y Nathan frunce el ceño.

Bunny se ríe y sus ojos se ablandan al mirar a nuestro hijo. Se me calienta el corazón al ver la segunda oportunidad que me ha dado la vida. La familia que protegeré pase lo que pase.

—Deberíamos ir al pub esta noche a ver si Rei está trabajando —comenta Bunny, sonriendo al ver cómo a Eren le cambia la cara y se pone rojo.

—Sí, parece que Rei disfruta hablar contigo, Eren —añado como si nada. Intenta disimular la sonrisa, pero sé que la chica le gusta de verdad.

Las mejillas rojas de Nathan se hinchan con una sonrisa.

—¡Me gusta Rei!

Eren se ríe y le da un apretón en la mano.

—¿A ti también?

La zona donde tenemos la leña está llena y nos sentamos a la mesa a comer. Nuestro hogar está caliente y el fuego ilumina bien la casa. El naranja parpadea sobre las fotos que hemos colgado en las paredes. Algunas son de Malum, con Abrahm sonriendo a mi lado. Otras son de Jenkins y Bunny en Londres, compartiendo un beso en un balcón. Me duele el corazón por todos los rostros que ya no están con nosotros, pero también se llena por los que aún están aquí. También por los nuevos.

A veces, Bun se queda mirando la caja de música plateada que

guarda encima de nuestro viejo piano, y sé que lo echa de menos igual que yo siempre echaré de menos a mi Abrahm.

Se levanta y me roza la parte de la espalda donde me grabó un símbolo. Me llevó un tiempo entender lo que significaba.

«Al final, me enamoré de una soldado Riøt».

Ø

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido muy divertido. Dejé que los personajes se salieran con la suya ¡y disfruté mucho dándoles vida!

¡Gracias a mis lectores por seguirme en mi viaje como autora y por leer mis libros!

También me gustaría darle las gracias a mi marido, al señor Moronova, por toda su ayuda en el *storyboarding* y por ser mi lector alfa. Me anima mucho a seguir escribiendo cuando siento que mi historia no termina de encajar.

Gracias a mi editora, Kelsey, y a mi asesora, Leanne. Estas dos me llevan por el buen camino y han hecho brillar este libro.

Gracias a mi lector beta, Jay. Siempre me lees en tiempo récord y me ayudas a cumplir con mis fechas límite.

Gracias a Cierra, mi correctora y asistente personal, por recordarme siempre las cosas que he olvidado hacer. No sé cómo me las arreglaría sin ti.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

K. M. Moronova es autora de fantasía oscura y romance. Vive en Montana con su pareja, dos perros y tres gatos. Le encanta beber té y escribir historias con mundos en los que puede sumergirse completamente. Sus personajes favoritos son los villanos incomprendidos.

Sitio web: kmmoronova.com
TikTok: @K.M.Moronova
Facebook: K.M. Moronova
Instagram: @K.M.Moronova
Threads: @K.M.Moronova